





BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104877533

NUMA POMPILIO,

SEGUNDO REY DE ROMA.

LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Tulio, Sumo Sacerdote de Ceres, cuida de la educacion de Numa, que pasa por su hijo. Fiesta de Ceres. Tulio descubre á Numa que es hijo de Pompilio, Principe deudo de los Reyes Sabinos, y le refiere la historia de Pompilia su madre, el rapto de las Sabinas, la muerte de sus padres, la guerra entre Romanos y Sabinos, la alianza de los dos pueblos, la educacion de Numa en el templo de Ceres, y el mandato de la Diosa que quiere vaya á Roma. Baja Numa al sepulcro de sus padres: prepara su partida. Consejos del Pontífice. Despedida de Tulio y Numa.

LIBRO PRIMERO.



No lejos de la ciudad de Cures, en el pais de los Sabinos, en medio de una antigua selva hay un suntuoso templo dedicado á Ceres: olmos, robles y hayas tan antiguos como la tierra, dan sombra al edificio, y el rio Curesio, despues de besar sus ~~muros~~, riega con sus aguas las huertas de varias caserías separadas, construidas al rededor del templo. En estos asilos sagrados cada sacerdote de la Diosa con su muger é hijos, pasa sus dias entre la oracion, el trabajo y la practica de las virtudes. Protegidos por la deidad que adoran, alimentados por la tierra que cultivan, amados de la esposa que hacen feliz, bendecidos de sus hijos y siervos, y en paz consigo mismo, disfrutan dulcemente de la vida, sin temer ni desear la muerte.

El venerable Tulio era el Sumo Pontífice; cargado de ochenta años,

desempeñaba las funciones de su empleo con todo el zelo de la ardiente juventud, y con la indulgencia de la madura y sabia vejez: adorado de todos los que vivian con él, respetado de los demas, solo era temido de los perversos. Favorecido de los Dioses, y amigo de los hombres, rara vez pedia para sí: siempre se dirigian sus oraciones en favor de la viuda, ó el huérfano desvalido. En el instante en que un ciudadano de Cures, ó un aldeano experimentaba algun infortunio, ó que la discordia entrase en alguna familia, el padre, el esposo ó el hijo afligido, tomaba el camino de la selva sagrada, é iba á verse con Tulio: por poco que hubiese tardado, Tulio habria ido á buscarle. El compasivo anciano oia con dulzura y paciencia sus quejas y razones; los animaba y consolaba, dándoles, segun lo pedia el caso, sus ausilios y consejos. El quejoso ó infeliz se volvía, ó menos triste ó remediado; y Tulio, que juzgaba no haber hecho cosa alguna, iba á postrarse ánte el altar de la Diosa á implorarla en favor de aquel desdichado.

Ya no tenia Tulio esposa: todo su amor se reunia en un solo objeto, su hijo Numa. Parecia que el cielo queria recompensar las virtudes del anciano con los dones que habia derramado pródigamente sobre este mancebo. Sumiso á su padre, á quien amaba y respetaba casi tanto como á Ceres, estudiaba la moral en las acciones de Tulio. Meditando incesantemente los preceptos de su religion, queria ademas instruirse en todas las ceremonias del culto. Los sacrificios y la oracion ocupaban sus ratos ociosos: su amor á Tulio y al estudio era su única pasión, y su alma pura como el firmamento, no podia distinguir sus gustos de su obligacion.

Habia llegado el dia de la fiesta de Ceres. Esta entre los Sabinos no se celebra como en Eleusis: habia Tulio suprimido todos los misterios de iniciacion tan reservados como poco útiles á la felicidad de los hombres. ¿Cómo es posible, decia, que la deidad que se manifiesta á cada momento en las maravillas resplandecientes de la naturaleza, pueda esigir tanto secreto y tantas pruebas para comunicarse á los

mortales? ¿Deberá ser mas difícil darla gracias por sus favores que recibirlos? No: Ceres que nos alimenta á todos, nos ama tambien igualmente á todos: el campo que cubre de espigas es un templo para el labrador, y debe adorarse en todo el universo aquella cuyos beneficios cubren la tierra.

Bajo de estos principios, Tulio con acuerdo de su Rey, ordenó la fiesta de este modo: Ca-la año ántes de principiar la cosecha, todos los labradores adornados de sus mejores vestidos se juntan en la ciudad de Ceres, y unidos se encaminan al templo. Los músicos preceden la comitiva; siguen despues las vírgenes que llevan en cestillos adornados con flores las ofrendas para la Diosa. Luego vienen los hijos de los labradores con túnicas blancas, adornadas las cabezas con coronas de siemprevivas, conduciendo al voraz animal que se alimenta con el fruto de la encina; tropa numerosa, que ufana con la custodia de la víctima, quiere afectar una gravedad y compostura, turbada á cada instante por los rebatos de su juvenil alegría: sus padres los siguen con pasos lentos, encargándoles

el silencio, y disimulando el no ser obedecidos. Cada labrador lleva una gavilla, primicias de su cosecha. Ni los gefes guerreros, ni magistrados, tienen en este gran dia puesto ni lugar distinguido, cediendo con respeto y razon el primero á los que los alimentan.

Tulio y sus sacerdotes habian salido á recibirlos á la entrada de la selva. El jóven Numa camina á su lado mirándole á cada instante, y advierte algunas lágrimas que el anciano procuraba ocultar: mas afligido de la pena de su padre que si la hubiese padecido él mismo, no se atreve delante de tantos testigos y en medio de una ceremonia tan augusta á arrojarse en sus brazos y preguntarle la causa de su llanto; pero su silencio mismo, sus tiernas é inquietas miradas espresan bastantemente su desasosiego. Numa, hasta entónces tan atento siempre, tan cuidadoso en el ejercicio de las funciones sacerdotales, no vé mas objeto que su padre, solo piensa en él y se olvida de su ministerio: sus ojos que procuran leer en los de Tulio, se llenan de un llanto involuntario.

Llegan al templo, Tulio se postra

ante la Diosa, y presentándola las primicias, esclama: ¡Oh Madre de los hombres! tú haces crecer estas espigas, y tu padre Júpiter nos hace religiosos, y agradecidos! ¡Oh Dioses inmortales, os ofrecemos vuestros propios beneficios, no desechéis nuestra ofrenda, y conceda vuestra bondad suprema la abundancia á nuestros campos, fuerza y salud á nuestros cuerpos, y la virtud á nuestras almas!

Después de esta oracion Tulio derrama la harina sagrada sobre la cabeza de la víctima, la vuelve hacia el cielo, la inmola, y la hace consumir enteramente en la pira.

Concluido el sacrificio, los labradores entregan sus gavillas. Hermanos míos, les dice Tulio, pues tambien vosotros sois sacerdotes de Ceres, estos dones pertenecen á la Diosa, esto es, á los pobres: los sacerdotes solamente somos sus tesoreros, vosotros empero sois sus bienhechores: nombrad pues, entre vosotros, el anciano que deba juntamente conmigo celar en todo este año al alivio de los indigentes; es justo y debido que yo os dé cuenta de los bienes que me entregais para

ellos. Los labradores que conocian la virtud de Tulio, pensaban asociarle ninguno, pero él lo esigió, y con la eleccion se dió fin á las sagradas ceremonias.

Numa ardía impaciente de verse solo con su padre: apenas este hubo salido del templo, cuando su tierno hijo lo estrecha en sus brazos. ¡Amado padre, vos teneis pesares, y yo los ignoro! Bien conozco que mi temprana edad me quita la esperanza de aliviarlos, pero puedo ayudaros á sentirlos. = *Hijo mio*, (pues nunca renunciaré á este dulce nombre) *hantos motivos tengo de llorar: voy á separarme del que amo mas que á mí mismo....* = ¡Cómo, esclama Numa temblando, quereis abandonarme! = No, hijo mio.... no, tú eres.... al contrario.... No puede proseguir; los sollozos le cortaron la voz. Cogió á Numa de la mano, y llevándole al sitio mas retirado de la selva, sentándose sobre unos céspedes, prosiguió diciendo: Numa.... No eres hijo mio.... Apenas el jóven oyó estas palabras, cuando una palidez mortal se esparció en su rostro, y su mano tiembla en las de Tulio; este que co-

noce su turbacion, le abraza diciéndole: no temas, siempre seré tu padre: este dulce nombre me es, por lo menos, tan grato como á tí. Escucha ahora el origen de tu cuna, y conoce el alto destino que te preparan los cielos.

Debes, hijo mio, el ser á Pompilio, Príncipe de la sangre de nuestros Reyes, y cuyas raras prendas le hacian amado de los Dioses y de los hombres. La hermosa y virtuosa Pompilia, del antiguo linage de los Heraclidas, era su esposa habia mas de diez años. Nada faltaba á la felicidad de estos amantes consortes, mas que la de ver nacer un fruto de su tierna union. Pompilio lo deseaba con ansia, y la amorosa Pompilia, que no formaba deseo alguno cuyo objeto no fuese su esposo, Pompilia, digo, venia todos los dias á este templo á regar con sus lágrimas el ara de la Diosa, pidiéndola incesantemente por único favor la felicidad de tener un hijo.

Un dia la encontré sola en el templo: tal era el fervor con que oraba que no advirtió mi llegada. ¡Ceres bienhechora, exclamaba, si tu padre me ha destinado una larga vida, rue-

gale que corte el estambre de mis dias en sus principios, pero en cambio que deje á mi esposo un fruto de nuestro casto amor! ¡Oh deidad poderosa! recoge cuantos beneficios he recibido hasta ahora, privame de cuantos puedo esperar, y dame en vez de ellos un hijo. Oiga yo su primer llanto, estréchele en mis brazos, y despues de haberle cubierto de besos y presentado á mi esposo, venga la muerte, espiraré siendo madre, bastante habré vivido. ¡Oh Ceres, si oyes mis súplicas, si ~~me concedes~~ un hijo, juro sobre este mármol sagrado consagrarle á tu culto, juro enseñarle á bendecir tu nombre desde el instante en que su lengua pueda articularle: se criará en tu templo, te servirá toda su vida, y te dignarás de ser su madre cuando Pompilia ya no ecsista!

Mis lágrimas corrian en abundancia al oir estas súplicas. Arrebatado me postré al lado de Pompilia, y juntando mis plegacias á las suyas, rogué á la deidad las oyese favorablemente. ¡Ah, y á cuánta costa fnéron atendidas!

A poco tiempo vino Pompilia á avisarme que se sentia en cinta. ¿Quién

acertará á pintar lo escrusivo de su gozo? Casi parecia un delirio. Ocho veces debia la luna renovar su giro ántes que llegase el deseado instante que aguardaba, y ya todo estaba pronto para adornar al futuro infante. Zelosa y ufana del nombre de madre, hubiera querido que cuanto debia servir á su hijo fuese obra de sus propias manos; ni quiso que alguna de sus esclavas partiese con ella la gloria de trabajar para su hijo. La esperanza de criarle duplicaba el gozo de verle nacido, y la sensible Pompilia embriagada del amor materno, venia tan á menudo al templo para dar gracias á la Diosa, como ántes para lograr el objeto de sus votos.

Ya habia entrado en el noveno mes, tan deseado tiempo habia, cuando ese Rómulo hizo publicar en la Sabinia, que para consagrar su ciudad de Roma, que entonces acababa de establecerse, queria celebrar unos juegos en honor del Dios Conso. Ya sabes en cuanta veneracion le tenemos los Sabinos. No dejó tu religiosa madre escapar una ocasion de honrar á los inmortales: quiso ir á los juegos, y el

demasiado complaciente Pompilio le llevó á Roma.

La mayor parte de los Sabinos los acompañaron: nuestras mugeres é hijas, corriéron á Roma engalanadas como á una funcion. ¡Cuán lejos estaban nuestros valientes conciudadanos de sospechar la infame celada que los esperaba; todos, como de paz, fuéron sin armas. Entran sin rezelos en el circo en que presidia Rómulo sobre un trono magnífico. Los Sabinos, sus mugeres é hijas se sientan en las gradas. Impacientes de ver el sacrificio, buscan con los ojos las víctimas, sin poder imaginar que ellas mismas debian serlo.

A una seña de su Rey, los Romanos desnudan las espadas, y ocupan todas las puertas. Aterradas las Sabinas se refugian en los brazos de sus padres, maridos ó deudos; pero los feroces soldados de Rómulo, vibrando los aceros, amenazan á los hombres, halagan á las mugeres, y las arrebatan como lobos hambrientos á temerosas ovejas. En vano las infelices piden la muerte á gritos; en vano nuestros ciudadanos enfurecidos, olvidando que estan desarmados, se aba-

lanzan á los ladrones, luchan, arrancan algunas espadas, y riegan el suelo con sangre Romana: estos, mas numerosos, pasan á cuchillo á cuantos resisten, ahuyentan á los demas, y llevan su presa en salvo á Roma, en tanto que los Sabinos, desesperados, cubiertos de sangre y amancillados, vuelven á Cures anunciando esta horrible noticia, y se preparan á la venganza.

Desde el primer instante del tumulto, tu padre Pompilio, cargado de su esposa, habia procurado hacerse paso por en medio de los raptores. Casi llegaba á una puerta, cuando una cohorte Romana advierte su intento, le persigue, le cerca, y se ve arrancar la esposa de los brazos. Pompilio, dando un espantoso grito de rabia y desesperacion, arrebatada á un Romano la espada, y cerrando con cuantos le rodean, les da la muerte ó pone en fuga: mata, hiere, y es herido, pero alcanza al robador de Pompilia, y de un solo golpe queda vengado. Carga nuevamente con su cara esposa, la estrecha entre sus brazos sangrientos, la consuela y tranquiliza, y á pesar de los feroces Romanos, sin curarse de las picas y

dardos que le cercan, huye lejos del circo, abrazado de tu madre desmayada, contento con salvarla á precio de su vida. Tal suele la leona de Numidia cuando de lejos ve al imprudente cazador que la roba sus hijos, rugir furiosa y brotando por los ojos fuego y sangre, abalanzarse al infeliz, que en vano huye dejando la presa: le alcanza, le despedaza, esparce al viento sus miembros palpitantes... pero cediendo el furor el puesto á la ternura, corre á sus cachorros, los acaricia, y echándose á su lado les ofrece el pecho cuando todavía estan sus músculos trémulos del furor de la venganza que acaba de saciar.

Así Pompilio, no obstante sus heridas y la falta de la sangre que por ellas vierte en abundancia, llega por fin á este templo. Deposita su dulce carga al pie del altar de la Diosa, la suplica se digne amparar á la que pone bajo su custodia, y acabada su oracion, exhausto de sangre, oprimido de fatiga y dolor, cae sobre el mármol y espira.

Al instante hice llevar á tu madre á mi casa, en donde recobró los

sentidos. Su primera palabra fué el nombre de Pompilio; pregunta por su esposo, quiere verle, quiere ir á buscarle. Por mas que procuro sossegarla, ocultándola la muerte de tu padre, asegurando que es prisionero de los Romanos, mi dolor mal disimulado, mis lágrimas y sus presentimientos, todo la dice que la engaño. Prorrumpe en dolorosos gemidos, desecha todo alivio, y desasiéndose de nuestros brazos, quiere ir á espirar sobre el cuerpo de Pompilio.

La agitacion, el sobresalto y dolor, apresuran el instante en que debias nacer. La asaltan los dolores del parto; las crueles Ilithyas la oprimen con todos sus males: no pudo resistirlos, y el instante mismo en que recibiste vida fué el de la muerte de tu madre.

A este punto interrumpió Numa el discurso del anciano, abrazándole y regando sus canas con el llanto amargo que la infausta suerte de sus padres le hacia derramar. Tulio, despues de haber llorado con él, prosiguió su discurso de esta suerte:

Busqué á toda priesa una nodriza que animase tu ecsistencia, porque na-

ciendo ántes de término , tu rostro pálido y amoratado , y tus débiles gemidos, manifestaban que apenas te quedaba un soplo de vida. La virtuosa Amicléa , muger de un labrador , se ofreció gustosa , y sus tiernos desvelos, aun mas que su leche, te conserváron la luz del dia.

Entónces me empleé en las exequias de tu madre y su esposo : preparé la funesta pira , convoqué á los habitantes de Cures y de las aldeas inmediatas , que viniéron con nuestro buen Rey Tacio vestido de luto. Soldados , artesanos , labradores , todos lloraban tu buen padre, y dirigian al cielo los mas ardientes votos por su hijo. Las llamas consumiéron el cuerpo de Pompilio al lado del de su esposa , y yo recogiendo sus cenizas en una urna de plata, las deposité en un mausóleo detrás del altar de la Diosa.... = ¡ Oh padre ! ¿ me será permitido regar la preciosa urna con mis lágrimas ? = Sí, hijo mio , hoy mismo verás lo que queda de tus padres.

No quedó sin venganza la muerte de Pompilio y su esposa. Nuestros valientes Sabinos, indignados de la traicion

y ultrage recibido, se encaminan, capitaneados por Tacio, á la ciudad perjura. No atreviéndose los cobardes ladrones á recibirlos en campo abierto, se recogen al amparo de sus muros: Tacio emprende el sitio, y en breve se halla dueño de la ciudadela por medio de un feliz acaso. Precisado Rómulo á pelear, ó abandonar la ciudad, viene á presentar la batalla al pie de aquel capitolio, que dicen ha de mandar al universo entero. Tacio la admite, y los Sabinos, ansiosos de bañarse en la sangre de aquellos pérfidos, acometen á los Romanos con todo el demorado que produce el valor escitado con el deseo de la venganza. Desbaratan las huestes contrarias, pero Rómulo las vuelve á ordenar, y solo resiste á los Sabinos: invoca en voces altas á Júpiter Stator: este nombre sagrado y su ejemplo, detiene á sus guerreros ya puestos en fuga; vuelven los Romanos al combate: la verguenza inflama su valor: se cruzan las picas, chocan los escudos unos con otros; crecen por instantes el horror y la mortandad, y apiñados los combatientes no pueden dar un paso sin pisar un pecho enemigo.

Largo tiempo estuvo indecisa la victoria, pero al fin pareció que se inclinaba al partido de la justicia. Nuestro valiente Tacio y su intrépido general Mecio, penetran segunda vez el centro de los Romanos: la tierra está cubierta de cadáveres, los Sabinos van á destruir para siempre el nombre de Rómulo y Roma, cuando el mas imprevisible suceso nos quita la victoria de entre las manos.

Las Sabinas, aquellas mismas mugeres que los Romanos habian robado en los juegos cónsules, desgrenadas, vertiendo mares de lágrimas, abiertos los brazos y dando lamentables gemidos, se precipitan en medio de los combatientes. No las atemorizan las picas y espadas chorreando sangre, ni el estrago, la muerte ni la confusion las detiene. Deteneos, gritan, deteneos, dejad una pelea mas impía que las guerras civiles. Peleais por nosotras, y cada uno de vuestros golpes nos deja, ó huérfanas ó viudas. Si nos amais, ¡oh vosotros que nos disteis el ser! perdonad á nuestros esposos, y vosotros que nos habeis jurado un amor eterno, no enaragrenteis los crueles aceros en los pa-

dres de vuestras esposas. Considerad que tenemos en nuestros senos las dulces prendas de vuestra reunion. Romanos, vuestras mugeres son Sabinas. ¡Oh Sabinos, vuestros nietos serán Romanos. Cesad, pues, de destruiros á porfía, vosotros que ya no sois dos naciones distintas, sino una sola familia; pero si la sed de la sangre os devora, empezad rompiendo los vínculos que deben uniros: inmolad vuestras hijas y esposas, y completad sobre sus cuerpos sangrientos vuestro total estermínio.

Este espectáculo, las razones, los llantos y quejas de las Sabinas, apagan el rencor en todos los pechos. Cesa el combate, se miran unos á otros, y se admiran, conociendo que ya no se aborrecen. Queda el brazo levantado sobre el que amenazaba sin descargar el golpe: la flecha asestada contra el pecho enemigo, cae sin fuerza del arco. Las Sabinas despojan sin oposicion, de las armas, á sus padres y esposos; les toman las manos, las cubren de besos y lágrimas, y cada una abrazando á un tiempo á un Romano y á un Sabino, acercan de este modo dos rostros enemigos, y los fuerzan á que se abracen ellos mismos.

Desde aquel instante cesa la guerra, y se olvida la venganza. Los Reyes se abocan y determinan, que unidos en adelante ámbos pueblos, no formarán mas que uno solo, y que Rómulo y Tacio partirán entre sí el absoluto poder. Se jura la paz, se hacen sacrificios á Jove, al Sol y á la Tierra, y mezclados los ejércitos, conducidos por las Sabinas, entran en Roma entre los aplausos y aclamaciones, manifestando mas gozo de haberse dejado vencer del amor y la ternura, que si hubieran triunfado por el furor.

Entre tanto crecias á mi vista, y pasabas por hijo mío: yo mismo confirmaba un error que decia tan bien con mi afecto y con los deseos de tu madre. Apenas tenias cuatro años, y ya ibas al templo cubierto del vestido sacerdotal, y llevando en tus tiernas manos la copa del incienso. Tu modestia, dulzura y gracias, encantaban á nuestros sacerdotes que me envidiaban la dicha de ser tu padre. ¡Oh! cuántas veces he deseado que fuese cierta! Quince años hace, Numa querido, que solo vivo para quererte, y por grande que sea mi amor á la virtud, si me la ves

practicar con tanto ardor, es con la esperanza de que los Dioses en premio, derramarán sobre tí sus bendiciones.

En breve comencé á recoger el fruto de mis trabajos en educarte. Desde tu infancia manifestastes lo que serias un dia: nunca me ví precisado á inspirarte un pensamiento virtuoso; parecia que todos se hallaban en tu corazon: tenias grabados en tu alma los mas sólidos principios de la moral, y la razon te enseñaba todo lo que yo sabia por esperiencia. A veces, para probarte, te proponia una cuestion que me parecia difícil; tu respuesta era casi siempre mas clara y breve que la que yo habia pensado. ¡Cuántas veces despues de una larga leccion de moral, tus reflexiones justas y concisas me iluminaban, y al acabar la conferencia, tu maestro salia enseñado! Conociste las ciencias de nuestros filósofos Etruscos, y me decias: ¡Oh padre mio, cuán vanas son todas estas nociones sin la virtud; solo esta es cierta, y nuestro corazon es el libro que nos instruye: consultémosle á cada accion de nuestra vida, sigamos siempre lo que nos dice, y nunca podremos errar.

Transportado de gozo te abrazaba, y no me atrevia á alabarte: temia que la vanidad, vicio que siempre destruye el verdadero mérito, entrase en tu corazon. Cuida, hijo mio, en todo el discurso de tu vida de huir de este escollo, y ten presente, que de todos los vicios, este es el mas funesto á la virtud, puesto que la impide ser y parecer amable.

Veia yo con suma complacencia que huías de este peligro: cada dia eras mejor, y cada dia mas modesto. Engañado por la voz pública, y aun mas por mi propio deseo, me creia tu padre, y pensaba abdicar á tu favor el Pontificado: todos nuestros sacerdotes, todo el pueblo sabia y aprobaba alborozado mi designio. Tres dias hace, hijo mio, que un oráculo celeste me priva de esta esperanza. Ceres, la misma Ceres, se me aparece todas las noches y me manda con voz severa que te envíe á Roma y declare tu nacimiento: en vano, postrado ánte la Diosa, me he atrevido á manifestarla mis temores, y recordarla el voto de tu madre. No admito aquel voto, me ha respondido la hija de Júpiter; no será Numa sa-

cerdote mio; los hades le llaman á mas alto empleo: me servirá mejor sobre el trono que á la sombra del altar: quiero que al instante vaya á Roma, y que el cariño que le tienes no sea parte á que te opongas á los decretos del cielo.

Esta es, hijo mio, la causa del llanto que me has visto derramar durante el sacrificio; es preciso separarnos: Ceres lo manda, debemos obedecer.

El tierno Numa, sin responder á Tulio, le mira llorando, alza los ojos al cielo, y parece dudar entre su padre y los Dioses; pero el anciano le escorta, le anima, y Numa se decide á marchar. Toma la mano de Tulio, y estrechándola entre las suyas, le dice: me has prometido ¡oh padre! conducirme al sepulcro de Pompilio, y dejarme besar la urna que contiene las cenizas de mi madre. = Sígueme, ahora mismo quiero satisfacer tus deseos. Dices, y caminan al templo.

Detras del altar de la Diosa habia una puerta de bronce, cuya llave solo Tulio tenia; abre la puerta, y baja algunos escalones: Numa le sigue sus-

pirando. Llegan á una bóveda sin mas luz que la escasa de una lámpara. Allí sobre un sepulcro de mármol negro, de sencilla escultura y sin inscripcion, se veia una urna de plata, cubierta de un velo negro: á su lado habia un billete, una espada, y un hucle de cabellos rubios. Al entrar en la bóveda, Numa se arrodilló, y Tulio, levantando con respeto la urna y presentándola al jóven, le dice: besa, hijo mio, estos restos venerables: toca esta urna que encierra las cenizas de la mejor de las madres y del mas tierno de los esposos. En este instante tienen puestos los ojos sobre tí, desde los Elíseos te contemplan y prefieren á todas las delicias inmortales que los cercan, el espectáculo de la piedad de su hijo.

En tanto Numa estrechaba entre sus brazos la urna regada de las lágrimas que vertia: la arrimaba al pecho, y le parecia que aquellas amadas cenizas volvian á animarse. ¡Con qué pena se las volvió al Pontífice! sus manos seguian la urna cuando esta se apartó de él.

Vuelve Tulio á cubrirla con el velo, y tomando la espada, el billete y

los cabellos, este es, le dice, el acero que defendió á tu madre y á la patria: el mismo que nunca se desembaynó injustamente, ni vertió otra sangre que la de los enemigos del estado. Yo te le entrego, hijo mio, para que hagas de él el propio uso: ¡oh! quiera la poderosa Ceres (á quien le habia yo consagrado) mueran á sus filos todos los que conspiran contra tu vida! Este billete le escribió tu madre poco ántes de morir: está dirigido al Rey Tacio, y te será útil para ocupar en su corte el puesto digno de tu nacimiento.... Me parece escusado decirte que estos cabellos son de tu madre: vino á ofrecerlos á Ceres el dia que obtuvo un hijo. ¡Oh Numa! llévalos siempre contigo: los corazones sensibles saben apreciar estas prendas de amor y piedad.

Diciendo esto salen de la bóveda. Vuelve Numa á la casa del Sumo Sacerdote, y dispone lo necesario para su viage. Se despoja de la túnica y manto de lino, viste la toga, y este traje le da nueva gracia y magestad. El anciano le mira y suspira; su corazon le anuncia mil peligros cifrados en este

trage: desecha no obstante esta idea, y se ocupa en procurar que nada falte á su hijo. Pródigo su cariño, le hace pensar en necesidades, que nunca tendrá; se priva de todo para enriquecerle, y temiendo su repugnancia, á escondidas mete entre los vestidos de Numa el poco dinero que tenia. Sin él, se decía, de nada necesito, y cuando esté lejos de mí, todo le será necesario.

Entre tanto se acerca el instante fatal: ya está pronto el carro que ha de servir á Numa. Sube en él Tulio con su hijo, quiere acompañarle hasta la salida de la selva sagrada, y allí le da su ternura los últimos consejos.

Perdóname, hijo mio, perdona que tiemble al verte tan jóven abandonar nuestras pacíficas moradas y el asilo en que ha estado tu inocencia hasta ahora libre de todo riesgo, para ir á vivir en una ciudad temible y peligrosa aun para el hombre mas prudente y experimentado. Te veo sin experiencia, sin guia, sin consejo y sin amigos, porque á tu edad no es posible tenerlos, y el crecerlo es otro riesgo mas. Te considero puesto en medio de dos pue-

blos, que unidos por razones políticas, están no obstante divididos por genio, y siempre se miran como dos naciones diferentes. No está apagado el ódio entre Romanos y Sabinos; aun lo está menos entre sus Soberanos: Tacio, el mejor de los Reyes, tu pariente y Monarca; Tacio que fué el objeto de nuestras adoraciones el tiempo que vivió entre nosotros, afable, sensible y amigo de la paz, posee virtudes mas sólidas que brillantes: administra justicia, hace todo el bien que puede; esta es su vida. Rómulo al contrario, que por adquirir vasallos ofreció asilo á todos los foragidos y malechores. Rómulo, digo, ha conservado las costumbres feroces del primer pueblo que mandó. Apasionado de la guerra, devorado de ambicion y atormentado de una insaciable sed de conquistas, declara la guerra y sujeta sucesivamente todas las naciones vecinas de Roma: solo ama y estima á sus soldados, solo sabe vencer, y no conoce otro género de grandeza.

Un alucinamiento fatal y común á todo el género humano, es causa de que un conquistador es mas admirado

que un buen Rey, y la verdadera virtud resplandee menos que la falsa gloria. Espero y me prometo que sabrás distinguirlas, y que conocerás cuan superior es Tacio á su cólega: no creo que abandones á un Rey justo, al pariente, al amigo de tu padre, al vengador de Pompilia, para seguir á un conquistador feroz é inhumano, todavía manchado con la sangre de su hermano, y cuya abominable traycion ocasionó la ruina de tu patria y la muerte de tus padres.

... Pero aun la misma corte de Tacio es para tí una mansion peligrosa. Estarás en Roma, cuyos guerreros habitantes perdonan todo á la juventud menos la falta de valor; este mismo valor en los combates, degenera en ferocidad sino está unido á otras virtudes. Serás valeroso, no lo dudo: ¿cómo podria dejar de serlo el hijo de Pompilio? Pero tus costumbres, esas costumbres tan puras que te han grangeado la proteccion de la casta Diosa: ¿podrás acaso conservarlas? Cree, Numa querido, que no tengo interes en prohibirte los placeres sensuales; no pretendo, usando del austero language de mi edad,

pintártelos con falsos y espantosos colores : no, hijo mio : los placeres ilícitos tienen delicias reales y mucho atractivo ; la naturaleza nos arrastra hácia ellos ; es preciso pelear incesantemente para resistirla , y cuanto mas sensible es nuestro corazon , tanto mayor es su debilidad. Pero en el instante mismo que cedas , los remordimientos se apoderarán de tu alma ; perderás aquella dulce paz , aquella estimacion , aquel respeto de tí propio , que son la delicia de la vida : tu corazon humillado y abatido no tendrá ya el mismo vigor , el mismo amor al bien , y desde el punto que el vicio habrá manchado tu alma , sufrirás el atroz suplicio que resulta de conocer la virtud y haber podido abandonarla.

Como nunca he vivido en la corte, no te puedo dar consejo acerca del modo con que debes manejarte ; pero conozco las obligaciones de un hombre , y en todas partes es preciso serlo. Darás á los empleos eminentes el respeto que se ha convenido en concederles ; y á la virtud , en cualquiera estado ó sugeto que la encuentres , tributarás el culto que la es debido. Hay de los

perversos, pero sin manifestar que los temes: sé reservado aun con los buenos. No profanes la amistad abusando del nombre de amigo. Pesa tus palabras y reflexiona ántes de obrar. Desconfíate siempre del primer movimiento, escepto cuando te arrastre á socorrer á cualquier desgraciado. Respeta á los viejos y mugeres, ten lástima de los débiles, y sé continuamente el escudo y amparo de los infelices.

Si la Diosa, como lo espero, te colma de felicidades, me lo avisarás: estas nuevas me alargarán la vida; pero si el cielo quiere probarte con desgracias y contratiempos, ven á verme.

Hablando así llegaron al estremo de la selva, en donde debían separarse. Párase el carro, y los ojos del sensible jóven se llenan de lágrimas. ¡Valor, le dice el anciano, valor! Numa, volverémos á vernos; es corta la distancia desde aquí á Roma, y... ¡Ah padre mio! esclama Numa deshecho en llanto, sin duda volveré á verte, pero no viviré contigo, no te veré á cada instante como hasta aquí: las mañanas se pasarán sin que mi padre me haya abrazado; el día acabará sin

que Numa te haya oído. ¡De qué felicidad disfrutaba á tu lado! No he sabido conocerla, no he dado á los Dioses las gracias debidas, y ahora... Vámonos, hijo, interrumpió Tulio con voz que procuraba manifestar severa, obedezcamos á Ceres, y no murmuremos contra ella. ¿Pues qué, siendo yo el mas viejo, el mas débil, debia animarte? ¿Crees que no padezco y siento como tú? ¿Piensas que mi triste corazón?...

El llanto le corta la voz, las fuerzas le faltan, y cae entre los brazos de Numa; pero recordando en breve su entereza, á Dios, le dice, hijo mio, dentro de poco tiempo volverás á verme, ó iré yo mismo á buscarte á Roma. A Dios, no olvides á Tulio. Dicho esto se aparta, y con pasos presurosos se interna en la selva.

Numa desconsolado, penetrado de dolor, queda con los brazos estendidos hácia él y le grita tres veces, á Dios. Sus ojos le siguiéron hasta que le perdió de vista: entónces, abandonando las riendas á los caballos, toma el camino de Roma.

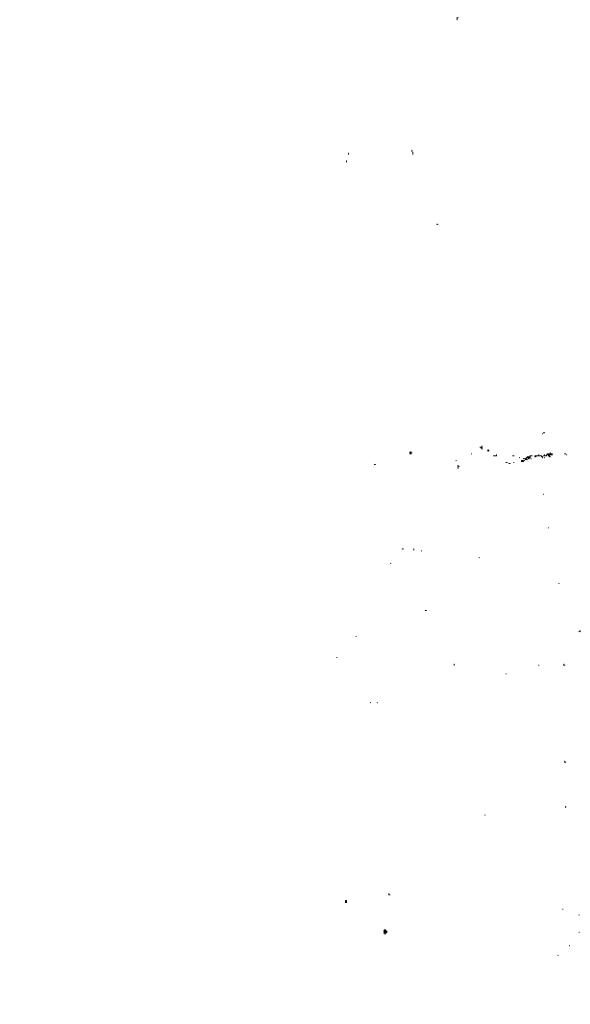
NUMA POMPILIO,

SEGUNDO REY DE ROMA.

LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO.

Numa, caminando à Roma, se detiene y queda dormido en un bosque, en donde tiene un sueño misterioso, y despues sigue su viage. Descripcion de la campiña de Roma y de esta ciudad de Marte. Acogida que Tacio le hace. Carácter de este buen Rey, de su hija, y de Rómulo y Hersilia. Encuentra Numa à Hersilia y se enamora ciegamente de ella. Primeros efectos de su pasion. Regreso y triunfo de Rómulo.



LIBRO SEGUNDO.



Numa se apartaba á pesar suyo del sitio que le habia visto nacer; mil ideas dolorosas le ocupaban. Abandono á mi padre, se decia, en la edad en que mas falta le bago: renuncio á las obligaciones, á los dulces recreos gratos á mi corazón, dejo los compañeros, los amigos de mi niñez, y todo para ir á vivir en una ciudad, en la cual nadie me amará. ¡Ah! bien conozco que no podré vivir en ella. Padeceré como un árbol tierno transplantado en terreno que no le conviene: las benignas influencias del Sol y de los rocíos, le son inútiles: sus hojas marchitas y ajadas cuelgan á lo largo de sus ramas: sus raíces no reciben alimento, y ha empezado á morir desde el instante que fué arrancado de la tierra que amaba.

Aun no habia hecho dos millas, cuando acosado del calor, y aun mas de

sus tristes pensamientos, entró en un bosquecillo, cuya sombra y frescura convidaban al descanso. Atraído del murmullo de un arroyuelo que corría por él, detiene sus caballos, baja del carro, y dejánle al cuidado de dos esclavos, sigue el arroyo hasta su origen, que era una fuente consagrada al Dios Pan. Se arrodilla ante la estatua del Dios, pidiéndole permiso para apagar la sed en sus aguas, y después de haber refrescado sus sedientos labios, se tiende sobre la fresca yerba á las márgenes del agua, y se duerme.

En tanto que dormía tuvo un sueño: parecióle ver un carro tirado de dos dragones, que bujaba hácia él desde una alta nube. Ocupaba este carro la Diosa Ceres coronada de espigas, teniendo en las manos la hoz y gavillas que la caracterizan; paróse sobre la cabeza de Nana, y mirándole con suma bondad, le dijo así:

Hijo de Pompilia, quise mucho á tu madre y velo sobre tu suerte. He resuelto concederte el primer voto que formes: sea el que fuese: habla pues; dime lo que mas deseas y al punto lo conseguirás. Siendo así, replicó al ins-

taute Numa, haced, ó Diosa inmortal, que Tulio rejuvenezca, que comience nueva vida, y que jamas.... Tu petición, interrumpió la Diosa, es superior á mi poder. Júpiter mismo no puede alargar la vida de un mortal: no le obedecen las crueles parcas; han cortado el estambre de Perseo, de Hércules y otros hijos queridos del padre de los Dioses, cuando el destino superior á esto, ha querido que dejaran de vivir; forma, pues, un desco para tí, y cree firmemente que pidiendo tu felicidad consigues la de Tulio.

Si así es, oh deidad protectora, haceldme digno de él; fructifiquen en mi pecho las lecciones de aquel venerable viejo: concededme la sabiduría; Tulio dice que en esta sola consiste la felicidad.

Ya tenia yo prevista tu petición, respondió Ceres, he pedido á mi hermana Minerva que te colme de sus dones. Mas no por eso presumas llegar á ser su favorito como lo fué el hijo de Ulises. Ningun mortal, Numa querido, puede lisonjearse de acercarse al divino Telémaco. Esta es la obra maestra de Minerva, y ni aun ella misma

se atreveria á intentar igualarse con su obra. ¡Pero, feliz con todo aquel que, aunque de lejos, camine sobre sus huellas. ¡Feliz el héroe que merezca alguna mirada de la Diosa, y que ocupará el segundo lugar aunque tan distante de su modelo! (a)

(a) Nota del traductor. *El gran mérito que he creído hallar en toda esta obra, me ha movido á traducirla; pero de cuantas ideas hay en ella, ninguna me ha parecido mas bella é ingeniosa que el medio empleado aquí por el Caballero Florian, para tributar al immortal, al virtuoso, al grande Fenelon un elogio tan debido. En efecto, si hay una obra que reúna la hermosura del estilo, la locucion mas pura, un plan exacto y bien seguido, y las máximas mas sublimes de la moral con el deleyte é instruccion del lector, es sin disputa el Telémaco. ¡Qué lástima que su misma belleza original nos prive de gran parte de la que pierde en las traducciones que tenemos! Se me dirá, que por qué hago el mismo sacrificio con el pobre Numa? Respondo con sinceridad, confesando que soy uno de los mutiladores que hoy infestan la literatura*

Al decir la Diosa estas palabras, Numa se cree transportado al templo de Minerva. Quiere llegar hasta la Diosa, pero una nube de oro le cierra el santuario, y le priva de ver la divinidad: en vano se esfuerza por penetrar la nube; en vano implora el auxilio de Ceres, esta se le niega, y por

española, y que en cierto modo incurro en los anatemas que la juiciosa crítica lanza contra nuestro gremio infeliz; pero viendo publicarse, Casandras, Colecciones de novelas, Dias Alegres, &c. me ha parecido que por mucho que desfigure mi original, quedará el esqueleto, por lo menos, tan legible y algo mas útil que el de las susodichas producciones. A la verdad, creo que el Numa Pompilio de Florian, las Memorias de la virtud, y las tres novelas de Richardson, Clarisa, Grandison y Pamela, deben no confundirse con el farrago de romances y novelas, de que está inundada toda la Europa con tanto daño en las costumbres de la juventud de ambos sexos. Esta, que es nota, mando y quiero que sirva al mismo tiempo de Prólogo, Prefacion, Advertencia y Dedicatoria.

señas le manda que oiga. Entónces Minerva le habla: Numa se postra en tierra con el rostro pegado al suelo. Oye á la sabiduría que le instruye de todas sus obligaciones; experimenta á un mismo tiempo un santo respeto y la dulce persuasion. Pero cuando se levanta para dar gracias á la Diosa, esta, la nube y templo han desaparecido. Se halla Numa en medio de un bosque, y ve sobre un banco de céspedes una bellísima Ninfa vestida de blanco, sentada, y leyendo con suma atencion. En su rostro brillan la paz y el candor: la modestia y la dulzura unidas con la magestad, estan en torno á ella; de este modo se nos representa á Ástréa meditando en la felicidad de los humanos. Numa que se siente arrastrado por un encanto irresistible hácia aquel hermoso objeto, pregunta á Ceres como se llama: la Diosa le nombra Egeria, y al pronunciar este nombre desaparece todo.

La sorpresa, la conmocion que sintió Numa le despertáron. Turbado todavía con el sueño misterioso, apenas puede volver en sí. Mira á todas partes, y solo descubre la fuente de Pan,

los árboles y el arroyo, en cuyas márgenes se había deruido. Empero, no dudando que el sueño que ha tenido le ha sido enviado por Júpiter, dirige sus oraciones al dueño del rayo, y despues de ofrecer un sacrificio á Ceres y Minerva, sale del bosque y vuelve á subir en su carro.

Continuando su viage, atraviesa el pais de los Fidenatos, y en breve llega al territorio de Roma. Fácilmente le distingue del de sus comarcas: los campos estan desiertos, las tierras incultas solo producen cizaña, los ganados flacos y dispersos hallan apenas un escaso alimento; no se ven segadores que recojan los abundantes dorees de Ceres, ni espigaderas que sigan cantando la familia del labrador: no se ve pastor alguno que recostado á la fábula del collado, sin temor por sus ovejas, que confia al cuidado del can zeloso y fiel, cante al son del rústico instrumento la hermosura de Amarilis ó las delicias de la vida pastoral. Todo es tristeza, silencio y dolor. Despoblados los lugares, solo ofrecen á la vista mugeres y ancianos: esta llora su esposo, aquella su hermano, perdidos en los combates.

Aquí está un viejo desconsolado que va á morir sin socorro ni auxilio: ya no tiene hijos; acaban de arrebatárle el último para servir en las tropas de Rómulo; este padre desesperado arroja lastimosos gemidos, se mesa las canas, y enagenado de dolor, maldice la ambición y las armas de su Rey. Allí se ve una madre que huye con el solo hijo que la queda: sabe positivamente que vendrán á arrancarle de entre sus brazos; prefiere abandonar sus lares, su patria y el campo que la mantenía, é ir á mendigar su sustento entre un pueblo extraño, pero que á lo menos la dejará su hijo. La pobreza, la desolacion y el temor, ofrecen por todas partes su espantosa imágen, y los vasallos de Rómulo no conocen el descanso ni la felicidad, desde que su señor conoce la gloria.

¡Oh Dioses inmortales! esclama Numa: ¿Es este aquel pueblo orgulloso tan envidiado de las otras naciones, y el que por sus victorias se ha hecho tan famoso y temible? Véole infeliz, pobre, y mas digno de lástima que todós los que ha vencido. ¡Este es, pues, el precio de la gloria! ¡Ah! me-

¡or diré que es un efecto de la justicia del cielo: los Dioses han querido que los conquistadores sufriesen los mismos males que ocasionan, y que comprasen con su propia desventura la que derraman entre los vencidos.

Entónces comparaba Numa la felicidad de que gozaban los Sabinos, la abundancia y la alegría que reynaba en sus campiñas, con el espectáculo que tenia á la vista: se acordaba de todo cuanto Tulio le habia dicho de la guerra y clamaba á los inmortales para que hiciesen nacer Reyes pacíficos, cuando de improvizo el aspecto de Roma hirió sus ojos. Aquel monte Palatino, antiguo asilo de pastores y ganados y ahora rodeado de fuertes muros, altos torreones y fosos profundos que le defienden: aquel famoso capitolio que domina toda la ciudad, en cuya cumbre se distingue ya la fábrica del templo de Júpiter; todo lo ve Numa; todo le infunde respeto y temor; contempla, admira y se adelanta.

Llega á las puertas y las halla ocupadas de un número crecido de jóvenes guerreros, cubiertos de armas resplandecientes, apoyados sobre sus lanzas,

altas las cabezas, y agitando con orgullo el penacho que ondeaba sobre sus yelmos. Su ademan altivo, su feroz continente, llena de terror aun á los que no amenazan, y ya parece leerse en sus semblantes que sujetarán todo el Orbe.

Entra Numa en la ciudad; por todas partes mira la imágen de la guerra, por todas partes escucha el estruendo de las armas. Aquí se muda una guardia, allí se enseñan los soldados visos; mas allá se obliga al indómito potro á obedecer el agudo sonido de la trompeta: corren derretidos los metales por arroyos en las fraguas; el escudo, la coraza, resuenan sobre la vigornia; gime el bronce bajo los pesados martillos. Parece que todos los fuegos del Etna se han encendido en Roma, y que los Cíclopes trabajan en forjar cadenas para el Universo.

Poco acostumbrado Numa á este ruido, experimenta una sorpresa mezclada de terror. Impaciente de ver á Tacio, pregunta por su palacio y se lo enseñan; estaba situado en el barrio mas apartado del bullicio. El buen Tacio alejaba de sí el tumulto y los soldados; no queria mas guardia que

el amor de sus vasallos: á cualquier hora se le podia hablar, y se hallaba á su puerta mayor número de pobres que de áulicos.

Admitido á su presencia, Numa se nombra y le presenta el billete de la desgraciada Pompilia. Apenas le hubo leído Tacio, cuando prorrumpiendo en un grito de alegría se arroja en los brazos del jóven. ¡Oh dia venturoso para mí, exclamó, cuanto debo al Pontífice que me vuelve el hijo de mi mas tierno amigo! Sí, reconozco las facciones del esforzado Pompilio: estos son sus mismos ojos; este aquel mismo ayre dulce y cariñoso. Tú me amarás como él me amó, sí, lo espero y lo creo. Tu vista me alivia del peso de los años: me quejaba á los Dioses de no tener mas que una hija, y ellos piadosos me envian un hijo.

Diciendo estas palabras, le abraza de nuevo, y hace llamar á Tacia, su hija. Tacia, menos recomendable por su belleza que por su modestia, dulzura y estremado amor á su padre, llega, y Tacio presentándole á Numa: este es tu hermano, la dice, este es el que debes amar como el consuelo y apoyo de mi vejez:

este es, en fin, el hijo de Pompilio de quien tantas veces te he hablado. ¡Oh días de mi felicidad, con qué rapidez habeis pasado! ¡Numa, tú me lo recuerdas, aquel tiempo feliz en que tranquilo en la Sabinia, Rey querido de mi pueblo adorado, padre, esposo y amigo feliz, pasaba mi vida entre la madre de Tacia, Pompilio y el sabio Tulio.

Mi familia (así llamaba yo á mis vasallos) no era tan numerosa que me impidiese cuidar á cada uno de mis hijos en particular: todos los conocia, iba amenudo á visitarlos, y cuando con Pompilio habia recorrido mi pequeño estado, daba gracias á Júpiter por haber limitado mi reyno, no dándome mas vasallos que aquellos que podia hacer felices. Hoy dia, ¡qué mudanza! Destruido, lejos de mi patria, preso mas que soberano sobre un trono extranjero, lloro todos los dias... pero te veo, y no debo ya quejarme. Estarás en mi compañía, Numa: tú me compensarás de todo lo que he perdido, y quizas un dulce lazo, asegurándote mi corona, asegurará al mismo tiempo mi felicidad. Pero ya habrá tiempo de explicarte mis designios; por

ahora solo quiero pensar en disfrutar del gusto de verte.

Así habla el buen Rey, y su gozo hace aun mas vivo el placer que naturalmente tenia en desahogar su alma noble y sensible con largos razonamientos.

Su hija, que ha penetrado sus últimas razones, baja los ojos, pero en breve los dirige á Numa. Admirada de su belleza y noble continente, observa con indecible complacencia la dulzura de su fisonomía, su ayre tímido y expresivo, y aquella gracia tan atractiva hija del candor y la inocencia. Esta era la primera vez que Tacia miraba á un jóven: lo conoce, se avergüenza y vuelve la vista á su padre.

Numa ocupado con el Rey, besaba sus manos y le prometia una ciega obediencia. No hables de obedecer, le responde Tacio: ha muchos años que soy Rey y con todo nunca he gustado de mandar. Presto conocí que era preciso renunciar al placer de ser amado si queria ser temido, y he preferido los amigos á los esclavos. Rómulo ha favorecido mis ideas; hemos dividido el poder absoluto: Rómulo se ha quedado con

el mando del ejército, la disposicion y arreglo de los tributos y el castigo de los delitos; y yo, mas feliz, tengo á mi cargo la administracion de la justicia, la disminucion de los impuestos, la recompensa de las buenas acciones, y finalmente, todas las funciones que hacen los Reyes mas parecidos á los inmortales. Siempre estoy temiendo que mi colega abra los ojos sobre la desigualdad de nuestra suerte, y que conozca al fin que todo lo bueno me toca á mí, y á él todo lo malo. Pero hasta ahora, gracias al cielo, no lo ha echado de ver; y en su ceguedad manifesta estar tan contento con su suerte, como yo con la mia.

Te presentaré á este Príncipe luego que vuelva de una expedicion que ha emprendido contra los Antemnatos. Los vencerá, no lo dudo; porque hasta ahora ningun guerrero ha poseido en el grado que Rómulo el valor de un soldado y los talentos de un general. Su estatura grande y magestuosa, su gesto audaz y amenazante, sus fuerzas sobrenaturales, y el indomable valor que le hace salir bien de los mas arriesgados lances, son nada comparados con su pro-

digiosa actividad. Se ofrece una marcha, un sitio, una batalla, en todas partes se halla, todo lo ve: dispone, manda, ataca y defiende á un mismo tiempo. Su cabeza y su brazo no conocen lo que es un instante de inaccion, y este ejecuta siempre lo que aquella ha determinado.

Hersilia, su hija única, le acompaña en todas sus expediciones. No hay belleza que pueda compararse á la suya. Todos los Reyes del Lacio arden en las llamas de sus ojos: todos han venido á poner las diademas á sus pies; pero esta altiva Princesa los ha despreciado. Acostumbrada á las armas desde su infancia, digna hija de Rémulo, se ha dedicado enteramente á los ejercicios de Palas. Cubierta la cabeza de un pesado yelmo y con la lanza en la mano, sigue á campaña y defiende á su padre en los combates. Su hermosa y delicada mano sabe gobernar el poderoso é indócil bruto, que tascando el espumoso freno, obedece como á pesar suyo á un dueño, cuyo peso le parece tan liviano. Desarmada y en el traje de su secso, es aun mas temible: aquellas manos que saben usar tan bien de la espada, usan con igual perfeccion de la lira; y mezclando

las acordes melodías , con los encantadores ecos de su voz , viene á cantar las hazañas y triunfos de su padre , después de haber participado de sus riesgos.

Tales son Rómulo y su hija : no he disminuido en nada sus brillantes prendas ¡Ojalá pudiese añadir un largo elogio de sus virtudes ! Pero los conquistadores las desprecian , y Rómulo nada sabe estimar fuera del valor y talentos militares. Su hija , criada por él entre el tumulto de los reales , no ha podido menos de contraer cierta aspereza. Tan hermosa como Juno , tiene el orgullo de esta Diosa ; y adquiriendo la fuerza y valor de nuestro seco , parece que ha perdido mucho de la dulzura y bondad , que son el mas precioso adorno del suyo.

Ahora que ya conoces á Rómulo y Hersilia , eres dueño de establecerte con ellos ó con nosotros : puedes libremente escoger entre sus reales ó mi palacio. Quiero ser tu amigo , tu padre , si me permites tan dulce nombre ; pero siempre serás dueño de tí mismo ; y con tal que me ames y seas feliz , Tacio estará contento. .

Numa renovó al buen Rey las protestaciones de su inmutable ternura. Su eleccion está hecha : jamas dejará al amigo de su padre , á su Rey, y al que Tulio le ha propuesto por modelo. Le repite una y muchas veces que nada habrá que le haga mudar de resolucion, y que verá con ojo indiferente , así la belleza y gracias de Hersilia , como la gloria de Rómulo : lo jura por todos los Dioses, y la sensible Tacia oye con alborozo este juramento.

Pasados algunos dias consagrados al amor de Tacio, Numa, que no ha olvidado su sueño, llega á saber que el templo de Minerva está en medio de una selva sagrada llamada el bosque de Egeria. Sorprendido de la conformidad de este nombre con lo que habia visto y oido en el sueño , corre al bosque poco distante de Roma, y le palpita el corazon al caminar por las oscuras bóvedas que formaban las ramas. Un silencio religioso reyna en todo él : el zéfiro agita apenas aquellos poblados olmos y los antiguos álamos, que elevan sus cabezas hasta las nubes ; solo se oye el blando ruido de sus ojas meneadas por el viento.

Numa se acerca hácia el templo, á donde va á dirigir sus votos; su imaginacion inquieta le recuerda la Ninfa: no se atreve á formar esperanzas de hallarla, y con todo sus ojos la buscan; cuando de improviso descubre, sobre un banco de céspedes semejante al del sueño, una guerrera recostada y sepultada en un sueño profundo. Apoyada la cabeza desarmada sobre el escudo: el yelmo estaba á su lado: sus largos y negros cabellos caian sobre su coraza en bucles multiplicados, y hacian mas brillante su noble y magestuosa belleza. Á su derecha tenia dos javalinas, y al lado ceñida una rica espada: su manto recogido hasta la rodilla dejaba ver el coturno de púrpura sujeto con una presilla de oro. De este mismo modo iba la hermana de Apolo á descansar sobre la cumbre del Ménalo, despues de haber vaciado su aljaba en los montes de Erimanto: las Ninfas y las Dríadas velan en torno de ella; el zéfiro teme agitar las ojas; y el rostro de la Diosa conserva, aun durante el sueño, el gesto severo y helicoso, que lejos de alterar su hermosura parece que la aumenta.

Tal y aun mas bella estaba la divina amazona ; cree Numa que es Palas ; se arroja de rodillas , quiere hablar , quiere dirigirla sus oraciones , y no halla con las palabras : la lengua se le pega al paladar , su boca queda entreabierta , los brazos estendidos y sin accion , y sus ojos deslumbrados y sin movimiento quedan fijos en aquel amable objeto.

En este instante dispierda la guerrera , ve á Numa y al punto se pone en pie : ya el terrible yelmo cubre su cabeza ; ya agita sus javalinas y con voz tronante prorunpe en estas palabras : cualquiera que seas , jóven temerario , que veniste á turbar mi descanso , dá gracias al destino que te ha ofrecido á mi vista desarmado : si pudieras defenderte este brazo castigaria tu aulacia.

¡ Oh Diosa , le responde Numa , calma tu enojo ! iba á tu templo á ofrecer mi corazon y mis votos... te he visto , y mis piernas trémulas me han abandonado. La presencia de una divinidad oprime á todo débil mortal , y si es delito mirar una Diosa , considera que mis ojos deslumbrados no han podido sufrir el resplandor de tu presencia.

Estas palabras desvaneciéron la có-

lera de la amazona. Al puntó baja la punta de los dardos, y mirando á Numa con una sonrisa encantadora, le dice: Depon el temor, no soy deidad; el gran Rómulo es mi padre, y voi á Roma á anunciar la victoria que acaba de conseguir. Prosigue, pues, tu camino al templo; anda, y pide perdon á Minerva de haberla podido equivocar conmigo.

Dijo, y dando un golpe en el escudo, al ruido acude su comitiva: la presentan un brioso caballo, se arroja sobre él, le aplica los acicates y huye mas veloz que el viento.

Numa queda inmóvil, atónito, lleno de una sorpresa y admiracion que jamas habia experimentado. Sus ojos siguen á Hersilia tanto cuanto alcanzan: la pierde de vista y aun le parece que la está mirando. Mil pensamientos confusos llenan su alma, todas sus ideas se amontonan y ofuscan sus potencias. Procura salir de su turbacion, y cuanto mas lo intenta se le aumenta mas. Vuelve sus miradas al sitio que Hersilia ha ocupado, y no puede apartarlas de él. Todavía cree que la ve y la oye: cada voz que ha pronunciado resuena en sus oídos;

todos los gestos que ha hecho estan en su imaginacion. Tiene presente aquel ayre grande y magestnoso, su talle noble y agraciado, sus negros y hermosos cabellos, aquellas facciones llenas de gracia y altivez; y el conjunto de esta imágen esta grabado en su corazon y se refleja en cuanto mira.

¡He aquí explicado (prorumpió al cabo de un rato) el sueño misterioso! Estoy en el bosque de Egeria; este es el asiento que ví, y aquella celestial belleza que me arrebató es Hersilia, no hay que dudarlo. ¡Oh Hersilia, Hersilia, dulce nombre! En la turbacion que me oprime, solo hallo descanso y alivio pronunciando el adorable nombre de Hersilia! ¿Pero quien soy yo para atreverme á amarla? ¿Podré aspirar, ay de mí, á una beldad que los Dioses mismos me disputarán? A lo menos podré seguirla á donde quiera que vava, podré adorarla en silencio y dirigirla mis votos como á una deidad: aun así será mi suerte harto venturosa. Sí, bellísima Hersilia, voy á ser un soldado de tu padre, guiaré tus caballos, te daré los dardos, seré tu escudo en las peleas, y si acaso alguna saeta dirigida contra tu preciosa vida me

átravesase el pecho, ántes de espirar me atreveré á decirte : muero feliz muriendo por tí.

Así se espresa Numa, y aquella alma nueva y ardiente se abre enteramente al amor. Semejante á las maderas resinosas que una chispa incendia y consume, Numa comienza á amar, y ya su pasión llega á lo sumo. Ya no piensa en Minerva, vuelve á Roma aceleradamente, siguiendo por el polvo del camino las huellas del caballo de Hersilia. Entra en la ciudad enteramente desatinado, discurre por todas partes sin hallar lo que busca, y no se atreve á preguntar por el palacio de Hersilia: tiembla al querer decir á otros un nombre que en su interior repite con tanto deleyte.

Cansado de buscar inútilmente, vuelve al palacio de Tacio, y el primer objeto que se le ofrece es la misma Hersilia, dando cuenta al sabio Monarca de la victoria de su padre. Admirado Numa y arrebatado de gozo, se detiene, tiembla y baja los ojos. Hersilia le conoce y pregunta á Tacio si aquel jóven es de su corte. Es mi hijo, la responde el Rey, á lo menos como á tal le

quiero: su padre fué el mas valiente y virtuoso de los Sabinos; es de mi sangre é hijo de mi mayor amigo. Al decir esto, corre á Numa y manifiesta inquietud al ver la palidez que cubre su rostro. Numa procura con voz balbuciente desvanecer sus temores: Hersilia le mira, y la palidez se cambia en el color mas encendido; no puede pronunciar palabra alguna, y sus ojos, que poco á poco se iban levantando hasta el rostro de la Princesa, vuelven á fijarse al suelo aun ántes de haberle visto.

Tacio, demasiado viejo para acordarse bien de los primeros efectos de una pasión amorosa, se sonríe al ver tanta timidez, y procura escusarla con Hersilia, diciéndola la edad de Numa y la educacion que ha recibido; y aprovechando esta ocasion para hablar de las virtudes de Tulio y de las de su amable discípulo, se complace en hacer un largo elogio del hijo de Pompilio.

Hersilia le escucha con gusto; vuelve los ojos á Numa, á quien el encendido color de sus mejillas prestaba nuevo realce, y penetra mejor que Tacio la verdadera causa que le turba y agita: esta es la vez primera que se com-

place de haber inspirado amor. Se des-
pide de Tacio, y en aquel instante sus
ojos se encuentran con los del apasio-
nado Numa. ¡Oh, como penetró sus al-
mas esta mirada! Sacó Numa de ella la
esperanza y Hersilia el amor.

Desde aquel punto mismo se olvida
de sí propio el hijo de Pompilio; ocupado
únicamente de Hersilia, ó la vé ó la bus-
ca; de dia sigue sus pasos y por la noche
piensa en ella. Ya no se acuerda del Rey,
ya se ha olvidado de Tulio y sus pre-
ceptos: la virtud, la gloria que ántes
inflamaban su alma, han perdido toda
su fuerza: solo á Hersilia ve en todo el
universo: Hersilia es el único objeto de
sus pensamientos, el único fin de todas
sus acciones: todas sus potencias le bas-
tan apenas para Hersilia, y su corazon no
produce otros afectos que los de amor.

¡Oh desgraciado jóven, un solo dia,
un instante solo ha destruido para siem-
pre el fruto de tantos años de lecciones!
He aquí el favorito de Ceres, el hijo de
Pompilio, el alumno del venerable Tu-
lio, aquel modelo de virtud y sabiduría
destinado á tan alta suerte, véasele en-
tregado á una pasion insensata y esclavo
de la violencia de sus sentidos. De-

echa todos los dones que el cielo deramaba sobre él , por correr tras de una vana apariencia de felicidad , que será el tormento de su vida. Perdido el valor, alucinado su entendimiento, sin virtud, sin razon que le gobierne , va á perecer como un frenético sin conocer el mal que le acaba.

Entretanto, Rómulo, vencedor de los Antemnates, conducia sus tropas á Roma. Habia muerto con sus propias manos al Rey Acrón, su enemigo, y los Romanos le preparaban un triunfo, que debia servir de modelo á los que en adelante se concediéron á los destructores del universo.

Tacio , á la cabeza de todos los ciudadanos vestidos de blanco, salió á recibir á su cólega. Árde el fuego sobre el ara de Júpiter Feretrino, los Pontífices y Arúspices aguardan al triunfador con palmas en las manos. El camino hasta el Capitolio está cubierto de flores; las puertas de las casas adornadas con festones y guirnaldas; y las Matronas Romanas vestidas de gala, llevando en brazos sus tiernos hijos, los estrechan contra el pecho, escitan su alegría con tiernas caricias, y les repiten mil veces

que van á ver á sus padres vencedores.

Ya á lo lejos se ven brillar las águilas; ya se oyen las trompetas, y á sus ecos responde el pueblo con vivas y aclamaciones. Entra el ejército en la ciudad, y se descubre el gran Rómulo, puesto de pie sobre un carro magnífico: cuatro caballos blancos como el armiño, uncidos de frente, tiraban de él. Parece, al ver su fiereza y animosos relinchos, que participan ufanos de la gloria de su dueño. Cubierto de las ropas triunfales, coronada la cabeza de laurel, Rómulo lleva en sus brazos el tronco de una robusta encina, moldeado á propósito para revestirle de las armas del Rey Acrón. Este peso enorme no fatiga al triunfador. Delante del carro camina la familia del Rey vencido, cubierta de luto, cargada de cadenas, bajas las cabezas y anegada en llanto. Un crecido número de esclavos cargados de los despojos, circundan el carro del vencedor: sus invencibles legiones le siguen dando gritos de alegría, y los ecos reproducen y publican contardos acentos la gloria de Rómulo.

Sube al Capitolio rodeado de un pueblo embriagado de prosperidades. Luego que llega al templo de Júpiter,

se arroja del carro sin dejar el trofeo del vencido. Gime la tierra bajo sus plantas, y el choque de las armas de Acrón resuena á lo lejos. Camina Rómulo al altar, pone la encina ánte la estatua del Dios y esclama: ¡Oh padre de los Dioses, recibe los primeros despojos ópimos que los Romanos te consagran! Haz que este gran día sea para siempre famoso en los fastos de mi nación, que se renueve á menudo, y que mis descendientes, imitándome, cuelguen á estas bóvedas sagradas los despojos del mundo entero!

Dijo, y agarrando un toro furioso, que veinte sacrificadores podían sujetar apenas, lo arrastra con brazo robusto al altar, lo derriba, y arrancando algunos pelos de la espaciosa cerviz, lo inmolaba, y los sacerdotes acaban el sacrificio.

Luego que el fuego ha consumido la víctima, sale Rómulo del templo, y dirigiéndose á sus soldados, les dice: ¡Qué nos importa, Romanos, una victoria, cuando aun quedan enemigos por combatir! Hemos vencido á los Antemnatos; pero los Volscos, los Hernicos y los esforzados Marsos, nación entre las demas solo digna de pelear con vo-

sotros, no han recibido el yugo. Prevenios, pues, á marchar contra ellos. Hoy triunfamos, mañana irémos á merecer nuevo triunfo. Mañana os llevaré contra los Marsos, y al socorro de los de Capua, nuestros aliados. Romanos, os concedo este dia para abrazar vuestras mugeres é hijos, pero mañana, apenas la brillante aurora suba en su dorado carro, os juntaréis armados en el campo de Marte: vuestro Rey estará el primero de todos. De este modo harémos ver á toda la Italia, que nunca los vencedores necesitan de descanso.

Todas las tropas responden con gritos de regocijo: las legiones llevan sus águilas al palacio de Rómulo: una guardia escogida vela sobre este sagrado depósito, en tanto que los soldados restituidos á sus familias, reciben los abrazos de sus madres y esposas, y el amor y la ternura se dan el parabien de haber podido quitar un dia á la gloria.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

NUMA POMPILIO,

SEGUNDO REX DE ROMA.

LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO.

Numa abrasado del amor de Hersilia, quiere acompañarla. Tacio le da armas y le presenta al ejército. Júbilo de los veteranos Sabinos, al ver al hijo de Pompilio. Quiere Tacio seguirle á campaña, pero el pueblo guiado por Tacia, le hace desistir de su intento. Salida y marcha del ejército: Rómulo se junta con su aliado el Rey de Capua: descripción del campo de este Príncipe: Rómulo se separa de él. Llegada y discurso de los embajadores Marsos.

LIBRO TERCERO.



El triunfo de Rómulo acabó de perder á Numa. Su alma entregada ya á las violencias del amor, se inflama aun mas con aquel magnífico espectáculo que la encanta. La gloria de las armas, se le presenta como el medio mas seguro de merecer á Hersilia. Apenas ha concebido este designio, y ya se abrasa en deseos de ser un héroe. Dos pasiones; de las cuales una sola es suficiente para llenar de ardor y entusiasmo un pecho noble, se reunen y llenan de sus activas llamas aquel jóven corazon.

Vuelve Tacio á su morada, y Numa le sigue suspirando. Quisiera descubrirle su interior, pero teme las convenciones de aquel buen Rey; le mira y calla. Al modo que un niño tímido sigue á su madre con pasos inciertos, la detiene asiéndola de la ropa, la mira con sus ojos llenos de lágrimas, y sin hablar la pide le lleve en sus brazos; así Numa seguia á Tacio.

Conoce en su rostro el Rey parte de su interior desasosiego y le dice: Habla, hijo mio; ¿que puedo hacer por tí? Puedes contar que tus deseos se verán satisfechos, siempre que penda de mi arbitrio el hacerlo.

¡Oh padre mio! Los cielos saben, responde Numa, si mis palabras eran ciertas cuando protesté dedicar mi vida á ser el báculo de vuestra vejez, y esforzarme para imitar todas vuestras virtudes: pero he visto triunfar á Rómulo, y siento en mi alma un afecto hasta ahora desconocido. El amor de la gloria me inflama; la sed de los combates me devora. Soy sangre vuestra, hijo de Pompilio: á mi edad, vos y mi padre habiais vencido batallas; á mi edad habiais ya ceñido vuestras sienes con el laurel que ansioso deseo; y yo, hijo desconocido del valiente Pompilio; yo, pariente y amigo del esforzado Rey de los Sabinos, no he derramado hasta ahora otra sangre que la de las víctimas! ¡Oh padre mio, puesto á tus pies te pido me permitas que te imite! ¡Concédeme, pues, que siga á Rómulo, y que gane fama inmortal como tú y mi padre!

Dicé, y se arroja á los pies del venerable anciano, bajando la cabeza para ocultar su rubor.

Sosiegáte, le dice Tacio; yo que fácilmente te perdonaria una falta, ¿podré condenar un modo de pensar que apruebo y estimo? Solo mi ternura y cariño me hubieran hecho preferir, sin duda alguna, el verte pasar una vida quieta á la sombra de mi trono y en mi seno paternal; pero soy Sabino como tú, y sé cuan grande es el aliciente de la gloria. Numa, tu valor me agrada, pero floro no obstante al verte tan jóven, querer arrostrar los riesgos de la guerra mas peligrosa, que hasta ahora ha emprendido Rómulo; porque no quiero ocultarte que los enemigos que ha vencido son nada en comparacion de los que va á combatir. Los temibles Marsos, hasta ahora invencibles, son de agigantada estatura, y de una fuerza y valor prodigiosos: usan con destreza de la clava á imitacion del grande Alcides, y se dice que mojan sus flechas y dardos en jugos de yerbas venenosas; la menor herida da la muerte; ¡Qué dolor para mí, si tú!....

¡Qué gloria, interrumpió Numa

levantándose, qué felicidad para tu hijo la de aprender este noble oficio, peleando con tan dignos contrarios! Ahora conocerás que los Dioses me favorecen; pues me inspiran el mas vivo deseo de seguir á Rómulo en el instante en que va á esponerse á los mayores riesgos. ¡Oh padre! Lo que me has dicho me determina, y el honor y la patria te mandan que me dejes volar á las armas.

Un fuego divino resplandece en sus ojos al acabar estas palabras; su voz toma una fuerza y actividad increíble; su estatura y todos sus movimientos se llenan de nobleza y audacia. Así Aquiles disfrazado entre las hijas de Lico-medes, se abalanzó á la espada que le presentó Ulises, y descubrió su seco y valor con una accion involuntaria.

Al verle y oirle, Tacio llora de gozo: él mismo se siente inflamado de un ardor que no puede contener. Sí, hijo mio, le dice, irás á pelear con los Marsos, y tu padre te acompañará: sí, yo te guiaré en las refriegas, y te enseñaré los primeros elementos de la ciencia de los héroes. No pienses que la vejez me ha quitado las fuerzas: aun

puede esta mano arrojar la pica y manejar la espada; este brazo puede sostener el escudo. Nestor, mas viejo que yo, enseñaba á vencer á su querido Antíloco: no valgo tanto como Nestor, pero este no amaba mas á su hijo que yo á Numa.

Numa se arroja en sus brazos: en el primer pronto casi le va á declarar su amor á Hersilia, pero el temor de perder algo de su aprecio, confesándole que la gloria no es la única pasión que anima su pecho, le hace diferir para otro tiempo una declaracion tan penible.

Tacio, ocupado enteramente en su nuevo proyecto, corre á pedir á los sacerdotes de Júpiter sus antiguas armas, que habia consagrado en el templo. Las vuelve á ver, las toca con el mismo ardor que en su juventud. ¡Oh Saturno, exclamaba, si la sangre de mis numerosas víctimas ha corrido en tus aras, si mi corazon no te ha ofendido, ni aun con el mas leve pensamiento, vuélveme por algunos dias las fuerzas y vigor que tenia, cuando el feroz Rhamnes vino á hacer guerra á los Sabios acaudillando sus Hérmicos. Despreció,

mi juventud, me llamó á singular batalla, y arrojándome su lanza, creyó enclavar mi cuerpo á la tierra; mas yo, evitando el terrible golpe, me abalanzo á él y le sepulto tres veces mi espada en las entrañas, sacándola caliente y chorreando negra sangre. ¡Oh Júpiter! Concédeme todavía un dia de gloria y bajaré contento al sepulcro.

Estos eran los votos de Tacio. Apenas supo Tacia su designio, cuando acudió desolada á disuadirselo, pero sus ruegos y lágrimas fuéron vanas. Veia la desventurada doncella desvanecerse en un instante todas las ideas de felicidad que se habia prometido. Habia penetrado mejor que su padre la pasion de Numa, y sin quejarse ni declararse á sí misma la causa de sus pesares, llorando la ausencia de Tacio, llora tambien sus perdidas esperanzas.

En tanto, Numa solo piensa en Hersilia y en los preparativos de su marcha. No tenia mas armas que la espada de Pompilio. Tacio mismo va á la armeria de Rómulo y escoge una coraza resplandeciente, claveteada de estrellas de oro, y cuyo temple era á prueba de cualquiera golpe: toma tam-

bien un yelmo riquísimo, cuya cimera era una esfinge de admirable trabajo, sombreada de tres hermosos penachos que ondean en torno de ella horriblemente; escoge un escudo compuesto de siete cueros de toro, revestido de cuatro planchas, de oro, plata, cobre y estaño, todo adornado de clavos brillantes y en medio la cabeza de la espantosa Gorgona: este escudo fué hecho en otros tiempos por el diestro Egeon para el Rey Procas, y en su orla habia grabado la historia del piadoso Eneas: toma tambien un rico tahalí y unos borceguíes de flexible estaño, que se sujetaban con hebillas de plata.

Contento con estas armas, vuelve y se las presenta á Numa: el horrísono estrépito que despiden al chocarse y que llena de pavor á los que le oyen, aumenta nuevo ardor al jóven héroe: las contempla, las toca y ecsamina, y se complace en hacerlas resonar. Al punto se las viste, y su natural belleza crece con este adorno. Late su corazón bajo el acero que le cubre, y sus ojos despiden llamas de valor, semejante á un brioso alazan, que pasciendo en los abundantes prados, oye por la

primera vez la trompeta, levanta su arrogante cabeza, despide fuego por las narices, y sacudiendo sus pobladas crines responde con animosos relinchos al son belicoso que hiere sus oídos.

Ya la noche, eterna para la impaciencia de Numa, esparce su denso velo, y el jóven amaute no puede conciliar el sueño. Agitado, revuelve mil proyectos diferentes; previene lo que ha de decir á Hersilia; anhela por el instante de verla, y pensando en las ocasiones que se presentarán á su esfuerzo, inventa las hazañas que ha de hacer.

Aun falta mucho para que la aurora ahuyente las tinieblas, y ya está cubierto de sus armas en el palacio de Tacio. Al ver su impaciencia se sonríe el buen Rey; se levanta, cubre sus canas con el yelmo, que ya se le hace pesado; en torno al pecho pone la coraza no usada en tanto tiempo, y no queriendo aumentar las penas de su hija con una cruel despedida, sale del palacio, con silencio, y apoyado sobre Numa se encamina al campo de Marte.

Ya estaban en él Rómulo y Hersilia con parte de las tropas. Tacio pre-

enta al jóven guerrero á su cólega; Hersília al verle cubre de rosas sus mejillas, y Numa, que habia estudiado lo que debia decir al general, queda mudo con solo mirar á su hija.

Rómulo aplaude el zelo que manifiesta, y luego que sabe su ilustre nacimiento, le conduce á las legiones Sabinas que formaban el ala izquierda de su ejército. Aquí os presento, Sabinos, les dice, un nuevo camarada que quiere pelear bajo vuestras banderas: este guerrero es digno de vuestro amor, es de la sangre de vuestros Reyes é hijo de Pompilio.

Un grito general y penetrante se oye al pronunciar el nombre de Pompilio: todos los Sabinos salen de las filas y corren á Numa: Mecio, Valerio, Volcens y Murrex, guerreros cubiertos de arrugas y cicatrices, estrechan en sus brazos al hijo de su antiguo general. Todo se lo debo á tu padre, le decia uno; á mí me salvó la vida, decia otro; y todos exclamaban: ¡fué nuestro bienhechor! ven á nuestras filas, hijo del mas justo y valeroso de los hombres; ven á pelear bajo nuestros escudos: tuyos son nuestros co-

razones y nuestros brazos. Rey de Roma, gritan todos á Rómulo, te lo pedimos por caudillo; serémos invencibles con él como lo fuímos con su padre. Que nos mande y se llame Pompilio, y nosotros te respondemos de la victoria.

Sí, valientes amigos, les responde Tacio que llegaba en aquel instante: él os mandará y yo seré testigo de sus proezas, porque vuelvo á pelear otra vez con vosotros, antiguos compañeros de mis triunfos, si es que aun os acordais de mí. Volverémos á vernos juntos en las lides de honor: vuestro Rey quiere hacer su postrer campaña con vosotros, y si mis fuerzas flaquean me llevaréis en vuestros brazos.

A estas palabras responden los leales y esforzados Sabinos con gritos y aclamaciones. Todos se apiñan al redor de su anciano Soberano y le besan, cual las manos y cual sus vestidos. No lo dudes, oh el mejor de los Reyes, no lo dudes, gritaban: te defenderémos, y nuestros cuerpos serán tu escudo impenetrable. ¡Qué seria de nuestros hijos y mugeres si tú nos faltases! ven, pues, á enseñar al hijo de Pompilio á imitar á su digno padre.

por nuestra parte enseñaremos á todas las naciones como deben ser amados los buenos Soberanos.

Tacio les responde con sus lágrimas, abraza á todos, les recuerda sus antiguas proezas, y les pide para Numa el mismo amor que le han tenido. Aun el mismo Rómulo se siente enternecido, y al punto mismo manda á los heraldos que proclamen á Numa Pompilio comandante de las legiones Sabinas. Mil aclamaciones le responden, y la altiva Hersilia, que siempre pelea entre los Sabinos, se complace interiormente de haber escogido este puesto.

Ya todas las tropas estaban prontas á marchar: Rómulo iba á dar la señal, y Tacio encargaba al prudente Mesala la administracion del reyno durante su ausencia, cuando he aquí que una multitud de mugeres, niños y viejos desconsolados y dando lastimosos gemidos, levantando los brazos al cielo, se precipitan á los pies de Tacio; uno de los mas ancianos le habla así:

¡ Con qué nos abandonas ! ¡ Tenemos dos Reyes que debian ser nuestros padres, y ámbos nos dejan huérfanos ! En hora buena que Rómulo se

aleje de nuestros muros; ya estamos acostumbrados á sus ausencias. Pero tú, padre aun mas que Rey, tú que siempre has estado con nosotros, ¿por qué hoy nos abandonas? Quién nos administrará la justicia? Quién nos consolará en nuestras penas? Quién aliviará nuestros males? Bien sabes, que cuando nuestras victorias se compran con la sangre de los ciudadanos, los padres, los hijos desgraciados, las tristes viudas corren á buscarte: lloran en tu pecho, lloras con ellos y haces el dolor mas tolerable. ¿Qué será de nosotros cuando lejos de hallar en tí este consuelo, tendremos que temblar por tu vida! ¿Qué vas á buscar en los combates? Qué le falta á tu gloria? Te veneramos como á un Dios, te amamos como á un padre, ¿qué mas quieres? Qué bienes mayores sacarás de la victoria? Por ir á hacer esclavos, abandonas tus hijos!

Así habló el viejo, y Tacio se deshacía en llanto. Mira á Numa, mira á sus guerreros: ellos y Numa se echan á sus pies, y unen sus súplicas á las instancias del pueblo. Vencido Tacio, arroja lejos de sí el yelmo y la pica, y abrazando al anciano que le habia ha-

blado le dice: esto es hecho; no hay para mí mas gloria que la de ser útil: no os abandonaré hasta que baje al sepulcro.

Al oir estas palabras, todo el pueblo prorumpe en gritos de júbilo, todos dan gracias á los Dioses y bendicen á su buen Rey. Tacia, que hasta entónces habia estado oculta entre la multitud, la amorosa Tacia se precipita en los brazos de su padre. Mis lágrimas, le dice, no habian podido vencerle; pero estaba cierta que no podrías resistir á las de tu pueblo: yo le he juntado y le he avisado de la desgracia que le amenazaba, y estoy muy lejos de sentir la preferencia que ha logrado.

Tacio estrecha á su hija contra su pecho, abraza llorando á Numa, y encarga á sus fieles Sabinos la custodia del tesoro que les confia. Tacia con los ojos bajos procura componer la voz para despedirse de Numa, y le desea la gloria y felicidad que busca.

Ya se da la seña de la marcha, y el buen Tacio suspira al ver desfilar las tropas; Numa le sigue con la vista, y el pueblo lleno de gozo coge entre

sus brazos, y conduce á Roma á aquel buen soberano, cuya presencia es el consuelo y alivio de todos sus males. Sigue la marcha el ejército en tres columnas: la primera, compuesta de las legiones Romanas, no reconoce otro jefe que Rómulo, pero este Príncipe no tiene puesto fijo; montado en un caballo de Thracia, que arroja fuego por ojos y narices, va, vuelve, vuela y se halla en todas partes. Confía el gobierno de las legiones al viejo Hostilio, cuyo hijo fué con el tiempo Rey de Roma. Al lado de este guerrero marcha el valiente Horacio, cuyos tres hijos sujetaron cincuenta años despues la ciudad de Alba con su victoria contra los Curiacios; Mássico, Abas, Servio, el joven Miscno, descendiente del famoso trompeta de Eneas y el esforzado Tbalasio, le acompañan. Todos estos se han señalado ya en repetidos encuentros y cada uno viste los despojos de algun fuerte enemigo. Estos animosos Romanos forman siempre la vanguardia en las marchas y la ala derecha en los combates.

Las legiones latinas componen la segunda columna. En ellas están los

Laurentinos, los Fidenatos, los de Tellenia, de Aricia y de la antigua Polidora. Todos estos pueblos sojuzgados por Rómulo, pelean ahora por él y se glorian de un yugo que les ha valido el nombre Romano. Sus valientes gefes son: Azilas, Orimantho, Feraltino, Landon, hijo de la Ninfa Perenna; el bello Niseo, nacido en la fértil Canente; y Ciniro, Sacerdote de Apolo, que lleva sobre el yélmo el laurel sagrado y las vendas de su Dios. Estas huestes, todas de infantería, ocupan siempre el centro del ejército en las marchas y en los combates.

Los fuertes Sabinos forman la tercera columna: esta retaguardia formidable es siempre el ala izquierda del ejército de Rómulo. El anciano Mecio ha cedido el mando á Numa; este varon respetable vuelve á ser soldado y subalterno al fin de su carrera; pero su edad, su fama y cicatrices le grangean aquel respeto independiente de las dignidades: Mecio, aunque confundido entre las filas, manda realmente. Cerca de él se distinguen el prudente Cátilo, el temible Coras, Tanais, Tales, el valiente Galo nieto del rio Abaris, el

amable Astur criado en las riberas de la fuente de Blandusia y á quien todos tenían por amante de esta Nayada, y el feroz Ufencio á quien la espesa barba, pintada de varios colores, ocultaba la mitad del rostro: todos estos guerreros seguían á Numa.

Cubierto de sus armas centellantes, ébrio de amor y gloria, se adelanta Numa á la cabeza de esta division, fatigando un hermoso caballo blanco que Tacio le ha regalado: el impaciente animal hiere con sus manos la tierra y el ayre, y tascando el freno que reprime sus fuegos, se indigna oyendo relinchar los caballos de la vanguardia.

A su lado se adelanta sobre un soberbio carro la hermosa y altiva Hersilia, armada como Palas y bella como la esposa de Vulcano: su resplandeciente yelmo tiene por cimera el águila romana; cuatro penachos blancos la rodean: lleva al hombro una aljaba de oro, y tiene en la mano el arco de Pándaro, que Eneas trajo á Italia y que heredó su descendiente Rómulo. El prudente Bruto, tronco de una familia de héroes, gobierna el carro y el amartelado Numa le envidia este empleo.

Camina este al lado de Hersilia siempre fijos en ella los ojos. Su bella presencia y hermoso semblante en nada cede al de la Amazona; pero el largo uso de las armas da á esta un aire mas guerrero: tal suelen Apolo y Diana recorrer armados las montañas de Cinthio; ámbos son igualmente terribles y esforzados; ámbos deslumbran la vista, pero la hija de Latona conserva en su gesto y porte una fiereza, que no se advierte en la dulce fisonomía de su hermano.

Abanza el ejército con marchas aceleradas hácia las riberas del Liris y campiñas de Auxencio: allí debía unirse con las tropas del Rey de Capua; pero era preciso atravesar el pais de los Hernicos: Rómulo envia los heraldos á pedir el paso á su Rey, y este se lo niega diciendo:

No soy aliado de los Marsos ni de los Romanos. Si el ejército de vuestros enemigos marchase contra Roma, no consentiria yo que abreviase su camino, dándole paso por mis estados; del mismo modo debo negárosle, y creo que observo la justicia guardando la neutralidad.

Esta respuesta llenó de furor á Ró-

mulo. Presto conocerás, Rey imprudente, esclama, cuán peligroso es no declararse entre dos enemigos poderosos; desde hoy lo serás del vencedor.

Obligado, no obstante, á dilatar su venganza y dar un gran rodeo para llegar á las fronteras de los Marsos, se encamina á pasar por las sierras de los Simbruinos cerca de donde nace el Anio.

Esta larga y penosa marcha fatigó mucho el ejército; pero fué muy útil á los soldados nuevos, con que Rómulo le habia aumentado. Numa, sobre todos, el jóven Numa hizo un duro aprendizaje de la honrada carrera que habia emprendido. Instruido por tan buenos maestros como eran los Sabinos, é inflamado del amor y presencia de Hersilia, adquirió en poco tiempo la práctica y conocimientos de un veterano. Todavía no ha peleado, pero sabe como se ha de pelear y su ardiente valor, que anhela ansioso por distinguirse á la vista de Hersilia, espera con ánsia la hora de ver á los contrarios.

Llegan finalmente á Liris, rio que divide á los Marsos de los Equos y Hérnicos. Tres dias ántes habia llegado

el Rey de Capua á la cabeza de treinta mil hombres; apenas sus batidores le avisan de la llegada de la vanguardia Romana, hace salir toda su gente de los reales; la ordena en batalla, y al son de mil instrumentos espera la llegada de sus aliados.

Rómulo le corresponde con sus trompetas, y forma sus guerreros enfrente de los Capuanos. Ambos Monarcas se adelantan, se abrazan y juran una amistad eterna; y el Romano, que estaba impaciente de ecsaminar las tropas que iban á ser unas con las suyas, pasa á recorrer las filas.

Apenas da por ellas algunos pasos, cuando hiere sus oídos el murmullo que oye por todas partes; los Capuanos osan sonreirse en su presencia, y afectan una indisciplina que escita su cólera. Los mira con severidad, escucha con lástima un número crecido de generales que hacen ostentacion de su vano saber, y ni se digna contestarles: párase arqueando las cejas, al ver soldados veteranos mandados por gefes sin pelo de barba, y advierte con desprecio que el oro y la plata brillan en todas las armas. Toma un escudo, cuyo peso pa-

recia que fatigaba á un jóven guerrero; el Rey lo levanta con la punta de dos dedos, y lee abochornado de vergüenza en él un mote amoroso: arranca tres ó cuatro lanzas de algunos soldados, las rompe apretándolas con las manos, y pregunta con irónica sonrisa, ¿cual puede ser la utilidad de semejantes armas!

Entra en los reales y los examina. ¡Cual es su indignacion al mirar tiendas magníficas, llenas de pebetes que escalan los aromas mas preciosos, de mesas abundantes, de baños calientes, y en fin, de cuanto el lujo y la molicie ofrecen en las cortes mas corrompidas. En unas partes ve juegos públicos, en los cuales los gefes Capuatos pasan las noches perdiendo sus caudales y haciendas, el descanso, y á veces el honor. Ve por todas partes una multitud de rameras, en número casi superior á los hombres, que seducen á la incauta y fogosa juventud, debilitan sus almas, arruinan su salud, y le entregan al enemigo sin valor y sin fuerzas. Por todas partes ve finalmente la indigna molicie, la perniciosa ociosidad, y la lujuria mas desenfrenada.

Sale el Rey de Roma de aquel campo con precipitacion: toma de la mano al Rey de Capua, y sin decirle nada, le lleva á las filas de los Romanos. Un silencio profundo reyna en ellas; se ven impresos en todos los rostros la atencion y el respeto. Cada soldado, inmóvil en su puesto, mira continuamente á su comandante, y quisiera, para obedecer mas presto, adivinar la órden que ha de darle. El hierro y el acero brillan por todas partes: si hay algunas armas adornadas con plata ú oro, son las de los príncipes y generales, distincion concedida al mérito y á la nobleza. En pos de estas tropas no se ven mugeres ni riquezas, y si solo caballos para reemplazar los que mueran, armas para suplir á las que se rompan, y socorros para los heridos y enfermos. Cada soldado lleva sobre sí su tienda, sus víveres y sus armas, y ninguno manifiesta cansancio del peso ó del largo camino.

El valiente Rey se pasea con lentos pasos por en medio de su invencible ejército, y observa en silencio al Monarca de Capua. Toma la pica del último de sus soldados, y la pone en

sus manos: era este peso demasiado para aquel soberano y tuvo que dejarla caer al suelo lleno de vergüenza. Entonces Rómulo le habló así:

Tú mismo debes, ó Rey de Capua, juzgar ahora si tus tropas y las mías pueden pelear juntas: no acostumbran los bravos leones vivir en compañía de los tímidos corderos. Tu ejército me debilitaria, y mis Romanos, cuya costumbre es asaltar al enemigo los primeros, perderian la mitad de sus fuerzas en la defensa de sus aliados. Temo ademas un riesgo mayor; el ayre infecto que reyna en tus reales penetraria en los mios y enervaria mis soldados: entonces por mas victorias que lográsemos, yo seria el vencido. Aprecio tu alianza, pero la gloria de mi pueblo es ántes que todo. Si quieres que seamos aliados, separémonos: aparta lejos de nosotros ese campo peligroso, y si no puedes obligar á tus vasallos á que sean hombres, á lo menos impide que acompañen á los que lo son.

Así habló Rómulo; y el jóven Capis, hijo del Capuano, príncipe digno de ser Romano, bajaba la vista lleno de dolor y vergüenza. Su padre

errado por aquel dominio que siempre tiene un héroe sobre un Rey débil é ignorante, pide á Rómulo le diga lo que ha de hacer, y le promete seguir sus consejos. .

Estoy informado, le respondió Rómulo, que los Samnitas estan en camino para venir al socorro de sus aliados los Marsos; pero hallarán en su tránsito la ciudad de Auxencio; id, pues, á encerraros con la tercera parte de vuestras tropas en sus muros, para defenderla en caso de insulto; envid lo restante del ejército á recibir á los Samnitas bajo la conducta del mejor de vuestros generales, y encargadle particularmente que por ningún caso llegue á las manos con tan temibles enemigos, á los cuales no pueden resistir vuestros soldados, y que se contente con inquietarlos en sus marchas, retardando todo lo posible su reunion con los Marsos. Entretanto yo voy á atacar á estos y no dudo, con el auxilio de mi padre y el valor de mis tropas, alcanzar la victoria. Entónces vuestro general dejará el paso franco á los Samnitas, que vendrán á sitiar á Auxencio, y se hallarán encerrados entre la ciudad, vuestro

ejército y el mío. Su inevitable derrota dará fin á la guerra en un solo día.

Dijo, y el jóven Capis se arroja á sus pies: ¡Oh Rey, que admiro y respeto como á hijo de Marte, permite que el hijo del Rey de Capua pelee bajo tus banderas! Deseo aprender el duro oficio de los héroes. ¿Qué mejor maestro puedo escoger? Considera, hijo de un Dios, que instruido por tí podré hacerlo despues con los vasallos de mi padre; y la gloria de hacerlos Romanos será tuya solamente.

Movido y satisfecho el Rey de Roma de estas razones, levanta á Capis, le abraza, y al punto le da el mando de una cohorte. Mas ufano Capis con ser oficial de Rómulo, que príncipe de Capua, besa la mano á su general, se despide de su padre y corre á ocupar su puesto. Inmediatamente marcha el Capuano á ocupar la ciudad de Auxencio con diez mil soldados: los demas los envia al mando de un Griego que le servia, al encuentro de los Samnitas; y Rómulo, impaciente por comenzar la guerra, determina ántes que llegue la noche, sentar su campo de la otra parte del Liris.

Halla un vado seguro y se prepara á pasar. cuando he aquí que se le presentan tres embajadores de los Marsos. Su aspecto era venerable; tenían la barba larga hasta el pecho; sus cabezas apenas conservaban algunas canas, y el principal tenía en una mano una copa de madera y en la otra una flecha acerada: llegaron á la presencia de Rómulo con grave y severo continente.

Rey de Roma, le dice el mas viejo, ¿qué tienes que ver con nosotros? Hemos asolado tus campos, ó bien insultado tu ciudad? Quién eres? Qué quieres? Qué pides? El Rey de Capua nos declara la guerra alegando un derecho imaginario sobre nuestros estados: él lo pagará. Mas tú, ni aun este vano pretexto te sirve. No te conocemos; nunca has oído hablar de nosotros, y nada poseemos de lo que podría escitar tu ambicion y codicia. ¿Sabes á que se reducen los dones que los Dioses dispensan á los Marsos? Se limitan á unos bueyes, un arado, clavas, flechas y esta copa. He aquí de lo que nos servimos con nuestros amigos y con nuestros enemigos. Damos á los primeros los frutos que nuestros bueyes y arado nos

producen, y esta copa nos sirve para celebrar con ellos los banquetes de la hospitalidad : arrojamós las saetas á nuestros enemigos cuando están lejos, y nuestras clavas los destrozan si tienen la temeridad de acercarse. Escoge , pues, esta flecha ó la copa. Dicen que eres hijo de un Dios : si es cierto , haz bien á los hombres; y si no eres mas que un hombre, tiembla de insultar á hombres que no te ceden en valor , y te aventajan en virtud y razon.

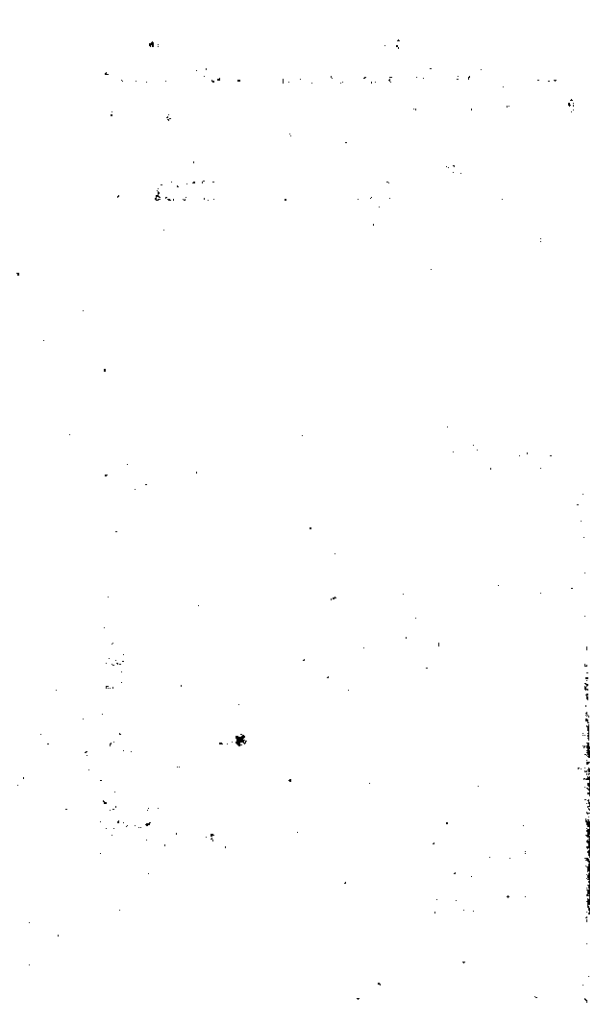
Nunca he temblado , le responde Rómulo llenos los ojos de furor ; vengo á defender á mi aliado, sin meterme á averiguar la razon que le asiste : soy hijo de Marte y no de Themis. Vuelve, anciano, vuelve á tu pueblo ; anúnciale la guerra y el yugo, y déjame esta flecha como el regalo mas precioso , pues me hace esperar que hallaré enemigos dignos de mi valor.

Dice , y arrebatá la flecha de las manos del viejo : este le mira en silencio algun tiempo ; alza despues los ojos al cielo , como poniéndole por testigo de la justicia de sn causa, y se retira sin hablar palabra.

Inmediatamente pasa Rómulo el

Liris y sienta sus reales en el territorio de los Marsos.

FIN DEL LIBRO TERCERO.



NUMA POMPILIO,

SEGUNDO REY DE ROMA.

LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO.

Júntanse los Marsos para nombrar un general. Discordia que se mueve entre ellos. Se determina que aquel de los aspirantes que rompa un álamo será elegido. Sale vencedor Leonte, y este jóven cede el mando á un anciano. Marcha al ejército y avista á los Romanos. Disposiciones de Rómulo. Compasiva y generosa piedad de Numa. Ofrece un sacrificio á Ceres y da libertad á sus cautivos. La Diosa le envía desde el cielo el escudo Ancilio. Leonte sorprende de noche el campo Romano, lo incendia, lo inunda de sangre y derriba á Rómulo.



LIBRO CUARTO.



En tanto, los Marsos juntos en la selva sagrada de Marrubia, esperaban todavía la paz, pero se prevenian para la guerra. El senado de los ancianos, que gobierna á aquel pueblo libre, ha enviado ya á pedir socorro á sus aliados: ya está la juventud del país en armas; veinte mil esforzados guerreros con el arco ó la clava en la mano, esperan con impaciencia la vuelta de los embajadores.

Bien presto se les ve llegar bajas las cabezas y los semblantes melancólicos: se adelantan hasta ponerse en medio de la asamblea y dicen: preparad vuestras clavas; Rómulo ha elegido la flecha y se atreve á hablarnos de yugo. Estas palabras escitan un grito general de indignacion. Furiosas las tropas, piden se les deje marchar al instante mismo. Los ancianos reprimen aquel ardimiento; quieren dar lugar á que lleguen los socorros de sus aliados, y

nombrar un general digno de hacer frente al Rey de Roma.

Varios guerreros se presentan aspirando á este honroso cargo. Entre ellos se distinguia Aulon, descendiente de Caco, el cual en vez de espada ó lanza, manejaba una hacha enorme, que ningun Marso podia levantar. Pentheo, tan diestro de una mano como de otra, que contaba entre sus abuelos al desgraciado Marsias, padre del pueblo Marso. Liger, cuya velocidad escedia á los ciervos en la carrera; este no usaba otras armas que unos discos ó bolas de bronce armadas de ojas cortantes y aceradas: tan certero en arrojarlas, que sus golpes eran siempre mortales. El último pretendiente era el amable Astór, cuyo inmenso escudo se fijaba en el suelo con tres puntas de que estaba armado, y desde este antemural de hierro el diestro Astór disparaba sus flechas, arte que le habia enseñado el Dios de Dédalos. Estos orgullosos pretendientes, se levantan y piden el mando. Los soldados, que los estiman y aman igualmente, dan grandes voces: unos en favor de Liger y otros por Pentheo. La caballería quiere

á Aulon y los Arqueros se declaran por Astór.

Los cuatro héroes se miran de través: ya se ofenden con palabras; ya la cólera les brota por los ojos. Cada uno alaba su nacimiento y proezas, y desprecia las de los otros. La injuria y la discordia se apoderan de sus pechos: ya se amenazan, ya se retan. Astór ase una saeta, Pentheo blanda su dardo, Liger voltea su disco, y el feroz Aulon alza su hacha formidable.

Al instante se arroja entre ellos el prudente Sofanór, que era el mas viejo del senado. ¡Qué vais á hacer! Quereis, ya lo veo, dar la victoria á los Romanos privando á los Marsos de sus mejores defensores. ¡Pues qué, el vano deseo de mandar apaga en vuestros corazones el sagrado amor de la patria! ¡Qué será de esta patria desgraciada si sus mas dignos hijos vuelven las armas contra ellos mismos! No creais que ningún interes particular me mueva: no me quejo de veros aspirar á un puesto que quizas mis servicios han merecido y estaria bien con mis cañas. No consiste la gloria en mandar á sus iguales: consiste, sí, en ven-

cer á los enemigos : cada gota de sangre vertida por causas privadas, es un grave hurto hecho á la patria. ¡ Ah! si la sed de la sangre os devora, en tanto que llegan los Romanos, volved contra mí vuestras armas. Harto he vivido, pues veo mis conciudadanos prontos á degollarse unos á otros. Matadme, pues; pero ántes oid mis consejos. Vuestro valor es igual, vuestro nacimiento y hazañas respectivas os ilustran también igualmente: estos dones del cielo son hoy la causa de vuestra discordia. Os falta un jefe: cada uno de vosotros merece serlo. Decida, pues, la fuerza del cuerpo lo que nunca se lograría por la igualdad del valor. Átese una cadena de hierro en lo mas alto de aquel álamo antiguo: el que agarrando la cadena rompa el árbol ó le haga doblarse hasta la tierra, será nuestro general.

Dijo, y el pueblo y las tropas aprobaron este arbitrio. Los pretendientes dejan sus armas y juran entre las manos de Sofanór que obedecerán al vencedor: al punto suben cuatro Marsos á lo alto del árbol; atan fuertemente la cadena, y esta cae desde lo alto hasta tocar con el suelo.

Los ancianos se sientan para juzgar, y ya los clarines van á dar la señal, cuando se oye una voz, y se ve acercarse un gallardo mancebo, de alta y magestuosa estatura, y de rostro noble y afable. Viene cubierto con una magnífica piel de leon, cuyas uñas de oro le cruzan el pecho: la cabeza del animal con todos sus dientes y colmillos mas blancos que el malfil, le sirve de yelmo. Unos borceguíes cubren sus piernas, y su robusto brazo maneja, cual si fuera liviano junco, una pesada clava llena de nudos y puntas de hierro. Joven y hermoso como Apolo, altivo y grande como el Dios de las batallas, camina con pasos ligeros hasta ponerse en medio del concurso. Allí se detiene, se apoya sobre la clava, y mirando con respeto á los ancianos les dirige estas razones.

En tanto que he crecido, prudentes Senadores, que la ciencia y la práctica debian ser las cualidades esenciales de un general, no me atreví á pretender un honor, del cual mis años me hacen poco digno. Hoy determinais que la fuerza sola alcance este supremo lugar, y me presento para disputarle. No

puedo como mis nobles rivales envanecerme de mi nacimiento: Marsos, ignoro quienes fuéron mis abuelos; pero esta piel que veis, sirvió al grande Alcides y esta clava destrozó á la Hidra Lernea: estos son mis títulos de nobleza: mi valor y mis fuerzas los derechos con que me presento á esta prueba. Los Romanos juzgarán de aquel y vosotros de estas.

Así habló el magnífico Leonte, y todos le respondieron con gritos de alegría. Echan suertes para el orden con que han de hacer la prueba, y sale el primero Pentheo, luego Astór, Liger, Aulon y el último Leonte.

Dase la señal: el valeroso Pentheo ase de la cadena y la tira fuertemente, pero no cede el tronco y apenas se agita la copa del árbol. Indignado Pentheo, hace los últimos esfuerzos, pero en vano; cubierto de sudor y lleno de rabia, suelta la cadena y va á ocultarse entre sus tropas.

Astór, el amable Astór se adelanta: el ardiente deseo de mandar le hace no acordarse de invocar á su maestro Apolo. Enojado el Dios, abandona al ingrato discípulo, y el bello Astór pier-

de al punto la mitad de sus fuerzas. En vano se dobla tirando de la cadena, apenas se menean las ramas del robusto álamo.

Lleno de confianza y alegría se arroja Liger al árbol: toma con una mano la cadena y con la otra se afianza tambien de ella encima de su cabeza, y con todo su vigor da una sacudida espantosa: todas las ramas se chocan como azotadas de un recio viento; pero Liger rebentado del grande esfuerzo no puede repetirle. La copa y ramas del árbol vuelven á quedar tranquilas y Liger se retira mas despacio que habia venido.

Aulon se levanta, y todos los ojos se fijan en él. Deja el escudo, se despoja de la coraza y se complace en enseñar sus fornidos hombros y nerviosos brazos, que levanta sobre su cabeza estirándolos. Da dos vueltas al rededor del árbol con una sourisa ferez, y despues se arroja á él cogiendo la cadena con las dos manos lo mas alto que puede, y se deja caer con todo su peso y vigor. Cede el álamo y dobla su copa; ya las gentes aplauden, pero el árbol se endereza con mas fuerza, y deja al

terrible Aulon suspendido á la cadena, bamboleando á una y otra parte. Obligado á abandonar la empresa, se tira al suelo arrojando espumarajos de rabia; coge las armas con precipitacion, y va á ponérselas detras de su carro.

Solo falta Leonte: se adelanta, y en voz baja dirige sus votos á Hércules: ¡Oh hijo de Júpiter, le dice, acuérdate de la hospitalidad que te dió el abuelo de mi amada Camila; mírame desde el alto Olimpo, tu auxilio me llenará de fuerzas: vencedor ó vencido te ofrezco un sacrificio.

Apenas acaba su oracion, siente en todos sus miembros un vigor estrordinario. Mete el pie derecho en el último eslabon de la cadena, la toma con las dos manos á la altura de su frente, y reuniendo así todas sus fuerzas, dobla la copa del árbol con mas lentitud, pero mucho mas cerca de tierra que Aulon. Luego que conoce esta ventaja, invoca de nuevo á Hércules y emplea todas sus fuerzas: rechina el árbol, se rompe, cae á tierra con la cadena, y la inmensa copa le deja sepultado entre sus ramas.

Prorumpe el pueblo en voces de

alabanzas, y el Senado declara á Leonte vencedor. Este se levanta, se desembaraza con un ligero salto de aquel monton de ramos y ojas, y dice á los soldados: Compañeros, ya soy vuestro general. Habeis jurado obedecer á la fuerza, pero esta debe sujetarse á la sabiduría: os mandaré, pero será mi gefe Sofanór. Este ha hecho mas campañas que todos nosotros hemos visto combates: su esperiencia debe guiar nuestro juvenil ardor. Diciendo estas palabras, se arrodilla delante de Sofanór, y le jura obediencia.

Atónitos los Marsos, creen estar oyendo á un Dios. Sofanór le abraza llorando de admiracion. No, hijo mio, le dice, tú solo mereces ser nuestro caudillo. ¡Qué no harán los Marsos guiados por un segundo Alcides! ¡Oh hijo mio! tú no has despreciado mi vejez, has honrado mis canas; los Dioses te recompensarán con triunfos repetidos. Desde ahora te los anuncio, y doy gracias á los inmortales que me han dejado todavía alguna sangre para verterla á tu lado, y voz para publicar tus virtudes.

Padre mio, le responde el héroe

por tí solo me he presentado á la prueba: los Dioses me han concedido la victoria para que triunfes. Sé, pues, nuestro caudillo, te lo pido y ruego; mas si mis súplicas no bastan, acuérdate que has jurado obedecerme. Te mando que me gobiernes.

Estas razones vencen la obstinacion del anciano: admite el mando, pero ecsige sea su compañero Leonte. Las tropas los aclaman juntamente. Sofanór se presenta en breve cubierto de sus antiguas armas: su edad, su rostro venerable cubierto de una luenga y blanca barga, inspiran el respeto; y su jóven cólega infunde terror. Los dos de acuerdo disponen la marcha, y ya solo se espera la llegada de sus aliados.

Aparecen estos en breve. Los Pelinios, los Amiternos, los pueblos de Frentania y Carazena bajan de los Apenninos y se unen á los Marsos. Sofanór, para dar la señal de la marcha, levanta en el ayre el dragon, insignia que guia á los Marsos en los combates.

A este tiempo, un portento espantoso detiene y cubre de terror todo el ejército. Aparece en los ayres una águila

que tiene entre sus crueles garras un horrible dragon, el cual, sangriento y respirando apenas, se enrosca, forcejea y procura herir con su ponzoñosa lengua al ave del tonante. Todos los soldados esperan inmóviles el fin de aquella riña; pero en breve el águila victoriosa rompe con su acerado pico las verdes escamas de su enemigo, le arranca las entrañas, y le deja caer sin vida en medio de los batallones Marsos.

¡Qué presagio para aquellos guerreros! Leonte, que los ve cubiertos de un frío yelo, toma el primer arco que encuentra; fija la vista en el águila vencedora, y siguiéndola hasta las nubes la dispara una flecha; y cae muerta á sus pies. De este modo, esclama, abatiré las águilas Romanas; así vengaré los pueblos que pretenden avasallar. No temais Marsos; el mejor agüero es la justicia de nuestra causa. Peleais por la patria; Rómulo por la ambición: id seguros de la asistencia de los Dioses.

Estas razones y aun mas su accion, ahuyentan el temor de todos los corazones. Recobrados los Marsos, pueblan

los ayres con alegres gritos; todos se creen invencibles con Leonte, y las tropas contentas y llenas de esperanza, se adelantan á marchas redobladas.

Encuentran á los Romanos en la vega de Lucencia, que acaba por la parte del norte y oriente en unos cerros, y por la del occidente y medio dia en unos montes. Rómulo habia puesto su campo á la falda de estos. Sofanór y Leonte se fortifican á la falda de los cerros, dejando entre ellos y los enemigos el rio Fucino.

Inmediatamente se adelanta Rómulo á la orilla de este á reconocer la situacion de los enemigos. Ecsamina el espacio que ocupan, lo compara con el suyo; mide con la vista la llanura, nota hasta la mata mas pequeña; hace sondear el rio; se asegura de que es vadeable, y cierto de todas estas observaciones, vuelve á su tienda, junta los cabos del ejército y declara que al amanecer del dia siguiente intentará el paso del rio. Manifiestan todos gran sorpresa; pero Rómulo les esplica en breves razones el órden del ataque, el puesto que cada uno debe ocupar, et

sitio á que se ha de procurar llamar al contrario: lo que se ha de hacer si se vence, y los recursos que ha dispuesto si los rechazan. Finalmente, les demuestra que todo lo ha previsto, ora venzan, ora sean vencidos.

Sus generales le admiran. Numa transportado de gozo no cabe en sí. En fin, se decia, ya ha llegado el dia tan deseado! ¡Dia feliz en que mostraré que soy digno de amar á Hersilia! El impaciente amante vuela al cuartel de los Sabinos, recorre las tiendas, llama por su nombre á los gefes y soldados; les anuncia la batalla, los abraza y acaricia; cuenta suspirando las horas que se han de pasar hasta el combate, y su ciego ardor le hace murmurar contra Rómulo, porque no ha intentado el paso del rio aquella misma tarde.

En tanto que Numa se entrega enteramente al afecto que le domina, ve entrar en el campamento una partida que habia ido á sorprender un lugar. Esta cruel comision habia sido fielmente ejecutada. Los Romanos traian consigo una multitud de mugeres, niños y viejos afligidos: traian estos desventurados las manos atadas á la espalda, y caminaban

con la cabeza baja y vertiendo amargo llanto. La madre, el hijo, el esposo, levantan uno sobre otro su tímida vista; no se atreven á hablar, y hacen vanos esfuerzos para juntarse y mezclar sus lágrimas. Los desapiadados soldados les vedan aun este triste alivio, apresuran el paso de los mas tardíos, con amenazas, con el cuento de sus lanzas y á veces con el hierro que ensangrientan en sus carnes. Los inhumanos eran mas compasivos con las reses y ganados que traian con ellos: maltrataban á los viejos y mugeres y cuidaban con esmero de los bueyes y ovejas que les habian quitado.

No pudo Numa ver con indiferencia aquel triste espectáculo: todo lo abandona y olvida para volar al socorro de aquellos infelices. Ya estaban delante la tienda real, en donde mezclados con sus rebaños esperaban la decision de su triste suerte. Numa se arroja á los pies de Rómulo: ¡Oh mi Rey, le dice, mira, mira las atrocidades que se cometen á la sombra de tu nombre; mira esos desdichados arrancados de sus hogares, cargados de cadenas y de ultrages! ¿Qué han he-

cho? cuál es su delito? Postremos en hora buena á los que nos resisten: corra la sangre en las peleas; la crueldad es allí inevitable. Pero asaltar á unos desventurados que no se defienden; vencer mugeres y caducos, é insultarlos cuando estan vencidos, es una villanía, una crueldad atroz que los Dioses deben castigar. Hijo de un Dios, á tí te toca hacer justicia; vuelve la libertad á estos cautivos, haz que se restituyan á sus casas y que les vuelvan....

Compadezco tu ignorancia, responde Rómulo, interrumpiéndole. Esos esclavos ceses ganados no son míos; son de mis soldados: este es el premio de su valor, de su sangre y fatigas. Antes de ser humano con mis enemigos, es debido ser justo con los compañeros de mis glorias. Debo distribuir esa presa entre los cabes de mis tropas; á ellos toca despues disponer de su suerte; y para que ninguno pueda quejarse, la suerte arreglará sus porciones respectivas.

Siendo así, responde Numa levantándose, yo como comandante de las legiones Sabinas debo entrar á la parte.

Se conviene Rómulo. Manda traer

la urna de las suertes, y se ven adelantarse todos los cabos para tener parte en el botin. Semejantes á una trahilla de valerosos perros, que en torno del ciervo que han rendido, no se atreven á cebar sus dientes en él, contenidos por la presencia de su amo, pero esperan la señal de hartarse, con el ojo ardiente y jadeando de fatiga y de gozo.

Ceres, que no perdía de vista á Numa, y que desde el Olimpo aplaudía á su humanidad, dirigió las suertes, é hizo le tocase la mayor parte.

Se apodera Numa de sus cautivos y rebaños, y camina con ellos hasta la selva, que estaba inmediata al campo. Allí forma un altar con piedras y céspedes, y lo cubre de leña para consumir la víctima. Despues escoge una blanca becerria, derrama leche pura entre sus cuernos, la inmola, y entera la coloca en la pira: ántes de arrimar el fuego dirige esta oracion á Ceres: Hija de Júpiter, yo te ofrezco esta víctima; mas ¡oh desgraciado Numa, si pensara que la sangre de una ternera me habia de grangear tu amparo! No se logra tener á los Dioses favo-

rables con solo el humo de los sacrificios. Mas grato les es un desdichado socorrido que un hecatombe. Recibe, pues, ¡oh Ceres! una ofrenda mas digna de tí. Entónces se vuelve á sus cautivos. Amigos, les dice, os concedo la libertad; os han despojado de vuestros bienes, tomad á lo menos los que poseo: estos rebaños son vuestros, repartidlos entre vosotros, volved á vuestras casas y bendecid el nombre de Ceres, pues á ella debeis la libertad.

Dice, y aquellos infelices dudan si lo que oyen es un sueño: quedan inmóviles, juntas las manos y abierta la boca. Aun hablaba Numa, cuando una llama celestial baja sobre su cabeza, la rodea tres veces, y despues prende fuego á la leña del altar. Al punto arde la víctima, la llama activa y resplandeciente sube hasta el cielo; se desprende de las nubes un rayo, y cae á los pies de Numa un escudo de oro. Al mismo tiempo se oye una voz fuerte como la de un ejército entero, que dice: *El dueño de ese escudo será siempre invencible. Numa, los Dioses te protegen: no es posible agradarles y ser semejante á ellos, sino ejerciendo la huma-*

nidad. Cesa la voz, y la víctima no es ya mas que un monton de cenizas. El olor divino que se siente en torno del altar, dice claramente que una deidad acaba de hablar á Numa.

Este jóven, postrado en el suelo, se levanta con el corazon lleno de aquella pura alegría que siempre resulta de una buena accion. Toma en sus manos y ecsamina el celestial escudo: era todo de oro puro y hecho á la usanza de los Tracios. En él estabau representados con admirable artificio todos los sucesos del reynado de Astrea, época feliz y mas apartada que otra alguna de la memoria de los hombres, tan propensos á olvidarse del bien. En un lado se veia un pueblo affligido de la hambre, recibiendo de otro pueblo la mitad de sus frutos: en otro, varios hermanos privándose cada cual de una porcion de la paterna herencia, para dar un campo al huérfano que han acogido: mas allá, se mira un padre de familia, que está segando sus panes y con disimulo deja caer muchas espigas, para aumentar la corta ganancia de las espigaderas. Por todas partes el escudo divino representa acciones de

virtud y beneficencia. Sin duda su inmortal artífice pensó, que nunca necesitan mas los hombres tener presente estas virtudes, que cuando se hallan entre los horrores de la guerra.

En tanto que Numa admiraba gustoso aquel divino artefacto, los prisioneros que habia libertado formaban á sus pies un cuadro digno de colocarse en el celestial escudo. Postrados á sus pies, estendidos los brazos hácia él, manifiestan con lágrimas y voces interrumpidas, su gratitud y alegría. Las madres levantan en alto á sus niños para que viesen á su libertador: unos le besaban los vestidos, otros le anunciaban las mayores felicidades. El mas anciano de todos se adelanta apoyado en un rústico cayado y le dice:

¡Los Dioses te premien, oh jóven virtuoso, por todo el bien que nos haces! Jamas fuimos enemigos de tu pueblo: somos unos pobres pastores, que viviendo en medio de ásperos riscos entre los Marsos y Hérnicos, hemos conservado nuestra independendencia á favor de la aspereza y pobreza de nuestras sierras. Así lo declarámos á los soldados de Rómulo, pero nos han tra-

tado como á enemigos, aunque sabian que no lo éramos; ¡y tú, creyéndonos tales, nos tratas como á hermanos! Vive seguro de que los Dioses te protegerán: puede que esperimenten tu virtud con reveses, pero no te dejarán oprimido al peso de la desgracia. A Dios, y acuérdate de los Rheatos: (que este es nuestro nombre) si algun dia vinieres á nuestras montañas, oirás á nuestros nietos bendecir el nombre de Numa.

Despues que habló así, el viejo fué á presidir el repartimiento que los Rheatos hicieron entre sí de los ganados y reses, y Numa se retira huyendo de su agradecimiento, llevando consigo el escudo de oro y vuelve á los reales pensativo y turbado.

Sus pensamientos tenian por norte á Hersilia; su corazon lleno de esperanzas y alegría, se entregaba á todas las ilusiones del amor. A pesar suyo dirige los pasos á la tienda de la princesa. Luego que ha llegado á la puerta, no se atreve á entrar; se detiene, suspira y teme. Aquel guerrero que lleva en su brazo un escudo que lo hace invencible; aquel guerrero que penetra-

ria fácilmente en los reales enemigos; no tiene ánimo para levantar la cortina de púrpura que cierra la tienda de su amada.

Ya finalmente cobra valor y la levanta: no está Hersilia en la tienda. Con su ausencia, mas animoso Numa, entra y registra todo aquel asilo. Todo lo que mira le ofrece la imagen de Hersilia: ve sus armas, sus dardos, sus flechas, su lira, sus vestidos y la quedejada piel de leon que le sirve de cama. Se queda inmóvil; no se atreve á tocar nada de lo que ve y no puede separar la vista de aquellos dulces objetos. Una languidez general embarga sus sentidos, le faltan las fuerzas, se sienta en el mismo sitio en que Hersilia ha estado sentada; respira el mismo ayre que ella ha respirado: estas ideas le arrebatan, su razon se ofusca, respira con dificultad, y un llanto ardiente inunda sus mejillas.

De repente oye mil gritos por todo el campo: las trompetas tocan al arma, y se oye un ruido espantoso por la parte del cuartel de Rómulo. Hersilia, la misma Hersilia, turbada y sueltos los cabellos, llega gritando: ¡á las

armas! ¡A las armas Sabinós! Toma con precipitacion el yelmo y los dardos, y así desarmada, sin coraza ni escudo, quiere volver al combate. ¡Ah Princesa, le dice Numa deteniéndola: yo cuidaré de que los Sabinos se armen, pero haz tú lo propio, y toma este escudo, don precioso de una deidad: defendiéndote guardará mi propia vida! Dice, y sin aguardar respuesta, la deja el divino escudo y corre á juntar sus valerosas huestes.

Leonte ocasionaba esta alarma. Luego que se vió tan cerca de los Romanos, formó el proyecto de asaltarlos el primero. No dudes, sabio Sofanór, habia dicho á su cólega, que Rómulo nos atacará mañana: nuestra gloria pide que le ganemos por la mano. Luego que el lucero de la noche salga sobre el horizonte, tomaré tres mil hombres escogidos, pasaré el rio á nado, y penetraré con el fuego y el hierro hasta la tienda de Rómulo; y si un écsito feliz corona mi empresa, tengo pensado otra mas importante.

Sofauér le abraza y aprueba su designio. Va con él á escoger los tres mil guerreros: los arman con es-

padas cortas, yelmos sin penachos, y les mandan dar de negro á todos los escudos y corazas: Sofauér les pondera el honor de acompañar á su general en faccion tan importante. Luego que las tinieblas de la noche cubren la tierra, Leonte sale con ellos, sube una media legua contra la corriente del rio, le vadea; vuelve á poner en órden sus soldados, los anima, los escita, é inflama sus pechos con el noble ardor y audacia del suyo. Apiñados estos guerreros, guardan el mayor silencio; ciertos de vencer con tal caudillo, se adelantan ligeramente hácia el campo de Rómulo.

Llegan á las guardias abanzadas, y las pasan á cuchillo ántes que puedan defenderse: los demas puestos que encuentran tienen la misma suerte. De este modo llegan sin encontrar obstáculo hasta cerca la tienda del Rey de Roma: entónces prorumpen en horribles gritos, y destrozando cuanto encuentran, se acercan precedidos del estrago y la muerte hasta la tienda real.

En aquel instante, Rómulo estaba solo en ella, meditando el ataque del dia siguiente. A las primeras voces, se

levanta, escucha, y brama de corage al conocer las voces de los vencedores. Furioso al verse sorprendido por unos bárbaros, se pone el yelmo, embraza su escudo, y tomando dos picas, sale volando á echarse en medio de la refriega. Vuela, hiere y llama: su voz semejante al trueno, se oyó desde los dos extremos del campo. Sus guerreros acuden á ella: Horacio, Miseno, Bruto, Abas y otros hallan á su valiente Rey resistiendo el solo á los enemigos. Ya su brazo fulminante habia hecho morder el polvo con las bascas mortales al esforzado Opheltes, al valiente Anlastor, á Sófaris y á Corineo. El desgraciado Pentheo compró con su vida el honor de haber herido á Rómulo. Su pica ha penetrado la coraza del Rey y la de este le partió el corazon. Aturdidos los Marsos sienten que su ánimo decae, se contentan con defenderse, y rechazados por todas partes, buscan y llaman á Leonte.

Este que se habia internado en las tiendas de Rómulo, vuelve á salir á este tiempo. En la una mano tiene su clava y en la otra varios haces de sarmientos encendidos: á su vista se

detienen los Romanos y los suyos dan gritos de alegría. El fiero Leonte se pone á su cabeza y arroja los sarmientos por todas las tiendas Romanas: comunícase el fuego con rapidez; arden las fuertes lonas y estallan las maderas. Leonte, que juzga muy lento el incendio, le aumenta con los golpes de su clava. Pasa y vuelve á pasar por entre las llamas; mata á Másico, Abas, Tibur y Talasio; Miseno le detiene un instante, pero con un golpe deja su cuerpo desfigurado y sin alma. A cualquiera parte que se vuelva, lleva el incendio y la muerte. Así baja la ardiente lava desde las cumbres del Etna; corre en arroyos de fuego por los campos, arranca, consume y destruye las peñas, árboles y frutos que encuentra, cubriendo de estragos y ruinas cuanto llega á tocar.

Al ver Rómulo tantas muertes de los suyos, empuña su fuerte pica, echa á las espaldas su inmenso escudo, y corre por entre los muertos y heridos á oponerse á Leonte. Se le acerca y quiere hablarle, pero el furor le deja sin voz: le mira con ojos centellantes, escoge el parage en que ha de herir-

le, y vibrando su pesada pica la despi-
de con todas sus fuerzas contra Leon-
te. Es muy creible que no le hubiera
preservado la piel del Leon Nemeo de
este golpe formidable, que hubiera da-
do fin en aquel instante á las hazañas
del héroe; pero encontró la pica de
Rómulo con la pesada clava funesta á
tantos Romanos, y penetrando por en-
tre los nudos y puntas de que estaba
guarnecida, se metió medio palmo en
la madera y la arrancó de las manos
de su dueño.

Desarmado Leonte, mira al rede-
dor de sí, y ve una pesadísima pie-
dra, que no habian podido sacar del
campo, y servia de límites á los labra-
dores. Ase de ella, la arranca, y le-
vantándola encima de su cabeza, la
despide contra su enemigo.

Cae Rómulo herido bajo de la
piedra: sus guerreros acuden á so-
correrle y le salvan la vida; pero no
puede sostenerse en pie: molido y que-
brantado del golpe atroz, vomitando
sangre, caida la cabeza, los brazos
derramados, sin conocimiento y casi
sin vida, le llevan á su tienda en

el instante en que Hersilia y Numa
vienen á socorrerle con sus Sabinos.

FIN DEL LIBRO CUARTO.

NUMA POMPILIO,

SEGUNDO REY DE ROMA,

LIBRO QUINTO

ARGUMENTO.

*H*ersilia y Numa rechazan á los Marsos. Retirada de Leonte. Rómulo fortifica su campo. Nuevas proezas de Leonte. Reunion de los Marsos y Samnitas. Junta Rómulo el Consejo. Va Numa á apoderarse de los desfiladeros de los montes Trebianos. Halla en aquellas sierras un pueblo que le ama. Derrota de los Marsos y Samnitas en los desfiladeros. Desafío de Numa y Leonte. Magnánima modestia de Numa. Sabe que Tulio está espirando y lo abandona todo para ir á verle.



LIBRO QUINTO.



A la manera que un peñasco de formidable tamaño desprendido de la cima de una montaña, rueda con estrépito hácia la llanura y rodando aumenta su violencia, rompe, troncha, arrastra cuanto encuentra: las Ninfas, los pastores asustados huyen con espanto; los ganados asombrados se precipitan en el valle y el labrador sobrecogido del terror no se atreve á huir: pero en lo mas furioso de su curso halla el peñasco dos fuertes robles, los cuales nacidos uno junto á otro, ha cien años que entretejen sus ramas y raices. Allí se detiene; los árboles resisten el choque y salvan á los pastores y rebaños: de este modo mismo se detiene Leonte al encontrarse con Hersilia y Numa.

La altiva Amazona fué la que empezó el asalto: ¡ Bárbaro, le grita, el gran Júpiter te pone hoy en mis manos, tu postrer hora ha llegado! Anda á vanagloriarte al Averno de haber

herido al gran Rómulo. Dice, y arroja con toda su fuerza un nudoso dardo que su furor no le permitió dirigir con acierto. Vuela el hierro, pasa al lado de Leonte, y atraviesa las entrañas del valiente Telón, que á la sazón despojaba de sus armas el cadaver de Arunco. Leonte, sin alterarse, arranca el dardo del cuerpo de Telón, y mirando á Hersilia la dice con amarga sonrisa: te vuelvo tu arma: aprende á usar mejor de ella y se lo tira. Numa se arroja al encuentro del dardo: olvida que su amante está defendida del celestial escudo; le parece que su cuerpo la cubrirá mejor. Da el dardo en medio de su pecho; su punta cruel rompe el oro y el bronce de la coraza y aun penetra un poco en las carnes del generoso amante, tiñendo sus armas de un bello color de púrpura. Ve Numa correr su sangre, y solo piensa en Hersilia: cuanto mas terrible ha sido el golpe, tanto mas tributa gracias á los Dioses por haber librado de él á su querida prenda; pero en breve este afecto cede el puesto al deseo de la venganza: se abalanza á Leonte; pero un tropel de combatientes los aparta

y no pueden volverse á juntar.

Entónces, Numa se arroja contra los Marsos que caen bajo su acero como las espigas á impulso de la hoz. Siempre al lado de Hersilia, hiere y mata con una mano, y con la otra aparta todos los golpes que amenazan á la Amazona. Esta suelta las riendas á su furor y deja sin vida á Ocreo, Opiter, Soractor y el jóven Alméron: Alméron, único hijo de la desventurada Carítida: esta madre amorosa habia previsto su temprana muerte.

Cuando los Marsos hicieron gente para ir contra los Romanos, Alméron de edad solamente de quince años, habia huido de la casa materna para juntarse con las tropas. Llega desalada esta triste madre al tiempo que iban á marchar y pregunta á todos por su hijo. Este que la ve venir, procura esconderse entre las últimas filas, ¡Mas quién podrá ocultarse al ojo penetrante de una madre! Carítida le descubre, vuela á él, le estrecha en sus brazos, le inunda con su llanto, y en tanto que Alméron no se atreve á levantar los ojos temiendo sus reconvenções, ella ahogada entre sollozos

le dice: ¡Hijo mio, único bien mio! ¡Huyes de mí! ¡Abandonas á tu madre! ¿Qué podrás hacer en los combates? ¡Apenas puede tu débil brazo sostener la pica; las flechas que despidas pueden apenas matar un cervatillo, y quieres ir á oponerte á los famosos guerreros de Roma! ¡Oh hijo querido! Espera á lo menos para abandonarme que no necesites de tu madre; espera para darme la muerte á que puedas vivir sin mí. ¿Lloras, me abrazas y no me prometes renunciar á tu cruel designio? ¿Y vosotros Marsos lo consentiréis? ¿Habeis tenido madre?... Pero pues no hay remedio, dénseme armas, iré á todas partes al lado de mi hijo; participaré de sus riesgos, le cubriré con mi cuerpo, y daré un ejemplo del valor que inspira el amor materno.

Desde aquel dia, no se separó jamas de su hijo. Leonte que amaba á la madre y al hijo, les habia mandado no se apartasen de él un solo instante; y así, luego que el jóven Alméron habia disparado su flecha, volvía á ponerse á cubierto entre su madre y su general; pero en aquella noche funesta se habian separado de Leonte, y

encontrándolos la temible Hersilia, á pesar de los gritos y defensa de Carítida, sepultó su espada en el pecho del tierno niño. Cae Alméron como una hermosa flor arrancada al suelo nativo en su primera aurora: sus ojos ántes de cerrarse, buscan los de su madre; esta le ve, y muere sin recibir otra herida.

Numa, no tan cruel, aunque igualmente formidable, solo ensangrienta sus armas en los que resisten. Hispon, Marsena y Piiverno han espirado á impulsos de su lanza: Nasamon y Seralpino, han mordido la tierra con las lascas de la muerte. Liger el animoso, se atreve con todo á hacerle frente, y de cerca le arroja su disco. Hubiera muerto á Numa, á no bajar la cabeza: el cortante disco se llevaba esfinge que brillaba en su yelmo, y hace volar por el ayre los penachos de púrpura. Numa entónces arremete á Liger y rompe la pica en su cuerpo. Desnudando despues la terrible espada de Pompilio, hiende la cabeza á Orimantho, corta el brazo derecho á Tarchon, deja á sus pies sin vida á Quereens y persiguiendo á los Marsos ya

puestos en fuga, consigue arrojarlos de los reales. Leonte solo se quedó en ellos.

Abandonado de todos los suyos, Leonte no piensa en que está solo: ha recobrado su ferrada clava, no necesita tropas que le defiendan. Pero los Sabinos le cercan, y el feroz Ufencio se adelanta y le grita con voz terrible: no es esta la asamblea de los Marsos en donde hasta el doblar un árbol para ser elegido general; es preciso morir, no puedes huir. Leonte le mira, se sonríe, evita el dardo que le arroja, y abalanzándose á él como un rayo, le abraza y le hace vomitar el alma y las entrañas por la boca: le arroja en el suelo puesto un pie sobre el cadáver palpitante, levanta con fiereza la cabeza y pasea sus ojos con ánimo sereno por todo aquel círculo de lanzas y espadas que le rodean. Inaccesible al temor, escoge el parage por donde ha de arrojarse: resuelto finalmente á la retirada, cierra con los que le impiden el paso; los ahuyenta ó espachurra con su clava, y alejándose lentamente y de mal grado, como un lobo, que todavía hambriento, huye del redil á su pesar, tres veces vuelve á embestir y

tres veces ahuyenta las tropas que le persiguen. En breve se junta con los suyos: su voz terrible los detiene. Vuelve á ponerlos en órden, y caminando en el espacio que hay entre ellos y los Romanos, cubre la retirada de los Marsos, rechazando y conteniendo á aquellos.

Numa irritado de las proezas que le ha visto hacer, quiere ir á pelear con él; pero el ruido que oye á la orilla del rio, llama su atencion. El anciano Sofanór venia al frente de sus tropas á favorecer la retirada de su cólega. Los Marsos aparentan que van á pasar el Fucino, y Numa por defender la orilla se ve precisado á abandonar á Leonte. Este guerrero ilustre se aparta con el resto de los suyos, de aquel campo que ha llenado de sangre y muertes.

El prudente Sofanór, muy práctico en el arte de la guerra, mantuvo sus tropas á la orilla del rio hasta que salió el sol. Numa y sus Sabinos aunque tan cansados con las fatigas de aquella noche cruel, tampoco abandonaron la orilla opuesta. Cuando Sofanór juzgó que su cólega podia haber

ejecutado su proyecto, retiró las tropas, y Numa ejecutó lo propio con las suyas.

Desde aquel instante se ocupa enteramente en el cuidado de los heridos. Todos los que halla en estado de ser curados, sean Marsos ó Romanos, tienen igual parte en sus desvelos, y logran un pronto alivio. Busca en todos los sitios en que se ha peleado los que viven todavía, con el mismo zelo y ardor que buscó durante la refriega los que mas se resistian. Ya no piensa en la gloria; solo se acuerda de ser humano, y reputa como hermanos los enemigos ya vencidos.

Después de haber cumplido estas sagradas obligaciones y después de asegurarse por sí propio que sus valientes Sabinos pueden entregarse sin rezelo al descanso, corre Numa á la tienda de Rómulo sin querer que ántes le curen su herida; la necesidad de ver á Hersilia era para él la mayor de todas. Entra y ve al Rey tendido sobre unas pieles de leopardos, cubierto de vendajes sangrientos y rodeado de su hija y de los gefes del ejército. Menos ocupado de sus males que de la pos-

tura de sus tropas, guardaba un triste silencio que interrumpió al llegar Numa. Te estaba aguardando, exclamó; ya sé jóven esforzado, tus valerosos hechos; tú solo has salvado hoy el ejército: acércate, ven á abrazarme; tu gloria es el mayor alivio de mis males. Numa se pone de rodillas y besa las manos de su Rey. Levanta, le dice este, y piensa en ejecutar lo que voy á encargarte.

Los bárbaros nos han sorprendido, y el estado en que me veo me obliga á dilatar mi venganza: pocos dias bastarán á mi restablecimiento; pero durante este tiempo, es preciso resguardar nuestro campo de otro nuevo insulto. Vé pues, valiente Numa, lleva diez cohortes á la selva inmediata, y les harás cortar cincuenta mil estacas fuertes, de la altura de un hombre y bien aguzadas por las puntas. Tú, Mecio, entretanto, harás hacer un foso ancho y profundo, que formando un cuadro perfecto rodeará y cerrará todo el campo y solo dejarás en medio de cada lado una entrada: emplearás en este trabajo las legiones latinas, que son las que menos

han padecido esta noche pasada. Id, pues, y procurad que todo se haga breve y puntualmente; á la noche volveréis á tomar nuevas órdenes.

Mecio y Numa obedecen prontamente. El prudente Rómulo hace clavar las estacas en el borde interior del foso á poca distancia unas de otras, y cubriéndolas despues de tierra, habiéndolas ántes atado unas á otras, aguzadas las puntas que sobrepujan el espaldon de tierra, consigne verse rodeado de un bosque de dardos. En tres dias concluyen Mecio y Numa esta grande obra; en las cuatro puertas levantan ocho reductos llenos de soldados, y los Romanos, seguros y tranquilos en su campo como si estuvieran en su ciudad, admiran como el genio de uno solo, puede salvar ó perder á muchos millares de hombres.

Sofanór, tranquilo al otro lado del rio, habia visto los trabajos de Rómulo sin inquietarle. Sospechoso Rómulo acerca de esta inaccion, no podia penetrar el motivo que impedia á los Mar-sos de obrar. ¿Qué hace, pues, esclamaba, ese temible Leonte? Sin duda se contenta con haber herido á Ró-

culo; mas no por eso juzgue que me ha vencido: apenas principia ahora la campaña. ¿Por qué ese caudillo tan propio para los asaltos nocturnos, no intenta quemar segunda vez nuestros reales? ¡Oh Júpiter, oh Marte padre mio! Aliviadme los dolores que padezco; volved la fuerza á mi brazo enfermo, y no me ocultaré entónces en mis reparos.

Así hablaba Rómulo, cuando ve llegar á su presencia un soldado de Capua cubierto de sangre y polvo: jadeando y medio muerto venia de la ciudad de Aujencio, adonde su Rey se habia retirado. ¿Qué noticias me traes le pregunta Rómulo: ¿Han forzado el paso los Samnitas? ¿Han sitiado á mi aliado? Tu aliado, responde el soldado, está en poder de los enemigos, Leonte, el formidable Leonte, se ha aparecido bajo los muros de Aujencio, cuando le creíamos estar peleando contigo. Se ha hecho dueño de la ciudad, del Rey, de sus tesoros, de sus tropas y almacenes; y no contento con esta hazaña, ha volado á sorprender el ejército que esperaba á los Samnitas á la bajada del Apenino, lo ha derrotado,

y se ha juntado con estos terribles enemigos.

Al oírle Rómulo, deja caer la cabeza sobre el pecho, calla y se queda inmóvil; pero en breve recuerda al estrépito de clarines y trompetas que se oye de la parte opuesta del río. La causa de este marcial estruendo, era el magnánimo Leonte, que conducía al campo de Sofanór al Rey cautivo, cuatro mil prisioneros, un botín inmenso y las invencibles escuadras de los Samnitas. Los Romanos ven distintamente al Rey, resplandeciente de oro, montado sobre un hermoso caballo: Leonte, cubierto de la piel de león, camina á pie á su lado; sus valientes Marsos le rodean, y veinte mil Samnitas cubiertos de bruñido acero cierran su marcha triunfante.

Ponen sus tiendas estas nuevas tropas al lado de las de Sofanór; y apenas cierra la noche, cuando mil fuegos encendidos en toda la ribera del Fucino alarman á los Romanos y les hace temer segundo insulto.

Estos valientes Romanos, que hasta entónces prorumpían siempre en gritos festivos al ver el enemigo, ahora

ra guardan triste y profundo silencio á la vista de aquel campo formidable. Los soldados se miran unos á otros con espanto, los cabos no se atreven á comunicarse sus temores: todos vuelven los ojos á Rómulo. Se doblan las guardias y batidores, se prepara todo para el combate, y á pesar de la fuerza y solidez de las nuevas obras, del número y valor de las tropas, la inquietud y el recelo ocupan todos los ánimos.

Rómulo mismo está rezeloso y turbado, pero muestra en público un rostro sereno. Apoyado sobre una lanza y caminando con dificultad á causa de su herida, visita todos los cuarteles, anima á los soldados, y aunque su corazón está oprimido de tristeza, da en alta voz gracias á los Dioses, que le entregan juntos á sus enernigos.

No obstante, una órden secreta junta el consejo. Mecio, Valerio, el sabio Catilo, el prudente Bruto y otros Capitanes de acreditada experiencia acuden á la tienda del Soberano: su nacimiento llama á esta junta á la bella Herulia y á Numa sus hazañas. Los Lictores guardan la entrada de la tienda

real y apartan á los curiosos. Entonces Rómulo, dejando la serenidad aparente que ha manifestado á las tropas, mira con inquietud á todos los concurrentes y les dice de este modo.

Vuestros consejos, compañeros míos, me han sido siempre muy útiles, pero hoy me son del todo necesarios. Los enemigos, vencedores de mis cobardes aliados, tienen triplicadas fuerzas que nosotros. Es cierto que á favor de nuestras trincheras les podemos resistir fácilmente, pero si pasan el rio y nos bloquean en nuestro campo (cosa muy creible), ántes de ocho dias nos faltan los víveres y perecerémos sin pelear. ¿Qué harémos, amigos míos, en situacion tan crítica? Pelearémos contra los dos ejércitos reunidos y evitarémos muriendo una capitulacion vergonzosa, ó bien intentarémos una retirada que siempre ha de ser con mucho riesgo y pérdida?

Calló Rómulo, y Mecio propuso se enviase á Roma, pidiendo socorro á Tacio; y que entre tanto se esperase al resguardo de los reparos, que llegase el cólega de Rómulo: Bruto, al contrario, fué de opinion que se pre-

sentase la batalla al enemigo, pues no habia otro medio menos incierto; pero Hersilia se le opuso diciendo: en tanto que mi padre no puede pelear, no debemos tener fundadas esperanzas de vencer: de su brazo pende la victoria, y ahora no puede servirnos: sigamos el consejo de Mecio; estémonos quietos en el campo, y envíese al punto á pedir refuerzo á la ciudad; pero convendria para reprimir el orgullo de los enemigos é impedirles que nada emprendan en algunos dias, que Numa y yo, saliendo á la media noche, penetrásemos en el campo de los Samnitas, y en tanto que alucinados con su victoria y fatigados de la marcha, se entregan al descanso, nosotros llenaríamos sus tiendas de muertes y estrago. Este es mi dictámen; si mi padre le aprueba, vamos al punto á ejecutarle.

Numa la escucha arrebatado de gozo: sus ojos siguen todos los movimientos de Hersilia: su corazon palpita viéndose preferido de ella; y esta noche en que deben pelear juntos, le parece la época mas feliz de su vida. Pero Rómulo desvanece sus esperanzas,

oporándose al intento de su hija: los demás gefes proponen arbitrios ó imposibles o mas peligrosos que el mismo mal. Todos proponen, disputan y repiten lo dicho. Se alarga la sesion, y nada se ha logrado mas que esponer claramente todos los males, sin encontrarles remedio suficiente.

De improviso el jóven Numa se siente inspirado de Minerva: pide permiso para hablar, y Rómulo se lo concede, mirándole con complacencia. Gran Rey, le dice el héroe, creo que hay un medio, no digo para salvar el ejército solamente, pero aun para asegurarte la victoria. A nuestras espaldas tenemos los montes Trebanios: estas asperísimas sierras tienen gargantas y desfiladeros, en los cuales cien mil hombres pueden ser derrotados por un corto número de tropas dueñas de las alturas. Si esta noche me permites marchar con la mitad de mis Sabinos, mañana ántes que el sol llegue al ocaso ocuparé los desfiladeros. Tú señor, huirás de los enemigos, por la primera vez: ni te asuste esta voz *huir*, pues así aseguras una victoria completa. Los Marsos y Samnitas te

perseguirán; y luego que se internen en las gargantas, los esperarás y pelearás con ellos, en tanto que yo con mis Sabinos desde lo alto, los combatiéremos con las armas arrojadizas y con las piedras que caerán sobre ellos.

Así dice Numa, y Rómulo le abraza tiernamente. Valiente jóven, le responde, mas que la vida te deberé, pues salvarás mi gloria. Corre á ejecutar tu proyecto: llévate todos los Sabinos, escepto la caballería que te sería inútil, y á mí me haré muy al caso para cubrir la retirada. Una noche de ventaja te será suficiente; marcha, pues, al instante, y si logras tu empresa, mira cual será tu recompensa. Diciendo esto le enseña á Hersilia.

Numa se queda inmóvil. La sorpresa, el gozo, todos los afectos que le agitan le embargan la voz: sus ojos miran á un tiempo á Rómulo y Hersilia. Finalmente, se precipita á los pies del Rey: Hijo de un Dios, le dice, ahora acabas de hacerme invencible. Vengan los Marsos, los Samnitas; únase contra mí la Italia entera, no la temo: el nombre, el solo nombre de Hersilia me hace casi igual á

tí, y el honor de ser tu yerno me eleva al grado de los Semidioses.

Al pronunciar esto, brillan sus ojos del fuego de amor y valor; los dirige á Hersilia, y lee en los suyos que ratifica gustosa la promesa de su padre; ardiendo en deseos de ponerse en marcha, vuela á mandar que se armen sus leales Sabinos.

Imediatamente salen del campo las legiones latinas y van por mandado de Rómulo á formarse en batalla á la orilla del río, con el fin de ocultar á los enemigos la salida de Numa. Los Marsos que juzgan van á ser atacados, acuden á la parte opuesta: unos y otros se arrojan flechas, dardos y piedras; y los Romanos ocupando á los contrarios, les quitan toda sospecha de la marcha de Numa.

Atraviesa las selvas de Sora, evita con un rodeo las peligrosas lagunas de Aratcia, y enderezando su marcha hacia Asilo, llega al rayar el alba al pie de las sierras Trebanias. Antes de emprender la subida, el prudente Numa hace que algunas partidas de tropas ligeras vayan á descubrir terreno, y deja otras para que sirvan de guías

á Rómulo. Comienza despues á subir por aquellas breñas. Sus soldados fatigados con la marcha forzada que acababan de hacer, trepan con trabajo; pero Numa los anima: siempre delante de todos, unas veces se agarra á las ramas de los arbustos para ayudarse, y otras clavando las puntas de sus dardos en las grietas de las peñas, sube á favor de este apoyo. Anima con el gesto y la voz á sus compañeros: si se ofrece saltar un barranco, pasa el primero y ya del otro lado, escita con el ejemplo á que le imiten: salva todos los malos pasos, y llegando á la cumbre llama á los suyos: La imagen de Hersilia que va delante de él le facilita todas las dificultades, y sus tropas animadas al verle, superan finalmente todos los obstáculos.

Luego que ha llegado á lo alto, se admira al ver tierras cultivadas y prados llenos de ganados. Sus soldados le traen algunos pastores. Numa los tranquiliza con sus razones: no vengo, les dice, contra vosotros; nada teneis que temer: solo quiero que me guieis á vuestra principal poblacion: nos daréis los víveres necesarios, que se os

pagarían puntualmente. Nuestro intento es solo el de apoderarnos por tres días de estos desfiladeros. Libres ya de todo rezelo , los pastores le conducen al lugar inmediato.

¡Cuál fué la admiracion de Numa al conocer entre sus moradores, aquellos mismos Rheatos á quienes habia concedido la libertad! El viejo que le habló el día del sacrificio, se adelanta y reconociéndole: ¡oh día feliz! esclama; amigos, hijos míos: este es nuestro libertador; este es el héroe generoso que rompió nuestras cadenas; este es Numa! Apenas ha pronunciado este nombre, cuando todos los Rheatos rodean á Numa y se postran á sus pies. Unos le dan gracias por la libertad de sus padres; otros por haberles vuelto sus hijos y mugeres, y todos repiten: Oh hijo de los Dioses! (pues debe serlo, quien como tú los imita;) ¡Qué gracias no te debemos por habernos concedido tantos bienes y el mayor de todos que es el de poder besar tu mano libertadora y contemplar un guerrero que sabe perdonar. Dispon á tu gusto de nosotros, de nuestras vidas y haciendas: todo

es tuyo; erés nuestro Rey, nuestro padre; y aun mas, pues fuiste nuestro libertador.

No puede Numa oír estas tiernas espresiones sin llorar. Sus valientes Sabinos se enternecen con él: ya los une la dulce amistad con aquel pueblo virtuoso. Habitantes y soldados, se mezclan, se abrazan; reciben y dan todo cuanto la hospitalidad y la amistad les inspira. Las chozas se llenan de los guerreros de Numa; hombres, niños y mugeres los sirven con zelo y andan solícitos en suministrarles aun mas de lo que necesitan. Tanto los Sabinos como los Rheatos no componen ya mas que un pueblo solo y una sola familia. Todos aman y respetan igualmente á Numa: esta conformidad en los afectos los ha hecho hermanos.

Despues de haber dado algun tiempo al descanso, Numa da señal para juntar sus tropas, y todos los habitantes acuden con ellos á la voz del clarín, armado cada cual con lo que ha podido encontrar: este viene con una espada medio carcomida del orin, aquel con un escudo roto: el otro ha tomado una reja de arado, y los mas se han

provisto de armas, cortando gruesas y ñudosas ramas de las encinas y robles. Queremos pelear por tí, dicen al héroe: serémos parte de tus tropas, y cree que si el corazon basta para hacer un soldado, nunca tendrás otros mas valientes y arrestados.

Hablando así, se forman, esforzándose á imitar á los Sabinos: se alinean unos á otros formando filas mal compuestas, y piden con instancia se les conceda el puesto mas peligroso. En vano intenta el sensible Numa, reprimir el zelo de su ardiente gratitud: en vano se resiste á esponer á los riesgos del combate á unos hombres, que no tienen mas causa para pelear, que el amor que le profesan: este amor es mas fuerte que su autoridad, y á pesar de sus órdenes y ruegos, el hijo de Pompilio se ve precisado á doblar el número de sus tropas. Entónces les esplica su intento, diciéndoles que quiere ocupar las alturas para destruir al enemigo.

Inmediamente guían los Rheatos á los Sabinos á todos los sitios y gargantas de paso indispensable: les señalan los puestos que deben ocupar,

se apostan con ellos, cortan gruesos troncos, preparan montones de piedras para escachar á los Marsos, y resueltos á participar de los riesgos de los soldados de su bienhechor, aguardan con impaciencia el ejército Romano.

En breve se descubre este. Rómulo habia salido de su campo y emprendido una diestra retirada, con la cual engañados los Marsos y Samnitas le seguian, aunque siempre reprimidos por las sabias maniobras del contrario. Cuanto mas se acercaban á las montañas, tanto mas procuraba el astuto general aparentar gran desórden en su marcha: la retaguardia se desordenó por su mandato, y la entrada de los Romanos en los desfiladeros, parecia una total derrota. Sofanór, Leonte y aun mas el general de los Samnitas, dieron ciegamente en el lazo; y todo aquel ejército de aliados, compuesto de guerreros mas valientes que astutos, se internaron en lo mas áspero de las gargantas, creyendo perseguir á unas tropas desmandadas y puestas en fuga.

Rómulo instruido por guias que Numa le habia enviado, condujo de este modo á los enemigos hasta el si-

tio mas difícil y peligroso de los desfiladeros. Luego que vió logrado su fin, cesó de huir y pasando por medio de la retaguardia con una columna de gente escogida, se presenta á los Marsos, los llama al combate y da el tiempo necesario á la retaguardia para reñacerse. El esforzado Leonte cierra ántes que todos con los Romanos, y á su ejemplo los Marsos y Samnitas se disputan la gloria de acabar con los contrarios: cuando de improviso se ven cubiertos de una nube de piedras, troncos y peñascos que rodando con furia desde lo alto, escachan, rompen y destrozan sus batallones. Pasmados los gefes y soldados, levantan los ojos y ven las alturas cubiertas de lanzas; el espanto los deja inmóviles; no se atreven á dar un paso contra Rómulo, ni tampoco pueden volver atrás. Numa les habia cortado ya la retirada. Encerrados por todas partes en un campo de batalla tan estrecho, impedidos por su misma multitud y sepultados bajo los enormes peñascos que los Sabinos y Rheatos desprenden sobre ellos de continuo, se hallan vencidos sin pelear; arrojan las armas y piden capitulacion.

¿Quién será capaz de espresar el furor y la rabia de Leonte? Semejante á una tigre de Hircania, que cayendo en la trampa que le ha puesto el cazador cerca de su cueba, y viendo que este le arrebatara sus cachorros sin que pueda defenderlos, ruge, forcejea, despedaza con los dientes las piedras que alcanza, las desmenuza con furor, y devora con los ojos centellantes al enemigo que no puede ofender; así Leonte siente aumentar su desesperacion y rabia oyendo los lamentos y quejas de su destrozado ejército. No espereis, les dice, que en tanto que Leonte os mande, consienta una villanía: ántes de pedir de rodillas la vida al enemigo, tened siquiera valor para verme morir. Dice y se abalanza á la cumbre; y á pesar de las piedras y maderos, emprende solo el temerario arrojito de subir á lo alto.

Luego que los Rheatos y Sabinos conocen su intento, acuden al sitio que procuraba alcanzar, y hacen un monton de gruesos peñascos para arrojarlos sobre él; pero Numa corre á detenerlos, y les manda cesar el diluvio de piedras y dardos que al fin hu-

bieran sepultado á Leonte. Amigos, les dice, respetad su noble desesperacion. Hemos opuesto la ventaja del sitio á la ventaja del número; pero al valor de un hombre solo, no le de oponer mas que mi valor. Aguárdame, Leonte, quiero ahorrarte la mitad del camino.

Dice, y haja con tranquilo paso, mandando retirar á los Sabinos que querian acompañarle, y llega á juntarse con su terrible contrario, que le aguardaba sobre un peñasco llano, rodeado de precipicios que apenas les franqueaba el espacio preciso para reñir. Cesa la pelea entre los dos ejércitos: fija la vista en los dos héroes, cada soldado se olvida de sí propio y solo piensa en ellos: la casualidad que los pone en aquel sitio elevado, parece que los ofrece á la vista y admiracion de las naciones, de cuya suerte ellos van á decidir.

Cerca ya uno de otro, se miran sin hablar, y parece aquel silencio hijo de una recíproca admiracion. Leonte fué el primero que habló: aprecio ó valiente jóven, dijo á Numa, ese valor que manifiestas, y te confieso que entro con repugnancia en combate con-

tigo: vuélvete, te ruego, á tus batallones, y deja que sacie mi furor en la sangre de otros guerreros menos esforzados.

No hay ninguno, le responde Numa, en todo el ejército: el último soldado de Rómulo me iguala en valor, y en breve conocerás si soy digno objeto de tu compasion: dice, y no pudiendo arrojar el dardo, á causa del corto espacio, le dirige con las dos manos, lleno de furor, al pecho de Leonte. Fué terrible el golpe; pero dió en donde las uñas del leon cruzadas sobre el pecho formaban una triple coraza; en ella se embotó el hierro de Numa y la violencia del golpe hizo pedazos el dardo. Casi estuvo Leonte para caer; su furor aumenta: alza la formidable clava, y dándola dos vueltas en alto, descarga un golpe espantoso sobre el escudo del contrario. Cae el escudo hecho mil pedazos, y el mismo Numa toca el suelo con una rodilla; pero al punto se levanta: Saca la espada de Pompilio que es ya su única defensa. Quiere Leonte herirle segunda vez, pero el ligero Numa evita el golpe. Ambos fijos los ojos en el contrario,

atentos á todos sus movimientos y dando vueltas en un espacio reducido, se doblan, se tuerzen, dan mil golpes vanos y evitan otras tantas mortales heridas.

Indignado Leonte de tan larga resistencia, toma su clava á dos manos, se arroja á su contrario, y levanta sobre su cabeza la clava y la muerte á un tiempo. No puede Numa evitarlo; se cubre con su espada, débil defensa que no le hubiera valido sin la protección de Ceres. Esta Diosa miraba desde el Olimpo el cruel combate: ve la ferrada que amenaza la cabeza de Numa, se estremece, vuela y llega ántes que descargue el golpe. Su brazo invisible y poderoso desvia el golpe, y Leonte arrastrado de su misma fuerza y del peso de la clava, cae en tierra como un pino de cien años arrancado por un violento huracan. Numa se arroja sobre él: con una mano le coge del cuello y con la otra le pone la punta de su acero sobre el corazón: dueño soy de tu vida, le dice, pero no puedo dar la muerte á un guerrero como tú. Ven á jurar la paz; mas quiero ser tu amigo que tu vencedor.

Dice, se levanta y embaina su espada. Leonte, apenas puesto en pie, abraza á su generoso enemigo, y los dos asidos de la mano bajan hácia los batallones Marsos que ya se ocupaban en nombrar los ancianos que habian de ir á tratar con Romulo.

Numa acompañado de Leonte, los conduce á la presencia del Rey de Roma. Numa intercede en favor de los Marsos, y Rómulo les concede la paz. Pondréis en libertad, les dijo, al Rey de Capua, y le volveréis sus prisioneros y tesoros. En cuanto á las tierras de los Auruncos, que este Monarca os pedia, como siempre serian en vuestro poder ó el suyo un perpetuo motivo de discordias, me las cederéis á mí. En cambio, mi aliado os dará la ciudad de Aujencio y en rehenes á su hijo Capis, en tanto que se cumple enteramente lo pactado.

Los Marsos se convinieron gustosos con estas condiciones que les eran mas favorables que al Rey de Capua; y Rómulo que adquiria una nueva provincia, miraba con indiferencia los intereses de un aliado que despreciaba. Pero deseando recompensar á Nu-

ma, se vuelve á él y dice: tú, valiente jóven, triunfarás en mi lugar. Sobre mi carro entrarás en Roma; Leonte adornará tu triunfo, y mi hija te dará la mano ánte el ara de Júpiter.

A tí solo, gran Rey, responde Numa, es debido el triunfo: á mí me basta la mano de Hersilia; esta es la mayor gloria á que nunca puedo aspirar. En cuanto al valeroso Leonte, no soy yo quien le ha vencido; no, Romanos, no he sido su vencedor: Ceres ha bajado desde el Olimpo para darme la victoria. Vuelve, oh Leonte, vuélvete á tu patria: libre estás y eres invencible, pues solo has cedido á los Inmortales. Dijo, y todos, así Marsos como Romanos, creen oír á un Dios. Leonte se precipita en sus brazos y le estrecha en ellos llorando de admiracion. Se esfuerza en negar lo que ha dicho y pretende haber sido vencido. Mas Numa refiere en alta voz el modo con que Ceres le ha socorrido: la da gracias de que le ha salvado la vida, y se cubre de una inmortal gloria, reusando la que no merecia.

Entre tanto se ratifica y jura la

paz: vuelve á estar libre el Rey de Capua; Rómulo entrega Capis á los Marsos, y envia uno de sus Generales á tomar posesion del pais de Auruncos. Antes de separarse, Numa y Leonte se juran una eterna amistad y se hacen mutuamente un regalo. Numa obliga á su nuevo amigo á que admita el hermoso caballo de Thracia que Tacio le habia dado, y Leonte le da un yelmo fabricado por el mismo Vulcano, dón que le habia hecho el general de los Samnitas. Consérvale siempre, le dijo, y sobre todo consérvame tu amistad: te doy palabra de consagrarte mi vida, desde el instante que pueda disponer de mí mismo. Esta fué la despedida de los dos héroes.

Rómulo, pronto ya á volver á Roma, quiere que Hersilia y su amante, juntos en el mismo carro, vayan á la cabeza del ejército. ¡Qué felicidad para Numa! Apenas puede reprimir su gozo. Está al lado de la que ama, seguro de poseerla, y esta idea tan dulce, le llena de timidez. Numa cubierto de gloria, favorecido de Rómulo y libertador de todo el ejército, tiembla al lado de Hersilia. La mira y no se atreve á hablarla:

en vano la ha obtenido y ella ha manifestado que paga su amor, no puede acabar de creer que haya podido merecerla.

Ya las tropas habian vuelto á pasar el Liris, cuando un correo cubierto de polvo, pregunta á voces por Numa y se presenta á él cubierto el rostro de lágrimas. Numa sobresaltado, le pregunta por Tacio, temiendo alguna funesta noticia. No vengo de Roma, le responde el mensajero, vengo de la selva y del templo de Ceres. No ha podido el venerable Tulio tolerar tu ausencia y aun menos tu cruel olvido. Está en los últimos instantes de su vida, y pide por última gracia que pueda verte antes de morir.

Numa da un grito penetrante, se arroja del carro, y sin pensar en despedirse de Hersilia, ni pedir licencia á Rómulo, monta sobre un caballo, y vuela hacia la Sabinia.

FIN DEL LIBRO QUINTO.

NUMA POMPILIO,

SEGUNDO REY DE ROMA.

LIBRO SECTO

ARGUMENTO.

Gozo de Tulio al volver á ver á Numa. Ésmoro y cuidado de este en su asistencia. Prudentes consejos del Pontífice: muere en los brazos de Numa. Dolor y arrepentimiento de este. Vuelve á buscar á Hersilia. Pasa por un pais asolado y destruido por esta princesa, y llega á Roma lleno de horror. Harenga de Rómulo á su pueblo, y respuesta de Tacio. Preparativos del himeneo de Hersilia y Numa. Sangrienta muerte de Tacio: Numa le socorre, y jura dar la mano á su hija.

LIBRO SECTO.



Numa fatigaba los hijares de su caballo y seguia llorando la corriente del Anio: huia de una amante idolatrada en el instante que iba á asegurarle su posesion, y renunciaba á la gloria de triunfar en Roma. Mas con todo, no era esta la verdadera causa de su llanto, y sí el peligro en que estaba Tulio y el arrepentimiento de haberle podido olvidar, no pensando mas que en su ciega pasion. Temia las quejas del venerable viejo, pero aun recelaba mas hallarle sin vida. Si yo no le hubiera abandonado, se decia, quizás no habria llegado tan pronto el fin de sus dias, ó á lo menos mi presencia hubiera suavizado sus penas. Mi primera obligacion y la mas sagrada, debia ser volverle en su vejez los cuidados que empleó en mi infancia. He sido ingrato á su amor; esta idea llenará mi vida de amargura. No podrá la gloria consolarne. ¿Qué importan las alabanzas

del mundo entero, cuando nuestra conciencia nos acusa interiormente?

Así habla Numa atravesando por los campos de Carséoles: sin detenerse un instante, deja atrás la amable Tibur, la caída del Anio, el monte Ereto, y comienza á descubrir la selva sagrada y los tejados del templo. ¡Oh qué complacencia siente su alma al considerar y volver á ver el sitio de su nacimiento! Qué afectos tan dulces y tristes á un tiempo mismo escita en su corazón! Pero un interés mas vivo le arrastra; llega á la casa del Pontífice, pregunta, le busca y le halla tendido en su lecho rodeado de sacerdotes y de pobres.

Al verle, prorumpe en ayes lastimosos, se arroja de rodillas al lado de la cama, y tomando una de sus manos, la cubre de besos y de lágrimas. El anciano cuyos débiles ojos estaban cerrados, los abre y conoce á Numa: al punto aparece en su rostro un rayo de nueva vida y recobra el aliento que iba á dejarle para siempre. ¡Oh hijo mio, esclama! ¡Es posible! ¡Qué vuelvo á verte! Los Dioses han oído mis plegarias. Vén, no tardes á echarte

en mis brazos; temo que el gozo me acabe ántes de haberte abrazado. Diciendo así, se incorpora con trabajo y estiende sus débiles brazos hácia Numa; le recibe en ellos, lo estrecha contra su pecho y no puede, ni hablarle, ni separarse de él. El jóven baña con su llanto el rostro del venerable anciano y no le habla mas que con sollozos, elocuente language de las almas sensibles.

La conmoción que Tulio ha padecido, acaba de debilitar sus fuerzas: cae en el lecho sin movimiento y casi sin vida, pero siempre asido de la mano de Numa. Se le administran los mas eficaces remedios, pero sola la voz de su hijo puede volverle á la luz. Apenas recobrado, pide que le dejen solo con él. Entónces vuelve á abrazarle diciendo: ya pueden los Dioses cortar el hilo de mi vida; he vuelto á verte, y muero contento. Si tuviera mas tiempo para disfrutar de tu vista, te haria algunas reconvençiones; pero apenas bastarán á mi ternura las pocas horas que me quedan. Cuéntame pues, hijo mio, lo que has hecho; no dudo que la fortuna te ha favorecido, puesto que

no has necesitado de mis consejos ni consuelos. Refiéreme lo que te ha sucedido; tus palabras detendrán mi alma fugitiva, ó á lo menos me harán mas dulce la muerte, si los últimos acentos que llegan á mi oído, me aseguran de que te dejo feliz y virtuoso. ¡ Ah padre amado ! Responde Numa: ya no hay felicidad para mí si los Dioses no te alargan la vida, si no se apian dan de mis lágrimas y desconsuelo. Continuamente me despedaza el remordimiento de mi proceder y olvido ingrato.

No hables de mí, le dice el anciano, cuando te pido que me refieras tus sucesos; esto es lo único que puede interesarme. No me has olvidado, puesto que me amas todavía: me doy por contento y solo quiero que me hables de mi hijo: este único deseo es el que has de satisfacer. Si has incurrido en alguna culpa, no temas confesármela; ya debes conocer á tu padre, y ciertamente no se armará de una severidad impropia, cuando va á separarse de tí para siempre.

Hablando así, alarga una mano á Numa; y á pesar de los dolores que le

atormentan, le mira con dulce sonrisa. Esta suma bondad, disipa los temores y dudas de Numa y le presta valor para referirle su llegada á Roma, la acogida que halló en Tacio, el amor que le consume, y todo lo que esta pasión le ha hecho ejecutar. La pura verdad reyna en todas sus palabras: se confiesa culpado en no haber seguido los consejos de Tulio y en el abandono con que ha pagado el amor de Tacio; y lejos de disminuir sus faltas, apenas se detiene en contar sus proezas.

Tulio le escucha y no siente sus males: su ternura suspende los dolores. Pero al oír que Hersilia es el objeto del amor de su hijo, levanta los ojos al cielo. ¡Cruel amor, esclama, estos son tus golpes! Llenas el virtuoso corazón de este incanto jóven, de un violento amor por la hija de aquel Rey impío que nos obligó con una injuria cruel á ser sus aliados; de aquel malvado, que sirviéndose del nombre de los Dioses nos hizo caer en sus lazos y llenó toda la Sabina de llanto y desolacion. ¡Oh hijo mio! me horrorizo viendo los peligros que te cercan. Crees haber llegado al colmo de la dicha, porque

Rómulo te ha prometido su hija, y yo llo-ro las espantosas resultas de este fatal himeneo. No bien serás yerno de Rómulo cuando perderás el amor de los Sabinos: serás sospechoso á su Rey Tacio y en breve te verás forzado á ser su enemigo. No te lisongees de ver durar mucho tiempo la armonía que subsiste entre los dos Reyes: el ódio está como un fuego oculto en el centro de sus corazones; la menor chispa producirá un incendio, y entón-ces te verás en la dura precision de declararte contra el padre de tu esposa, ó contra el amigo de tus padres. Dudarás, puesto entre tu Rey legítimo, hombre justo y virtuoso, y un Rey de foragidos, que nunca ha conocido otro derecho que la fuerza, ni otra virtud que el valor; cuya primer hazaña fué la muerte de su hermano y que selló su alianza con los Sabinos con tu misma sangre, la sangre de Pompilio..... ¡Te estremeces! ¡pues á este vas á dar el nombre de padre! ¡Dioses, haced vanos mis funestos pre-sagios, ó arrancad de ese inocente pecho la emponzoñada saeta que le ha-ce olvidarse de la virtud, de la piedad y del sagrado amor de la patria!

Así hablaba el viejo, y Numa le oía con los ojos bajos y sin atreverse á responder: el nombre de Pompilio le habia confundido. Tulio se compadece de su cruel situacion; teme afligirle mas con severas reflexiones, y rompiendo aquel penoso discurso, deja para otra ocasion los útiles consejos que quiere darle ántes de morir. De este modo divide en varias dosis, el diestro discípulo de Esculapio, la saludable pero violenta medicina que ha de curar al enfermo debilitado.

Desde aquel instante, Numa se encarga solo del cuidado y asistencia del paciente. A su lado dia y noche, vacilando entre la esperanza y el temor, vela incesantemente y participa de todos sus dolores. La tierna madre que cuida de su hijo peligrosamente enfermo, no tiene mas zelo, mas cuidado, atencion y paciencia que Numa. Si Tulio toma alguna bebida, la mano de su hijo se la ofrece; si Tulio dice una palabra, la respuesta viene siempre de la boca de su hijo. Lo compadece, le anima; disimula su dolor, por no afligirle, y aparenta una serenidad y esperanza que no tiene. De-

sempaña á un mismo tiempo todas las obligaciones de hijo, amigo y esclavo; y el vencedor de Leonte no ha sacado de su victoria un gozo tan puro, un placer tan grato á su alma, como el que experimenta sirviendo á su bienhechor.

Pero el mal crece cada dia: la última hora de Tulio se acerca, y esta idea no le causa temor alguno: el virtuoso Pontífice ha vivido siempre para morir. En cada instante de su vida ha estado pronto á comparecer delante del tremendo juez; todos sus dias han sido semejantes, y el instante que va á acabar su vida, empieza su recompensa.

El bien de Numa es el pensamiento que le ocupa. Pide que le dejen solo con él, y tomándole de la mano que estrecha entra las suyas, le dice: voy á morir, hijo mio: tu asistencia y desvelos han pagado aun mas de lo que me debes. Tulio es ahora el obligado, y este es un nuevo consuelo que le acompaña al sepulcro. Dentro de breves instantes no necesitaré de Numa, y temo que bien presto Numa me echará menos. ¡Oh y que dolorosa me es esta idea! Tu amor á Hersilia, llena mis últimos momentos de amargura

y terror. Tu corazon escitado de la necesidad de amar, se ha entregado ciegamente al primer objeto que le ha seducido; y de un instante de ilusion han nacido todos tus errores. Hay dos amores, nacidos para la felicidad ó desgracia de los mortales. El uno, que es el mas comun y el mas ardiente, es el que te consume. Este, funda su imperio sobre los sentidos, nace y vive por ellos: discurre por nuestras venas, pero no está en el corazon; lejos de elevar las almas, las oprime: ni necesita estimar el objeto de su ardor, pues solo aspira á la posesion. Nada tiene que ver este despreciable amor con nuestras almas: juzga, pues, si podrá hacernos felices. No, hijo mio; y si los Dioses le han dado algun poder sobre el hombre, ha sido por humillar nuestro orgullo.

El otro amor, dón precioso del cielo, nace del aprecio y estimacion, y se alimenta y vive por ellos. Mas bien que pasion, se le podia llamar virtud: no padece los ciegos furors del otro, y solo conoce afectos tiernos y moderados. Su asiento está en el alma: la calienta sin consumirla y la alumbra

sin quemarla. Suministra además el alimento propio del espíritu, que es el deseo de llegar á la perfeccion. Sus placeres son siempre puros y aun sus penas tienen algo de agradable: en medio de los mayores males, hace disfrutar de una dulce paz interior y esta sola es la fuente de la felicidad. Tú mismo lo experimentarás; algun dia conocerás, hijo mio, que las riquezas, los deleytes y aun la misma gloria, son de poco valor para suplir la pérdida de la paz que da la inocencia; tal es, que la vejez que todo lo destruye, parece que la da nuevas dulzuras.

Dime ahora, á cual de estos amores se asemeja el que reina en tu corazon. Oh Numa, cree á un padre que te ama y que solo echa menos la vida para velar en tu felicidad. Nunca conseguirás esta mientras no seas dueño de tí mismo, y que no adquieras sobre tus pasiones un imperio soberano. Sobre todo, no incurras en el error de creer que este dominio es superior á nuestras fuerzas. Entra en tu interior, y hallarás una virtud pronta siempre á oponerse al vicio que quiera sojuzgarte.

Si la belleza arrebató tus sentidos, la sabiduría está dispuesta á defenderte: si las tareas escesivas te cansan, el valor y la constancia te sostendrán: si el poder injusto te escaspera, el amor del orden te hará ser sumiso: si las desgracias te oprimen, la paciencia te dará auxilios. Así que en todas las situaciones de tu alma, el cielo te ha provisto de consuelo y apoyo. Aprovecha de los beneficios del criador, y deja de juzgarte débil por hallar excusa á tu caída.

Pero conozco que la muerte se acerca y que me va faltando la voz. ¡Oh hijo mío! Te ruego encarecidamente que ahogues ese funesto amor que te hará infeliz para siempre. Tú mismo confiesas que fué poderoso á que olvidases á Tulio ¿Quién te asegura que no podrá hacerte olvidar la virtud? He visto que me amabas tanto como á ella.

Estas fueron las últimas palabras de Tulio. De allí á poco espiró en los brazos de Numa, hablándole de su cariño y dirigiéndole hasta su último suspiro.

Por mas prevista que tuviese esta

muerte, faltó poco para que costase la vida al hijo de Pompilio. Fué preciso arrancarle del cadáver del Pontífice y reprimir los desesperados impulsos de su dolor. Rendido de la falta de sueño, de la pena, falto de alimento y desecho en un mar de lágrimas, quiso con todo Numa llevar él mismo á la hoguera el cuerpo de su bienhechor. Se le vió precedido de los sacerdotes y Sabinos, pálido, trasojado y lloroso ir cargado del precioso peso. Le coloca en la pira, le mira largo tiempo sin pestañear: lo abraza nül veces y no puede resolverse á separarse de él.

¡Oh padre mio, esclama, ya no volveré á verte! ¡Ha enmudecido esa boca que me aseguraba de tu amor! ¡Se han cerrado para siempre los ojos que me miraban con tanta espresion y ternura! Dioses, que ya me habiais quitado mis padres ¿por qué volveis de nuevo á oprimirme con esta cruel desgracia? Sí, hoy pierdo nuevamente á Pompilio, á mi madre, á mi maestro y bienhechor. Todos los bienes que los cielos conceden al hombre para su consuelo, todos los he perdido con

Tulio; ya la tierra es para mí un desierto. ¡Venid ó vosotros, pobres desconsolados y afligidos! ¡Quedais huérfanos como yo; nuestra comun desgracia nos hace hermanos. Venid y besad por la última vez los despojos venerables del buen padre que hemos perdido!

Todos los pobres se adelantan y rodean la pira: los Sabinos solemnizan con amargo llanto la pérdida irreparable que han hecho. No se distinguen voces articuladas; solo se oye el triste ruido de profundos gemidos. Crece el dolor comun, al ver las llamas cebarse en la hoguera. Numa se arroja, por un movimiento involuntario, á querer sacar el cuerpo; pero le detienen, y en breve consume el fuego la parte mortal del mas justo de los hombres. Entónces sucede un profundo silencio á los llantos y gemidos. Los Sabinos, los sacerdotes y el mismo Numa, miran penetrados aquel monton de cenizas, único resto del que lloran: todos ven y miran con dolor, el polvo mudo del hombre de bien.

Riegan despues las cenizas con vino, las recogen y encierran en una urna que Numa mismo lleva á la bóveda

en que descansan las cenizas de sus padres: Unidos estaréis, dice, desposos que adoro, así como lo estuvisteis cuando viviais: ¡Ojalá puedan vuestras almas puras é inocentes alegrarse en los Eliseos, ya que no de las virtudes de vuestro hijo, á lo menos de su amor y piedad! Entónces cortando su rubia cabellera, la consagra á los manes de Tulio: sacrifica diez ovejas negras á Pluton y con esto dió fin á tan lastimosas essequias.

Despues de haber cumplido con estos tristes deberes, partió Numa para volverse á unir con las tropas, meditando los consejos de Tulio. Pero en vano conoce la verdad de sus avisos, los riesgos que le rodean y el dolor que va á causar á Tacio y su pueblo; en vano tambien experimenta un oculto horror, considerando que va á ser el yerno del que ha causado la muerte de sus padres: la imágen de Hersilia, el temor de verla en los brazos de un rival; en fin, todos los fuegos del amor y los tormentos de los celos, se reunen para vencer su piedad y su razon. Giene al conocer que no sigue los consejos del Pontífice,

habla con sus manes y les suplica perdonen su debilidad. Desde la muerte de Tulio, creyó siempre que la sombra de este lo seguía y era fiel y rígido testigo de sus acciones y pensamientos: á este saludable temor, debió todas sus virtudes.

Creía Numa hallar el ejército en las fronteras de los Hérnicos; pero supo en Trebia, que Rómulo con la mitad de su gente había ido á sorprender á Prenesta, y que en tanto Hersilia iba contra el Rey de los Hérnicos. El haber aquel Príncipe negado el paso á los Romanos, cuando iban contra los Marsos, le pareció al implacable Rómulo un ultraje. Mandó á su hija que tomase sangrienta venganza, y esta cruel Princesa le había obedecido puntualmente. Numa que recela algun riesgo para Hersilia en esta expedición, se apresura por hallarse á su lado y camina día y noche. ¡Quién podrá pintar su sorpresa y dolor, cuando llegando á los términos de los Hérnicos, ve los pasos de Hersilia señalados con la ruina y desolación del país! Sus débiles enemigos huían, y ella los perseguía con el hierro y el fuego. Las

mieses destruidas por los pies de los caballos, los árboles cortados, las ramas esparcidas lejos de los troncos, y que en alguna fruta que conservan, manifiestan su anterior fertilidad. Ve los pueblos todavía incendiados ó reducidos á montones de ceniza: el cruento acero se ha cebado en cuantos no han podido huir; el cadaver del labrador, yace al lado de su arado y bueyes hechos pedazos: yace la madre desnuda y mutilada con el hijo muerto en sus brazos. La esposa y el esposo traspasados de heridas, yacen nadando en su negra sangre: asidos todavía de sus yertos y sangrientos brazos. Por todas partes mira las cenizas regadas de arroyos de sangre: los abantos y lamibrientos buitres, son los únicos habitantes de aquella region debastada, y se disputan con ansia y tristes gritos los crueles dones de Hersilia.

¡Oh Dioses inmortales, esclama Numa! ¡Será mi esposa la aurora de tantos horrores! ¡Es esta la pompa de mi himeneo! ¿Es posible, Hersilia, que hayas cometido semejantes atrocidades? ¿Si Rómulo las ha mandado, por qué te has encargado de tan horrible eje-

cucion? Por grande que sea el respeto que se debe á un padre y á un soberano, es mayor el que se debe cualquiera á sí mismo y á la humanidad; y si un Rey manda un delito, se muere ántes que obedecerle. Y yo insensato que venia á socorrerla, yo que pedia al viento sus alas, á cada paso tropiezo en una víctima de su furor. ¡Derecho execrable de la guerra, son estas las acciones que permites! ¡Hé aquí el fruto que han producido mis hazañas; estas son las consecuencias de aquella gloria, por la cual ciego he abandonado todo! ¡Sí, he olvidado á Tulio, he desamparado á Tacio, y todo para ser el compañero de los tigres que han derramado tanta sangre, y cuyo furor y sed de estragos, he igualado en los combates! ¡Y he podido creermé un héroe! ¡Oh Tulio, perdona mi ciego error! Para siempre le desecho de mi alma. El verdadero héroe, es el que defiende su patria en peligro: pero el Rey, el guerrero que derrama una sola gota de sangre sin necesidad, es una fiera que los hombres aplauden porque no pueden condenarla.

Al punto huye Numa lejos de aquella escena de horrores; renuncia á

seguir los pasos de Hersilia, temiendo ser espectador de sus crueldades, vuelve atrás, sale de las tierras de los Hérnicos, y con el corazón amancillado y lleno de vergüenza de ser guerrero, toma tristemente el camino de Roma.

Ya todo el ejército había llegado, y á la sazón, Rómulo estaba dando gracias á los Dioses por todo el mal que había hecho á los hombres. Modo impío de ennoblecir sus crueldades, procurando asociar á ellas á los Inmortales.

Numa fué al capitolio, en donde estaban también Tacio, su hija y los Sabinos. Apenas el buen Rey le descubre, corre á él con toda la velocidad que sus muchos años le permiten, y estrecha entre sus brazos al hijo de Pompilio. Lloró el anciano de gozo al volverle á ver, pero en breve llora de pena al saber la muerte de Tulio. Oh desgracia de la vejez, exclama: todo lo que se ama nos va dejando! Ya no me queda mas que tú y mi hija; en vosotros voy á reunir todos los afectos de mi alma, y me queda el dulce consuelo de espirar en vuestros brazos. Así dice, y uniendo la mano de su hija con la de Numa, las estrecha á un-

bas contra su corazon. Tacia se inmuta, su mano tiembla al tocar la de Numa: baja los ojos y no se atreve á mirarle.

Pero el héroe buscaba á Hersilia. La ve al lado de Rómulo: esta vista vuelve á dar á su pasion toda su violencia, y borra en un instante todos los consejos de Tulio. Procura corresponder prontamente á las caricias de Tacio, y saludando á su hija con frialdad, corre á presentarse á Rómulo: este le recibe en sus brazos, y presentándole al pueblo, pide que le oigan.

Romanos, les dice, hoy me habeis visto triunfar; pero Numa es el que ha merecido el triunfo. A Numa debo la victoria, y en justa recompensa, quiero darle, la que tantos reyes han pretendido en vano, la que ha despreciado tantos héroes: mi hija Hersilia.

Dice, y los Romanos aplauden con aclamaciones; pero los Sabinos guardan profundo silencio. Tacio queda inmóvil, como un hombre que ha visto caer un rayo á sus pies: Tacia, perdido el color, se arrima á su padre. Hersilia que advierte su turbacion, la mira con ojos descontentos. Numa avergonzado y poseido de una interior zozobra, mira con inquietud á Tacia, Her-

silia, Tacio y los Sabinos.

Rómulo, sin darse por entendido, prosigue. Mañana se efectuará este augusto himeneo sobre este mismo altar, tantas veces cubierto con los despojos de la Italia, y le haré celebrar con juegos solemnes que durarán diez días.

Todos los Sabinos á la voz de *juegos*, manifiestan su alteracion: callan y arquean las cejas: Tacio levanta los ojos al cielo, y Numa fija los suyos en la tierra.

Rómulo continua: despues de haber satisfecho á la deuda del agradecimiento, me ocuparé con nuevo ardor en vuestros aumentos. Acabo de conquistar el pais de los Auruncos; pero esta aumentacion de territorio os será de poca utilidad, en tanto que los Volscos os separen de él. Un medio hay de hacerle útil; este es la conquista de los Volscos: dentro de diez días voy contra ellos. Romanos, habeis nacido para la guerra; no podeis engrandeceros, ni aun subsistir sino por ella. La paz sería para vosotros el azote mas cruel; entorpeceria vuestro valor y enervaria vuestros brazos. Juzgad de las ventajas que tendréis siempre sobre las demas naciones, cuando sin dejar las armas

de la mano, y perfeccionándoos incesantemente en el arte difícil de los héroes, atacaréis un pueblo debelado por una larga paz: aun cuando su valor igualase al vuestro (cosa por cierto imposible) no podrá igualaros nunca en fuerzas ni experiencia. Antes que esos débiles contrarios se adiestren peleando con vosotros, ántes que hayan aprendido el arte terrible con el cual seréis sus dueños, se hallarán vencidos y sujetos. Así es, que atacando una despues de otra las naciones de Italia, desuniéndolas para mejor vencerlas, aliándose con las mas débiles y oprimiéndolas despues que nos hayan servido, conseguiréis, no hay que dudarlo, Romanos, en breve tiempo la conquista del mundo, prometida á Roma por Júpiter. Cualquier camino es lícito para cumplir la voluntad de los Dioses, y la victoria justifica los medios que la han conseguido.

Romanos, pensad solo en la guerra: sea esta vuestra ciencia, vuestra única ocupacion. Dejad á otros pueblos que cultiven con ímprobo y humilde afán la tierra que riegan con su sudor; dejadlos que se ocupen en acumular riquezas por el comercio é industria, vi-

las invenciones de la cobardía: vosotros recogeréis los granos que siembran, y disparéis los tesoros que guardan. Como hijos de la tierra, deben cultivarla; pero vosotros, compañeros del hijo de Marte, no debeis conocer otro arte que el de vencer. Sí, Romanos; guerra, guerra eterna contra todos los que reusen admitir el yugo. El universo es nuestra herencia: todos los que le ocupan son usurpadores injustos de nuestros bienes. Jamas interrumpais la noble tarea de recuperar lo que es vuestro.

Así habló Rómulo; las tropas le aplauden y el pueblo murmura. Por todas partes se oye un ruido parecido al zumbido de las abejas cuando salen en tropel contra el enemigo, que quiere despojarlas del fruto de sus afanes.

Tacio, que hasta entónces habia estado pensativo, mira con ternura al pueblo: se levanta de su trono que estaba enfrente del de Rómulo: estienda su cetro de oro y pide silencio. Su aspecto venerable, sus canas, la bondad y dulzura retratadas en su rostro, inspiran á todos un santo respeto. Rómulo sorprendido y rezeloso, le mira con esujo: sus cejas formidables se juntan,

y su frente indica la cólera del interior. Tal debía, en la asamblea de los Dioses, el terrible Júpiter, mirar á Saturno que se oponia á sus decretos.

Rey y compañero mio, le dice el prudente Tacio, ningun Romano hay que admire mas que yo tu valor, tu pericia militar y tu amor á la gloria: disfruto aun mas que tú propio de tus triunfos, y confieso con placer que en el largo discurso de mi vida, no he conocido un héroe que te se pueda comparar. Pero por grande que sea este título, no basta á un Rey, y debe añadirle otro mas dulce y mas glorioso; el de padre. Mira esa porcion de tus vasallos, cubiertos de acero y con las picas en las manos: son, no hay duda, hijos tuyos, y como á tales los tratas: pero mira tambien esta otra porcion, diez veces mas numerosa, cubiertos de andrajos, porque en vez de vestirse, han tenido que pagar esas coronas resplandecientes; son tambien vasallos tuyos y los tratas como á enemigos. Les quitas el sustento, les arrebatas sus esposos é hijos: tus laureles estan regados con sus lágrimas, y cada una de tus victorias se compra con su sangre. Ya

es tiempo, Rómulo, que los dejes respirar, y que permitas vivir á aquellos, cuyos padres han muerto por tí. Cesa, pues, de esterminar tus súbditos, y sobre todo nunca digas que ejecutas así los decretos de los Dioses. Solo desean estos la felicidad de los humanos: el primer don suyo fué la edad de oro; y cuando el Olimpo junto declaró á Minerva victoriosa, fué por haber producido el fructífero olivo. El único de estos Inmortales que reynó en Italia, fué Saturno: acuérdate como reynó, y no calumnies mas á los Dioses diciendo que mandan la efusion de sangre.

Pretendes que los Romanos solo pueden subsistir por la guerra: enséñame un pueblo solo, que se mantenga con tan horrendo apoyo, y dime la causa de la ruina de los pueblos que han desaparecido de la faz de la tierra. ¿Conservó su grandeza la desgraciada Thebas por la guerra? Venció, no obstante, á los siete Reyes de la Argolida, y sus victorias ocasionaron su perdicion. Tus ascendientes los Troyanes, ¿mantuvieron su poder en el Asia por ella? La guerra es la enfermedad de los estados: aquel que con mas frecuencia la

padece, se arruina mas presto. Rey y compañero mio: yo te pido, en nombre de este pueblo que ha derramado tanta sangre por tí, que des tiempo á que sus venas ecshaustas recuperen la perdida. Nadie nos declara la guerra; tus conquistas son harto dilatadas: ocupémonos, pues, del cuidado de hacer venturosos los pueblos que tu brazo ha sujetado. A pesar de mi vigilancia, no basto á reprimir las injusticias, ni á socorrer á los infelices: ayúdame en tan noble empleo. Visitemos juntos nuestros dominios tan vastos, gracias á tu valor, y cuando habrémos enjugado todas las lágrimas, cuando habrémos sacado de la miseria á los indigentes, y finalmente, cuando no hayamos dejado un desventurado en nuestro Reyno, entónces convendré gustoso en que salgas á añadirle nuevas provincias.

Dijo, y Rómulo ciego de enojo, iba á responder: en su rostro se conocia que no pensaba en conceder la paz. Pero de improviso el pueblo le rodea, y no le dejan hablar: mugeres, viejos y niños, todos de rodillas y levantados los brazos claman: ¡la paz, la paz! ¡Hijo de un Dios, concédenos la paz! ¡Toma

cuan to posemos, si quier es, pero da-
nos la paz!

¡Oh hijos míos! les dice Tacio enagenado y bañado en llanto, os la prometo. se la he pedido á Rómulo á título de amistad: ahora la esijo como su cólega, é igual en poder y dignidad. Si me la niega, iré con vosotros á esperarle á las puertas de la ciudad, nos echarémos en la tierra, y verémos si sus feroces soldados se atreven á hollar con los pies á su Rey, á sus madres é hijos.

Al oírle, todas las tropas esclaman diciendo: ¡jamás, jamás! Cada soldado arroja las armas, se mezcla con el pueblo, y abrazando á los suyos, todos repiten á voces: ¡la paz, la paz!

Precisado el terrible Rómulo á ceder por la primera vez de su vida, disimula su despecho, concede una tregua con tono áspero, y se retira prontamente á su palacio: sus guardias llamados *Céleres*, le acompañan. Era este un cuerpo de gente escogida, que habia creado para la seguridad de su persona.

Apenas estuvo en su palacio, cuando ecsalando la rabia que oprimia su corazon, se desahoga con mil imprecas-

ciones contra Tacio, y en aquellos instantes de furor, dijo estas razones imprudentes: ¿Hasta cuando pondrá obstáculos á mi gloria ese caduco importuno? ¿Es posible que no tenga yo un amigo que me libre de él? Por desgracia, algunos de los Céleres oyeron estas últimas palabras.

Habia Hersilia acompañado á su padre, y Numa no se habia atrevido á seguirla. Ayudado contra una columna, bajos los ojos, pensativo, y comparando dentro de sí las virtudes de Tacio, con los furores del que iba á ser su padre, estaba sepultado entre mil dudas. Tacio se le acerca, y le dice alargándole una mano: ¿Tú tambien, yerno de Rómulo, me declaras la guerra?

Numa, penetrado de confusion y dolor, se arroja á sus pies: ¡Oh padre mío! le dice: no me atrevo á miraros: perdonadme sí.....

Todo lo perdono, le responde el anciano, con tal que me ames siempre. Has dispuesto de tu albedrío sin decirme lo; has contraído un enlace que será poco grato á los Sabinos; dudo mucho que el venerable Tulio te le haya aconsejado; pero en fin, si te hace feliz,

todos debemos aprobarle. ¡Oh Numa! Quise ser tu padre, y Rómulo va á lograr esa dicha; no puedo menos de decirte que se la envidio. En caso que no cumpla con las obligaciones que impone tan dulce nombre, y si su corazon no conoce el precio de él, siempre hallarás el mio pronto á participar de tus penas. Tacio te será deudor del mayor agradecimiento, si le escoges por amigo y consuelo.

Al acabar estas palabras, se aparta de Numa, y le deja cortado, lleno de turbacion, de remordimientos y de amor.

En tan cruel estado, piensa Numa hallar la apetecida calma al lado de Hersilia: vuela al palacio de Rómulo, y ve los preparativos de sus bodas: al verlos, se llena de gozo: pero un presentimiento de temor le acibara. Habla al objeto de su amor; oye de su boca la declaracion de su correspondencia, y el dulce éxtasis que le ocasiona tan feliz seguridad, no es poderoso á desterrar de su pecho un terror secreto que le oprime. Mira á Hersilia, lee en sus ojos el amor, pero no encuentra la paz. Atormentado, lleno de zozobra, repite que el dia siguiente será el de su feli-

cidad: una voz interna le grita desde lo íntimo del alma, que la felicidad está muy distante de él: la misma voz le hace severas reconvenciones, y por mas que Numa procura creer que no son merecidas, su conciencia desvanece los sofismas de la pasión.

No pudiendo ya con tantas inquietudes, temeroso y abrasado de amor, dirige sus pasos al bosque de Egeria, en donde vió la vez primera á la que ha de ser su esposa. Quiere volver á ver aquel sitio dulce á su alma; se acuerda del sueño misterioso que en él tuvo, y espera que dirigiendo sus votos á Minerva, esta Deidad le volverá la tranquilidad de que tanto necesita.

Ya el último crepúsculo anunciaba las tinieblas cuando llegó al bosque. No bien ha entrado en él, cuando oye unos quejidos lastimosos: desnuda el acero y corre hácia aquellos ayes dolorosos que quiere conocer. ¡Mas qué escena se le presenta! Tacio espirando á manos de cuatro asesinos! Numa da un grito, mata dos de aquellos malvados, y los restantes huyen veloces; pero Tacio queda mortalmente herido; su sangre corre por varias bocas: apenas le quedan al

desventurado anciano algunos instantes de vida. Numa le abraza, dando lastimosos gemidos: reconoce sus heridas, rasga sus vestidos, restaña la sangre, y cogiendo al Rey en sus brazos, intenta llevarle á Roma.

Detente, hijo mio, detente, le dice Tacio: tus fatigas son en vano; conozco que voy á espirar, y doy mil gracias á los Dioses por haberme dado el consuelo de escalar en tus brazos mi último suspiro. Numa, yo muero á manos de Rómulo, he conocido á los asesinos, son Céleres, y al herirme me han dicho que estas eran las primicias de la paz que habia dado á los Romanos. El amor que profesas á Hersilia, y tu nuevo parentesco con mi asesino, te prohíben vengar mi muerte; pero espero que me concedas otra gracia mas preciosa: Dejo una hija infeliz, á quien no queda mas amparo ni defensa que la tuya: su noble cuna y sus derechos al trono de los Sabinos, la harán aborrecible y delincuente á los ojos de Rómulo: perecerá si la falta tu patrocinio. Júrame, pues, hijo mio, que velarás en su defensa, y que la servirás de protector, de padre y de hermano. ¡Algun dia creí que te

podría dar un nombre mas tierno! Desde el punto que te ví, formé el proyecto de dártela por esposa, renunciar en tí mi corona, y vivir con vosotros sin mas dignidad que el título de tu padre. ¡Dulce ilusion, cuán presto te perdí! Cuánto menos dura me seria la muerte si durase todavía! A lo menos no deseches mis ruegos; ten piedad de un viejo moribundo que fué tu pariente, tu amigo, y el amigo de Tulio y de Pompilio. Asido á tus pies, te suplico defendas la vida de Tacía. ¡Sé el defensor de esta huérfana abandonada!.....

Os juro, le responde Numa deshecho en un mar de lágrimas, y pongo por testigos de mi solemne juramento las almas de mis padres y la de Tulio: os juro, vuelvo á decir, que cumpliré vuestra primera voluntad; que seré el esposo de Tacía; que viviré y moriré por ella, defendiéndola de sus contrarios; y finalmente, os juro que aborreceré mientras viva, la familia de vuestro inhumano asesino.

No esperaba yo menos de tí, esclama Tacio lleno de gozo; abrázame, joven adorable. Cuento con tus promesas y muero contento.

Dice, estrecha á Numa entre sus brazos, y espira. Numa se quedó desmayado sobre el cadaver.

**FIN DEL LIBRO SECSTO,
Y DEL TOMO PRIMERO.**

NUMA POMPILIO

SEGUNDO

REY DE ROMA.

POEMA

DEL CABALLERO FLORIAN.

PUESTO EN CASTELLANO

POR EL TRADUCTOR DE LAS VELADAS
DE LA QUINTA.

TOMO II.

~~ODRACOS~~

CON LICENCIA:

BARCELONA: EN LA IMPRENTA DE CORCHS.
AÑO 1828.

NUMA POMPILIO,

SEGUNDO REY DE ROMA.

LIBRO SÉPTIMO

ARGUMENTO.

Numa vuelve á Roma con el cadaver de Tacio: Desesperacion de su hija. Numa se prepara á cumplir el juramento que ha hecho á su Rey: Rómulo se lo prohíbe. Hersilia va á ver á Numa, y este resiste á sus ruegos y lágrimas. Ecsequias de Tacio, y muerte de su hija. Rebelion de los Sabinos; inhumana precaucion de Rómulo. Numa se sacrifica por su pueblo, sale desterrado de Roma y encuentra á Leonte.

LIBRO SÉPTIMO.

Ya cubrían la tierra las tinieblas de la noche, cuando Numa volvió de su desmayo. La vista del sangriento cadáver de Tacio, le llena nuevamente de horror, y le recuerda el juramento que ha hecho. Sin arrepentirse ni quejarse, solo piensa en lo que debe al difunto Monarca, y temiendo que su cuerpo quede espuesto á nuevos insultos si lo abandona un solo instante, le pone sobre sus hombros, y con lentos pasos se encamina á Roma. Luego que llega á las primeras guardias, llama á los soldados Sabinos, les entrega el cadáver, les previene le lleven con respeto hasta el palacio de Tacia, y él se adelanta presuroso, con el fin de preparar á la desgraciada Princesa á tan cruel espectáculo.

Inquieta aquella hija amante con la larga ausencia de su padre, parecia prever su desgracia. Sola en su aposento, se ocupaba en hilar una túnica de púr-

pura para su Rey y padre querido: mil veces interrumpe su labor, y contaba suspirando las horas pasadas desde que no veia á Tacio. Los presagios mas funestos la asustan; un terror oculto llena su alma; sus manos abandonan el huso, y queda inmóvil con los ojos clavados en la tierra.

De improviso se le presenta Numa. El dolor que manifiesta, su llanto mal reprimido y sus vestidos manchados de sangre, llenan de horror á Tacia: se levanta temblando, y no se atreve á preguntarle. ¡Oh hija de Tacio, le dice el héroe con voz trémula: hoy mas que nunca neccitas de aquella constancia y paciencia inalterable de tu corazon! Vengo á darle el golpe mas cruel; pero sítvate de consuelo la virtud y la amistad mas pura, dones que los Inmortales nos franquean como alivio á los males de esta vida.

Apenas ha dicho estas razones, quando llegan los Sahinos con el cuerpo de su Rey. Tacia, dando un grito espantoso, se precipita sobre su padre, le estrecha entre sus brazos, y queda privada de sentido. Vuelve en sí á poder de los remedios que le administran, fija

los ojos en el cadaver, y considera las heridas sin derramar una lágrima: su lengua pegada al paladar, no puede articular una queja: un peso enorme le oprime el corazon. Queda inmóvil sin poder llorar ni aun respirar.

Temiendo Numa los efectos de aquel dolor mudo, manda que aparten el cuerpo del Rey, y Tacia prorrumpe entónces en gritos penetrantes y abundantes lágrimas: esto era lo que Numa deseaba. Asegurado de que aquel llanto la aliviará, deja á la Princesa al cuidado de sus criadas, y va á dar las disposiciones necesarias para que el cadaver, despues de lavado y embalsamado, se coloque en una cama de púrpura. Él mismo distribuye guardias en torno del palacio de Tacia, y despues de cumplir estos tristes deberes, se dispone al mas penoso de todos, que es el de anunciar á Rómulo que no puede ser su yerno.

¡Qué crueles ideas le ocupan en tanto que se encamina al palacio del Rey! Va á perder para siempre la que adora; debe renunciar su posesion, decirlo á ella misma, y parecerle un pérfido tolerando tola la pena de tan cruel sacrificio, y la verguenza de pasar por in-

constante. Esta espantosa idea hace titubear su virtud; pero en breve recobra el imperio sobre su pasión. Las sombras de Julio y de Tacio caminan á su lado, le sostienen y animan; le repiten continuamente, que aquel doloroso sacrificio es necesario, y que el oprobio y la desesperacion serian el único fruto que sacaria de un enlace con el asesino de su Rey y el enemigo de su familia, y de un himeneo fundado sobre un perjurio, y celebrado con tan funestos agüeros.

Llega al palacio de Rómulo, y halla á este Monarca sentado á la mesa, rodeado de sus cortesanos. En su rostro se leian la inquietud, el pesar y los celos: justo y primer castigo de su delito. Ya sabia la muerte de Tacio: temia se le atribuyese este atentado, y atormentado mas por este temor que por sus remordimientos, guardaba un adusto silencio, que sus áulicos imitaban. Hersilia, sentada á su lado, procuraba disipar con su lira las penas que le oprimian, y le cantaba la victoria del padre de los Dioses sobre los gigantes.

Numa se presenta á Rómulo, y se estremece al considerarle: el aspecto del

matador de Tacio le llena de un horror que en vano procura ocultar. No obstante, hace un esfuerzo, baja los ojos, como si él hubiese sido el culpado, y acordándose del respeto que los vasallos deben al Soberano, aun cuando este se halle manchado de los mayores delitos, le dice de este modo:

Rómulo, unas manos sacrílegas han hecho perecer tu compañero. Mis ojos han visto á Tacio espirar bajo el puñal de cuatro asesinos. He muerto dos de estos malvados; los otros dos han huido y acaso quedarán impunes, hasta que los Dioses tomen á su cargo la venganza. Sabes los vínculos que me unian al Rey de los Sabinos; pero no creo que puedas conocer bastantemente el amor y veneracion que profesaba á sus virtudes. Estos motivos rennidos, me imponen grandes y penosas obligaciones, que sin embargo pienso cumplir. Rey de Roma, adoro á Hersilia, y sin ella aborrezco la vida; pero he prometido y jurado á Tacio espirante, que su hija seria mi esposa. Cumpliré mi juramento. Vengo, pues, á deshacer el tratado himeneo, renunciando el bien que adoro, y á pedir tu consentimiento para ser eternamente desdichado.

Sorprendido Rómulo, se queda un instante sin dar respuesta: Hersilia, atónita y turbada, deja caer la lira, y los cortesanos inmóviles, esperan, para alegrarse ó entristecerse, que Rómulo manifieste sus ideas.

El terrible Rey se levanta, y arrojando á Numa una mirada llena de furor, le dice: Ya sabia yo la muerte de Tacio, y he dado mis órdenes para arrestar y castigar los delincuentes. Por grande que fuese tu amor á Tacio, puedes fiar á un Rey el cuidado de vengar el asesinato de otro Rey. Mas, al paso que sé castigar los delitos, sé tambien reprimir los ambiciosos: Numa, Rómulo te prohíbe des la mano á la hija de Tacio; sus derechos al trono de su padre, unidos á los tuyos, podrian un dia serme nocivos: le tengo preparado otro enlace. En cuanto á la afrenta de reusar mi hija, podria ofender á otro que no fuese hijo de Marte, tengo, pues, á bien compadecer tu poca edad, y considerando la inmensa distancia que nos separa, acordarme tambien de que fuiste de alguna utilidad á mis tropas.

Dicho esto en tono que procuraba manifestar tranquilo, Rómulo vuelve la

espalda á Numa sin aguardar respuesta. El desgraciado amante quiere hablar á Hersilia, pero la altiva amazona le mira con desden, pasa á su lado sin responderle, y sigue á su padre con todos los cortesanos.

La altivez y desprecio de Hersilia penetraron el corazon de Numa, pero le hicieron mas fácil su doloroso sacrificio. Indignado contra Rómulo, ofendido de Hersilia, y resuelto á aventurar su propia vida por mantenerse fiel á su Rey, Numa mas firme y sosegado, vuelve prontamente al palacio de Tacia.

Perdóname, le dice luego que la ve, si en medio de tu luto y lágrimas vengo á hablarte de himeneo. Tu padre ántes de espirar te confió á mi zelo; su alma grande y noble dejó el mortal despojo, satisfecha del juramento que le hice de ser tu esposo: Rómulo se opone á ello, pero en vano: tú y yo somos Sabinos, y como tales dependíamos del Rey Sabino: en tanto que vivió, debíamos obedecerle, y sus últimas disposiciones son para nosotros una obligacion todavía mas sagrada. No quiero ocultarte que adoraba á Hersilia; pero desde la muerte de Tacio, prefiero

el destierro, el cadalso contigo, al trono con la hija de su asesino. Si en cambio de un amor que no puedo ofrecerte, te contentas con la mas viva amistad, prevente á despreciar las amenazas de Rómulo: mañana la llama de la pira de tu padre, servirá de teas á nuestro himeneo.

Dice, y Tacia le escucha con dulce admiracion. Tacia, que tanto tiempo habia ocultado en su pecho su desgraciada pasion, llena de virginal rubor le responde que él es el árbitro de su suerte. Numa le da su palabra, y mas dueño de sí mismo por las amenazas de Rómulo, que por cuantos esfuerzos habia hecho por su parte, se dedica á disponer los funerales de su Rey.

Apenas amaneció el dia siguiente, cuando Numa se dispone á marchar con un cuerpo de Sabinos, para ir á cortar la leña necesaria á la fúnebre hoguera: estos piadosos cuidados que á nadie quiere fiar, alivian en parte su dolor. Pero en el instante que va á marchar, Hersilia se le presenta: Hersilia le pide una audiencia secreta.

Ya no es aquella altiva amazona, cuyas miradas tranquilas y desdeñosas

confundian al atrevido que osaba poner en ella los ojos: ya no es aquella heroína, cuyo invencible brazo se ha tenido en la sangre de tantos contrarios. Ahora viene como amante desconsolada: sus mejillas están ajadas por la abundancia de lágrimas, sus ojos amortecidos y cansados de llorar, brillan no obstante á pesar del triste velo que los cubre: sus cabellos y vestidos desordenados, y su belleza, aunque deslucida, le prestan en este mismo desaliño, un nuevo y peligroso atractivo.

Ya ves, ó Numa, le dice, á qué estado me ha reducido amor. Hersilia viene á buscarte: Hersilia suplicante viene quizás á recibir una repulsa. Juzga lo que te amo, tú que conoces mi altivez; este paso te dirá..... Pero demasiado lo sabes, ingrato! por tanto escusaré la vergüenza de repetirlo, quizás en vano, y olvidándome de mí propia, te hablaré solo de tu interés particular.

Te conozco bastante, ó Numa, para creer que la prohibición de mi padre te hará apresurar tu unión con Tacia; pero conoces mal á mi padre si imaginas que te ha de perdonar esta acción. Cree firmemente que el mismo

instante en que desprecies sus órdenes, verás caer tu cabeza dividida por la se-
gur de los lictores: bien conozco que
este temor no será poderoso á detener-
te; pero no perecerás solo: la sangre
de Tacia correrá juntamente con la tu-
ya. ¿Crees que el mismo Tacio, cuya
memoria tanto veneras, no te pediría,
si viviese, que salvaras la vida de su hi-
ja? Cuando te hizo prometer que se-
rias su esposo, creyó librarla así de
todos los riesgos que la amenazaban; pe-
ro siendo este limeneo, para Tacia, la
sentencia de muerte, y si tu fidelidad
ocasiona su ruina, eres el primero que
falta á las intenciones de su padre, y
cometes un delito contra Tacio mismo.

No te hablo de mí; de mí, ingra-
to, que creí ser amada: de mí, por
quien has despreciado la vida y vertido
tu sangre. Yo he sido menos feliz; en
nada he servido á Numa; pero tiene
este tanto derecho á mi gratitud, que
miro sus propios beneficios como pren-
das que le deben unir á mí para siem-
pre. Sí, Numa; por Hersilia entraste
en la carrera de los héroes: á Hersilia
díste el escudo celestial que la ha hecho
invencible: á esta misma has librado de

la muerte, recibiendo el golpe de Leonte: te debo la vida, te debo mi gloria: ¿y podrás abandonarme despues de haberme impuesto la obligacion de adorarte? ¿Para qué me has librado de la muerte! Para qué has logrado, solo por mí, ser el mayor y el mas amable de los héroes! Díme: en que he podido disgustarte? Cuál de mis acciones te ha ofendido? Acaso no te he manifestado bastantemente mi amor? Perdona á la hija de Rómulo, que nunca se dignó bajar los ojos á los Reyes que la adoraban, perdónale la flaqueza de querer disimular la primera llama que su pecho ha sentido. Cree que he padecido mas que tú: la violencia que hacia á mi corazon, castigaba cruelmente mi orgullo. Ya ves en lo que ha parado este orgullo: mírame puesta á tus pies, y regándolos con mi llanto. ¡Oh Numa: vuelve la vista á Hersilia, mírala, y quéjate, si te atreves, de su altivez!

Numa, respirando apenas, temia mirar á Hersilia: su voz sola le saca fuera de sí. Veia á sus pies á la que amaba mas que á su propia vida; la oia repetir que le adoraba: al paso qué hablaba, todas las resoluciones del héroe

se desvanecían, como se derriten las nieves en los campos á medida que el sol se levanta hácia el meridiano. Ya el prudente Numa convenia en la solidez de las razones de Hersilia, y su corazón abrasado de amor, enternecido y penetrado con las últimas palabras de la Princesa, acaso iba á ceder, cuando Mecio, el general Sabino, interrumpió tan peligrosa conversacion.

Hijo de Pompilio, nuestros Sabinos, cubiertos de luto, desean verte. Este pueblo que ha perdido su padre, clama por el heredero de sus virtudes. Ven, pues, á consolar su justo dolor, prometiéndoles amarlos como Tacio los amó, y jurándoles que defenderás la hija del mejor de los Reyes.

Al mismo tiempo se oyen á las puertas del palacio las voces y gemidos de todo el pueblo: á cada instante se oía repetido entre las quejas y sollozos el nombre de Numa. Vén, decían, virtuoso Numa! Vén, único resto de nuestros Príncipes, y sola esperanza de un pueblo afligido! Dínos cuales han sido las últimas voluntades de nuestro buen Rey, y aventurarémos las vidas para obedecerlas.

Estas voces y quejas del pueblo, la presencia de Mecio triste y lloroso, y la sangre de Tacio aun fresca en la túnica de Numa, que parecia pedir venganza, hicieron que el héroe venciese al amante: Oh Hersilia! exclamó: te adoro y te amo mas que á mi propia vida; pero amo todavía mas la virtud. Los Dioses que me ven, este pueblo á quien debo dar ejemplo, y mi propio corazon que no puedo engañar, me imponen el cruel precepto de cumplir mi juramento: puse por garantes de él á las almas de mis padres; y así, por doloroso que sea, completaré el sacrificio. Bien conozco que el dolor me quitará la vida, pero.....

No, inhumano, no morirás, le dice Hersilia, interrumpiéndole con furor: yo apartaré de tu cabeza la venganza de mi padre: yo le señalaré la víctima que debe sacrificar á mis agravios. Vivirás sufriendo un largo y doloroso castigo de tu crimen; vivirás para darme el tiempo y los medios de saciar mi justa venganza. Pécido! No te atreves á quebrantar un juramento que Tacio te arrancó con violencia, y cuentas por nada tantos como me has hecho! ¿Te

pedí yo que los hicieras? Tú que bajo esa mentida apariencia de virtud ocultas el ambicioso proyecto de hacerte Rey de los Sabinos, tiembla ingrato! Tiembla de la suerte que te amenaza, y no te lisonjees de evitarla. Enante, perseguido, desterrado, arrastrarás tu desventura é hipocresía por todos los pueblos de la Italia, sin que alguno de ellos te quiera dar asilo. Entregado á los remordimientos devoradores de haber causado la muerte de tu esposa, y por el abandono de tu amante, llorarás mientras vivas el delito de tu inconstancia. Te acordarás de Hersilia, volverás á ella tus manos suplicantes. y Hersilia será cada vez mas implacable. En tanto que me quede un soplo de vida, te perseguiré por cuantos medios me inspire mi orgullo y mi amor despreciado; y si tu abandono me da la muerte, mi alma irá á unirse con las crueles furias, para añadir, si es posible, nuevos horrores á tu suplicio!

Dice, y ciega de enojo y dolor, huye de Numa. Avergonzado este de tales extremos, sin atreverse á mirar á Mecio, va á consolar á los Sabinos. Receloso no obstante por las amenazas de

Hersilia, y temiendo segundo atentado de parte de Rómulo, encarga á Mecio doble las guardias en el palacio de Tacia, y atiende con el mayor cuidado á su seguridad. Sale despues con un destacamento, y se encamina al monte para despojarle de los pinos consagrados á Cibeles, de los olmos y fresnos, que transformados por la cruel industria del hombre en picas y dardos, derraman arroyos de sangre humana.

Ya resuenan por todas partes los golpes de la segur: el melancólico ciprés separado de sus raíces rueda hasta el valle; los alisos gratos á Neptuno, las hayas amigas de los pastores, caen con estrépito, abandonando las cumbres y laderas que adornaban con sus antiguos troncos. Despues los despojan de todas sus ramas, y conducen á la orilla del Tiber, no lejos de Roma, en donde se debia formar la pira para las exequias de Tacio.

El siguiente día, los principales Sabios conducen el cadaver cubierto de la púrpura é insignias reales. Mil guerreros preceden el feretro: se adelantan con las armas vueltas, bajas las cabezas, y marchando al ronco y la-

mentable estruendo de las sordinas. La inconsolable Tacia sigue el cuerpo, cubierta de un velo lúnebre, arrojando flores sobre el cadaver. Numa, vestido tambien de luto, sostiene sus débiles pasos, la consuela llorando con ella, y atiende á moderar su desesperacion; todo el pueblo Sabino, que los cerca, hace resonar los contornos con sus gritos y lamentos.

Mecio sobre todos, el anciano Mecio, que por espacio de sesenta años ha sido el compañero y el amigo de su Rey, Mecio se hiere el pecho, mesa sus canas y esclama: ó mi Rey! el mejor de los Monarcas! La parca cruel ha dejado correr el estambre de mi vida, sin duda para hacerme perder á un tiempo mismo á mi padre, á mi amigo y á mi Rey! ó Tacio! tú, á quien en mi juventud he visto arrostrar tantas veces el riesgo en los combates, y rodeado de enemigos hallar siempre la gloria y nunca la muerte: ahora pereces, en medio de tus hijos, al golpe de manos parricidas! Ese corazon siempre abierto á las miserias de tus vasallos, ha sido traspasado por unos ingratos! Como no te han librado los

Dioses? Como han dejado perecer al que era en la tierra la imágen de su beneficencia? Ó Tacio, soy no obstante el ménos digno de lástima de cuantos te lloran, pues tengo la esperanza de sobrevivirte poco tiempo.

Así se lamentaba Mecio, y todo el pueblo que se detenia á oírle, le respondia con sollozos y profundos ayes.

Ya descansa el cuerpo sobre la pira, y se inmolan la víctimas: Numa derrama sobre la tierra dos copas de vino, dos de leche y dos de sangre, libacion agradable á los manes. Llama despues á voces el alma de Tacio, y volviendo la cara, arrima el hacha encendida á la pira. Al punto prende la llama y sube por los resinosos troncos de los pinos: crecen los lamentos del pueblo; las tropas levantan los escudos, pero Numa manda que callen, y mirando con religioso respeto el pálido semblante de Tacio, al cual todavía no llegaban las llamas dice:

Ó mi Rey! En tus últimos instantes prometí ser el esposo de tu hija; juré vivir para amarla, para defenderla,

y vengo á cumplir mi juramento. Esta hoguera será el ara, y en ella, en presencia de tus manes, delante del pueblo que te llora y de las deidades vengadoras del perjuro, ofrezco mi mano y mi fé á Tacia. Sí, Sabinos, los Dioses, vosotros mismos, todos los amigos de Tacio me castiguen, si mientras viva no me ocupo en hacer feliz la digna esposa que Tacio me ha dado: cayga sobre mi cabeza la sangre del mas justo de los Reyes, si no empleo todo mi conato en desempeñar con la augusta hija todo lo que debo al padre.

Al pronunciar estas palabras, une su mano á la de Tacia, y juntas quiere estenderlas hácia la hoguera. Pero Tacia no puede sostenerse; titubea, sus miembros se entorpecen, y cae en los brazos de Numa. Un sudor frío cubre su frente, su lengua trabada no puede articular voz alguna: todo su rostro cárdeno se desencaja; cae en el suelo y se revuelca con espantosas convulsiones, y á pesar de los socorros de Numa y los Sabinos, espira dando espantosos gemidos.

Todo el pueblo queda horrorizado de semejante suceso. No se pueden des,

conocer los efectos de un veneno, pacientes en el rostro y en todo el cuerpo. Ya esta voz se difunde en todo el concurso, y se oye un ruido semejante al de los vientos cuando comienzan á embravecer la mar. Los soldados, los ciudadanos se miran unos á otros: en sus rostros se lee la indignacion, y la cólera inflama sus corazones: todos pronuncian los nombres de Rómulo y Hersilia, y los llenan de maldiciones. En breve se oye un grito general; todos se apiñan al rededor de Numa. Vénganos, esclaman: venga á Tacio y su hija, víctimas del inhumano Rómulo. Conducenos contra ese monstruo: la naturaleza y la religion te lo ordenan: vamos al instante á Roma; destruyamos esa ciudad impía, siempre funesta á los Sabinos.

El virtuoso Numa, rodeado y movido por aquel pueblo furioso, escitado por el horrendo espectáculo de la muerte de Tacia, y arrebatado del justo horror que causa á un alma pura un gran delito, Numa se olvida de que solo á los Dioses es dado el castigar á los Reyes: ciego en el primer pronto, del cual no es dueño, marcha á Roma á la cabeza de los furiosos Sabinos.

Pero el astuto y prudente Rómulo habia previsto la borrasca. Sabedor de que Numa, no obstante su oposicion, queria cumplir su juramento, escitado por la cruel Hersilia, y deseoso al mismo tiempo de vengar su hija y su autoridad despreciadas, habia hecho poner un tósigo violento en el poco alimento que habia tomado Tacia aquella mañana. De este modo nacen muchos delitos de uno solo: siempre un atentado conduce á otro mayor. Rómulo, temeroso de una rebelion, no quiso asistir á los funerales por cuidar de la seguridad de Roma: ya las puertas estan cerradas y las murallas coronadas de tropas. El bárbaro Rómulo imagina un antemural todavía mas seguro para detener á los rebeldes: hace traer desde sus casas las mugeres, los niños y los ancianos Sabinos que no han podido acompañar el cuerpo de su Rey; los coloca sobre los muros, cubre con sus cuerpos á los soldados y espera á los sediciosos.

Llegan estos guiados por el furor, gritando venganza y blandiendo sus dardos; pero al reconocer aquellos ancianos, aquellas madres y aquellos niños,

se detienen pasmados y atónitos: consideran que para herir los soldados de Rómulo han de traspasar sus armas aquellos pechos queridos. Un silencio profundo sucede á sus fieros y amenazas: se miran unos á otros, quedan inmóviles y las armas se les caen de las manos.

Aquel instante solo bastó para que Numa volviese en sí. Entónces ve claramente la estension de los males que su empresa va á ocasionar: se horroriza contemplando el riesgo á que ha expuesto al pueblo Sabino, y corriendo por todas las filas, esclama: no mas venganza, amigos míos; aun cuando esta fuese justa, la comprariais á precio muy escesivo. Salvad á vuestros padres é hijos: esta obligacion es mas sagrada que la de vengar á vuestro Rey. ¿Queréis acaso ser parricidas para agradar á Tacio? Son estas las víctimas que le enviaréis al Averno? Si le conociais, juzgad cuanto su alma piadosa desaprobaba tan atroz esceso! Ó Sabinos! En cualquiera otra ocasion seria gloria el vencer; pero en esta lo es el ser vencidos. Toma, ó Mecio, este ramo de olivo; vé á hablar á Rómulo; dle que

vas á asegurarle de la sumision y obediencia de los Sabinos; dile que estan prontos á darle rehenes, y á reconocerle por su único Soberano, con tal que jure perdonarlos. Si exige una víctima, dile que está pronta: yo me ofrezco á serlo suya. Yo solo me hago culpado del delito de todos; y solo me esceptuo del perdon. Corre, vuela; no pierdas un instante: firma la paz, y ofrece mi cabeza si es menester. Me será dulce el morir por el bien de mi pueblo.

Así habló Numa: Mecio quiere responder, pero el héroe no le oye, y le obliga á entrar en Roma. En breve vuelve anunciando la paz y el perdon, con tal que Numa salga al punto de los estados de Rómulo.

Apenas oyen los Sabinos esta condicion: cuando dando voces vuelven á tomar las armas; pero Numa los aplaca, les ruega que obedezcan, les hace ver los males inmensos de que él solo seria causa, y en fin jura, si no admiten la paz, atravesarse el pecho con su propia espada. Despues se aparta con Mecio, y dándole un estrecho abrazo le dice:

Enjuga el llanto, querido amigo: este destierro que es tan útil á mi nacion, es al mismo tiempo necesario á mi tranquilidad. ¿Podia yo volver á ver á Rómulo? Hubiera podido tolerar la vista de esa inhumana Hersilia, cuyo furor es sin duda cómplice del último delito cometido por su padre? Ó Mecio! Mi corazon está curado de la fatal pasión que le atormentaba: ¡pero cuanto tiempo será todavía menester para que la llaga no duela! Cree, amigo mio, que el mayor y mas sensible de todos los males es el de tenerse que avergonzar de un afecto que ha sido grato á nuestra alma. Perdóname las lágrimas que vierto: son las últimas que derramaré por mi funesto amor; en adelante lloraré arrepentido. Te encargo, venerable Mecio, que recojas las cenizas de nuestro Rey, y de su desgraciada hija: deben descansar juntas con las de mis padres y las de Tulio. Prométeme que tú mismo las llevarás al templo sin fiar de otro este cuidado que Numa te envidia. A dios, respetable amigo, oh! quieran los inmortales alargar los dias de tu vejez! Piensa que eres el único amparo de los Sabinos; su Rey ha muere

to, Tacia acaba de espirar, Numa va á vivir lejos de ellos; Mecio es quien debe consolarlos en todas sus pérdidas: yo te lo pido, y todavía espero poderte dar algun dia las gracias por todo el bien que les hagas.

Dice: y en vano Mecio quiere seguirle y acompañarle en su destierro. Cuida de este pueblo, le responde Numa, piensa en estos infelices tan olvidados casi siempre. Entónces se aparta prontamente de Roma, y toma el camino del pais de los Marsos.

Este era el mismo camino por el cual poco tiempo ántes habia pasado cubierto de armas resplandecientes, á la cabeza de las legiones Sabinas, lleno de amor, y ansioso de adquirir gloria, no dudando que esta le alcanzaria la felicidad. Halló la gloria, y hoy vuelve á pasar solo, sin séquito, desterrado, oprimido de dolor, huyendo al Rey que tan bien ha servido, avergonzándose de la que tanto amó, y obligado á buscar un asilo entre aquellos mismos pueblos que ha vencido.

Camina con estas tristes ideas; en breve sale de las tierras de Roma y se siente aliviado de una cruel opresion,

Llega á las cercanías de Vitelia, y entra en un valle por el cual corría un cristalino arroyo, cuyas márgenes poblaban hermosos álamos y sauces. Sigue Numa el curso del arroyo, y al pie de un cerro descubre una espaciosa gruta de donde nacia el agua.

Atraído por la amenidad del sitio, quiere descansar un rato sobre la verde alfombra que adornaba la cueva; entra en ella, y queda admirado al ver un jóven guerrero, cubierto de una piel de leon, dormido, y á su lado una clava ferrada. Numa se acerca, le mira, y conoce que es el valiente Leonte, el mismo que iba á buscar entre los Marsos, aquel de cuyo valor ya tenia pruebas, y el que no se las dará menores de su verdadera amistad.

Despierta Leonte, conoce á Numa y se precipita en sus brazos. Los dos héroes se abrazan tiernamente. Ó amigo mio! iba á buscarte, dicen los dos á un tiempo: Como, dice Numa, tú venias á Roma? Sí, le responde Leonte con franqueza y alegría, estoy desterrado; carezco de todo asilo, é iba á pedírselo á mi vencedor.

No hablemos mas de vencer, esclama,

ma Numa; pensemos solo en amarnos. Parece que la suerte quiere estrechar todavía mas los vínculos de nuestra amistad, haciéndonos padecer los mismos reveses. Estoy desterrado, é iba, como tú, á pedirte un asilo. Bien te acordarás de lo que hice por el cruel Rómulo: yo solo salvé á él y á su ejército. En pago de mis servicios ha hecho asesinar á mi Rey y pariente; la hija de Tacio ha muerto envenenada; y si me atreviese á presentarme en Roma, seria preciso inundarla de sangre, é dar mi cabeza á los lictores. Hé aquí el pago querido, la justicia de los hombres: de este modo saben pagar los romanos.

Numa, le responde Lentato, yo he servido á hombres que realmente son menos corrompidos, mas virtuosos y justos; tú me has visto pelear por ellos: quizás no has olvidado todavía el incendio de tu campo, mi retirada y la toma de Anjencio. Pues con todo, los Marsos se han acordado solamente del día de los montes Trebanios. Después de firmada la paz, y restituido el ejército á Marrubia, el severo senado, que me habia confiado el mando, me mandó comparecer á dar cuenta de mi con-

Jucta. Han depuesto con ignominia al aucionero Sofanor; me han arrojado de sus estados, por haberme dejado engañar de los ardides de Rómulo, y porque dejé caer el ejército en la celada que tú me armastes. Mira, pues, si los republicanos son mas justos. Cree firmemente que todos los hombres son ingratos é indignos de ser amados; pero debemos no obstante servirlos, por complacer á los Dioses y satisfacer nuestro propio corazon.

Ya hemos cumplido con ámbas obligaciones, responde Numa. Hemos derramado nuestra sangre por la patria; esta nos desecha, y así nos vuelve el derecho de vivir para nosotros mismos. Vén Leonte, vén conmigo á un desierto del Apenino: nuestras manos le romperán; cultivarémos la tierra, que menos ingrata que sus moradores, nos alimentará y viviremos lejos de los hombres, disfrutando de los placeres de la amistad, dignos solo de las almas grandes.

Leonte, transportado de gozo, le abraza y aprueba su designio: sí, le dice, juntos iremos y viviremos; la muerte solo podrá separarnos: te consagro

mi corazon y mi vida, ¡Harto tiempo la ha llenado de amargura una pasion desventurada! Ya es tiempo de vivir solamente para la amistad.

Como! dice Numa. Tú hablas de amor! Acaso conoces sus penas y tormentos? Será cierto que ningún mortal deje de gemir bajo el cruel yugo de esta terrible deidad? Escucha los males que me ha causado, y despues espero, que en justa correspondencia, me confiarás los sucesos de tu vida, los que deseo saber, como propios de un amigo, sin el cual conozco que me seria la vida insoporable.

Leonte le escucha atentamente; y Numa le refiere su vida desde su nacimiento hasta aquel mismo dia.

Esta narracion hecha con el mayor candor y modestia, encantó á Leonte, y le hizo amar todavía mas el amigo, que su corazon habia elegido. Lloró la muerte del virtuoso Tulio; lloró la de Tacio y su hija, y detestando al feroz Rómulo, da el parabien á Numa de haber podido vencer el amor que tenia á la culpable Hersilia.

Amigo, le dice, el sacrificio ha sido sin duda doloroso: has tenido que

elegir entre el amor y la virtud. Preferiste la virtud, y te ves desterrado de Roma, fugitivo, sin asilo, y llevando todavía en el corazón la herida que le lastima. Mas con todo, quiero preguntarte: si olvidando tus juramentos y despreciando las cenizas de Tacio, hubieses sido esposo de Hersilia; si te vieses dueño de un trono y del objeto de tu amor, ¿como destrozarian tu corazón los remordimientos! El yerno de Rómulo, el heredero de su poder, el poseedor de una amante idolatrada, seria mil veces mas infeliz y estaria mas lleno de pesares que Numa virtuoso y desterrado. O Numa! Yo lo sé por mí mismo; porque el Cielo que nos crió para amarnos, ha querido, al parecer, poner en nuestros sucesos la misma conformidad que se halla en nuestras almas. Tambien yo he sacrificado toda mi felicidad á la virtud. He perdido grandes bienes, es cierto; pero todos juntos no equivalen á la tranquilidad y satisfaccion interior que reyna en mi corazón. Mi alma está pura como el agua cristalina de esa fuente: este es el primer medio de ser feliz; el segundo es el de tener un amigo: hoy

me regalan los Dioses este tesoro. Oye, pues, la relacion de mis sucesos, y ojalá te causen un interes igual al que yo he sentido al escucharte.

Numa le abraza de nuevo, y el héroe Marso comienza su historia en estos términos.

FIN DEL LIBRO SÉPTIMO.

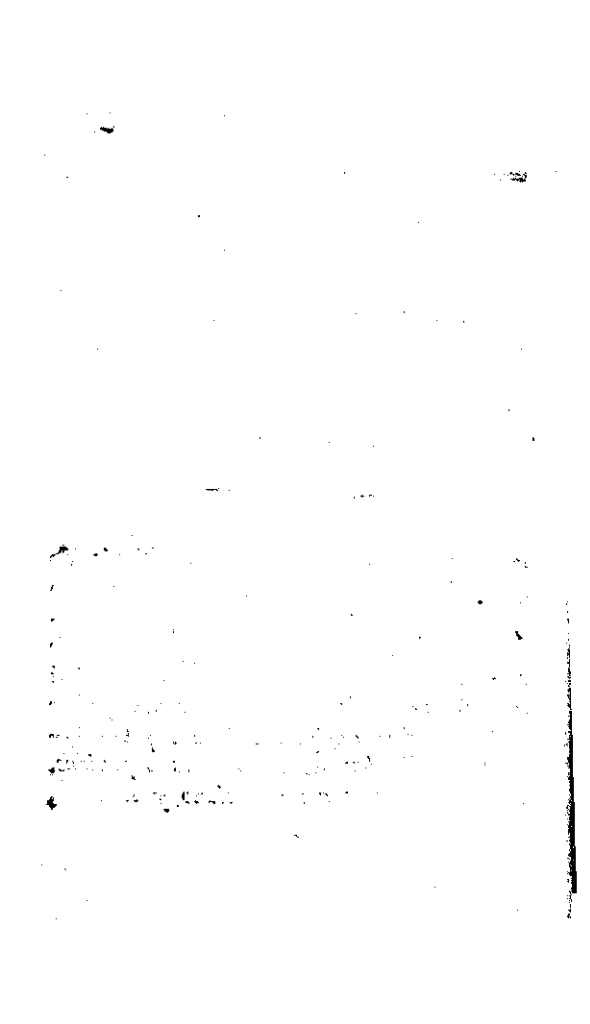
NUMA POMPILIO,

SEGUNDO REY DE ROMA.

LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO.

Leonte cuenta á Numa la historia de sus primeros años, su ternura y cariño para con su madre Myrtala, y sus amores con Camila: el sacrificio que hizo de su pasión, y lo que Myrtala le reveló á la hora de morir. Numa quiere acompañar á Leonte á su antigua cabaña, y buscándola se pierden en los montes Apeninos. Numa encuentra á un anciano y su hija, y les ve adorar el fuego.



LIBRO OCTAVO.



He nacido en el pais de los Marsos, entre las sierras de los montes Apeninos. Mi madre, pobre y enfermiza, no tenia mas bienes que un corto rebaño, una pagiza cabaña y un huertecillo. Se llamaba Myrtala: habia perdido su esposo pocos meses ántes que yo naciese, y me amaba como una madre solamente sabe amar.

Desde los primeros años de mi infancia, cubierto de una piel de lobo que Myrtala habia arreglado á mi estatura, y armado con un pequeño dardo que ya sabia arrojar, iba á guardar el rebaño de mi madre, siempre acompañado de dos terribles mastines, prontos á defender el rebaño y el pastor. No temia yo á las fieras, ántes al contrario, deseaba con ansia poder ejercer mis nacientes brios contra ellas. Á veces trepaba por las breñas y despeñaderos mas peligrosos, ó pasaba á nado los arroyos y balsas para piilar algunas

gamuzas jóvenes, ó alcanzar de los plenos mas altos los pichones torcaces. La idea de que si conseguia mi intento, podria hacer un regalo á mi madre, me hacia superar las mayores dificultades; y pensando que aquellos alimentos tiernos y sabrosos la alargarian la vida, me hallaba yo mas feliz y contento que un Rey despues de añadir una opulenta provincia á sus estados.

Al caer de la tarde conducia mi rebaño á casa. Palpitándome el corazon de gozo, enseñaba desde que mi madre me podia ver, ó el cervatillo ó los pichones que llevaba en triunfo. Myrtila me reconvenia dulcemente, me amenazaba, abrázandome, de no dejarme salir mas, y á veces reusaba mis dones, ó no los admitia sin hacerme prometer cien veces, que no volveria á esponerme á semejantes riesgos.

¡Cuanto siento, hijo mio, solia decirme, no poderte acompañar al monte! Entónces no temeria yo los riesgos, que serian comunes á los dos; pero débil y achacosa como estoy, y llena de dolores, que no me permiten dar un paso fuera de nuestra cabaña, que tan grande me parece cuando tú estás

ausente, mis pensamientos te acompañan, y continuamente me representan mi Leonte en un peligro espantoso. Unas veces te veo subido en la cima de un altísimo pino, y el árbol entero me parece insuficiente para sostener el peso de tu cuerpo: otras, te veo saltar un torrente, sientas el pie sobre una piedra resbaladiza, caes, estienes hácia mí los brazos, y el agua te sepulta entre su espuma. Ó hijo mio! Conténtate con guardar tu rebaño: la leche de nuestras ovejas y las legumbres del huerto, son mas que suficientes para mi alimento. No prives á las ciervas, gamuzas y aves, de sus hijos queridos: no sea que los osos ó javalíes me priven del mio. Prométeme, á lo menos, que nunca entrarás en las cuevas y guaridas donde esos crueles animales ocultan sus cachorros. Jura hacerlo así, Leonte amado, y si no por tí, hazlo siquiera por ta pobre madre. Ten por cierto, que el dia que se atrase de una hora tu vuelta, me hallarás ó muerta, ó espirando de inquietud y de dolor.

De este modo solia hablarme Myrtala. Yo la tranquilizaba, y acariciándola le prometia no volver á esponerme á los

riesgos que tanto temia. Entónces, lleno de gozo, me estrechaba entre sus brazos, me preguntaba lo que habia hecho aquel día, y en pago de mi relacion, me referia, en tanto que disponia la cena, las cosas de sus primeros años. Las noches se nos pasaban brevemente con estas dulces conversaciones. Mi tierna madre, ántes de entregarse al sueño, me dejaba preparado cada noche lo que habia de llevar al campo al día siguiente: me volvía á encargar de nuevo la prudencia, me abrazaba mil veces y acariciaba á mis fieles mastines, como recomendándoles que velasen sobre mi conservacion.

La vida agreste que yo hacia, aumentó mis fuerzas en breve y en grado increíble: á la edad en que comunmente apenas se ha salido de la niñez, ya era yo ágil y robusto. A quince años ya no temia ni los osos ni los javalíes: mis dardos se habian teñido en la sangre de estas fieras, pero nada sabia Mirtala. Mis perros, zelosos defensores de mi infancia, habian perdido las fuerzas con los años, y yo los defendia, pagándoles lo que les debia. Tranquilo y feliz guardando mi rebaño, me divertia

tocando la zampoña ó persiguiendo los moradores de las selvas. Nada deseaba ni queria fuera de mi madre: la única pena que sentia era la de ver que los años debilitaban cada dia mas su ecsistencia, agravando sus achaques.

Un dia que estaba sentado en la punta de una peña, de la cual se precipitaba un arroyo desde una altura de cien pies, formando un ruido espantoso, de improviso veo un ciervo, que herido de un flechazo y derramando sangre, se arroja en la balsa que formaba el impetuoso torrente. De allí á poco aparece una jóven amazona, cubierta de una piel de leon, con la aljaba al hombro y el arco en la mano, fatigando los hijares de un brioso caballo que animoso vuela tras del ciervo. Diana solamente podrá ser mas hermosa. Sus negros y hermosos cabellos ondeaban sueltos por su espalda: en sus ojos brillaba el ardimiento y el valor, y no obstante, todo su rostro manifestaba una dulzura encantadora. En tanto que arrebatado de admiracion la contemplo, sin atreverme casi á respirar, veo que el fogoso caballo se arroja en el torrente cuya fuerza le arrastra. En vano

la intrépida cazadora intenta volverle á la orilla; el furor de las aguas se opone á todos sus esfuerzos: en breve abandona el caballo, cae y desaparece, arrebatada de la rapidez de la corriente.

Ya estaba yo en medio del agua; largo rato nadé sin poder hallarla; finalmente, mi mano tropezó con sus cabellos y la conduje á la orilla privada de sentido. Desesperando que volviese en sí, la conduje á nuestra cabaña, en donde, gracias á mi madre, recobró el sentido. Ay de mí! Apenas se abrieron sus bellos ojos, cuando encendiéron en mi pecho un fuego que nunca se apagará. Osé contemplar aquella celestial belleza, á la cual la palidez del rostro daba nueva gracia, y sentí una agitacion, un sobresalto que jamas habia experimentado. A pesar de mi turbacion, no podia hartarme de mirarla, ni menos apartarme de ella, y cuando abriendo la boca me dió las gracias, me turbé y no supe que decirle: me preguntó mi nombre, y mi madre tuvo que responderle por mí.

Pero despues de algunas horas de descanso, la amazona se determina á abandonar nuestra pagiza habitacion sin

decirnos quien era. Ofreció á mi madre algun oro; su oferta nos lleno de sentimiento: lo conoció, guardó el oro; y quitándose un precioso collar que tenia al cuello, lo puso en el de Myrtala. Despues mirándome con tierna gratitud, se despoja de la piel de leon que traia sobre su vestido de púrpura, y me la presenta diciendo: esta fué prenda del grande Alcides, que la regaló á mi abuelo en pago de la hospitalidad que le dió. Hoy bago de ella el mismo uso que Hércules, dándosela al que me ha dado la vida; y si he de creer mis sentimientos, no dejo en manos indignas esta preciosa alhaja del hijo de Júpiter.

Dicho esto, abraza á mi madre, me arroja una tímida y dulce mirada, me manda que no la siga y se aparta de nosotros aceleradamente.

Myrtala y yo nos mirábamos: á no ser por el estado en que la vímos, no hubiéramos podido creer que fuese cosa mortal. Inmóvil y sorprendido, miraba yo aquella piel de leon, todavía mojada en el agua del torrente: la idea de que habia sido adorno de un Semidios la hacia menos preciosa á mis ojos que

el haberla visto cubrir los delicados hombros de la amazona. Tenia grabados en mi memoria sus gestos, sus facciones, y todos sus movimientos: todavía me parecia estar oyendo su voz. Aquella fué la primera vez, que distraído y pensativo, en tanto que mi madre hablaba, le oculté el ardor que ya inflamaba mi corazon.

Apenas amaneció el dia siguiente, cuando ya estaba yo con mi rebaño sobre la peña de la cascada. Me habia puesto la rica piel de leon, y apenas la tuve ceñida cuando me sentí nuevas fuerzas, indomable valor, y sobre todo un fuego devorante. Este se aumentó luego que llegué al sitio en donde habia visto á la amazona. Bajo á la orilla del torrente, busco el parage en que la habia librado; y me siento con deleyte sobre la yerba en que la puse desmayada. Suspiro; agitado, vuelvo la vista á todas partes: aquellas montañas, los precipicios y la cascada; todo aquel espectáculo grandioso que me arrebató el dia ántes, ya no fija mi atencion. Aquel desierto me parece horrible, sus bellezas naturales me fastidian, ya no cuido de mi rebaño, olvido mi zam-

peña y mis dardos, y con todo no puedo resolverme á abandonar aquel sitio tan grato á mi tristeza.

Vuelvo á la noche á casa, y no siento aquella dulce satisfaccion que ántes al volver á ver á mi madre: las horas que paso en su compañía se me hacen eternas; respondo con trabajo á sus preguntas; busco mil rodeos para hacer con disimulo que hable de la incógnita, no queriendo yo nombrarla. El collar que Myrtala tiene puesto, fija continuamente mis ojos, y abrazo á mi madre mas á menudo por poderle besar.

Así pasé tres dias: cada mañana al rayar el alba iba á la cascada, y allí esperaba que el sol se pusiese, con la vista fija al sitio por donde ví venir la primera vez á la amazona. El cuarto dia estando del mismo modo, de improviso la veo aparecer. Venia armada del mismo modo: traia otro caballo no menos brioso, y su rostro se cubrió de rosas al verme sentado sobre la peña.

En un instante estuve á su lado: se apea del caballo, le ata á un árbol, y sentándose sobre una peña me convida á hacer lo propio y me dice: casi no dudaba, valiente pastor, hallarte en es-

te sitio. He venido solo por verte. Te debo la vida y quiero hacerte venturoso: este es el motivo de mi venida. Háblame con franqueza: ¿Qué te falta para ser feliz y que lo sea también tu madre? Piensa que mi gratitud es extrema y que mi poder casi la iguala.

Entonces, bajando los ojos, le respondí: ó tú que no sé como llamar! Tú, que me inspiras un respeto, que hasta ahora solo he tenido á los Dioses, te dignas acordarte de un pastor y te bajas hasta el punto de venirle á ver! Esta sola bondad es paga del servicio que he podido hacerte: desde hoy mismo yo te debo mas de lo que podré pagar jamas. Me preguntas, qué me falta para ser feliz? Antes de haberte visto, nada me faltaba. Mi madre y yo somos ricos: tenemos una cabaña que nos cubre y defiende de las intemperies, un huerto y un rebaño que nos alimentan y nos visten, y aun acostumbro ir á los lugares del contorno á vender el sobrante de nuestra leche y los recentales que harian demasiado numeroso el rebaño. De esto saco algunas monedas de plata que travgo á mi madre, inútiles para nosotros, pero

que nos sirven cuando llega algun pobre anciano ó enfermo á pedirnos la hospitalidad, porque al irse de nuestra cabaña, les damos con gusto este dinero. Solo te queda un medio de hacerme mas dichoso, y es el que has empleado hoy: pues sin duda este es el dia mas hermoso de toda mi vida.

En tanto que yo hablaba, ella me escuchaba sonriéndose. Pues ya que solo mi presencia te hace falta, me respondió, te prometo venir á verte de cuando en cuando; el agradecimiento me obliga á esto. Pero no te diré quien soy: conténtate con saber que me llamo Camila, y cree que, sea el que fuere el misterio de mi nacimiento, es dulce á Camila el deber la vida á Leonte.

Yo quedé arrebatado de gozo. El tierno interes que me habia manifestado, la mirada que me arrojó al despedirse, su promesa de volver, todo inflamaba mi corazon. Repetia el nombre de Camila, me proponia enseñárselo á todos los ecos de aquellas montañas, y le grabé en las cortezas de los árboles. Camila sola llenaba mi alma; en toda la naturaleza no veia yo otra cosa que Camila.

Desde aquel instante huyéron de mí la tristeza y el tedio: aquellos desiertos me parecían los elíseos, los árboles, las peñas, el torrente, me parecían mas bellos; todo lo hermoseaba mi amor. Me parecía que la naturaleza habia reunido todas sus gracias y dones en aquella apacible soledad: temia que otro me la disputase, y hubiera querido vedarla á todos los hombres. Mi pobre cabaña me pareció á mi vuelta mas alegre y cómoda: ví á mi madre con mayor placer que hasta entonces. Nuestros abrazos fuéron mas dulces, y nuestra conversacion mas agradable y alegre.

Cumplió Camila lo que habia ofrecido volviendo á los dos dias. Oh! que breves se me hicieron las horas qué pasó conmigo! Cien veces estuve por declararla mi amor, y otras tantas espiráron las palabras en mis labios. Cuando yo miraba á Camila creia poderle hablar; pero luego que ella me miraba, el respeto me cerraba la boca. En breve, venia Camila todos los dias al torrente. Sin haberle dicho que la amaba, sin haber oido de su boca que era correspondido, nuestros coloquios eran los de

Nos amantes. Todos los días, ántes de separarnos, nos conveníamos en la hora en que volveríamos á vernos al siguiente; ámbos acudíamos á la cita mucho ántes. Con qué gozo nos saludábamos! Con qué deleyte nos referíamos cuanto habíamos hecho y pensado! Camila no me hablaba de otra cosa que de mí: yo no le hablaba sino de Camila. Estas dulces conversaciones eran siempre las mismas, y siempre nos parecían nuevas y mas gratas.

Sola una cosa me ocultaba Camila: el secreto de su nacimiento. Qué te importa, me decia, mi clase y calidad, si conoces tan bien mi corazon? Si sabes que este corazon no tiene un solo afecto que no sea para tí?

La amable Camila se ocupaba ademas en ilustrar mi entendimiento: era instruida y me comunicaba sus conocimientos. Me referia el reynado de Jano, la expedicion de los Argonautas, los sitios de Tebas y de Troya: me hacia aprender los versos de Hesiodo y de Homero: ¡Discurre tú, querido amigo, como aprenderia sus lecciones! Todo lo que salia de su boca, se grababa en mi corazon; no me era posi-

ble olvidar nada de lo que Camila me habia dicho una vez! Qué encanto experimentaba al oirla! Como me inflamaba cuando le oia cantar las proezas de Aquiles! Y cuando Homero pintaba á Venus, todavía me parecia mas bella Camila.

De este modo se pasaba nuestra vida. Los dias los consagraba al amor; y las noches á la piedad filial; porque lejos de que mi amor á Camila debilitase mi afecto á Myrtala, parecia al contrario darle nueva fuerza. No se dividia mi corazon entre mi madre y mi amante; cada una le poseia enteramente. Sin duda es un beneficio de los Dioses, que el amor el mas violento, cuando es virtuoso, presta nuevas fuerzas á todas las virtudes de nuestras almas.

Mi felicidad duró poco. Pasóse un dia entero sin ver á Camila. Al siguiente, fuí á esperarla medio muerto de dolor é inquietud. Vino, pero pálida y afligida. Amigo mio, me dijo luego que llegó á mí, nuestra dicha dió fin; llorarémos eternamente los cortos instantes que ha durado. Hasta ahora te he ocultado mi ser, temiendo que

el saberlo te apartase de amarme, y tambien por que me era grato ser amada por mí misma. Ya es tiempo que lo sepas: sabe pues que tengo la desgracia de ser hija de un Rey.

Un sudor frio corrió por todo mi cuerpo, al oir esto: mis rodillas trémulas se dobláron, y mi lengua no pudo articular voz alguna. Camila me agarró de la mano, me hizo sentar á su lado, y despues de haber procurado disipar el terror que me oprimia, prosiguió de este modo.

Mi padre es Rey de los Vestinos: la distancia es poca desde aquí á Cingilia su capital, y mi aficion á la caza me sirve de pretesto para verte todos los dias. Esperaba yo disfrutar mucho tiempo de esta felicidad, pero soy hija única, la corona de mi padre debe ser mi dote, y todos los Soberanos de Italia aspiran á mi mano. Dos de estos Reyes nos amenazan con la guerra, si no hago prontamente eleccion de esposo. El uno de ellos es Rey de los Marucios; sus estados confinan con los nuestros y casi siempre estan en guerra. Mi himeneo con su hijo acabaria estas discordias y formaria un reyno florecien-

te. La política, la razon y la humanidad hablan en favor del Príncipe de los Marucios, el cual ausente desde sus primeros años, viaja por la Grecia, sin mas compañía que un ayo, con el fin de instruirse, y aprender el difícil arte de reynar. Actualmente está en camino para volver á Cingilia.

El mas temible de sus rivales es Telemanto, Rey de Salento. Su poder, sus riquezas y el lustre de su origen (pues ya te he dicho otras veces que descende de Telémaco y Antiope) le dan grandes ventajas sobre el Príncipe; pero tememos poco á los Salentinos, muy distantes de nosotros, y será difícil que sus embajadores logren la preferencia sobre el Rey de los Marucios que ha venido en persona á pedirme para su hijo.

Por ámbas partes es igual para mí la desgracia, pues que debo de todos modos renunciar mi libertad, y con ella la esperanza que tenia de amarte siempre. Pero bien sabes, Leonte, lo que un hijo debe á su padre: el mio es viejo y sin fuerzas suficientes para defenderse. Me insta á que elija esposo; me ruega por su amor y sus canas no lo

Ocasiona una guerra que no puede sostener, y que ocasionaria su ruina y la de todos sus vasallos. Qué debo hacer? Te pido que me aconsejes.

Camila, le respon^{dí}: (porque ni en grado, ni el resplandor del trono me causarán nunca mas respeto que el nombre solo de Camila) un corazon que sabe amar sacrifica todo á su amor; pero un corazon virtuoso sabe inmolar el amor á su obligacion. Mi valor me asegura que defenderia tus estados; que armado de esta clava, y cubierto de la piel del leon Nemeo, rechazaria lejos de tus muros á los Marucios, Salentinos y aun á toda la Italia. Pero aun cuando fuese el mayor de los héroes, aun cuando mis hazañas se igualasen con las del grande Alcides ¿podria ser nunca tu esposo? No, esclamé deshecho en llanto, jamas serás mia! Eres hija de reyes, y yo solo un pobre pastor!... O Camila, Camila! ¡Cuán caro voy á pagar mi ciego error!

Discurres que soy menos digna de lástima que tú? interrumpió Camila. Piensas que mi triste corazon no padece tanto como el tuyo? Pero los

¿avía conservo alguna esperanza: conozco al rey de los Marucios: él desea para su hijo mis estados, y estima poco mi persona. Quiero declararle mi situacion; juraré renunciar mi reyno á favor de su hijo, luego que mi padre muera, con tal que no me obligue á casarme, y que nos defienda de Tele-manto. La esperanza de reynar sobre dos pueblos lisongeará su corazon ambicioso, y yo seré feliz si puedo adquirir, á precio de una corona, el derecho de amar siempre á Leonte.

Quise oponerme á su resolucion, pero fué en vano: Camila me dejó, resuelta á tentar este arbitrio. Dos dias pasé esperando, con dolorosa impaciencia, la vuelta de mi querida Camila.

Volvió pasados estos: su rostro brillaba de alegría. Serémos felices, me dijo luego que me vió. He declarado todo al Rey y le he dicho que mi corazon era tuyo: se ha mostrado sensible á mi confianza; la oferta de mi corona le ha determinado á servirnos; oye lo que nos propone. Su hijo que volvía de Grecia sin mas séquito que su ayo, ha muerto en Creta: como viajaba incógnito, todos ignoran su fa-

Hechimiento. El ayo del Príncipe, ha comunicado al triste padre esta noticia con todo secreto, y no atreviéndose á presentarse á él, se ha detenido en Corcira. Lloran el Rey la muerte de su hijo, pero tambien ve con dolor deshecho un enlace que aseguraba la paz de su pueblo y doblaba su poder. Su pena hallaria grande alivio si pudiese contentar su ambicion, y para no ver mi cetro en manos de Telemanto, solo le queda un arbitrio. Su hijo no era conocido en su Corte, que abandonó en sus tiernos años; todos le juzgan vivo y le aguardan de dia en dia: El Rey le adopta en su lugar.

Que vaya, me ha dicho, á encontrar en Corcira al ayo de mi difunto hijo: dale este selio mio y estas tablillas en que va escrita mi voluntad. Despues vendrá con él; yo le recibiré como si fuese verdaderamente mi hijo: mis pueblos engañados le reconocerán. Será tu esposo, viviréis felices, y la paz de las dos naciones, vuestra dicha y mi descanso, serán los frutos de un engaño, digno de alabarse, pues que sin hacer perjuicio á nadie, labra la felicidad de tantos.

Esta es, Leonte, la nueva felia que te traygo: serás mi esposo, reynarás sobre los dos pueblos, viviremos juntos hasta morir, y la fortuna y el amor nos harán pasar una vida feliz.... Pero no advierto en tí señal alguna de alegría. No te postras á dar gracias á los Dioses. ¡ Con qué triste indiferencia oyes la nueva de nuestra union! Qué nuevo pesar te turba? En qué piensas?

En mi madre, le respondí. He de perder ó he de hacer morir de dolor á la que me dió la vida. Tú misma quiero que seas juez: te he visto pronta á sacrificar nuestro amor al descanso de tu padre. ¿ Te parece que debo abandonar á Myrtala, quitándole el único amparo y consuelo que tiene? La llenaremos de bienes y conveniencias, interrumpió Camila: pero le quitarás su hijo, le respondí; obligas á ese hijo á que la renuncie por madre: La idea solamente me horroriza. No, Camila, no hay reyno, no hay bien en este mundo, que pueda equivaler la falta del amor y gratitud filial, primer beneficio de la naturaleza, primer deleite que prueban nuestras almas. No solo,

no puedo desterrarle de mi alma, pero
ni aun fingirlo.

Mas no seria este el único delito
que cometeria usurpando el nombre del
Príncipe: considera que yo seria obe-
decido de los pueblos por medio de
una impostura, y que deberia el cetro
á una infame mentira. Si los Sobera-
nos legítimos tienen tan grandes obli-
gaciones que cumplir; si son responsa-
bles á los Inmortales de todo el bien
que no han hecho, y de todo el mal
que dejan hacer, ¡cuán terrible seria
la cuenta que tendria yo que dar, pue-
sto en el trono sin ser llamado por los
Dioses! Como ladron de mi propia dig-
nidad, cada acto de respeto que reci-
biera de mis vasallos, seria una recon-
vencion de mi impostura.

Tú eres mi mayor bien, adorada
Camila: el Cielo y mi corazon son tes-
tigos que daria gustoso mi vida entera
para ser un solo dia tu esposo; pero
esta felicidad tan grande, esta dicha,
que en idea solamente arrebatara mi al-
ma, no lo seria, si la disfrutase sin
tranquilidad de conciencia. ! Tan cier-
to es que de ningun placer podemos
disfrutar con gusto, sin aquella dulce
paz interior que la virtud produce.

Sentado á tu lado sobre el trono, mis remordimientos me harian desgraciado: voy á serlo, pero la virtud me podrá consolar. Déjame en este desierto: en él veré á cada instante tu imágen y toleraré mi vida: en él te lloraré continuamente; pero solo lloraré tu pérdida, quedando mi corazon puro. Á dios, Camila, vuelve al palacio de tu padre; olvida á un infeliz: deseo que el gusto que ballan las almas grandes en cumplir sus deberes, te haga menos dolorosa la compasion que mi desgracia te inspira.

Diciendo estas razones, bajé la cabeza, y procuré ocultarle mis lágrimas. Camila, fijos en mí los ojos, me oyó atentamente y tardó un gran rato en responderme. En fin, agarrando mi mano y estrechándola entre las suyas, me dijo así: te adoro, ó Leonte, y tu virtud aumenta mas y mas el amor eterno que me has inspirado. Apruebo tus máximas y desde ahora renuncio á tí. Sí, te abandono, pero asegurándote que llevaré hasta el sepulcro el afecto que nos une; que tu imágen vivirá en mi eterno corazon hasta el último suspiro, y que si mi dolor abrevia mis dias,

como se lo pido á los Dioses, la última palabra que mi boca pronuncie será tu nombre amado.

Al decir esto, se aparta de mí, sube á caballo, me dice á dios con voz ahogada, me estiendo los brazos y se aleja presurosa. Tres veces volvió sus ojos llenos de lágrimas hácia aquel peñasco sobre el cual habíamos pasado tan deliciosos ratos en amorosos coloquios: parecia, que cual si fuesen sensibles á nuestra pena, queria despedirse de ellos; en fin, arrojándome la última mirada de amor y ternura, desaparece á mi vista !... Desde aquel funesto instante no he vuelto á ver á Camila!

Aquí se detuvo Leonte; dos arroyos de lágrimas corren de sus ojos, un peso terrible le oprime el pecho. Numa le abraza tiernamente, y los dos quedan en silencio largo rato: finalmente, Leonte hace un esfuerzo, reprime sus suspiros y sollozos y prosigue su narracion.

Quise ocultar á mi madre el sacrificio que habia hecho: no hubiera podido aumentar su amor, y solo habria servido de acrecentar sus males. Con esta idea hice los mayores esfuerzos

para disimular mi dolor: pasaba los dias enteros llorando sobre el peñasco, en el cual habia visto á Camila, y cuando volvía por la noche á casa, estudiaba en componer el semblante y aparentar una tranquilidad mentida. Cuando no podia ocultar mi tristeza á los ojos penetrantes de mi madre, inventaba un motivo que no la afligiese demasiado: imaginaba un pesar del cual ella pudiese consolarme.

Así se pasaron dos meses sin saber de Camila, y sin que mis penas fuesen menos dolorosas que el primer dia. En breve me asaltaron otras nuevas: cayó mi madre gravemente enferma; usé para curarla de todos los simples de nuestras montañas. Pero su última hora habia llegado, y conociendo que iba á espirar, me llamó y me dijo estas palabras, que todavía me parece estar oyendo: Hasta ahora has vivido engañado; yo no soy tu madre: perdóname, ó Leonte, ántes que muera, una mentira que ha sido la felicidad de mi vida. Precisada á abandonar mi aldea para huir de los crueles Pelignos, que estaban entónces en guerra con los Marsos, llegué al lugar de Avia en las

ríveras del Aterno, cuando los enemigos acababan de saquearle. Entre los espantosos restos del incendio y mortandad, y rodeado de cadáveres, te ví en tu cuna, cubierto de sangre, pálido, y pasado el tierno pecho con un puñal. Tu hermosura llamó mi atención; puse la mano sobre tu corazón y percibí sus débiles latidos. Cargué con tu cuna, curé tu herida, y cuidé con esmero de tu débil existencia: me llamaste madre y nunca tuve ánimo para renunciar á este dulce nombre. Me abandonará, decia yo; si sabe que no es mi hijo. Ignoro quienes son sus padres, pero no le amarian mas que yo. Dejo pues subsistir un error que no le perjudica y que hace la felicidad de mi vida. Esta es, hijo mio, la causa de haberte ocultado la verdad; perdona mi debilidad. Tú mismo, querido Leonte, hacías imposible la revelacion de este arcano, por el extremo cariño que me profesabas.

Entónces la abracé tiernamente y bañé su rostro con mis lágrimas. Hijo amado, prosiguió, es preciso separarnos: te ruego que enjuges tu llanto, que solo sirve para hacer mas dolorosa

esta separacion. Considera, para tu consuelo, que tú solo me has hecho feliz; piensa que solo para tí han alargado los Dioses la carrera de mi vida. Oñ! si yo supiese que la tuya gozará de la misma tranquilidad! En tanto que he vivido, siempre he temido que tu verdadera madre viniese á arrancarte de mis brazos; ahora que voy á morir, quisiera poder volverle su hijo. Toma esta piedra preciosa en que están grabados unos caracteres que no conozco: la tenias al cuello el dia en que te di la vida. Hasta ahora te la he ocultado: Ojalá te sirva para encontrar la madre feliz que te llevó en sus entrañas! Si algun dia la ves, dile cuanto he envidiado su dicha; dile que mi ternura me hacia quizas digna de ella, y perdonadme ámbos el haber usurpado el nombre de tu madre. Adios, hijo mio, á dios. Permíteme que use hasta morir de este dulce nombre: acércate, ven; tus manos cerrarán mis ojos, y muero contenta si te oygo pronunciar una vez siquiera el dulce nombre de madre:

O madre mia, exclamé: madre adorada. Siempre soy tu hijo y lo seré mientras viva, aun cuando.... Espira, y

la desapiadada muerte me deja con su cuerpo yerto entre los brazos.

No te pintaré mi dolor: nuestros corazones se parecen: Numa, debes tener presente lo que padeciste en la muerte de Tulio. Formé con mis manos la humilde hoguera en la cual reduje á cenizas el cadáver de Myrtala: recogí sus cenizas en una tosca urna de barro que encerré en medio de un rústico monumento fabricado con piedras, tierra y céspedes, á poca distancia de mi cabaña. Sobre una piedra grabé esta sencilla inscripcion: *Aquí desxansa Myrtala: caminante, si amaste á tu madre, acuérdate de ella, y llora su memoria.* Cerré despues mi cabaña, la dejé al cuidado de las Oréadas, y abandonando igualmente mi rebaño, salí de aquellas montañas, dirigiendo mis pasos, como á pesar mio, hácia la capital de los Vestinos.

Luego que llegué á Cingilia, supe que la bella Camila, despues de haber resistido largo tiempo á su padre, se habia finalmente determinado á tomar por esposo al Rey de Salento, y pocos dias ántes se habia embarcado con los embajadores de aquel Soberano. Tan

sorprendido y aterrado con esta noticia, como si me pudiese esperar otra cosa, salí desesperado de la ciudad y volví á internarme en los montes apeninos. Errante y sin objeto fijo en mi viage, llego al ejército de los Marsos á tiempo que iban á elegir un general. La vista de las tropas me inspiró un ardiente deseo de gloria: determiné morir ó alcanzar fama inmortal. Me presenté para disputar el mando, y un feliz acaso me le dió. Ya sabes lo que hice: estás viendo el premio que me han dado.

Aquí dió fin Leonte á su historia. En tanto que habia hablado, Numa, inmóvil y fija en él la vista, le habia escuchado atentamente. Todos los afectos que el héroe Marso espresaba, pasaban en el alma del Sabino: cuando Leonte hablaba de sus primeros años y de su amor á Myrtala, una dulce sonrisa adornaba el rostro de Numa; y cuando hablaba de Camila y de su amor, Numa sentia correr de sus ojos un llanto involuntario.

Ya el sol iba á ocultarse en el océano y los dos amigos determináron pasar la noche en la gruta. Fuéron á recoger algunas frutas silvestres y volvié-

Don á esperar el sueño. Hemos acabado nuestro viage, dijo Numa, pues que nos hemos encontrado: mañana determinaremos hácia donde hemos de ir. Yo tenia deseos de viajar algun tiempo por la Grecia, para instruirme de los usos y costumbres de sus pueblos, y conseguir con este estudio mas virtud y sabiduría.

Aunigo, le respondió Leonte, si los hombres amasen la virtud, no hay duda que ganaríamos mucho en conocerlos y te diria: vamos á ver el mundo y seremos mejores á nuestra vuelta. Pero qué hallaremos en la Grecia? Qué hallaremos en las demas naciones? Reynos compuestos de esclavos infelices: Repúblicas desunidas, cuyos ciudadanos, para probar que son libres, se degüellan mutuamente. Algunos hombres esclarecidos y doctos, perseguidos y desterrados, llorando menos la ausencia de su patria que la pérdida de los puestos y honores que han dejado. Filósofos que se llaman sabios, y que pasan su vida entre las turbaciones y molestias de vanas disputas, y en argumentos inciertos é infundados: por todas partes, en fin, veremos los pueblos oprimidos; la ambicion y vanidad reynando despóticamente en los

hombres mas admirados. ¿ Juzgas que sacarémos algun fruto de nuestros viages ? Pienso al contrario que contraríamos vicios que ahora desconocemos. O Numa: no ha querido el Criador del universo , que el hombre para ser sabio , tuviese que emprender largas peregrinaciones, consumiendo lo mas florido de su vida afanándose por adquirir virtudes para una vejez incierta. A cada uno nos ha dado , al nacer , un libre y un juez: nuestra conciencia. Vivamos en paz con ella y sabrémos bastante.

Sea así, le dice Numa ; no salgamos de Italia , volvamos á tus montañas, y habitemos tu cabaña cuidando de tu rebaño. Cultivaré la tierra, guardaré tus ovejas, lloraré contigo sobre la tumba de Eurytala , y te hablaré cada dia de Camila, en aquella cascada y peñascos que ya conozco sin haberlos visto. Si la maternal ternura te hizo pasar una vida feliz en aquel asilo , espero que los consuelos de la amistad dulcificarán tus pesares.

Dijo: Leonte le abraza , y al punto emprenden su viage. Atraviesan por las tierras de los Equos , pasan el rápido y caudaloso Tolonio y los montes Alben-

cos, y llegan finalmente á las faldas del Apenino.

Los dos héroes, que se mantenian de su caza, se perdiéron un dia, persiguiendo á los habitantes de las selvas. Despues de trepar por la aspereza de las breñas, y habiendo penetrado las malezas mas incultas, descubrieron un valle delicioso, rodeado de montañas inaccesibles, de las cuales bajaban varios arroyos que regaban el ameno valle. Sus márgenes, pobladas de tillos, alisos y hayas, ofrecian una sombra deliciosa, y todo aquel sitio presentaba á la vista, por unas partes, los olmos coronados de los pámpanos de la vid, y mil árboles frutales cargados de sus ricas producciones; por ótras, belisimos prados esmaltados de mil flores olorosas. Todo, en aquel sitio, respiraba la paz y la abundancia; el ayre era puro y el agua de los arroyos cristalina. No se oia otro ruido que el que formaban las naturales corrientes y el cántico de las aves, que saltando de rama en rama, parecian celebrar á porfía la felicidad de que gozaban enaquel jardin de la hermosa naturaleza.

Encantados con tan apacible vista, los dos amigos bajan al valle presurosos.

Llegan y admiran, disfrutando del placer mas puro que los Dioses han concedido á los mortales, que es el espectáculo de las maravillas que han sembrado en toda la tierra. Siguen el curso del arroyo principal sin descubrir vestigio de persona alguna; llegan á un sitio en el cual el arroyo se dividia en dos, y despues de prometerse que volverán á juntarse en aquel sitio, se separan, y cada uno sigue uno de los brazos del arroyuelo.

Leonte anduvo largo tiempo sin descubrir mas que árboles, frutas y flores.

Numa, mas feliz, descubrió un rebaño que pacia sin perros ni pastor cerca de un bosquecillo de laureles. Penetra en este con lentos pasos, mira, examina, y de improviso advierte, bajo una enramada de jazmines silvestres, una doncella vestida de blanco, sentada en un banco de céspedes. Manifestaba leer con suma atencion un libro que tenia en las manos. El zéfiro que levantaba sus rubios cabellos sueltos sobre su frente y al rededor de su cuello, dejaba ver su rostro de divina hermosura. Pero su belleza natural sacaba nuevos brillos del candor é ingenuidad que todas sus facciones

manifestaban. Aquel rostro dulce y magestuoso respiraba el sosiego de la dicha y la paz de la virtud: tenia ajenas un no se qué de celestial, que apartaba toda idea licenciosa, y llenaba el alma de un afecto mas puro y delicioso: su vista no inspiraba deseos; producía un santo respeto, una inclinacion mas tierna y viva que los deseos mismos.

Numa la ve y se detiene. No experimenta turbacion ni sobrecogimiento: no le palpita el corazon: solo prueba un dulce placer que no turba su razon. Al mirarla no se acuerda del amor: no cree que sea una Diosa; libres y claras sus potencias no ecsageran lo que ve. Discurrir, con verdad, que está mirando á la mas hermosa de las mugeres, y sin duda piensa que su virtud ignora á su belleza.

Insensiblemente y con cuidado, penetra al bosquecillo y se acerca á ella para ver, si es posible, qué libro la ocupa tanto; pero este encierra caracteres desconocidos. Vuelve Numa á retirarse con precaucion: oculto entre las ramas, ve adelantarse un venerable anciano apoyado sobre un nudoso báculo; las canas cubrian su frente; su luenga barba le llegaba hasta la cintura, y su rostro,

cubierto de arrugas, conservaba un ayo de magestad y grandeza que los pesares y la vejez no habian podido borrar del todo. Hija mia, dice á la pastora, ya llega el sol al ocaso; cumplamos con el rito de nuestra religion divina. Al oirle se levanta ella, y deja ver á Numa su talle agraciado y magestuoso. Sus bellos ojos miran al padre con dulce sonrisa y le alarga la mano: el anciano apoyado en su brazo vuelve con tardos pasos á una cabaña edificada en lo interior del bosquecillo.

No atreviéndose Numa á seguirlos, observa, siempre oculto, todos sus movimientos. Los ve lavarse en el arroyo, entrar en su cabaña y volver á salir; pero ya el viejo ha mudado de vestimenta. En vez de la ropa talar que tenia, viste una túnica corta, sujeta á la cintura con un cordon que la rodea, y un velo le oculta el rostro. Trae en las manos una copa ó braserillo de bronce, lleno de fuego ardiente, y le coloca con respeto sobre una piedra cuadrada. Su hija le sigue con varios aromas y un hacedillo de ramas secas. Ambos de rodillas, echan sus ofrendas en el fuego, le atizan con instrumentos de oro, y dicen una oracion en lengua desconocida,

En breve se levanta el anciano y su hija, y se lleva el brasero con el mismo respeto. La hermosa pastora va á juntar su rebaño disperso en el prado, le encierra en un corral de tablas, y vuelve al lado de su padre, en tanto que Numa, lleno de admiracion y alegría, se da prisa á juntarse con Leonte.

FIN DEL LIBRO OCTAVO.

NUMA POMPILIO,

SEGUNDO REY DE ROMA.

LIBRO NONO.

ARGUMENTO.

Numa y Leonte hallan grata acogida en la cabaña del anciano. Admiran á su hija Anais y se separan de ellos con sentimiento. Vuelve Leonte con su amigo á su antiguo domicilio: halla á Camila: esceseivo gozo de los dos amantes. Refiere Camila sus aventuras y se desposa con Leonte. Marchan en compañía de Numa á buscar al anciano. Numa defiende á Anais y á su padre contra unos foragidos: queda herido. Historia de Zoroastres. Leonte halla á su padre.

LIBRO NONO.



Numa se junta con Leonte y le cuenta lo que ha visto. Juntos se encaminan hacia la morada del anciano; llegan y llaman á la puerta. La pastora sale á abrir, y al verlos armados, los mira con inquietud. No te asustes, hermosa pastora, le dice Leonte; aunque somos guerreros, amamos la paz y venimos á pedirte la hospitalidad por esta noche no mas. Mañana, apenas la aurora abra las doradas puertas del oriente, seguiremos nuestro viage, dando ántes gracias á los Dioses por tus beneficios.

Sus razones tranquilizan á la doncella que los hace entrar y corre á avisar á su padre. Estaba el anciano sentado en el fondo de la cabaña sobre una tarima, y tenia todavía en las manos la rucaca y el huso que su hija habia dejado. Algunos toscos banquillos, una mesa de igual aliño y varias vasijas colgadas al lado de una lira de ébano, eran todas las riquezas, muebles y adornos de aquella humilde habitación.

Apenas los ve el anciano, se levanta y sale á recibirlos, convidándolos á descansar. Anaís, dice á su hija, pon luego agua á calentar, y prepara para agasajar nuestros huéspedes lo mejor que hay en casa. Al punto le obedece la modesta Anaís: aviva el fuego del hogar, descuelga una vasija de bronce, la llena de agua, y en tanto que esta se calienta, corre al huerto inmediato á la casa.

A pocos instantes vuelve con uvas, aceytunas y otras frutas, varias flores y un panal de blanca miel. Coloca las frutas y flores sobre la mesa: toma algunas copas de haya, y llena otra mayor de vino nuevo: echa despues en una game-lla el agua ya caliente, y la presenta á su padre, el cual, sin atender á las súplicas y resistencia de los huéspedes, les lava él mismo los pies, y despues se sienta con ellos á la mesa.

La conmocion que sentian en su interior los héroes, les permitia apenas manifestar su gratitud al anciano. Numa, siempre fijos los ojos en Anaís, admiraba su belleza, sus gracias ingenuas y su agasajadora franqueza; pero sobre todo le encantaba la piedad filial y el candor adorable, que sin ostentacion y como á su pesar, se manifestaba en todas su ac-

ciones. ¡Ó cuán feliz, decia en su interior, seria yo si fuese su hermano ! El respeto que le causaba Anaís, no le permitia formar otro desco.

Leonte estaba mas ocupado en considerar al anciano que á su hija. Se sentia como arrastrado hácia él por un encanto oculto, cuya causa no podia comprender: sus canas, su aspecto venerable en el cual se veian pintadas á un tiempo mismo las desgracias y la virtud, su noble entereza sin visos de severidad, causaban en Leonte un afecto mezclado de respeto y cariño. Por su parte, el anciano fijaba en él su cansada vista: miraba atentamente su rostro, miraba despues el de Anaís, y como que queria comparar sus facciones. En medio de su ec-sámen, suspiraba: el manjar se le caía de la mano, y sus ojos se arrasaban de lágrimas, que el afligido anciano enjugaba presuroso para mirar de nuevo al héroe Marso.

Anaís que no quitaba los ojos de su padre un solo instante, advirtió la turbacion que le aquejaba: la atribuyó al recuerdo de sus pasadas desgracias, y tomó su lira para distraerle. Sus delicadas manos la templan, suelta su dulce y ar-

reglada voz. y Numa, Leonte y aun su mismo padre la oyen arrobados.

La bella Anais canta el mundo, criado por la palabra de Orómazo; el sol encendido por su soplo, para fecundar la tierra, producir las mieses, los árboles y todos los vegetales saludables. Canta despues el hombre criado para é inmortal, decuido despues de aquel feliz estado, corrompido por Arimano, autor de todo el mal que existe en el universo; enemigo mortal del genero humano, tan antiguo como Orómazo, empouzoña la fuente de la verdadera felicidad y mezcla males inmensos á los beneficios del Ser Supremo. Canta finalmente el legislador, enviado del cielo para combatir y vencer á Arimano y sostener al hombre abatido, enseñándole el verdadero culto, y hacer renacer en su corazon la semilla de las virtudes, casi enteramente ahogada por los vicios que la tiranizan.

A este tiempo, el anciano arroja una mirada á Anais, y esta calla el nombre del legislador.

Numa y Leonte se miran admirados de las maravillas que han oido, y reconocen algunos principios comunes á

su religion. Pero sobre todo admiran la encantadora sencillez y la moral sublime que Anais ha cantado. Su voz divina, el respeto y compostura con que ha cantado, doblan la eficacia de las palabras. Numa se juzga transportado al Olimpo: le parece que está oyendo á Minerva dando nuevas leyes á los mortales.

Entre tanto llega la hora de entregarse al descanso del sueño. Al dia siguiente, luego que sale el sol, los viajeros determinan proseguir su camino. Un efecto, una oculta simpatía los hace apartarse con sentimiento de aquel sitio: ámbos quisieran acabar en él sus dias. Lo mismo sienten Anais y su padre. La doncella va á despojar su huerto para regalar fruta á Numa, y el anciano obliga á Leonte á llevarse un zaque lleno de vino: les dicen el camino que han de seguir, y sobre todo les encargan que vuelvan al valle. Numa y Leonte se lo prometen, y se despiden con el corazon lleno de tristeza y de dolor.

Caminan los dos sin hablar, y á cada paso vuelven la cabeza para mirar la amable cabaña que abandonan. Cada uno recapacita en silencio lo que ha visto ú oído. Aquella religion desconocida cu-

vos misterios cantó Anaís: aquella oración delante del fuego, dicha en idioma extraño, confunden sus ideas y destruyen sus conjeturas. Extraña Leonte el irresistible afecto que le ha inspirado aquel incógnito, naciolo al parecer lejos de Italia: Numa siente su pecho lleno de una amistad á Anaís, mas tierna que el mismo amor.

Numa rompió el silencio, y propuso á su amigo volver atras y establecerse con Anaís y su padre. Tanto como él lo deseaba Leonte; pero quiere volver á ver su antigua cabaña, y llorar por la última vez sobre la sepultura de Myrtala. Numa condesciende gustoso á tan piadoso intento. Esto les renueva á los dos tristes memorias: Leonte habla de Camila; Numa compara á Hersilia con la modesta Anaís. Una tierna melancolía se apodera de sus almas: lloran juntos y se consuelan mutuamente. Ó poderoso encanto de la amistad! Tú suavizas los males que se comunican, y haces nacer de las aflicciones mismas un placer puro y verdadero.

Finalmente, despues de tres dias de camino, descubre Leonte su habi-

facion primera. Al verla se para y las fuerzas le abandonan. Pero en breve, apoyado sobre Numa, se adelanta: cada árbol, cada sitio, cada objeto de los que mira, le recuerda sus pasadas felicidades. Allí jugaba en sus tiernos años con Myrtala; aquí oía sus preceptos. Detras de aquella mata, plantó ocultamente unas flores, para sorprender á su madre con el don inesperado. Todo en fin le representa épocas de cariño y de amor. Sus ojos humedecidos de tierno llanto no pueden hartarse de mirar lo que tantas veces viéron: El ayre que respira le oprime: las sensaciones que experimenta le abaten; su corazon está angustiado, y no obstante se halla bien con su dolor y tristeza.

Luego que llega á la puerta, se arrodilla, besa la tierra, y levantando sus manos, dirige estas palabras á las deidades campestres: Yo os saludo, ninfas oreadas, que protegísteis mi infancia y que ahora vuelvo á ver con tanto gozo. Dignaos de contentaros, por ahora, con mi afectuosa salutacion; en breve participaréis de las libaciones que haré sobre la tumba de mi madre.

Dicho esto, se levanta y entra en

su choza. Cuál fué su admiracion al ver que todo estaba del mismo modo que lo habia dejado! Ve sus dardos antiguos, sus instrumentos de labor, y la zampona con que tantas veces cantó sus amores á Camila: besa con ardor su rústico instrumento; pero todo lo deja por ir al sepulcro de Myrtala. Llega y le ve adornado de frescas flores; otras que advierte marchitas y dispersas por el suelo, manifiestan que una mano piadosa las renueva cada dia. Leonte besa y riega con sus lágrimas la verde yerba que ha crecido sobre el sencillo mausoleo: bendice la mano desconocida que tiene cuidado de adornarle. Numa participa callando de las sensaciones de su amigo.

Despues de un rato, Leonte le toma de la mano, y repitiendo el nombre de Camila, le conduce hacia la cascada tan grata á su memoria. Camina presuroso, llega..... El primer objeto que se le presenta, es Camila sentada sobre la peña...

Al verla, da un grito y se precipita hacia ella: vuelve Camila la cabeza; ámbos ántes de juntarse pierden los sentidos.

Numa les da los auxilios posibles, y vuelven en su acuerdo: apenas recobrados, se buscan con los ojos y se miran con ahinco. Eres tú, bien mio, decía Leonte; tú, por quien tanto he suspirado? Dioses piadosos! Si este es sueño, matadme ántes que despierte!

La tierna Camila le estrecha entre sus brazos, y le asegura de su comun felicidad. Sí, le dice, yo soy: yo soy tu fiel amante que nada ha podido separar de su adorado Leonte. Estoy contigo para siempre, estoy con el dueño de mi corazon, con el que me dió la vida, y con aquel para quien solamente la he conservado.

Diciendo estas palabras, le abraza de nuevo y le repite: yo soy. Le dice que no lllore, se sourie con ternura, y sonriéndose, llora ella tambien: su hermoso rostro bañado de llanto, resplandece, no obstante, de gozo y satisfaccion, semejante á las doradas nubes, que en la primavera dejan caer la menuda lluvia sobre las flores, en tanto que el sol cubierto apenas por ellas las atraviesa con sus rayos luminosos, y resplandece á traves de las líquidas perlas que derraman.

Pasados los primeros instantes dados al amor y á la alegría, Leonte conduce á su dulce Camila al mismo sitio en que solian hablar de sus amores, y le dice: Aquí quiero oír la relacion de tus sucesos; habla sin empacho delante de este amigo; es sabedor de todos nuestros secretos, lee en mi corazon como yo mismo, y tú le abrirás el tuyo, luego que conozcas todas sus virtudes.

Entónces Camila vuelve dulcemente la vista á Numa; se sienta entre los dos; y satisface su curiosidad en estos términos.

Los Dioses me han sido propicios; me han librado de un himeneo mas aborrecible que la misma muerte. Obedecí no obstante á mi buen padre, y le evité una guerra que le hubiera arruinado. El Rey de los Marucios se habia retirado á sus estados, y yo partí con los embajadores de Telemanto, sobre un navio Salentino que aquel Soberano me habia enviado. No te diré, Leonte amado, las ideas que me ocupaban; nuestros corazones se conocen harto bien para necesitar de referirse lo que han padecido.

Viento en popa, navegábamos hacia las playas de Salento, cuando, á la altura de Mesina, nos acometió una borrasca deshecha. Todos los hijos de Eolo desencadenados amontonan las olas formando montañas de azotadas espumas: una densa noche cubre todo el mar; los relámpagos surcan las negras nubes: los rayos, los vientos y las olas embravecidas nos amenazan con una muerte inevitable.

En aquel conflicto, tú solo ocupabas mi imaginacion: bendecia á los inmortales, daba gracias á la tormenta, me congratulaba de librarme así del aborrecido lecho de Telemanto, y solo aguardaba el feliz instante en que el mar sepultase la nave en su profundo seno. Llegó en breve este deseado momento: gefes, soldados y marineros, todos hallaron sepulcro entre las olas. Yo tambien hubiera perecido, pero conservé fuerzas y ánimo; pude asirme de un tablon, y me atreví desde luego á formar la lisonjera esperanza de conservar esta vida que era tuya. Asida á la combatida tabla, triste juguete del furor de los elementos, y espuesta á perecer en cada instante, me decia á mí propia: Nada

temas, Camila, ya estás cierta de morir ó vivir solo para tu fiel Leonte.

Sin duda el amor velaba en mi favor: el mar comenzó á ceder de su furia; las olas atropellándose unas á otras arrojaban la tabla hácia la costa: toqué finalmente la tierra, y al punto, postrada de rodillas, di gracias á los Dioses, no tanto por haberme librado del naufragio, como del poder de Telemanto. Miré á todas partes, y solo ví unas altas montañas. Un labrador me dijo que estaba en la Apulia al pie del famoso monte Gárgano. El mismo labrador me llevó á su casa; tres dias de descanso me hicieron recobrar mis perdidas fuerzas. Algunas monedas que tenia me facilitaron este trage y este arco y flechas, y sirvieron de recompensa al labrador.

Sola y sin mas recurso ni socorro que mi arco, resolví llegar al Apennino y encontrar tu cabaña. El camino debia ser largo y yo no le sabia; pero tú eras el objeto de mi viage, y así nada fué bastante á detenerme. Emprendí mi marcha sin guia ni compañero, caminé dia y noche para llegar mas pronto: atravesé rios, subí

ásperos montes, y no temí despertar las fieras mas terribles; al contrario buscaba los montes mas espesos y lo, desiertos mas espantosos, por el temor de ser conocida ó hallada de algunos Salentinos, que como yo podian tarse librado del naufragio.

No salieron vanos mis recelos. Me hallaba en las fronteras de los Samnitas en el país de los Frentanios, cuando, una mañana que al rayar el alba iba á salir de una gruta en donde habia pasado parte de la noche, oí voces de hombres, y percibí el nombre de Camila. Temblando y medio muerta de susto, volví á ocultarme, y presté la mayor atencion á lo que decian: brevemente conocí que eran soldados y marineros de mi nave, que hablaban de mi muerte, y que viéndose sin jefe ni modo de vivir en un país extraño, pensaban en ejercer el oficio de saltadores.

Apenas me atrevia á respirar en tanto que ellos hablaban: estaba como el tímido cervatillo que, oculto entre unas espesas matas en la orilla de un río, ve pasar no lejos la enemiga trahilla de hambrientos perros. Luc-

go que se alejáron, salí de la cueva; y postrándome en tierra; exclamé ¡O Venus, diosa de los corazones amantes! tú me salvaste del furor del mar proceloso; pero tu beneficio viene á serme inútil, en tanto que estoy lejos del que es dueño de mi amor. O tú la mas bella entre las inmortales; acuérdate de las lágrimas que el amor te hizo derramar; tu pecho debe ser sensible á una pena que ha padecido; guia pues mis pasos á mi amante; dígnate indicarme el camino que he de seguir, Reyna de los Dioses y hombres: si oyes mis votos, te ofrezco y juro levantarte un altar en el sitio mismo en que halle á Leonte, y sacrificarte el mas hermoso de sus corderos.

No bien habia acabado esta súplica, cuando ví que dos blancas palomas venian por el ayre y se pararon delante de mí. Admití este feliz presagio; observo el vuelo de las aves de Venus y las sigo con entera confianza. Las palomas van delante de mí, unas veces volando con rapidéz, otras bajándose al suelo para buscar la comida, pero siempre de modo que no las perdía de vista. Despues de nueva

días de camino, descubrí á lo lejos tu cabaña, y veo las palomas irse á sentar en el tejado de ella. Allí parece que se quajan y arrullan tristemente, pero en breve toman vuelo y desaparecen á mi vista.

Considera, amado Leonte, cual sería mi alegría: di gracias á Venus, di gracias á los Dioses y aun á las mismas palomas. Pero triste de mí! Llego á tu cabaña y la encuentro desierta: mis ojos te buscan, mi voz te llama en vano. Registro las cercanías, y por todas partes veo una soledad espantosa. A poco rato descubro el sencillo monumento de tu madre, y la inscripción me dice que Myrtala ha muerto. Fué este golpe tan cruel para mí, que estuve en términos de perder la vida. Esto es hecho! exclamé deshecha en llanto: sin duda ha ido á buscarne á Salento; oirá la noticia de mi naufragio, crecerá mi muerte cierta, y su dolor le quitará la vida!

Así lo creí, así lo repetía á cada instante, y con todo no cesaba de registrar todos los días estos contornos con la esperanza de hallarte. Si no ha muerto, decía yo, volverá sin duda

alguna al sepulcro de su madre, al primer asilo de nuestro amor. Ora la fortuna le haya deparado un trono, ora sea esclavo, luego que pueda, no hay duda que dirigirá sus primeros pasos á estas montañas. Conozco bien á Leonte, y así le debo aguardar en estos sitios gratos á su corazon piadoso.

Con estas esperanzas, tomé posesion de tu cabaña, recogí tu rebaño abandonado, y cuidé de todo lo que habia sido tuyo. Ó qué consuelo hallaba mi afliccion en estos dulces cuidados! Qué complacencia sentia al verme sin mas bienes que los tuyos! Como me deleytaba la idea de ofrecerte, á tu regreso, tu hacienda administrada por mí! Cada dia llevaba á pacer tu rebaño, cada dia adornaba con flores el túmulo de tu madre, invocaba su alma y le pedia que te volviese á mi amor. Ahora veo cumplidos todos mis deseos, vuelvo á verte, amado Leonte, y reputo gloria, todos los trabajos y penas que he sufrido.

Calló Camila, y Leonte la estrecha de nuevo entre sus brazos: Numma entre tanto forma un altar con piedras y céspedes, y despues va á es-

coger el cordero que Camila habia ofrecido á Venus: le conduce al altar, y los tres de rodillas acaban el sacrificio. Vuelven despues á la cabaña, y al dia siguiente los dos amantes, coronados de flores, se encaminan al sepulcro de Myrtala y Numa los guia. Numa, instruido desde su infancia en todas las funciones sacerdotales, sacrifica dos negras ovejas á los manes, y cuatro corderos á su protectora Ceres: la invoca y pide que bendiga desde el Olimpo el himeneo de Leonte y Camila; que sus manos y los desposa en nombre de Ceres y Myrtala. Luego que el fuego ha consumido las victimas, se vuelve con los nuevos esposos cantando el himno de himeneo. ¡O dulce y grata ceremonia poco parecida á las estrepitosas bodas de los Príncipes! Dulce union, sin mas testigos que los Dioses, mas aras que la virtud, ni mas Pontífice que la amistad!

La felicidad que Numa veia disfrutar á los dos esposos, le traia á la memoria el hermoso valle: continuamente hablaba de Anais: solo en ella pensaba, y se entregaba sin inquietud ni recelo á un afecto que no creia

fuese amor: tan diversa era la impresion que la pastora le causaba, de aquel ciego ardor que Hersilia le habia inspirado. Numa, infeliz en tanto que reynó en su pecho aquella funesta pasion, temblaba con solo oir el nombre de amor, y afectaba dar siempre el nombre de amistad al irresistible encanto que le arrastraba hácia Anaïs.

Pasados algunos dias, dados al ardor de los desposados, Numa propuso el viage prometido al valle. Leonte al oirle se sonrie, y Numa avergonzalo le recuerda que él mismo dió palabra al anciano de volver. Leonte se conviene gustoso, y Camila quiere acompañarlos. Los tres, en compañía, armados y antecogiendo su rebaño que no quieren dejar de nuevo abandonado, emprenden su viage, divirtiendo las fatigas del camino con sazonzadas conversaciones.

El impaciente Numa camina siempre delante de los esposos; cuanto mas se acerca, mas priesa se da á llegar, y luego que descubre el bosquecillo apresura el paso.

Algun Dios les inspira, porque

apenas llega, cuando oye gritos; acude á ellos, y ve el anciano cercado de unos malvados que le arrastran y amenazan su vida con los bárbaros ace-ros. Mas lejos, ve á Anais que otra tropa de foragidos se lleva con violencia á pesar de sus lamentos y resistencia. Qué hará Numa? Anais y su padre estan en igual riesgo: á quien acudirá primero? Al mas débil. Se abalanza como un leon á los que rodean al anciano; mata á tres de ellos, acomete á los demas, los rechaza y da voces para que acudan los que se llevan á Anais.

En efecto, los salteadores sueltan á la doncella y se unen para acabar con Numa: este respira al ver que el riesgo es ya solo para él, y cobra nuevos alientos. Anais está con su padre, Numa los cubre con su cuerpo, y solo resiste á los contrarios; riega el suelo con sangre enemiga, pero la suya tiñe tambien su coraza. Cinco de los malvados han muerto, pero los que quedan van á acabar con el héroe. El valiente Numa conoce que le faltan las fuerzas y ya va á perecer, cuando la formidable clava de Leonte cae, co-

mo un rayo destructor, sobre los salteadores. Camila que conoce ser los Salentinos náufragos, traspasa con sus flechas á los que buscan su salud en la fuga. El padre de Anais se levanta tambien, y tomando una espada de los contrarios, defiende, segun sus años le permiten, la vida de sus libertadores. Todos los Salentinos murieron finalmente. Anais abraza á su padre: Numa y Leonte lloran, el uno de alegría y el otro de agradecimiento.

Pero Numa está herido en tres partes: la fatiga de un largo combate, la falta de sangre, y los contrarios afectos causados por el temor de perder á Anais y despues por el gozo de verla en salvo, le privan del sentido. La sensible Anais se acerca á Numa, le aprieta la mano y le dice: Me has dado la vida, y ántes habias librado á mi padre, por lo cual me confieso doblemente obligada. Fuéron estas palabras un bálsamo celestial para el herido: su debilidad no le permite responder, pero vuelve á la bella Anais sus ojos llenos de contento, y estos esplican lo que su lengua no dice.

Grandes eran las heridas de Numa.

pero no peligrosas, y solo necesitaban del tiempo y quietud para curarse. Anais y su padre, Camila y su esposo, no se apartaban en todo el dia del lado del enfermo. Cada dia tomaba mas fuerza la tierna amistad entre el anciano y el héroe Marso, y este deseaba con impaciencia saber quien podia ser el que tal cariño habia hecho nacer en su pecho: tambien Numa suspiraba por saber la historia del padre de Anais. Un dia que todos estaban al rededor de la cama de Numa, los dos amigos unieron sus instancias y ruegos al anciano, pidiéndole les contase los sucesos de su vida, muy interesantes y variados á lo que podian comprender. Despues de levantar los ojos al cielo, el viejo accedió á sus ruegos de esta manera.

Nací en Bactria: la sangre que circula en mis venas es rama ilustre del antiguo linage de los Reyes de Persia, y mi nombre famoso en toda el Asia quizás no habrá llegado á vuestros oidos: me llamo Zoroastres.

Al oir tan gran nombre, Numa, Leonte y Camila se miran llenos de admiracion, y vuelven los ojos con

veneracion al anciano. La virtuosa Anais, que lee en sus almas el respeto que les causa el esclarecido nacimiento y las virtudes de su padre, les manifiesta su satisfaccion y agradecimiento con una dulce sonrisa.

Prosigue Zorastres: mi padre, destronado por el Rey de Asiria, anduvo fugitivo y suplicante por todas las Cortes del Asia, y á su muerte me dejó por toda herencia la instruccion que producen las desgracias, y sus derechos al trono de Persia. Quise intentar hacerlos valer; junté algunas tropas, y con ellas volví al reyno que habian poseido mis abuelos. Hallé á la Persia feliz, bajo el imperio del sabio Phul, Rey de Ninive: aquel grande hombre reynaba por la justicia. Conocí que nada ganarian sus vasallos mudando de Soberano; desde aquel mismo instante renuncié á mis proyectos, y reputé delito enorme turbar la felicidad de un pueblo entero, sin mas razon que un derecho vano en que yo solo estaba interesado. No pude resolverme á derramar la sangre de muchos millares de hombres, para suceder á un Monarca cuyas grandes virtudes no podria igualar. Licencié mi

tropas, oculté con el mayor cuidado mi nacimiento: reprimí los impulsos de mi orgullo y ambición, vicios que aun en las almas mas puras saben hallar entrada, y dedicándome al estudio de la naturaleza, quise mas bien ser sabio que Rey.

Corrí por muchos años todas las naciones Asiáticas: busqué en los Braminos, en los Seres y entre los filósofos Griegos, la sabiduría que mi corazón buscaba con ansia: en todas partes, despues de mil fatigas y trabajos, hallé el error amado de los hombres, y la verdad desconocida. La verdad, cuyo principal encanto consiste en su misma sencillez, no brilla ni agrada tanto á los ojos del humano entendimiento, como la mentira revestida de las aparentes y pomposas galas que le prestan las pasiones. Perdida finalmente la esperanza de hallar la verdad en la tierra, deseaba la muerte.

El grande Orómazo se dignó, desde su escelso trono, mirarme con piedad y compasion. Envio á mi pecho un rayo puro de su luz. Retirado en un desierto por espacio de veinte años, me ocupé en meditar; mi razon me hizo

ver que no podia haber mas que un solo Dios; que este Dios me habia dado una alma, que sobreviviria seguramente á mi cuerpo, para recibir castigo ó recompensa. Mi corazon me dijo que este Dios era soberanamente bueno, y que el mal que veia en todo el mundo no podia, de ningun modo, ser obra suya, y que era producido por un ente maléfico, enemigo de Dios y de los hombres. Abominé de este enemigo común. Adoré á mi Criador y le adoré en las mas bellas de sus obras, el sol, emblema brillante de su poder, de su resplandor y aun mas de su beneficencia. Ví que este sol hacia nacer y maduraba las mieses para el Egipto, para el Persa, para el Sirio y para todos los pueblos de la tierra, aunque divididos en el modo de conocerle: de aquí inferí que este Dios, infinitamente bueno, ama á todos los hombres, tolera sus defectos, hijos de su gran debilidad y de las sugerencias del común contrario, y solo castiga con rigor las culpas que tienen su origen en la depravacion del corazon.

Cierto de estas verdades, juzgue que eran un bien demasiado grande

para que yo solo disfrutase de él: me creí obligado á divulgarle; salí de mi desierto y dije á los pueblos: Amad á Dios y amaos unos á otros: alorad al Criador en el sol, antorcha del universo, y en el fuego, alma de todo lo que existe. Sed puros en vuestros pensamientos, obras y palabras; haced bien á todos los hombres, aunque profesen otro culto; vivid y morid fieles á vuestro Soberano; pagad los tributos con prontitud y sumision; cultivad la tierra, pues cultivándola servis á Dios. Y cuando estéis en duda de si una accion es buena ó mala, absteneos de ella.

Esta era mi doctrina (1): la esten-

(1) En todas las falsas religiones que hubo en el mundo, desde la mas remota antigüedad, se hallan, aunque á veces desfiguradas con mil fabulas, los dogmas principales de la religion de Moyses. Tales son: la idea de un solo Dios Criador y Omnipotente; la inmortalidad del alma; la caída del hombre, y las penas ó recompensas después de esta vida. No puede creerse, que los hombres, débiles y ciegos sin la luz de la revelacion, pudiesen hallar en sí mismos todos estos principios, cuando por otra parte se

di desde el Eufrates al Indo. Los pueblos me oían y me creían; cada día se aumentaba el número de mis discípulos, y si hubiese querido armarlos, me habría sido fácil conquistar toda el Asia. Pero el amor de la humanidad tenía mas fuerza en mi corazón que el deseo de estender mi religion: hubiera renunciado

encontraron sus dogmas y moral llenos de absurdos y contradicciones. Otro debe ser el origen de estas ráfagas de luz en medio de tan densas tinieblas. Desde Adán, todos los Patriarcas conservaron y transmitieron á sus hijos los verdaderos principios que el primer hombre obtuvo por la revelacion. La confusión de lenguas que obligó á sus descendientes á separarse, dejó solamente en toda su pureza estos dogmas á la familia de Sem, en la que se mantuvo por Abraham hasta el tiempo de Moyses, época en que el pueblo de Israel tuvo la Ley escrita. Los otros descendientes de Noé debieron conservar por largo tiempo la tradición recibida de sus mayores, cuyos principios mezcláron en las religiones, que se formaron á su antojo, y de aquí nace la conformidad que se halla, en algunas cosas, entre ellas y la moral del antiguo Testamento.

¿la esperanza de verla reynar en todo el mundo, si para conseguirlo me dijeran que se debía derramar la sangre de un solo hombre. Yo mismo dispense á mis discípulos, obligándolos á que se separasen de mí, diciéndoles: amad la paz y quedaos en vuestras casas y familias: el Dios que os anuncio aborrece toda violencia, y se indignaría si os espusierais por mí.

Entre estos discípulos se hallaba una jóven doncella, la cual nunca quiso separarse de mí, por mas instancias que le hice para conseguirlo: se llamaba Ojana. Siento correr mis lágrimas al pronunciar este nombre querido! Ojana amaba á Zoroastres aun mas que al Profeta; me seguia por todas partes; si yo hablaba me escuchaba enagenada de gozo: sus ojos manifestaban la pura alegría de su alma, y su rostro denotaba la complacencia con que me oia. Pero si yo callaba ó que, por algun motivo, mi semblante no le demostraba la serenidad acostumbrada, en aquel instante Ojana se entristecía aun mas que yo: no se atrevia á preguntarme la causa de mi aflicción, pero sus miradas tiernas y dolorosas me decian su pena. Cada dia le

pedia yo que no me siguiese. O padre y maestro mío! me decía: quisiera sacrificar mi vida por tu ley; permítene á lo menos que viva para Zoroástrés. Cuanto mas te oyo, cuanto mas te veo, tanto mas inflamada me siento del amor á tu Dios. Temo que algun dia te verás perseguido; este recio me arrastra hácia tí y nunca podré apartarme de tu lado. No espere que Ojama te deje hasta que hayas encontrado la esposa que te destina Orómezo: quiero conocer y servir con una humilde esclava, la venturosa mujer, que con su amor y virtudes, y con la felicidad que te hará disfrutar, debe pagarte de todos los beneficios que el mundo ha recibido de tí.

Este amor tan grande, esta constancia tan admirable, hicieron nacer en mi pecho un afecto que siempre habiera debido ignorar. Me casé con Ojama Orómezo bendijo desde su troya nuestra union, y dándome una esposa hermosa, virtuosa y amante, me hizo pensar largamente de cuanto había hecho por él.

¡Ó dias de mi felicidad! cada vez os durásteis! Ojama y yo vivimos en la Peria; mis discípulos, que habian re-

llamado el nombre de *Magos*, dispendios en sus asilos adoraban el fuego, cultivaban la ciencia y practicaban la virtud.

El sabio Phul, Rey de Nínive, toleró desde el principio mi nueva secta, y no creyó peligrosa una doctrina cuyas máximas, lejos de escitar á sus vasallos á la rebelion, les hacia un precepto de la obediencia mas ciega á sus Soberanos, y les mandaba la pureza de costumbres. Pero aquel gran Rey, cargado de años y virtudes, pagó el indispensable tributo de los mortales: murió dejando el trono á Sardanápalo su hijo.

Este Príncipe desgraciado se vió Rey cuando apenas tenía quince años: rodeado y pervertido por viles aduladores, les abandonó las riendas del gobierno, y olvidando las lecciones de su padre, su pueblo y sus obligaciones, se entregó desenfrenadamente á las viciadas mas vergonzosas. Los excesos de su corte se derraméron en Nínive, y de la capital pasáron, como un contagio, á todo el Imperio. A los dos años de su reinado, era igual la corrupcion en la corte, en Nínive y en las provincias. El Rey ciego y gobernado por sus indignos ministros ó esclavo de sus eunucos, el Rey

no se acordaba de que lo éra, sino para firmar edictos crueles y mandar la imposicion de nuevos derechos, á fin de pagar con la sangre mas pura de sus vasallos, sus infames placeres, y enriquecer sus viles lisonjeres.

Todo se vendia en Nínive; los honores, los empleos y la justicia se daban al que mas ofrecia. Algunas ramerías disolutas gobernaban el Imperio, mandaban, como por juego, la ruina de una provincia, y se vanagloriaban de gastar en un solo banquete la subsistencia de cien familias. Los sátrapas, aduladores sin vergüenza de los privados del Soberano, y tiranos desapiadados del pueblo abandonado á su vil cecidad, hacian público tráfico de la justicia, vendian sin rubor el patrimonio del huérfano y la libertad del inocente oprimido. Los soldados y sus gefes hacian vanidad de su amor al lujo y á los deleytes: no se avergonzaban los Magistrados de sus injusticias. En todas las clases del estado, solamente la rapina lograba alguna consideracion, y el pueblo arruinado por los excesivos impuestos, víctima de los grandes, de los jueces y aun de los esclavos del Rey, el pueblo miserable y

oprimido, levantaba al Cielo los brazos, pidiéndole el remedio de tantos males.

Casi siempre se une la crueldad con la ignorancia y debilidad. Sardanápalo decretó, desde el centro de sus infames placeres, una persecucion contra los Magos. Habia emprendido una guerra sin escámen ni acertadas disposiciones, y sus resultas fuéron funestas. En vez de atribuirlos á su verdadera causa, creyó que sus Dioses estaban irritados, y juzgó mas fácil vengar su causa con la sangre de los Magos, que aplacarlos mudando de vida. En consecuencia mandó esterminar hasta el último de mis discípulos: ofreció dos talentos de oro (1) al que me entregase vivo, y antes de tenerme en su poder me condenó á los suplicios mas inauditos.

Publicado el sangriento decreto, al instante se ven los Magos asaltados á sangre y fuego en sus mismas casas. Por todas partes corre su sangre, y el fuego consume sus habitaciones y bienes. Los inhumanos soldados de Sardanápalo, tan cobardes poco ántes peleando contra los

(1) *El talento de oro valia cerca de setecientos reales de vellon.*

enemigos, ahora manifiestan sumo ardor en perseguir á sus conculcadas indefensas. Siguen con el cruento azero á los pocos Magos que habian podido huir; despedazan sus esposas é hijos despues de haberlas violado, y creen permitirlos semejantes horrores, porque los cometen en nombre de los Dioses.

Avisado con tiempo, pude huir con mi esposa. Mil veces estuve resuelto á irme á presentar al Tirano para que cesase el estrago y destruccion de mis desventurados discípulos; pero me detuve considerando que el cruel Sardanápalo habia proscrito á todos, y que mi muerte no los salvaria; además de esta reflexion, el nombre de padre me hacia amar la vida: Ojana llevaba en su seno el fruto de nuestro casto amor. Mi esposa me consolaba; su valor y constancia me daba nuevas fuerzas; errantes y fugitivos por los desiertos, sin amigos, sin socorro, y faltándonos á menudo el preciso alimento, paramos la Persona, la Segitana y la Bactria, siempre expuestos á dar en manos de los satélites de nuestro opresor, y siempre mal recibidos é denunciados por aquellos á quienes per-

álamos un asilo. Pero en medio de tantos riesgos, y á pesar de los males que nos oponían, nos era de gran consuelo la idea de que partecíamos sin mas culpa que el deseo de seguir la verdad. En cada nuevo pesar que nos asaltaba, veíamos una recompensa futura; la esperanza nos daba fuerzas, y nuestro mutuo amor, el consuelo tan necesario en los quebrantos que padecíamos.

Llegámos finalmente á los desiertos de la Arabia. Buscando un asilo, entrámos en una profunda cueva en cuyo centro habia un sepulcro. La pesada losa que le cubria estaba quitada y lo interior de él vacío: al cesaminarle noté una lámina de oro; la tomo, y á la escasa luz que entraba en la cueva leo estas palabras escritas en sagrados caracteres: *Zoroastres, deja aquí el libro de tu ley, escrita por inspiracion de Orómazo. No ha llegado el día en que debe publicarse; será tu secta por muchos años el horror y abominacion de los gentes; pero, á su tiempo, otro legislador de tu mismo nombre, vendrá á esta cueva, sacará tu libro y le dará á conocer al mundo. Por tu parte, has dado fin á tus trabajos: toma el camino hacia la Persia; arrastra los fardes del*

mar embravecido, y ve á buscar al Occidente una patria pacífica en donde tu nombre no conocido te hará vivir sin contrarios. Así lo quiere Orómazo; obedece y no repliques.

Dos veces leí estas palabras, y no dudé obedecer lo que mandaban. Puse con respeto la lámina donde estaba, deposité mi libro en el sepulcro, le cerré con la pesada losa, y postrado en el suelo me humillé en la presencia de Dios.

Después de haber alorado su nombre, salí de la cueva y dirigí mis pasos hacia la opulenta é industriosa Tiro. Allí, acompañado de mi amada Ojén, me embarqué en una nave para ir á buscar un asilo entre los pueblos hospitalarios de la Grecia ó de la Iberia. Nuestro navío, combatido de una fuerte borrasca en el mar Adriático, vino á zozobrar en las costas de Frentania. Orómazo, á quien imploré en aquel conflicto, salvó á mi esposa. En mis brazos la conduje hasta un pueblo inmediato de los Marsos, cuyos humanos habitantes me concedieron la hospitalidad. Apenas recobrada del susto, y todavía débil y abatida de los trabajos del mar, la asal-

cieron los dolores del parto, y me hizo padre de un niño y de una niña á un tiempo. Determinámos establecernos entre los Marsos: algunas piedras preciosas, único resto de mis pasadas grandezas, me hicieron dueño de una pobre casa, un pedazo de tierra y un rebaño.

Íbamos á ser felices y á disfrutar de una vida sosegada é inocente. Tanto tiempo deseada en vano, adorando nuestro Dios y cuidando de nuestros hijos, cuando una noche los crueles Pelignios, que entónces estaban en guerra con los Marsos, sorprenden nuestro pueblo, le incendian y penetran en mi pazizo albergue, en tanto que yo dormia al lado de Ojana y de mis hijos. Padre y esposo desventurado! Ví á aquellos inhumanos derramar furiosos la sangre de mi esposa é hijo! Mis lágrimas, mis esfuerzos fueron vanos; solo pude salvar á mi hija; la cubí con mi cuerpo, recibí las heridas que aquellos tigres le destrozaban. Huyendo con ella por entre el incendio y la muerte, y señalando mis pasos con mi sangre, llegué á este valle, en el cual mis manos han fabricado esta cabaña, y en ella he criado á mi amada.

Anais, única y última consolacion de ochenta años de desgracias. Vedla aquí: esta es mi dulce hija por quien solamente he vivido hasta ahora; esta es, y sus facciones, su voz y sus virtudes me recuerdan cada instante á su madre Ojana.

Diciendo estas palabras se arroja en los brazos de su hija.

Pero Leonte, que desde antes que Zoroastres acabase, estaba todo inmóvil, Leonte le toma de la mano, le mira con ojos llenos de lágrimas y alegría, y le dice: podré saber el nombre del lugar en que perdiste á tu esposa ó hijo? Sí, le responde el anciano; el lugar se llamó Avia, y estuvo situado en las montañas del Altorio. Y ese hijo que he perdido (prosigue Leonte, cada vez más enternecido), no tenía al cuello una esmeralda grabada? Sí, responde admirado Zoroastres: su madre se la puso luego que nació; en ella estaba escrito el nombre de Orónaze en caracteres persianos.....

Abrazad, ó padre, á vuestro hijo: yo le soy; no hay duda, los Dioses me conceden el inestimable bien de conocer á mi buen padre. Esta es la esmeralda,

grabada; me sacaron de Avia casi espirando, y todavía conservo la cicatriz de la herida que los crueles Pelignios me dieron. Desde el primer instante en que os ví, sentí en mi corazón una palpitación indecible; un gozo interior y una inclinación irresistible me avisaban que os debía el ser.

Dice, y el anciano absorto no puede responderle. Reconoce la piedra; lee en ella el nombre de su Dios; abraza tiernamente á Leonte, y poco falta para que el gozo inesperado de hallar un hijo que juzgaba muerto le quite la vida.

FIN DEL LIBRO NONO.



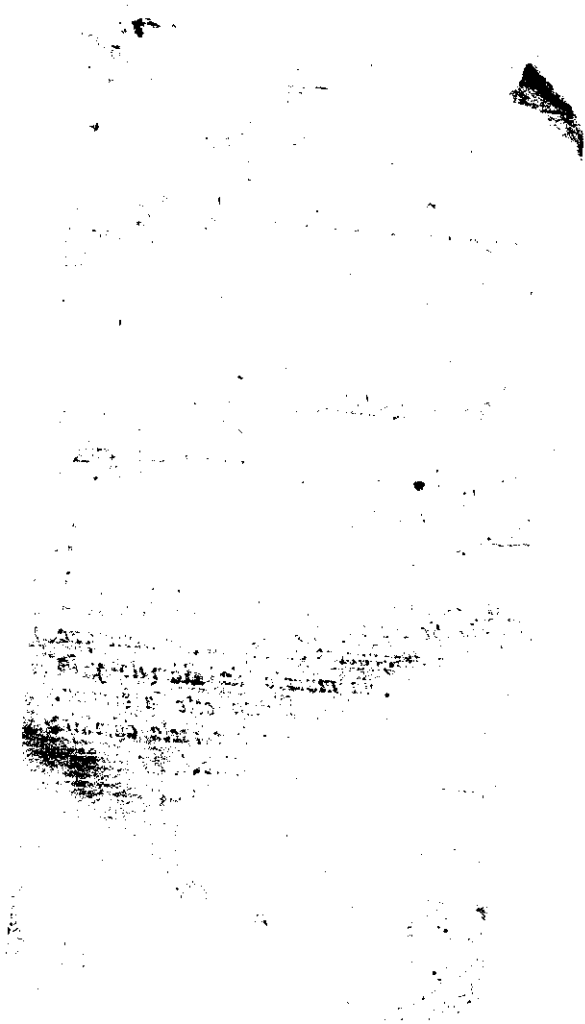
NUMA POMPILIO,

SEGUNDO REY DE ROMA.

LIBRO DÉCIMO.

ARGUMENTO.

Alborotos en Roma. Felicidad que disfruta Numa. Leonte pide para él la mano de Anais á su padre. El anciano se la niega. Razouamiento de Numa; logra por esposa á Anais. Preparativos de sus bodas: llegada de los embajadores Romanos. Refieren las desgracias de Roma, la peste que ha padecido, la muerte de Rómulo y la eleccion de Numa. Reusa este la corona. Discurso de Anais para hacérsela admitir: Numa se mantiene inflexible.



LIBRO DÉCIMO.



En tanto que esto sucedia, Roma estaba en la mayor consternacion y desorden. Los Sabinos desesperados de la pérdida de Tacio y del destierro de Numa, solo por fuerza y con horror obedecian á Rómulo. La desastrada muerte de Tacia que atribuian á Hersilia, y no sin causa, habia hecho á esta princesa el objeto de su execracion.

Mas opuestos que nunca á los Romanos, desconfiando los unos de los otros, y no ocultándose su ódio recíproco, á cada instante estaban prontos á emprender una guerra civil. Las sospechas y enemistades reynaban en todas las familias, y á no ser por los consejos y autoridad del prudente Mecio, Roma se hubiera anegado en la sangre de sus ciudadanos. Rómulo, entregado al tétrico furor que en los grandes delincuentes suele ser su verdugo en vez de los remordimientos que no conocen, Rómulo para contentar su pueblo, le cargaba de nuevos impuestos, hacia correr la

sangre de los patricios , y reynaba por el terror que sus crueldades causaban á todos.

Hersilia, hija digna de tal padre, solo se alimentaba con los tósigos de los celos y de su rabiosa desesperacion. No dudando que alguna competidora le quitase el corazon de Numa, enviaba á cada instante espías á todos los pueblos y ciudades de la Italia, por ver si podia descubrir este rival y tambien para saber de su amante: hizo que su padre escribiese á todos los Príncipes, amenazándolos con todo el poder de sus armas si daban asilo á uno ú á otro, y ofreciendo grandes premios al que presentase sus cabezas.

Entre tanto, el pacífico Numa, oculto en el Apenino, rodeado de sus amigos, lloraba de alegría en el reconocimiento de Zoroastres y Leonte; participaba de su gozo y veía al feliz anciano estrechar contra su pecho al hijo. Aquel padre amoroso no podia hartarse de mirar, oír y abrazar á Leonte. Ó hijo mio, le decia; es posible que te hallo despues de haberte llorado tantos años, ó será mi felicidad una vana imagen del sueño! El primer dia que te ví,

sentí que mi corazón se dilataba lleno de un afecto irresistible: la voz de la sangre y el grito de la naturaleza me anunciaban la dicha que ahora disfruto. Con qué gusto te contemplo! Qué robusto, qué galán estás! Vuelve, vuelve de nuevo á mis brazos; repite una y mil veces el nombre de padre, y mira que me debes todas las caricias que me hubieras hecho desde tus primeros años.

Leonte le respondia con dulces lágrimas, y Camila escuchaba en silencio. Leonte la toma de la mano y la presenta á Zoroastres: Esta es, ó padre, mi esposa, y la que reyna con poder absoluto en mi corazón. Largo tiempo nos hemos visto separados, mas al fin el dulce lazo de himenco nos ha unido. Pero, por grande y violento que fuese nuestro cariño, si hubiera podido prever que habia de volver á ver á mi padre, cree, señor, que hubiéramos aguardado hasta que tu mano nos uniese. Dignate, pues, de perdonarnos nuestra felicidad, y aumentarla con tu aprobacion.

Dice, y Camila se arrodilla delante del anciano; su corazón palpita, baja los ojos é inclina la cabeza sobre el pecho, llena de rubor y timidez: apenas se

atreve á levantar la vista á Zoroastres. Aguarda, llena de inquietud, que la llame hija: jamas ha deseado tanto parecer hermosa; con su mismo silencio parece que dice al anciano: mi belleza es poca; pero mi corazon es digno del tuyo.

Hija querida, le responde Zoroastres levantándola, mi felicidad es mayor que mis desgracias; solo un hijo habia perdido, y en este dia le hallo duplicado. Diciendo así, abraza tiernamente á la hermosa Camila. El resto de aquel dia se empleó en oír la relacion de los sucesos de Leonte, que sirviéron para aumentar mas y mas en Zoroastres y su hija los dulces afectos de la naturaleza.

Numa participaba de la comun alegría: desde que Anais es hermana de Leonte, Anais le parece mas bella; cada dia descubre en ella nuevas virtudes, y continuamente habla de ella á su amigo: este nombre que le era tan grato, ya no le parece bastante tierno.

Despues de algunos dias, Numa convalciente va á respirar el ayre puro de la montaña, y siempre elige los sitios adonde Anais lleva su rebaño; para hacerle compañía se hace pastor, y en tanto que Camila y su esposo van á caza

para poder regalar á Zoroastres, Numa cuenta á su hija la historia de su vida. El jóven Sabino oye con deleyte sus reflexiones y consejos, se admira al ver tanta sabiduría en tan poca edad, y cada dia alquiere á su lado mas prudencia y mas virtudes. A veces tañendo la rústica zampoña, acompaña la dulce voz de la pastora, y otra vez repite con ella los himnos y canciones que le ha enseñado. No piensa ni se acuerda de amor: solo experimenta un afecto mas puro y delicioso. Al rayar del alba va á juntarse con Anaïs. No le causa su vista aquella turbacion violenta, hija de una passion fogosa; pero necesita verla; no le turba su presencia; pero solo es feliz disfrutándola. Ausente de Anaïs, su alma queda como dormida y sin accion. Así la amante Clicie queda marchita y ajada en la ausencia del Dios de la luz; pero luego que Febo vuelve á nuestro horizonte, Clicie alza su cabeza, le dirige hácia el astro del dia, le sigue en toda su carrera, y no cesa de mirarle hasta que desaparece sepultándose en el seno de Tétis.

La modesta Anaïs que no advierte en su corazon ni en el de Numa cosa

de que pueda recelar, se entrega al afecto que la inclina: ama á su libertador que lo es tambien de su padre; el agradecimiento le impone esta ley, y las prendas de Numa se la hace gustosa. Anais gusta de conversar con el discípulo de Tulio acerca de las maravillas de la naturaleza, sobre el curso de los astros, pueblos diversos, gobiernos y cultos diferentes; pero en todas partes los mismos principios de moral. Cada uno adicto á su religion, la explica ó la defiende; divididos en las opiniones, convienen en las mismas obligaciones; sus almas estan de acuerdo, aunque su razon disputa; y Numa, que no cesa de admirar la profunda sabiduría de Anais, siente aumentar cada vez mas su respeto y ternura.

Leonte conoció en breve su mutua inclinacion; deseaba con ansia que su amigo fuese su hermano. Dime: ¿amas á mi hermana? le preguntó un dia. Numa bajó avergonzado la vista y se turbó. Por qué te avergüenzas? prosigió Leonte, los Dioses nos han dado el amor para consolarnos en nuestras penas y premiar nuestras virtudes. Si tu corazon está libre del todo de la vergonzosa cadena de

Hersilia, si amas á Anais, tanto como Leonte te ama, espero que mi padre te la dará á mis ruegos. Habla, dime solamente : haré feliz á tu hermana, y creeré estas palabras como un oráculo de los Dioses.

Amigo, le respondió Numa, todavía me estremezco y tiemblo al oír el nombre de Hersilia; pero el de Anais me tranquiliza. En nada se parece el afecto que Anais me ha inspirado, á aquel que tan desdichado me hizo. Veo á Anais todos los dias, apenas me separo de ella un solo instante, y con todo nunca he tenido la menor idea de hablarle de amor y de himeneo. Pero bien conozco, ó amigo mío, que si la felicidad puede hallarse en la tierra, está reservada al esposo de tu hermana.

Dijo : Leonte le abraza, le toma de la mano y le conduce á Zoroastres. No dudando de su consentimiento, le pide á Anais para su amigo, para el libertador del padre y de la hija, y para el mortal que mas quiere y estima.

Cuál fué su sorpresa y pesar, cuando Zoroastres, despues de oírle con semblante severo, le respondió estas tristes razones!

Hijo mio, no dudes que amo á Numa; le debo la vida, y contaría por el dia mas feliz de mi vida aquel en que pudiese pagarle lo mucho que le debo. Pero mi hija es Maga; soy el gefe de su religion, y la ley que enseñó nos prohibe toda alianza con los idólatras. Bien sabes que he sacrificado á esta ley santa, honores, riquezas y descanso; Pretendís que al fin de mis dias, ya cercano á recibir la recompensa de mis trabajos, la perdiese por quebrantar los preceptos que yo mismo enseñé á los hombres?

Les habeis, pues, enseñado la ingratitud! interrumpió Leonte con bastante alteracion.

No, hijo mio, responde el anciano, pero he prescrito la prudencia. No he querido que una Maga arriesgase su creencia, tomando esposo de otra religion; he previsto el imperio poderoso del amor, y la natural propension de un corazón amante á pensar como el objeto amado: Mi hija amaria á Numa, adoptaria su creencia, abandonando mi religion, y yo seria responsable de esta culpa á los ojos del grande Orómazo. Bastante doloroso me es que mi hijo, el hi-

jo de Zoroastres, criado entre idólatra siga otra religion que la mia; quiero, lo menos conservar mi hija al Dios por quien tanto he padecido; quiero preservarla del riesgo de abandonarle. Cuanto mas estimable es Numa, tanto mayor el riesgo, porque no son los suplicios y tormentos los medios de alterar la creencia; mucho mas poderosos son para esto los ejemplos y algunas virtudes en una secta diferente.

Ademas, mi religion es hoy dia un objeto de horror á todas las naciones; la Italia entera aborreceria á Numa, si se casase con una Maga, y al cabo recaeria en mi hija el sentimiento que de esto tendria tu amigo... Perdona, ó Numa, te ofendo y te aflijo; sin duda me tienes por un hombre fanático é ingrato; pero creo en mi religion, amo á mi hija, y no puedo esponerla á ser infiel ó á llevarte en dote el ódio de tu nacion.

Calló Zoroastres, y Leonte se quedó inmóvil con los ojos clavados en tierra; se aflige por no poder rebatir las razones del anciano con otras mas poderosas. Numa, que le habia oido atentamente, le mira con serenidad y le responde de este modo.

Zoroastres, desde que vine al mundo, los Dioses que adoro han manifestado su poder en favor mio; los amo y los temo; ántes moriré mil veces que pensar en abandonarlos; mas no pienso que por eso intentaré nunca que nadie abandone su secta por seguir la mia. No es dado al débil esfuerzo del hombre mudar el corazon de otro hombre á su antojo: y en punto á abandonar la religion que se ha mamado con la leche por otra estraña, solo la mano de los Inmortales es capaz de obrar tan singular mudanza.

Este es mi modo de pensar; juzga ahora si la fé de tu hija correria riesgo en mi compañía. Yo respetaria sus dogmas, como ella respetaria los míos; adoraria á Orómazo, y yo adoraria á Júpiter. Uno y otro nos mandan lo mismo: amarte, honrar tus canas, amarnos y socorrer á los desvalidos, esto manda tu Dios; lo propio mandan los míos. Obedeciendo sus preceptos, nuestros corazones se unirían todavía mas, y se mezclarian como dos arroyuelos igualmente puros cuyo origen es diverso, pero que se unen mezclando sus aguas cristalinas,

Dices que mi himeneo con una Maga me ocasionaria el odio de mi nacion. No tiene ya Numa nacion ni patria; he perdido á Tulio, he perdido á Tacio; la cabaña de Zoroastres es para mí el mundo entero: mi corazon me dice que no seré aborrecido en ella. O padre mio! ábreme tu pecho; admítame por hijo; vuélveme en un solo instante todo aquello de que los Dioses me han privado en tantos años; dame la mano de Anaís, y nuestra ocupacion principal será la de alargar tus dias. En este valle viviremos en paz, y aquí los hijos de tu hijo y los míos formarán una colonia que bendecirá el nombre de Zoroastres en las venideras edades. Acabarás felizmente tus dias en medio de tus nietos, y serás el objeto de su amor y la causa de su felicidad. La hija primera que los Dioses me concedan se llamará Ojaua: este nombre te hará mas dulces sus inocentes caricias. Padres, hijos, esposos y esposas, todos estaremos á tus pies, y cada mañana vendremos á la puerta de tu cabaña á esperar que te despiertes, con el mismo zelo y respeto con que tus discípulos aguardan la salida del astro del dia.

Hablando así, Numa se arroja á sus pies: enternecido Zoroastres persiste no obstante en negar su asenso; pero Leonte se une á Numa y esclama: Te dió la vida, libró la de Anais y salvó su honor á precio de su sangre!..... Pues bien, dice el virtuoso anciano ya vencido: sea la misma Anais su recompensa y sea Numa mi segundo hijo.

Al oírle Numa, dando un grito, se arroja á sus brazos; no puede reprimir el exceso de su gozo, ni explicar su agradecimiento. Quiere abrazar á Leonte, pero este habia ya salido alborozado y presuroso á buscar á su hermana; en breve vuelve con ella. Este es tu esposo, le dice el anciano, nadie merece mejor este nombre que el que ha sido tu libertador y el mio. Dentro de ocho días se efectuará vuestra union: ruego al grande Orómazo que si no aprueba este himeneo, solo contra mí descargue el azote vengador! dijo, y estrecha contra su corazon las manos de Anais y Numa ya unidas.

Llena de virginal rubor, baja la doncella sus hermosos ojos; pero en breve confirma con una dulce sonrisa el don que su padre acaba de hacer de su

El Desde aquel instante el venturoso Numa, su noble amigo y la gallarda Camila, se ocupan enteramente en los preparativos de la boda.

Ya Leonte y Camila han ido al monte, á cortar y traer la madera necesaria para que Numa se construya él mismo su cabaña contigua á la del anciano. Numa dirige la puerta al Oriente para que su religiosa consorte pueda, todos los dias, apenas despierite, dirigir sus votos al padre de la luz. La cubre con cañas, pieles y juncia, y la deja impenetrable al sol, á la lluvia y al frío. En el interior arregla y dispone todo lo que juzga mas cómodo y agradable á Anais, y la adorna con aquel gusto y destreza que solo el amor sabe inspirar; forma un huertecillo al lado de la cabaña, y lo dispone de manera que el banco de céspedes y el jazmin, á cuya sombra vió la vez primera á su Anais, quedan en el centro del huerto. Hace una sangría al arroyo, y forma un nuevo brazo que riega y fertiliza su recinto; los árboles frutales que la naturaleza produce libremente, y las hortalizas plantadas, hacen útil y deleytoso el vergel. Finalmente, le cerca con un vallado de arbustos crece-

deros para resguardarle de la voracidad de las reses del monte.

Anais preside á sus tareas, y su presencia aumenta las fuerzas de Numa: quisiera concluir él solo toda la obra, pero Camila y Leonte le ayudan á su pesar. Impacientes y desvelados llegan á la víspera de los ocho dias fijados por Zoroastres. Ya está todo concluido y perfeccionado; ya Camila ha despojado los prados vecinos de sus flores; las coronas de los novios están hechas, la cabaña adornada de guirnaldas y festones; el sol se ha ocultado en el océano y su vuelta debe alumbrar el dia de la felicidad de ámbos amantes, cuando al tiempo que reunidos y encerrados en la cabaña de Zoroastres iban á sentarse á la mesa para cenar frugalmente, oyen llamar á la puerta: un oculto presentimiento hizo que Numa se estremeciese.

Receloso y sorprendido, Leonte se levanta, y armado de su clava, corre á la puerta; la precacion fué inútil; no eran enemigos los que llamaban. Abre, y ve un venerable anciano acompañado de dos guerreros: le piden hospitalidad; Leonte los admite y acompaña.

Mas no bien la luz de la lámpara

que alumbraba la cabaña dió en sus rostros, cuando Numa, dando una voz de sorpresa y admiracion, corre á abrazar al anciano: ¿Es posible, ó Mecio; que te veo aquí? Tú el amigo de Tacio y de mi padre! tú el único amparo y esperanza de los Sabinos!

Mecio reconoce con igual admiracion á Numa: todavía recela que su cansada vista y sus oídos entorpecidos no le engañen. Es posible que os hallo, dueño y amigo mio, despues de haberos buscado tanto tiempo en vano por toda la Italia! permitidme que, ántes de rendiros la obediencia y respetos debidos, mis trémulos brazos os estrechen nuevamente, y que mi fiel corazon aproveche de los últimos instantes en que le es permitido llamaros amigo. Hablando así, el leal Mecio da mil abrazos á Numa, y despues, volviéndose á los dos que le acompañan, les dice: Próculo, Vollesio, nuestra peregrinacion dió fin; ya hemos hallado á nuestro Rey. Entónces los dos Romanos y el mismo Mecio, doblan la rodilla delante de Numa, y le dicen con respeto: salve, Rey de Roma, salve.

Qué decis, qué hacéis! les dice Nu-

ma, pugnando porque se levantasen. Yo no soy vuestro Rey, no merezco ni deseo un honor tan grande. Lo eres, replica Mecio; no lo dudes, señor; y lo eres por el derecho mas glorioso y legítimo: el pueblo Romano te ha elegido con voz unánime. Ya iban los Sabinos y Romanos á embestirse con los sangrientos aceros por causa de nombrar el sucesor de Rómulo, cuando tu nombre, el solo grato á las dos naciones, bastó á calmar los ánimos irritados é hizo renacer la concordia. Rey eres, ó Numa, y tus vasallos cuentan suspirando las horas de tu ausencia!

Numa, igualmente admirado y pesoso, hace sentar los embajadores á la mesa de Zoroastres, y pide á Mecio le instruya de los grandes sucesos que ha habido en Roma: el antiguo general satisfizo sus deseos al instante de este modo:

Con la muerte de Tacio y tu destierro, llegaron nuestros males á lo sumo. Rómulo, objeto de la execracion de los Sabinos, y aborrecido aun de su mismo pueblo, gobernaba en Roma con cetro de hierro. Ya no era aquel conquistador siempre acompañado de la victoria,

y que solo derramaba la sangre de los enemigos : sus vasallos le viéron mudado en tirano sangriento, cuya inhumana política los oprimia por contenerlos, y que á la menor sospecha, ó con el mas leve pretesto, hacia correr la sangre de los nobles. Estas son siempre las resultas de un primer delito; luego que este entra en una alma, todas las virtudes la abandonan, y se apoderan de ella los vicios.

En breve, irritados los Dioses, anunciaron sa vengadora justicia con la plaga mas tremenda: la peste infestó á Roma; el contagio se manifestó con los síntomas mas espantosos; un fuego voraz consume las entrañas de los pacientes; sus ojos inflamados y sangrientos se mueven con dificultad en la órbita; la boca llena de úlceras escala un aliento pestífero; torpe la lengua, y cubierta de espesa baba, queda pegada al paladar é impide la respiracion. Los nervios se entorpecen, el cuerpo tiembla agitado de convulsiones, y el frio de la muerte, que se apodera insensiblemente de todos los miembros, no basta á moderar el ardor que consume hasta los huesos del infeliz apestado.

Ya no caben en las casas las víctimas del mal; las calles, los caminos y los templos están llenos de cadáveres y moribundos. Por todas partes se ven los infelices que arrastrándose huyen de sus lechos y abandonan sus Penates, buscando y pidiendo agua; consumidos de la sed ardiente, van á echarse en el Tíber, y los que, mas débiles, no pueden llegar, se meten en las fuentes ó se revuelcan en la tierra mojada; beben sin atender á su daño, no logran mitigar la sed, y espiran en medio del agua. Ninguno se acuerda de los dulces vínculos de la amistad; nadie escucha la voz de la compasion y de la sangre: el hijo, enagenado por el dolor, reusa abrazar á su padre; el hermano huye del hermano, y teme el contagio del mal. La madre moribunda lejos de su esposo, y luchando con las agonías de la muerte, aparta lejos de sí con sus yertos brazos al débil niño que le estienda sus manos, y llorando quiere volver á aplicar los hambrientos labios al pecho materno ya ecsausto. El dolor y la desesperacion son los únicos afectos que reynan en todos los corazones; por todas partes se ve padecer; á cualquier lado que se vuelva

La vista se halla la muerte bajo mil aspectos á cual mas espantosos; las funestas piras arden sin cesar, y su número no es suficiente al de los que mueren.

Rómulo, que únicamente sentia perder sus tropas, señaló para aplacar á los Dioses un solemne sacrificio en las lagunas de la cabra. Todo el pueblo, mejor diria las reliquias del pueblo, se juntó en aquel sitio. Los sacerdotes, los Pontífices y los ciudadanos, pálidos y estenuados, se adelantan con tardos pasos hácia el altar. El soldado sin coraza, se acerca lentamente apoyado sobre su pica, y puede apenas levantar la cabeza para mirar el águila de su legion. Las mugeres y ancianos acuden ayudándose del apoyo de báculos con sus hijos agarrados de la mano; cae el niño y arrastra tras de sí la madre debilitada. Ancianos, mozos, enfermos y convalecientes todos juntos llegan arrastrando; ninguno tiene fuerzas para levantar la voz, y aquel pueblo Romano tan poderoso, aquel pueblo el terror de la Italia, para cuya ambicion y esfuerzo era corta empresa poco ántes la conquista del mundo, ahora parece una tropa de espectros que han salido del Infierno por los con-

juros de una encantadora de Thesalias

Hechas las acostumbradas libaciones y sacrificadas las víctimas, el Gran Sacerdote consulta sus entrañas y se e tremece al examinarlas. Sube á la sagrada trípode; el espíritu profético se apodera de su alma; un santo furor le agita; arroja fuego por los ojos, y esputamarajos por la boca; extiende los brazos, inclina la cabeza, y sus cabellos erizados levantan la corona de laurel que la ciñe. Pero en vano lucha contra un Dios; el divino poder le vence y le hace ceder á su impulso. Pronunpe finalmente con estas palabras: Pueblo Romano, un delito espantoso, que ha quedado impune, es la causa que ha traído sobre tu cabeza la venganza indignada de los Dioses. En tanto que no espies el atentado, en tanto que los delinquentes verán la luz del día, en vano esperas ver á los Inmortales aplacados. La peste asolará nuestros muros hasta tanto que la sangre de.....

Iba á proseguir, pero Nómulo le arroja una terrible mirada: el miedo le dejó mudo. En aquel mismo instante se obscurece el Cielo, el Sol pierde su luz, y unas espantosas tinieblas cubren la

tierra. Desencadenados los vientos, bra-
man embravecidos; se oyen mil truenos
espantosos, y los rayos abrasadores se
cruzan, aumentando el asombro del affli-
gido pueblo. Parece que todos los ele-
mentos confundidos se hacen sangrien-
ta guerra, y que la naturaleza vuelve
á sepultarse en el caos.

Todos aterrados y temblando, nos
postramos en la tierra rogando á los
Dioses y esperando la muerte. Pero á
poco rato se aplacan los vientos, la
obscuridad se disipa, y el Sol brilla con
nuevo esplendor. Reyna la calma en el
ayre, y en breve renace en todos los
corazones. Todos los Romanos se miran
y vuelven á verse; solo Rómulo ha de-
saparecido; sus guardias y cortesanos le
buscan por todas partes. pero en vano.
Los Céleres, que amaban al dueño que
les aseguraba siempre la impunidad de
sus atentados, amenazaban á los patri-
cios, que acusaban de haber dado la
muerte al Rey. El pueblo se prepara á
defender los nobles, y ya los dos parti-
dos desnudaban los aceros, cuando Pró-
culo, que veis aquí, Senador el mas
respetable por su virtud y avanzada
edad, se adelanta en medio del concur-

so, y á favor de una astuta ficción, consiguió apagar el incendio que apuntaba. Cesad ya, Romanos, les dice; cesad ya de buscar á Rómulo. Yo he visto con estos ojos á su padre Marte que bajando á la tierra le ha arrebatado en su sangriento carro. Prócuro, me dijo nuestro Rey, mi gloria ha llegado á su colmo: he vencido y he triunfado; he fundado una ciudad que será dueña del mundo entero; he acabado mis tareas, y el Dios de las batallas quiere asociarme á sus inmortales honores. Vé á anunciarlo así á los Romanos; díles que Marte y Rómulo guiarán siempre sus huestes vencedoras, y que de hoy mas me invoquen con el nombre de Quirino.

Así habló Prócuro, y se apaciguó el tumulto. No se atrevieron los Céleres á dudar de un hecho que hacia Dios al Rey que amaban, y el pueblo contento por verse libre del tirano, quiere mas verle colocado en el Cielo que ocuparse en buscar y castigar á los que han librado la tierra de tan pesado yugo.

Era preciso no obstante elegir un sucesor á Rómulo: Hersilia pretendió en vano la corona. Irritados contra ella

los Sabinos, juráron que volverían á Cures si la hija de Rómulo ocupaba el trono; aun los mismos Romanos miraban como afrenta el ser gobernados por una muger. Desechada de las dos naciones, salió Hersilia de Roma, prorumpiendo en fieros y amenazas de que en breve volvería con las armas de toda la Italia, y el pueblo se juntó nuevamente para nombrarse un Soberano.

Nuevamente estuvo aquel desgraciado pueblo á punto de ensangrentar las armas en sí mismo. Los Romanos querían un Romano; los Sabinos pedían un Sabino. Despues de la muerte de Tacio, decían estos, hemos dejado reynar pacíficamente á vuestro Rómulo; ya es tiempo y razon que uno de los nuestros os gobierne. No somos un pueblo vencido y conquistado; somos vuestros amigos, hermanos y conciudadanos; nunca fuímos esclavos vuestros. Nuestra nacion es, cuando menos, igual á la vuestra en nobleza, valor y virtud. Desde ahora nos oponemos á todo lo que pueda ofender ó disminuir los derechos de esta igualdad.

Así hablaban los Sabinos, y ya corrían á las armas: en aquel instante

me sentí como inspirado de los Dioses; escuchad, grité, escuchad mi consejo, ó pueblos! ámbos pretendéis nombrar el Monarca, y que este sea de vuestra nacion; conviene que cada uno ceda al otro la mitad de los derechos que reclama, y que la nacion á quien toque nombrar Rey le haya de elegir entre los individuos de la otra. Ea, Romanos, elegios dueño, pero que este sea Sabino, ó si no, los Sabinos le nombrarán, sacándole de entre vosotros.

Todos aprobaron mi dictámen: renace la paz y concordia. Despues de una breve conferencia, queda á los Romanos el cargo de nombrar un Monarca Sabino: todos con voz unánime eligen al justo Numa.

No bien se hubo oído este nombre, cuando las dos naciones; olvidando su ódio; se mezclan y se abrazan, y dándose mutuamente el parabien, todos esclaman: ó felicidad! Bajo el gobierno de Numa veremos renacer el siglo de oro y el reynado de Astrea! Numa sea nuestro Rey y padre!

Todos los templos se llenan de gentes que ofrecen víctimas á los Dioses en accion de gracias por todos los

bienes que se esperan en lo sucesivo. Ya los Inmortales se manifiestan aplacados; cesa la peste, un viento saludable vuelve la salud tan deseada; las lluvias y abundantes rocíos ofrecen al labrador la esperanza de una abundante cosecha. Dioses, hombres y aun la misma tierra, parece que se regocijan al ver nacer el reynado de la virtud.

Al punto se dispuso enviarte embajadores; pedí y logré ser uno de ellos. Nuestros primeros pasos se dirigieron á Cures en donde esperábamos encontrarte; todos nos dijeron que desde la muerte de Tulio ninguno sabia de tí en la Sabinia. Volvimos atras hácia el pais de los Marsos á donde juzgué te llevaria la amistad de Leonte; no tuvo este viage écsito mas feliz que el primero. Ibamos ahora finalmente á buscarte á las Sierras de los Rheatos, sitios famosos por tu valor y humanidad; y los Dioses sin duda nos han guiado á tí. Ven, pues, ó Rey de Roma! dos naciones te esperan; eres su única esperanza; y cada instante que tardas en ir á encontrarlas, es un hurto hecho á nuestro amor y á la pública felicidad.

Calló Mecio, y Numa mirándole

con dulzura y tranquilidad, le dice: Amigo, pasó para mí aquel tiempo de errores, tiempo en que la gloria vana, la ambicion y el ciego amor turbaban todos los instantes de mi vida. Hubiera podido deslumbrarme el trono, cuando ciego amante de Hersilia, corría con el acero en la mano á merecerla en los combates; cuando, obcecado de mi pasión, empleaba todo mi conato en adquirir la horrible ciencia de esterminar el género humano, y cuando admiraba á Rómulo en proporción del mal que le veía cometer. Cayó la venda que ocultaba á mis ojos la verdad, y gracias á los Dioses que no me han abandonado, y á las desgracias que me han instruido, gracias á la dulce amistad y al puro amor que me animan, mi corazón y mi alma no estiman ya sino lo que es realmente estimable, y solo aman lo que merece ser amado: la virtud y el descanso.

Mal podría yo llenar el hueco de Rómulo. Su pueblo, orgulloso y guerrero, podía apenas sufrir el dominio de un Rey, hijo de los Dioses y el mayor general que han conocido los hombres: yo solo soy hijo de un hombre,

y aborrezco los combates. Detesto la vil y engañosa ciencia de desunir las naciones vecinas para vencerlas después, y de armar el débil contra el fuerte para oprimirlos mas fácilmente; nunca miraré como mio aquello de que puedo apoderarme. No, Mecio, no puedo seros útil: Roma ha menester de un Conquistador; en vano consagraré mi vida á la felicidad de los Romanos; estos despreciarian un Rey pacífico que solo se ocuparia de los Dioses, de las leyes y de la agricultura.

Mecio, mi resolucion es invariable. He cumplido cual buen ciudadano con mi patria; por ella he derramado mi sangre; y con mi destierro libré de la guerra civil á Sabinos y Romanos. Acabé mi tarea; no deseo otro premio de ella que la continuacion de mi destierro. No volveré en mi vida á Roma; quiero vivir en este valle, mas bello á mis ojos que el suntuoso Capitolio, al lado de mi padre, mi amigo, mi hermana y mi digna esposa. Aquí seré feliz y viviré mas seguro que Rómulo en medio de sus Céleres. Habitaré la cabaña que mis manos han construido, mas alegre y cómoda que los palacios

de vuestros Reyes. En ella pasaré mis dias puros y tranquilos, contribuyendo á la felicidad de mi padre, esposa y amigos, y logrando por ellos la mia propia. Y cuando la inevitable Parca corte el hilo de mi vida, no tendré que responder en la presencia de los Dioses de la felicidad de muchos millares de hombres.

Te engañas, Numa, interrumpió Anais con voz severa. Tendrás que dar cuenta de eso mismo, si el amor que me tienes y tu inclinacion al descanso te hacen sacrificar el interes de dos pueblos. ¿Piensas acaso que el Cielo te ha dado tantas virtudes para tí solo? Imaginas agradar á Dios viviendo solo para tí? El Ser Supremo estima en nada las vanas meditaciones; quiere que la virtud sea activa. El hombre virtuoso le tendrá que dar cuenta estrecha de cada dia pasado sin hacer bien. El Criador del mundo solo puede amar á los que se emplean en beneficiar sus criaturas.

Dices que un héroe guerrero es mas necesario á los Romanos que un Rey pacífico. Al contrario; cuanto mas belicosos te parezcan, tanto mas han me-

nester un Soberano prudente y pacífico, que modere y reprima su ardor, y que suavice con la justicia ese genio guerrero que llegaria á ser ferocidad. Tú solo, Numa, debes ser este Príncipe; tu respeto á los Dioses, y tu amor á la paz te imponen la obligacion de gobernar un pueblo que carece, mas que otro alguno, de estas virtudes.

Crees que nada debes ya á tu patria porque has peleado por ella. Pero en esto, ¿qué has hecho mas de lo que ha hecho el último de sus soldados? Demas que tú mismo conoces bien que Hersilia tuvo mas parte que la patria en tus proezas. Aun cuando hubieses derramado tu sangre solo por tu pueblo, en tanto que queda en tus venas una sola gota, esa gota es suya; nunca dejamos de ser deudores de la patria; siempre tiene esta cumplido con nosotros.

Solo añadiré á lo dicho, que si el deseo de pasar una vida obscura y ociosa en mi compañía y mi religion injustamente perseguida, son la causa de tu resistencia, desde ahora renuncio á ti. Toda mi vida lloraria el haber sido estorbo á la felicidad de dos pueblos,

privándolos del mas precioso regalo de Dios, que es un buen Rey: esta idea emponzoñaria todos mis dias y quizas bastaria á alterar el tierno amor que me has inspirado. Harto te he dicho, Numa; conozco mis deberes y los tuyos; si reusas ser útil á los hombres, yo me castigaré como causa de tu error.

Estas fuéron las razones de Anaïs: Zoroastres y Leonte se unieron con ella, y solo Camila se mantuvo de parte de Numa. Mecio y los dos Romanos se arrojaron á sus pies, alegando y repitiendo todo lo que juzgaban que podria persuadir su entendimiento ó conmover su corazon sensible: todo fué en vano.

Como una peña que puesta á la orilla del mar resiste sin daño al furor de las olas, así Numa se mantiene imperturbable. Opone con dulzura su constante resolucion á todas las razones con que le quieren vencer, y finalmente, abrazando estrechamente á Mecio, le dice: O Padre mio! no me hables mas, si es cierto que me amas, de un trono que temo mas que el sepulcro. En este valle quiero acabar mi vida; en esta cabaña viviré. Nací libre, y con él

derecho natural y comun á todos los hombres de escoger un asilo, en que pasar la vida con dulzura y tranquilidad. No creo que mi resolucion ofenda á los Inmortales; mas cuando así fuese, siempre prefiriera emplear lo restante de mis dias en alcanzar mi perdon, á la desgracia de ceñirme una diadema que temo y aborrezco. Juzga ahora, venerable Mecio, si tus instancias podrán rendirme; me afligen, y así te ruego que ceses en ellas. Ven á descansar en mi cabaña, no al lado de tu Rey, sino de tu amigo, y mañana volverás á decir á los Romanos que si aman á Numa todavía, lo hagan ver dejándole en la pacífica obscuridad que posee.

Diciendo estas palabras, sale de la cabaña de Zoroastres; Anais le llamó pero en vano; esta fué la primera vez que Numa no respondió á su voz; los embajadores afligidos y desconsolados le acompañaron en su nueva cabaña; Camila, despues de haber defendido por mucho rato la resolucion de Numa, que Anais condenaba, fué con su querido Leonte á entregarse al sueño. Zoroastres y su hija quedáron so-

los y pensáron en la ejecucion de un importante proyecto.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO.

NUMA POMPILIO,

SEGUNDO REY DE ROMA.

LIBRO UNDÉCIMO.

ARGUMENTO.

La sombra de Tacio se aparece á Numa. Fuga de Anais y su padre. Desesperacion de Numa. Obedece finalmente los decretos celestiales y se resuelve á reynar. Leonte determina buscar á su padre y hermana. Llega Numa á Roma, júbilo y alegría de su pueblo: primera accion de Numa. Va al bosque de Egeria; conversaciones con esta ninfa sobre la eleccion de ministros y consejeros, la guerra, la politica, el orden social, las leyes, y la religion. Gobierno de Numa.



LIBRO UNDÉCIMO.

Retirado Numa á su cabaña, procuró en vano conciliar el sueño; todo cuanto Anais le habia dicho se agolpaba en su imaginacion: me ha amenazado, se decia, con abandonarme, si por ella olvido lo que debo á mi patria, y me resisto á cumplir la voluntad de los Dioses. ¿Quién mas desgraciado que yo, pues al mismo tiempo salto á los Inmortales y á mi Anais? mas si admito el cetro, ¿cómo podré en los primeros dias de mi reynado efectuar mi casamiento con una Maga? ¿Cuando mi proyecto es el de reynar por la religion, comenzaré á fomentar su culto colocando sobre el trono y á mi lado una enemiga de los Dioses? Todo el pueblo la miraria con horror, y á pesar de sus virtudes, seria Anais el blanco del ódio público. No debo exponerla al riesgo de semejantes males; y mucho menos puedo sacrificar mi puro amor á la vana esperanza de gobernar bien á los Romanos. Hasta ahora

he vivido pronto á sacrificarme por el bien de los otros; ya es tiempo de vivir para mí propio.

En medio de estas reflexiones, de improviso le asaltaban el pesar de afligir á su pueblo y el temor de irritar á los Dioses, y destruían todas sus resoluciones. Combatió de afectos encontrados, su amor le arrastra á un partido, cuando su piedad compasiva le llama á otro opuesto, dejándole indeciso sobre lo que debe resolver. Así el árbol ya cortado en torno de sus raíces por la segur y pronto á ceder al mas leve esfuerzo, se bambolea á todas partes y amenaza igualmente con su caída todos los puntos de su circunferencia.

Ya comenzaba la Aurora á abrir las puertas del Oriente, cuando Numa fatigado de aquella interior batalla, se entrega al sueño. Mas no bien este se apoderó de sus entorpecidos párpados, cuando se le aparece la sombra de un anciano cubierto de sangrientas y rasgadas vestiduras. Sobrecogido de terror, siente Numa erizarsele los cabellos; pero luego que reconoce ser Tacio, se desvanece su espanto. Ó mi pa-

dre y mi Rey, le dice: ¿qué causa te mueve á abandonar los Elíseos campos? ¿Por qué traes estas ropas sangrientas que me recuerdan con dolor el delito de Rómulo? qué me mandas? Habla, sombra temible y amada, Numa jura obedecerte.

Camina pues á Roma, le responde el espectro con voz severa; los Dioses te mandan reynar; he dejado mi lóbrega mansion para anunciarte sus decretos. Todavía nó habita mi alma en los campos Elíseos: Minos, ántes de recompensarme del poco bien que hice, me castiga del mal que dejé hacer. Permaneceré entre las tartáreas sombras, hasta el instante en que el pueblo Romano sea el mas feliz de todos los del Orbe. Tú solo, ó Numa, puedes ser mi libertador.

Dice y desaparece. Numa estiende los brazos para detenerle, pero solo abraza una vana imágen, que al punto se desvanece entre las tinieblas de la noche.

Despierta Numa cubierto de un sudor frio; se arrodilla, adora á los Dioses, y les hace libaciones de vino. Apenas sale el Sol, corre apresurado á

buscar á Anais para disipar con su vista el sobresalto que le acongoja.

Pero en vano la busca y la llama repetidas veces; Anais no responde. Cuidadoso y asustado de aquel extraordinario silencio, entra en el retiro de Zoroastres, y halla su lecho y el de Anais vacíos: sobre la rústica mesa advierte unas tablillas; las toma, y lee estas palabras.

AN AIS A NUMA.

Me ooy; no volverás á verme. En tanto que hubiera estado á tu lado, ó habrías reusado el trono que Dios te destina para la felicidad de dos pueblos, sacrificio que yo no debo admitir; ó subiendo al trono hubieras querido partírte conmigo, y entónces seria Anais un objeto de horror para tus vasallos. Huyo lejos de ti, por tu interés y gloria; huyo de Numa en el día mismo..... mis lágrimas bañan estos caracteres. A dios Numa, vé á reynar; sé feliz, si te es posible, pero no olvides á Anais. Piensa que en mi asilo ignorado, continuamente me ocuparé en tus memorias; espero oír bendecir tu nombre, y entónces me aplaudiré de haber sabido

comprar, á costa de mi desecutura, la gloria que disfrutas, la felicidad de tu pueblo, y la certidumbre de vivir siempre en tu corazon.

Dos veces leyó Numa este escrito sin poder derramar una lágrima: la sorpresa y el dolor le oprimen. Ni llora, ni se queja; considera aquellas tablillas con ojos enjutos y turbados. Así el ave que al volver trayendo á sus hijos el cebo, halla su nido robado, queda inmóvil sobre la rama, deja caer el alimento que tiene en el pico, y mira con ahinco el sitio en que estaba su dulce compañía.

Dos fuentes de lágrimas alivian finalmente la opresion de Numa: los sollozos y las quejas salen de su pecho en amargo tropel. Anais, Anais! esclama con voz lamentable; Anais me abandona! ¿Piensas que podré sobrevivir á este golpe? ¿Discurres que no seguiré tus pasos, registrando hasta el ángulo mas remoto de la tierra para encontrar á mi Anais? ¡Y has podido abandonarme en el dia de nuestro himeneo! ¡Has pasado junto á la cabaña adornada y pronta á recibirte, y no has detenido las plantas; has podido!..... ó

desesperacion ! Cruel abandono ! Renuncio para siempre la sabiduría, la gloria y la virtud, pues que no las estima Anaís. Aborrezco mi vida, pues que no puedo vivir por ella: voy á ser un insensato, pues Anaís se lleva mi razon !

Dice, y arrojándose en tierra se revuelca entre el polvo. A sus gritos y lamentos acuden Camila y Leonte. Uno y otro estaban muy ajenos de la fuga de Zoroastres y de su hija. Huyó de nosotros para siempre, les grita Numa luego que los ve: no volverémos á verla. Quiere Camila preguntarle, pero él repite: huyó para siempre. Leonte recoge las tablillas, lee la despedida, y al otro lado conoce otra de Zoroastres para él y Camila. « No hubieras acertado, le decia, á resolverte entre tu « padre y tu amigo; mi ternura ha querido escusarte tan doloroso combate; « he debido apartarme de tí, hijo amado; pero nunca hubiera tenido valor « de hacerlo, á no estar cierto de que « volveré á verte ántes de mucho « tiempo. »

Numa, que oye estas últimas palabras, coge precipitadamente las tablillas.

Bas. lee y vuelve á leerlas, y su sentimiento calma la desesperacion de su pecho. Leonte llora con él, Camila los consuela, y el anciano Mecio, que llegó á la sazón, estrecha contra su pecho á los dos héroes, ofreciéndoles abandonar todo otro cuidado para ir en seguimiento de Zoroastres.

Al instante mismo quiere Numa marchar. Ya no se acuerda del Imperio, solo piensa en volver á ver á Anais, y alcanzarla ántes que se alargue de ellos. Mas apenas dió los primeros pasos, cuando cae á sus pies un rayo espantoso, y al mismo tiempo se oye una voz, semejante á un trueno, que dice: *Numa, acuérdate de Tacio.*

Numa se detiene con espanto; se averguenza de haber querido posponer su obligacion y el bien de su nacion al amor que le domina; se postra en el suelo y se mantiene un rato de este modo, pidiendo perdon á los Dioses y á Tacio. Despues se levanta, y con semblante mas tranquilo dice á los embajadores: vuestro Rey soy, conducidme á mi pueblo.

No se atreven, al oirle, Mecio y sus dos compañeros, á manifestar su ale-

gría; conocen muy bien lo que le cuesta el sacrificio de un afecto que le es mil veces mas grato que la vida. Ocultando su gozo y satisfaccion, se preparan á llevar á Roma al que se espera en ella como á un Dios protector.

Leonte aprobando la resolucion de su amigo, siente no poderle acompañar; ha determinado seguir los pasos de su padre y hallar á Anaís; Camila se dispone á acompañarle. Leonte se despide de su amigo con mil abrazos, y le jura volver á Roma para no apartarse nunca de su lado, luego que haya empleado tres meses en buscar á Zoroastres. Numa que en un mismo dia se ve abandonado de su amigo y pierde á su amante, se encamina tristemente á Roma para ocupar un trono que no le consolará de lo que ha perdido.

Ya pasa los Apeninos en compañía de Mecio y los embajadores, halla un carro que le tenían prevenido en las fronteras; atraviesa con rapidez el territorio de Roma y descubre sus fuertes murallas: estaban coronadas del pueblo todo, que cada dia venia á esperar la llegada de su Rey.

Apénas divisan el carro, cuando pueblan el ayre con mil gritos penetrantes: Miradle, decian, miradle; ya viene nuestro héroe, nuestro padre, el favorecido de los Dioses y la salud de Roma! Mugeres, niños, ancianos y soldados todos se precipitan con alborozo á las puertas, salen al campo, y corren al encuentro de Numa. Unos llevan en las manos ramos de flores, otros ramas de olivo; se las presentan desde lejos, y cubren con ellas el camino por donde ha de pasar: todos se apiñan en torno del carro y detienen su curso. El júbilo es igual en los Romanos y Sabinos, su impaciencia es la misma, y las dos naciones tienen un solo corazon.

Bajó Numa de su carro para mezclarse entre ellos. Entónces sí que todas las bocas le llenan de bendiciones. ¡Feliz el que puede estampar los labios en sus manos ó vestidos! Llorá Numa, y estiende hácia ellos sus brazos; no halla voces para responder á sus votos; pero su silencio, su semblante y lágrimas prometen á su pueblo todo lo que le pide. Continuamente detenido por el gozo y nuevas aclamaciones,

se adelanta Numa lentamente: de este modo, rodeado y confundido entre sus vasallos, entra el virtuoso Rey en su capital, con gloria mas verdadera que la de un vencedor circundado de esclavos y sobre el soberbio carro triunfal, desde el cual insulta á la compasion y humanidad.

Llega á la plaza y le visten las insignias reales; despues se dirige al Capitolio en donde quiere rendir gracias á los Dioses. Ya las nubes de incienso embalsaman el ayre, ya corre en arroyos la sangre de las víctimas, y sus entrañas anuncian á los Augurios los mas felices presagios.

Numa pone su cetro y corona sobre el altar de Júpiter, y puesto de rodillas le dirige en alta voz estas palabras: Ó Saturnio! Si entre esta multitud de Romanos y Sabinos, que juntamente conmigo te ofrecen sus votos, hay alguno mas inflamado que yo del deseo de hacer feliz la gente Romana, dámele á conocer y al instante ciño su frente con esta sagrada diadema. Mas, si es tu voluntad que yo sea su poseedor, oye la súplica que te hago: el primer dia que violare la justicia, que ne

escuchare las quejas del pobre ó que desprecie al desvalido, te pido que un rayo despedido de tu poderosa diestra me precipite del trono que voy á ocupar; solo con esta condicion lo admito: Ó padre de los Dioses y hombres; mas estimaré esta gracia que una victoria sobre mis enemigos.

Dice, y el pueblo le responde con nuevos vivas y aclamaciones; se da fin al sacrificio entre los rebatos del público contento. Sale Numa del templo, y doce buytres volando á su derecha le acompañan hasta el palacio.

El nuevo Rey hace abrir el tesoro de Rómulo; la mitad reparte al pueblo, y reserva la otra mitad para los habitantes del campo. Reforma y destruye para siempre el temido cuerpo de los Céleres: no quiero ni he menester mas guardias que el respeto y amor que mis vasallos me tendrán; mi dignidad me asegura aquel y mis virtudes deben grangearme este. Los Céleres me son inútiles; vuelvan pues á ser ciudadanos. Dos de ellos han asesinado á Tacio; á vosotros los entrego, Sabinos. Ojalá sea esta la única sangre culpada que la espada de la justicia derrame durante el

tiempo de mi reynado! Ojalá que sean todos mis vasallos tan virtuosos que me escusen el ejercicio de la mas penosa de mis obligaciones!

Despues de haber cumplido así en los primeros instantes de su reynado con las dos grandes obligaciones de los Soberanos, aliviar al pobre y castigar al culpado, Numa se encerró por algunos dias seguidos en su palacio para hacerse enterar y dar cuenta exacta de sus fuerzas, riquezas, y sobre todo de los tributos que se podrian suprimir. Medita largo tiempo sobre las mudanzas que juzga necesarias; pero ántes de emprender cosa alguna, resuelve ir al bosque de Egeria á implorar el auxilio de Minerva, y á llorar su querida Anaïs sin testigos y con entera libertad.

Sale de Roma, deja su comitiva, y solo se interna en la selva sagrada. En breve llega al banco de céspedes sobre el cual vió por la primera vez á la hija de Rómulo dormida. Apenas reconoce el sitio que ocupó la Amazona, quando le acomete un temblor universal; el corazon se le quiere salir del pecho con violentos latidos, y siente que le van á faltar las fuerzas. Dase

priesa á huir de aquel sitio, y no obstante se aparta de él con sentimiento. Tan cierto es que el primer amor deja en el corazon un fuego inextinguible.

Ya lejos del asiento fatal, se sienta al pie de un árbol para recobrase de la alteracion que ha padecido. Allí recogido en sí mismo y entregado á aquella dulce melancolía que hace llorar sin padecer, trae á la memoria sus primeros años; recuerdo, á veces doloroso, pero siempre grato á un corazon sensible. Numa repasa en su imaginacion su primer viage á Roma, el sueño que tuvo en la fuente de Pan; la Niufa Egeria que le enseñó las máquinas de la sabiduría; su amor á Hersilia, primera causa de sus penas, y el que le inspiró Anaís, cuyo nombre basta á tranquilizarle; Anaís que ha perdido, pero cuya imágen le acompaña á todas partes, defendiendo su corazon contra los riesgos que de nuevo le podrian amenazar, y deja en su alma una dulce memoria mezclada de alguna incierta esperanza, que sirviéndole de alivio en sus penas, le anima y escita á practicar la virtud.

Mas tranquilo Numa, se levanta y quiere tomar la senda que va al templo

de Minerva; pero pierde el camino, y metiéndose en lo mas espeso del bosque; llega á una fuente de agua cristalina que salia al pie de un montecillo rodeado de altos y frondosos álamos. Estaba aquel sitio tan oculto y apartado, que parecia no haber sido pisado nunca de humanas plantas, ni sus yerbas y tiernas ramás pastadas por la boca de los hambrientos ganados. Todo el montecillo estaba rodeado de árboles apiñados unos contra otros que le hacian impenetrable; una multitud de rosales y otros arbustes formaban en torno de los árboles un vallado natural y vistoso.*. Aquel asilo silencioso y tranquilo parecia propia merada de alguna Deidad. Tal debia ser el sitio del monte de Gargaphia, en donde el temerario Acicon sorprendió á la hija de Latona, ó mas bien, tal seria el asilo adonde Phebe bajaba desde el Cielo á visitar á su dormido y bello Endimion.

Numa admira aquel hermoso sitio y se promete volver á él muy á menudo. Llega á la fuente, y se baja para coger agua con la mano; pero en el mismo instante es que la lleva á la boca, oye una voz que le dice indignada:

Cómo te atreves, mortal osado, á tomar agua de esta fuente sagrada! Quién te dió licencia para tanto? Numa, turbado y lleno de respeto, deja caer el agua, y responde con timidez: Ó Ninfa! Perdona mi ignorancia; no sabia que esta fuente te estuviese consagrada; verdad es que debí pensarlo al ver la cristalina belleza de sus aguas.

Puedes ya beber en ella cuanto quieras, le responde la voz con dulzura. Numa, ha mucho tiempo que te amo y que te espero en este sitio; acuérdate de la Ninfa Egeria cuyos consejos te prometió Ceres; este es mi asilo sagrado. Aquí me oirás pero sin verme; guárdate de intentar romper el velo que oponen á tu curiosidad estos naturales vallados. Esta es la voluntad de Ceres. Vendrás á esta fuente siempre que necesites de hablar conmigo; ven á comunicarme tus leyes ántes de establecerlas; tambien me comunicarás tus proyectos, tus temores y esperanzas; yo te daré mis consejos sin que pretenda que tú los sigas. Contenta con aconsejarte, nunca te mandaré. Tú me consultarás como á Diosa; yo te hablaré como amiga. A dios, Numa; dentro de

tres días te aguardo.

Calló la voz, y Numa inmóvil escucha todavía. Penetrado de gratitud y alegría, se arrodilla dando gracias á Egeria, y adora la benéfica Ceres su protectora; da á la Ninfa las mas afectuosas gracias, y ya se atreve á preguntarla, pero la voz no responde. Ella vano presta atento el oído Numa; solo oye en el bosque el mismo ruido de las hojas agitadas por el zéfiro; mira y observa al rededor de sí, y solo advierte árboles y matas. Demasiado religioso para pensar en penetrar el prohibido recinto, se retira á su pesar de la fuente. Seguro de que los Dioses le ayudarán en el gobierno de su Imperio, vuelve á Roma lleno de esperanzas y fortaleza.

Desde aquel instante junta los principales puntos de la legislación que quiere sujetar al escámen y censura de la Ninfa. Esta larga y penosa tarea le distrae de los pesares que le ocasiona el amor. Algunas veces se entrega á la dulce esperanza de que los Inmortales le volverán á su idolatrada Anais en pago de sus afanes; y esta idea le llena de un nuevo ardor para dedicarse en-

eramente á la felicidad de sus vasallos. Llegó el tercer día señalado por la Ninfa, y Numa acude presuroso á la fuente; invoca á Egeria, y oye su voz que le dice: ¿Estás contento de tí mismo, Numa? Has hecho ya muchos dichosos? Ó Ninfa, replica el Rey: á todos parece esto muy fácil; pero luego que me he visto sobre el trono, he hallado que solo es fácil el errar y hacer los mayores males á pesar de la mejor voluntad. He hallado la cuenta que me han dado de la administracion del Imperio muy diversa de lo que yo creia. Cuando he hablado de corregir varios abusos, me han dicho que eran necesarios, y que de su supresion resultarian males mucho mayores. Por otra parte, aquellos mismos que podrian ayudarme á hacer el bien, tienen interes en que el mal subsista. La verdad huye lejos de mí; estoy rodeado de engañosos lisongeros; la justa desconfianza que me han inspirado, me obliga á hacerlo todo por mí mismo, y hará muy tardía y penosa la ejecucion de los mejores proyectos. Quizas tambien el peso será demasiado grande para mi flaqueza, y así, la única ventaja que vendré

¿ tener sobre un mal Rey, será la de sentir y llorar los males que no podré remediar.

Ó Numa, responde la Ninfa; cuantos errores en esas pocas razones que acabas de decir! Veo en tí un retrato de aquellos hombres inclinados al bien y ansiosos por ejecutarle, pero que á los primeros obstáculos que encuentran, se desaniman y abandonan la empresa. ¿ En donde estaria la gloria de los grandes Reyes si fuese tan fácil gobernar bien? No hay duda que querán engañarte, que por todas partes te armarán lazos y asechanzas. La adulacion, la vanagloria, la vil astucia y la torpe sensualidad habitan al rededor del trono; ocultas bajo una máscara engañosa y con los ojos incesantemente fijos sobre el corazon del Rey, aguardan, para apoderarse de él, el primer momento de debilidad. El interés las hace estar continuamente dispuestas, y el Rey es vencido si duerme un solo instante. Pero estos peligrosos enemigos dejan de ser temibles luego que son conocidos; sea pues tu primer estudio, tu principal ocupacion, el arte de conocerlos. Aquellos que continuamente

te seguirán, aquellos que todo lo hallarán fácil, que lisonjearán tus gustos y que siempre serán de tu mismo dictámen, estos, Numa, estos son tus mortales enemigos. Arrójalos, no de tu corte, pues quedarías solo; pero sí de tu corazon y de tu consejo: desprecialos y no temas dárselo á conocer; quizas de este modo conseguirás espantar la generacion siempre renaciente de los que quíieran imitarlos.

Mas te encargo que por ningun caso estendas este desprecio á todos los hombres; esta desconfianza, esta mala opinion de la humanidad en total, seria igualmente injusta y dañosa, porque produciria en tí una peligrosa indiferencia sobre la eleccion de los que destinases á ocupar los empleos: de esto nacerian inmensos males. Aunque Rey, no eres mas que un hombre, y el amor de las virtudes que inflama tu pecho, puede tambien abrigarse en los pechos de otros semejantes tuyos. Estima, pues, á los hombres; estima tambien á algunos áulicos, porque los hay que practican la virtud y aman el estado y su señor con sincero afecto. Ellos nunca lo dicen, ni de ello se alaban; pero la voz

pública lo dice por ellos. No forman intrigas para obtener los puestos y honores, pero la nación se los da. No temas ser del mismo dictámen que tu pueblo, ni te avergüences de ir á buscar á los que no te se presentan; en hacerlo nada perderás del decoro de tu dignidad; los ensalzas sin abatirte, y por medio de una sola palabra ó de una muestra de afecto que nada cuesta á un corazón sensible, aumentarás sus talentos y virtudes, y aun mas el amor que te profesan. ¡O y cuán gran mérito es en un Monarca olvidar el orgullo de su escelsa dignidad con aquellos que son su mas firme apoyo! Sea en hora buena terrible con los rebeldes y severo con los aduladores, pero que los buenos hallen en él un amigo y parezca que con su afabilidad les dice: gusto de tratar como á mis iguales á todos aquellos cuyo corazón es parecido al mio. Mi mayor complacencia, respondió Numa, será siempre honrar tales hombres, y mi primer cuidado será buscarlos. ¿Pero, aun ayudado de ellos, podré hacer el bien hasta pasado mucho tiempo? Mi pueblo está acostumbrado á buscar su subsistencia con

los robos y désordenes que la guerra ocasiona y permite; hoy día se contempla desgraciado con la ociosidad en que se halla, y esta le hace caviloso, turbulento y feroz. Este mismo pueblo se compone de dos naciones rivales entre sí y á menudo opuestas, y solo podría reunir las por medio de leyes sabias y adaptadas á su verdadero interes. Esta grande obra pide largas meditaciones; la paz y el descanso me son necesarios, y por todas partes veo que la guerra me amenaza. La altiva Hersilia junta contra mí la Italia entera, y no tardará en venir á poner el sitio á Roma. Los pueblos recién conquistados tratan de sacudir el yugo; la peste ha dejado el Reyno sin poblacion, y mis vasallos, vejados en tiempo de Rómulo, no pueden hoy día pagar los tributos. La guerra acabará de arruinarme, y para evitar esta guerra y desunir á mis enemigos, se necesita de un arte que no conozco. Este arte, que llaman política, es superior á mis luces y repugna á mi corazon. Qué debo hacer? ¿Cómo podré remediar los males presentes y evitar los futuros?

Numa, le responde Egeria, es una

verdad constante y cierta, que nunca deben los Reyes sobre todo perder de vista que la virtud, el valor y el juicio superan los mayores obstáculos. Tú posees estas tres prendas; solo necesitas ponerlas en uso. Pensemos ahora al riesgo mas inmediato.

Antes de todo necesitas de la paz: para conseguirla, prepárate prontamente para la guerra; este es un precepto tan antiguo como el mundo. Rómulo debe haberte dejado un ejército aguerrido y excelentes generales; manifiéstales la mayor consideracion, y prodiga entre ellos los honores merecidos al primer estado de la sociedad, que es el de defensor de la nacion. Quanto mas aborrezcas la guerra, tanto mas debes amar á los soldados; gloriáte del nombre de compañero suyo, y repárteles á menudo títulos y distinciones, pero nunca dinero: los honores los harán mas valientes, pero las riquezas los enervarian. Acuérdate de aquel ejército de Capua que Leonte destruyó con tanta facilidad; el lujo solo fué causa de su perdicion. Si quieres que esta peste no entre en tus huestes, has de empezar por desterrarla de tu pala-

do. El ejemplo del Rey fué siempre mas poderoso que las leyes y órdenes mas terminantes; y el mejor modo de enseñar, es obrando lo mismo que se manda; sé frugal en tus comidas y decente en tus vestidos; desprecia públicamente la molicie y la vida afeminada, y verás que toda la juventud Romana afectará dentro de poco las virtudes de su Rey.

Mas no bastarian estas sin una exacta disciplina; cuida con zelo y rigor que el centurion, por noble ó rico que sea, obedezca al tribuno como el último soldado, y el tribuno deberá estar igualmente sumiso á su general; procura tambien enseñar á tus legiones, que todo hombre que ciñe espada debe respetar al que no la tiene; que el guerrero debe de ser un leon para los enemigos y un cordero para los ciudadanos; porque este y aquel son dos hermanos, de los cuales, el uno atiende á la custodia y defensa de la casa paterna, en tanto que el otro se emplea en los cuidados domésticos, y prepara su alimento juntamente con el de su defensor.

Sobre este pie debes poner tu ejér-

cito: entónces si le confías á un general de acreditada experiencia, si tus murallas estan en buen estado y tus arsenales bien provistos, obtendrás la paz siempre que la quieras. Podrás demas de esto conservarla sin tener que recurrir á la política, vergonzoso recurso del débil, ó infame pretesto de los perversos. No siempre es cierto engañar á los hombres con palabras, pero las obras detienen aun á los mas osados. Si un Rey es justo, leal, incapaz de insultar y siempre pronto á rechazar los insultos, no debe temer las asechanzas de sus vecinos por mas pérfidos que sean.

Sé, pues, justo siempre para con tus aliados y confinantes; siempre pronto á reprimir sus injusticias; y lejos de turbar tu sosiego, buscarán ansiosos tu alianza. Roma será temida y respetada; entónces, aprovechando del ócio de una paz gloriosa, podrás dedicarte con ánimo tranquilo á dar leyes á tu pueblo. Antes de establecerlas, conviene que te formes un cuadro del órden social; verás con cuanta facilidad se ofrecen á tu idea las mejores leyes, y tus vasallos que verán en ellas su propio interes unido intimamente al tuyo, las admiti-

rán y cumplirán gustosos.

Ten presente que los hombres se unieron en sociedad para lograr los auxilios precisos á su seguridad, y proveer á las necesidades y consuelos de la vida. De este principio debes deducir todos los puntos de tu legislacion.

La subsistencia fácil y segura de cada individuo debe ser el primer afecto de tus leyes: este bien le da la agricultura. Para lograrle, mirarás la clase de los labradores como la mas útil, los honrarás, y asegurando sus propiedades fomentarás sus casamientos; de este modo volverás á la profesion que alimenta á los hombres toda la dignidad y decoro que debe tener.

No puede la agricultura florecer sin las otras artes; esta las hace nacer y las premia: protégelas y procura llamarlas á tu Imperio; verás que las artes facilitarán las tareas del campo, ocupando y manteniendo mayor número de ciudadanos.

Cuando los campos produzcan lo que pueden ofrecer en premio de la cultura, habrá individuos ricos de una parte superflua de producciones que saltarán á otra tierra. De aquí nacerá el

comercio que tú debes favorecer concediéndole la mayor libertad; pero ten presente que el comercio que hace florecer las artes, no puede aumentar sino en proporción de los progresos de la agricultura.

Luego que estén establecidas estas tres bases de la prosperidad de los estados, la agricultura, las artes y el comercio, te ocuparás en las demás leyes, á las cuales deben estar igualmente sujetas todas las clases de ciudadanos. Deben ser pocas y claras para que todos tus vasallos puedan comprenderlas, y las formarás con arreglo al amor de la humanidad que es la primera y mas sagrada ley.

Guiado por esta regla infalible, pondrás el débil á cubierto de la violencia del hombre poderoso, le darás amparo mientras viva y vengadores despues de su muerte. Arreglarás los derechos respectivos de los esposos, les mandarás la union, la fidelidad y mutua condescendencia, y solo en casos muy raros y precisos permitirás el divorcio. Darás un poder sin limites á los padres sobre sus hijos. No temas que abusen de él. Muchas son los hijos

ingratos , y pocos ó ninguno los padres malos. Concederás á los patricios la gloriosa prerogativa de proteger, defender y enriquecer á los plúbeos. Castiga con rigor la mentira y la ingratitud; atempera á los vicios y anima á la virtud. Finalmente, debes asegurar á todo ciudadano el honor y la quietud; al rico sus bienes, al pobre los recursos necesarios, y al huérfano la defensa que le es debida.

O Níosa ! interrumpió Numa: nada me dices de la religion á quien debo tanto. Ceres se ha dignado proteger mi niñez. Ceres me prometió las lecciones de Egeria; juzga si podré nunca honrarla debidamente. Además, solo con la religion podré suavizar las costumbres feroces de mi pueblo. La piedad enternece las almas, y para enseñar á los hombres á que se amen mutuamente, es preciso enseñarles ántes á amar á los Dioses. Quisiera crear nuevos Pontífices y dar mas solemnidad á los sacrificios: quisiera establecer fiestas, cuya pompa augusta llamaría los hombres á la religion, los uniría mas entre sí, y haría en los templos hermanos, á los mismos que fuera de ellos solo son conciudadanos.

He formado tambien un proyecto, mas temo declarártelo; pero puesto que lees en mi alma, espero que perdonarás la causa tan pura que me anima, y el tierno y doloroso afecto que me inspira este designio.

Egeria, estoy penetrado de un santo respeto á los Dioses; mas quisiera morir que abandonar su culto ú ofenderlos un solo instante. Pero he conocido una muger la mas perfecta, la mas amable y virtuosa de las mortales, y no adora mis Dioses. Esta que he perdido, que lloro dia y noche, y en cuya ausencia no me es posible disfrutar ni quietud ni bien alguno, esta se llama Anais; Anais, dulce nombre que al pronunciarle me hace derramar lágrimas de ternura y dolor, Anais es de la religion de los Magos; adora un solo Dios y venera como su emblema el Sol y el fuego. Apolo y Vulcano son tambien deidades nuestras, ámbas participan del culto que tributo á los Inmortales; pienso, pues, levantar un templo á cada uno. Quiero tambien, y este será mi tributo de respeto y amor que ofreceré á mi Anais, crear cuatro sacerdotisas cuyas funciones serán mantener

el fuego sagrado sobre un altar consagrado á Vesta. Este fuego siempre renaciente, puro é inmortal, será para mi pueblo el emblema de la Naturaleza; para mí, lo será de mi amor. Las cuatro vestales serán vírgenes; para ser admitidas habrán de probar que su vida y costumbres son puras é intactas como lo eran las de Anais. A imitacion de Anais, tributarán una especie de culto al fuego, del cual serán guardias vigilantes; y en memoria de aquella Anais que representarán á mis ojos, haré llegar á lo sumo el respeto y veneracion que todos les tendrán, y gozarán de los honores regios. Espero, ó Ninfa, que me permitirás tributar esta amorosa fineza á la que adoro; á quella á quien soy deudor de las pocas virtudes que poseo, y en fin, á aquella que nunca volveré á ver, pero cuya dulce memoria jamas se apartará de mi corazon.

Un rato estuvo la Ninfa sin responder; su silencio inquietaba á Numa; pero en breve salió de cuidado. Rey de Roma, le dijo la voz, estimo tu constancia y espero que será recompensada. No me opongo á que honres á Anais; pero temo que hagas demasiado por ella,

y que el nimio cuidado en las ceremonias del culto te distraiga del que te han de merecer los asuntos propios de un Soberano. Fuistes criado en un templo; guárdate de mezclar las funciones de sacerdote con las de Rey; para aquellas tienes Pontífices que serán responsables. Cuanto mas eleva la piedad al hombre que sabe contenerla en sus justos límites, tanto mas abate al que se escade y deja llevar de vanas pequeneces. Ten presente que un Rey sabio y religioso será un grande hombre; pero un Rey supersticioso nunca podrá serlo.

Estoy muy distante de aconsejarte que procedas ingrato con los Dioses, y menos que los olvides. Hónralos, Numa, pues así debes hacerlo; pero hónralos sirviendo á los hombres. Deja á una piedad ignorante las vanas esterioridades que de poco sirven sin las obras, y observa tu religion en los grandes preceptos que te enseña.

¿Deseas manifestar principalmente á Ceres tu gratitud? Vé á recorrer los campos y aldeas, encubierto bajo el tosco vestido de labrador; mézclate entre sus habitantes que te juzgarán un hermano suyo; háblales de las leyes de

Numa; infórmate de los abusos ó perjuicios que pueden ocasionar; crítica los tú mismo para animar á los otros; y conserva mejor en la memoria el poco mal que oygas decir que los muchos elogios que harán de ellas.

Visita despues la cabaña del pobre; juzga por tus mismos ojos de sus necesidades; acaricia al niño medio desnudo que llora al lado de su madre enferma; consuela al afligido padre, y hazles esperar los socorros del Cielo ó de su Rey: de vuelta á tu palacio, envíales pan, ropas y trigo para sembrar sus campos.

Hé aquí el modo de honrar á Ceres; esto la lisongeará mucho mas que la sangre de mil becerras. No tardarás en ver la recompensa de tu compasiva piedad; las doradas mieses cubrirán la tierra, volverán á poblarse los lugares devastados y desiertos, y la abundancia reynará en las humildes chozas del virtuoso labrador. Los numerosos rebaños cubrirán los prados, y los valles resonarán con sus confusos balidos y el sencillo cántico de los pastores. Estos y los labradores, libres del azote de la guerra y de la miseria, gracias á tus cuidados,

no se entregarán nunca al descanso del sueño, sin pedir ántes á los Dioses, con fervoroso afecto, por la conservacion de su buen Rey.

Así habló la Nífa, y Numa arrebatado de gozo, esclama: Ó Deidad tutelar! Ó tú á quien deberé mi felicidad y la de todo mi pueblo! ¿Será posible que el cruel decreto que me priva de tu presencia, haya de ser irrevocable? ¿Tú que me llenas de beneficios y me manifiestas un interes tan tierno, podrás privarme siempre del bien de conocer á mi bienhechora?

Numa, responde la voz: no intentes levantar el velo que me oculta; si lo hicieras no volverás á verme. Pero sigue mis consejos; dedícate enteramente á la felicidad de tu pueblo, y yo te prometo y juro por el Supremo Ser; que el dia en que serás el mayor de los Reyes verás y conocerás á Egeria.

Despues de haber dicho estas razones, calló la voz, y no contestó á las preguntas y agradecimientos de Numa.

Impaciente el Rey de Roma de aprovechar los consejos de la Nífa, vuelve á su palacio y los medita. Al siguiente dia se ocupa en formar el con-

sejo con quien ha de consultar los puntos mas delicados de la administracion. Elije los patricios mas instruidos y virtuosos, y les agrega un número igual de plebeyos. Al manifestarle la clase de la nobleza la extrañeza que la causa verse mezclada con la plebe, responde el sabio Numa: Senadores, esta union con el pueblo que os sirve tanto en los combates, es para mí de suma utilidad en el consejo. En él cuento ocuparme de el pueblo mucho mas que de la nobleza; y así necesito de la asistencia de los principales de aquel, para que puedan informarme de sus urgencias, y defender sus derechos. Necesito que estos prudentes consejeros, criados lejos de la corte, me hablen con la franqueza, y aun diré con la aspereza, que no hallaria en boca de un senador cortesano. Quiero en fin, si mi amor propio ó los aduladores me engañan acerca de la suerte de mi pueblo, que estos honrados plebeyos me digan: No los creas, ó Rey de Roma; nosotros conocemos una multitud de infelices.

Ayudado de este consejo en que presidia el anciano Mecio, Numa se emplea, ánte todas cosas, en buscar los

medios de apagar el ódio que advierte entre Romanos y Sabinos, capaz de destruir por sí solo la pública felicidad. Para conseguir esto y confundir las dos naciones en una sola, divide en tribus los habitantes de Roma. En el momento, cada clase de estas, compuesta igualmente de Romanos y Sabinos, abandona el espíritu de partido, y solo conoce el amor de la patria. Numa, oponiendo de este modo el interés común al orgullo nacional, consiguió en breve desterrar las facciones y bandos, formando un pueblo unido entre sí, de dos que hasta entónces se habían reputado como enemigos.

Inmediatamente levanta un templo á la Concordia, otro á la Buena fé, á la Clemencia y á la Justicia. Ofrece cultos al Dios Término, como á símbolo de la propiedad, y dedica un altar á la Benevolencia universal, la principal de las virtudes y fuente de todas las demas.

Abrasado del amor de su pueblo, cada dia se levantaba con el Alba para descubrir las causas del mal, ó meditar sobre algun útil establecimiento; trabajaba solo hasta la hora del consejo: en él sujetaba á las luces de sus amigos las

ideas que su imaginacion , y aun mas su corazon , le habian suministrado , y las defendia ó apoyaba como un vero senador. Pero cuando las razones que le oponian no le parecian suficientes y fundadas , pasaba á decidir como Monarca.

Sin precitarse de poseer el talento poco comun de buen administrador , tenia una mácsima que pocas veces le engañaba ; era esta , ponerse en la situacion de aquellos de quienes se ocupaba. Si hacia una ley relativa á los labradores , se imaginaba labrador y decia : ¿ Qué pediria yo al Soberano ? Le pediria que me asegurase la propiedad , protegiese mis tareas , y me defendiese del hombre rico y ambicioso.

Para lograr estas ventajas , es justo que yo dé una parte de los frutos adquiridos con mi sudor ; pero debe quedarme lo suficiente para alimentarme con mis hijos y esposa , y para sembrar de nuevo mis tierras. Cuando Numa habia pensado así , formaba su ley , la publicaba , y los agricultores la recibian gustosos.

Si el consejo le proponia la guerra , se hacia dar una cuenta exacta de los gastos que ocasionaria , y los com-

paraba con las ventajas que podria producir; calculaba despues lo que se podria hacer con la misma suma, abriendo canales, desaguando pantanos ó rompiendo los eriales incultos: comparaba estos bienes seguros con una victoria siempre dudosa, y con sola esta comparacion hacia desistir avergonzados á los que deseaban la guerra. Sin echarles en cara su error, solo añadia: No quiero hablaros de la sangre humana; su precio es muy superior á los mayores tesoros.

Despues del consejo daba audiencia pública y cuidaba de hacer administrar auxilios á los desvalidos que recurrian á él; acabada su tarea, cenaba frugalmente en compañía de algunos de sus consejeros. El corto resto del dia lo empleaba en un rato de paseo ó en recreo de la conversacion de sus amigos, y al anochecer, habiendo ya cumplido con su pueblo y consigo mismo, iba á dar cuenta á Egeria de todo lo que habia hecho, y sacaba de sus lecciones y preceptos nuevas luces para el dia siguiente.

FIN DEL LIBRO UNDÉCIMO.

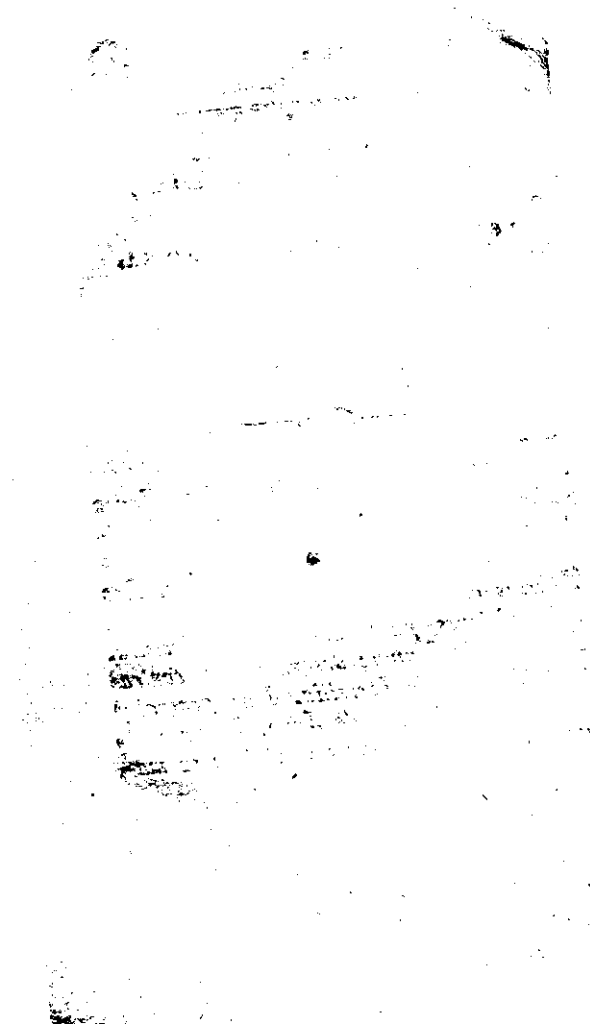
NUMA POMPILIO,

SEGUNDO REY DE ROMA.

LIBRO DUODÉCIMO.

ARGUMENTO.

Hersilia acompañada de varios Reyes viene á poner sitio á Roma. Llegan Camila y Leonte á la ciudad con un prisionero. Expedicion nocturna de Leonte. Los Marsos vienen al socorro de los Romanos. Disposiciones para una batalla decisiva. Discurso de Numa; desarma á sus contrarios. Muerte de Hersilio. Paz general y clausura del templo de Jano. Numa vuelve á encontrar á Anais y obtiene su mano.



LIBRO DUODÉCIMO.



Tantos cuidados y tareas para hacer felices á los Romanos, en nada aliviaban las penas de su Rey. Numa, ausente de la que amaba, era el mas infeliz entre todos sus vasallos. Habia enviado á todos los pueblos de Italia á informarse de Zeroastres y Anais, y de ninguna parte habia logrado la menor noticia. El esforzado Leonte no volvía, el tiempo se pasaba, y el afligido Numa, solo, en medio de un pueblo que le adoraba; lloraba su amante, echaba de menos á su fiel amigo, y temia la venganza de Hersilia.

No tardó mucho la implacable amazona en manifestar su furor. De improviso se ve por la parte del Lacio levantarse una densa nube de polvo; esta se disipa, y deja ver un bosque de picas y lanzas. Ya se oye un ruido sordo de gritos de hombres, relinchos de caballos, y del estrépito de las armas que se chocan, que va creciendo por instantes, á la manera que los vientos

impetuosos, cuando rotas las cadenas que los detienen, y precedidos de la tormenta y del estrago, llegan arrancando los árboles y los peñascos.

Ya, desde las altas murallas de Roma, se distinguen millares de combatientes. Los primeros son los Rútulos, cubiertos enteramente de hierro, y armados de largas picas, cuyas aceradas puntas forman una erizada barrera delante de la primera fila; pegados unos á otros y tocando los escudos con los escudos y los yelmos con los yelmos, sus penachos se parecen á las espigas de un campo. El magnánimo Turno los acandilla. Turno, digno nieto del héroe rival de Eneas, marcha ufano á pelear con los descendientes de los Troyanos. Enamorado de Hersilia, se ha obligado con juramento á entregarle á Numa prisionero.

Después de estos vienen los Capuanos, débiles pero numerosos enemigos, guiados por el mismo Rey que Leonte tomó en Aujencio. Los Volscos los siguen sin mas armas que sus arcos y aljabas; el valeroso Arisbeo es su caudillo, y su destreza es tanta, que atadas dos palomas por los pies con una cinta

las deja volar, y con su acerada flecha corta la cinta que las mantenía presas.

Los Hirpinos armados de pesadas clavas, y cubiertos de pieles de fieras, se adelantan en confuso tropel agenos de todo orden militar. Vencidos en otro tiempo por Rómulo, solo obtuvieron la paz permitiendo levantar en medio de su país un castillo inespugnable en donde hay guarnicion Romana. Ardiendo en deseos de vengar su ultrage, han intentado en vano tomar la fortaleza, y ahora vienen á vengarse en Roma. Este pueblo feroz tiene un cabo todavía mas feroz; el terrible Aulon descendiente de Caco marcha á su frente. Este adora á Hersilia, y envidioso de la gloria de Leonte, que cree hallar en Roma al lado de Numa, ha prohibido á sus guerreros que ofendan á estos dos contrarios que reserva para triunfo de su brazo.

Los Vestinos forman la retaguardia. Estos, cubiertos de blancos pavese, solo pelean desde lejos con sus hondas; sus negras corazas y berizadas babas inspiran terror. El anciano Mésapo, padre de Camila, es todavía su Rey. Desde que ha perdido su hija, entrega-

do enteramente á los Hirpinos sus aliados, está dependiente de ellos, y sin interesarse á favor de Hersilia la sirve en una guerra que ella sola ha suscitado.

En medio de estas huestes se descubre la hija de Rómulo como un palmero entre humildes arbustos: cubierta la cabeza de un yelmo resplandeciente y ceñido con la sacra Dialema, blande en la mano derecha dos agudos dardos, y en la izquierda tiene aquel escudo, don de Ceres, y prenda segura de la victoria, que Numa le habia entregado. Sentada sobre un carro magnífico, tirado de cuatro caballos negros, la soberbia amazona discurre por todas las filas, alaba y escita á los mas valientes, reprende y anima á los remisos, y enseñando á todos con la mano las murallas de Roma, les dice: Ved, amigos míos, ved mi herencia y mi solio que me ha sido quitado injustamente. Volvédmelo, y os restituiré todas las conquistas de mi padre. En cuanto á mi corazon y mi mano, ya he dicho y vuelvo á jurar, que será el precio de la cabeza de Numa.

Dice, y el feroz Aulon se queja de que tan fácil empresa tenga un premio

tan alto. Turno se sonríe burlándose del orgullo del bárbaro, le mira con desprecio, y arroja á la princesa una amorosa mirada, en tanto que el Volscó Arisco que ve con indiferencia la belleza de Hersilia se aplaude de ser, entre tantos, el único que solo pelea por la gloria.

Este numeroso ejército se estiende en la llanura, se acerca á Roma, y sienta su campo no lejos de los muros. Toda la ciudad está consternada; por todas partes se ven llegar en confuso tropel los habitantes de las aldeas que vienen con sus familias á librarse del furor enemigo; los templos se llenan de rúgeres, los inocentes niños le-ventan las manos al Cielo dando lamentables gemidos. Busca el ciudadano presuroso armas para su defensa, y el soldado teme no le basten las que tiene. Aterrorizado todo el pueblo á vista de tantos contrarios, solo en su Rey confía.

Numa que todo lo habia previsto, se manifiesta mas tranquilo á medida que el riesgo se acerca; tiene víveres, armas, valientes y numerosas tropas. Cuidadoso y pródigo, no quiere can-earlas con inútiles guardias; reparte el

trabajo, las mantiene con todas sus fuerzas, y disipa el terror que sobrecoge á todos. Satisfecho de las providencias que ha tomado, solo se queja de la ausencia de Leonte, y de que los enemigos le cierran el paso del bosque de Egeria.

Precisado á buscar recursos y consejos en sí mismo, pensaba una noche de que medios podría servirse para sembrar la discordia entre sus numerosos contrarios, cuando le avisaron que tres guerreros se habian presentado á las puertas de Roma y quieren hablarle. Al punto manda que lleguen, y no bien los ha visto, cuando conociendo á Leonte, se arroja en sus brazos, dando un grito de alegría. ¡Ó hermano querido, esclama, en fin vuelvo á verte! Dime, la encontraste? Será posible que mi llanto haya de durar toda mi vida?

Vauas han sido mis pesquisas, le respondió Leonte, dándole un estrecho abrazo; he recorrido toda la parte meridional de la Italia, nadie sabe de Anais y Zoroastres. Pero he sabido el riesgo que te amenazaba; he visto juntarse los pueblos para sitiarte en Roma, y he volado á tu defensa. La esperanza de

grangearte unos poderosos aliados, me ha dado atrevimiento para presentarme entre los Marsos, y los he convocado.

Ciudadanos, les he dicho, vosotros me habeis desterrado; pero el deseo de ser útil me hace atropellar el riesgo de presentarme aquí contra vuestra voluntad. Ó soys amigos ó enemigos de los Romanos; esta es la ocasión de destruirlos, ó de hacerlos para siempre vuestros finos aliados. La hija de Rómulo, de aquel injusto agresor que vino á insultarnos en nuestros mismos hogares, convoca y junta toda la Italia contra Roma y contra aquel justo Numa, que fué el primero que solicitó por vosotros una paz útil y honrosa. Uniéndoos á la hija de Rómulo, quebrantais un tratado solemne, faltais á la gratitud y al honor, pero quizas haréis una guerra ventajosa. Quizas tambien os seria mas útil el manteneros generosos y socorrer á Numa. Este monarca, salvo por vosotros, os volverá el país de los Auruncos, os dará el derecho de ciudadanos Romanos, y en todo os mirará como hermanos. Aquel que visteis justo y piadoso, cuando erais sus enemigos, ¿ qué no hará por sus libertadores? Marsos,

en esta ocasion mas que nunca, el partido mas honrado es el mas útil. Elegid no obstante; unios á una multitud de bárbaros conducidos por la hija de vuestro cruel enemigo, ya manchada con los mayores delitos, y que ahora cesen-vayna el sacrilego acero contra su misma patria; ó bien volad á socorrer al mas justo y mejor de los Reyes, á un héroe que fué mi vencedor, y que defendió vuestros derechos en el tratado que todavía subsiste.

No bien hube acabado, cuando un grito universal exclamó: marchemos á socorrer á Numa, y sea Leonte nuestro caudillo.

Eso no, les respondí, pueblo sensible, pero inconstante, que me amas y me desprecias; no puedo ser vuestro general. Este cargo pertenece á un Marso; desde que Numa es Rey de Roma, Leonte es tambien Romano. Pero cuando la proteccion de los Dioses me hizo romper el álamo, prueba á la cual señalásteis el mando, tuve cuatro concurrentes que sin duda alguna me escedian en valor ó en prudencia. Dos de estos, Liger y Pentheo perecieron en los combates, Aulon manda á los Hirpinos, el

anciano Sofanor ya no existe; pero los queda todavía el valiente Astor, el amable discípulo de Apolo. Astor se ha distinguido desde su infancia con acciones gloriosas; y en que sus peccados os hacen dudar; pero si sus prendas son superiores á ellos, la juventud es un nuevo mérito. O Mirasí, nombrad por vuestro caudillo á Apolo; Apolo su maestro guiará él mismo vuestras huestes. Por lo que á mí toca, mi impaciencia no me permite esperar la salida de vuestras tropas; marchó á Roma para anunciar á Numa, que los Marsos son todavía el mas generoso de los pueblos.

Mil voces de júbilo y aplauso me respondieron; el jóven Astor se arrojó á mis brazos; yo le presenté á los Marsos, y levanté el paves sobre el cual fué proclamado. Seguro de que el nuevo general vendrá volando á socorrerte, he apresurado mi marcha para llegar ántes que él, y para disputar, aun á los mismos Sabinos, el placer de esponer mi vida en tu defensa.

Dijo Leonte, y Numa vuelve á abrazarle; no puede desprenderse de sus brazos; pero entónces la hermosa Ca-

mila se quita el yelmo, y acercándose al Rey se queja de no ser conocida. Numa esclama de gozo, la toma de la mano, llora de placer, y sus ojos, rebosando alegría, andan errantes entre Camila y Leonte; entónces su amigo hace adelantarse y le presenta un jóven guerrero venido con ellos; este se arrodilla á los pies de Numa y le presenta su espada.

Sorprendido el Rey, le mira atentamente; bien conoce aquel rostro, pero no se acuerda donde le ha visto. ¿Te has olvidado, le dice entónces Leonte, del jóven Capis, hijo del Rey de Capua, que dejó el mando del ejército de su padre para ser Centurion en el de Rómulo, y que despues fué dado en rehenes á los Marsos? Su padre no ha cumplido lo pactado; los Marsos te lo envían como prisionero.

Y yo, respondió Numa, abrazando al príncipe, le recibo como un amigo que aprecio, aunque su padre se ha unido con los otros Reyes que han venido á sitiarme en mi capital.

Entónces Leonte se hace informar del número y gentes de los aliados, y ya instruido, aguarda con impaciencia el dia siguiente para hacer algun hecho

de los suyos. Pero Numa baja la cabeza y suspira, recordándole que Hersilia es dueña del celestial escudo, que asegura la victoria á su poseedor: en tanto que el estado esté en sus manos, no quiere Numa arriesgarse al trance de una batalla. Leonte aprueba su prudencia, y corta un razonamiento que llena de rubor á su amigo. El Rey condujo á Camila y su esposo á la mejor estancia de su palacio, encargó el cuidado de Capis á sus oficiales, y lleno de gozo y consuelo fué á entregarse al descanso del sueño.

— En aquel mismo instante, la amistad inspiraba á Leonte el proyecto mas atrevido, pero se le oculta á Camila, teniendo que esta quiera acompañarle en el riesgo. Luego que la ve dormida, se levanta; vuelve á cubrirse de la piel guedejada; ase de su clava, sale con el mayor silencio, y vuelve hácia la puerta de la ciudad que estaba inmediata; se nombra, y las guardias, llenas de respeto, le abren. Ya solo en el campo, mira á todas partes, y descubre los reales del enemigo y los fuegos casi apagados de las guardias avanzadas; examina por que parte podrá acercarse sin ser descubierto; pero la luna que brilla en su

plenitud esparce una claridad nociva;
Leonte se arrodilla delante del astro de
la noche, y esclama:

Ó Phebe ! oye mis ruegos . y dígnate moderar tu resplandor ! No favorecerás un culpable designio ; no te lo ruega un amante temerario que quiere sorprender el objeto de su pasión , ni tampoco un guerrero conducido del amor á la gloria. No , casta Diosa , un afecto mas puro me anima ; la santa y pura amistad guía mis pasos. Quiero recobrar el bien de un amigo ; voy á reparar el yerro que el amor le hizo cometer. Tú haces gloria de ser enemiga de esta Deidad cruel ; mi causa es la tuya : Ó Diosa , préstame tu amparo !

Apenas acabó su oración , cuando la luna envolviéndose entre unas pardas nubes ocultó su plateado disco. Atanado con este presagio , cautiva el héroe con intrepidez , hácia el campo. Llegó á las primeras guardias , que al ver su estatura , su piel y clava le juzgan Etrusco ; Leonte sabe el idioma de estos , y pasa libremente. Penetra hasta el centro de los reales , en donde los soldados , rendidos al sueño y vino , dormían tendidos confusamente entre sus armas y

carros; fácil era dar muerte á muchos; pero no se defendían, y tal accion era imposible en el magnánimo Leonte.

Tranquilo el héroe, no experimenta ni favor ni miedo. Conoce á Aulon tendido en tierra, y apoyada la cabeza sobre su escudo; á su lado tenia la segur formidable. Un sueño funesto le agita, su lengua pronunciaba mal formados los nombres de Leonte y Numa; acompañados de dictérios y maldiciores. Un impulso involuntario hace que el héroe levante la clava, pero bajándola al instante, se contenta con llevarse el hacha del feroz Aulon.

Descubre finalmente la tienda de Hersilia, tan mal guardada por sus defensores, y entra en ella con intrépido sosiego. La hija de Rómulo estaba entregada á un sueño profundo. Mas ocupado del escudo, que en contemplar la belleza de Hersilia, Leonte le busca por todas partes, pero la obscuridad se le oculta. De repente sale la luna de entre las nubes, y sus trémulos rayes se reflejan en el oro bruñido del escudo. Al punto se apodera Leonte de él. Dueño ya de tan preciosa alhaja y cargado de la segur de Aulon, vuelve por donde

ha venido, atraviesa segunda vez el campo, y sale libre de las últimas guardias sin hallar obstáculo que se le oponga.

Ya estaba seguro y distante del enemigo, y daba gracias á Diana, á la noche y á todos los Inmortales, cuando oye detras de sí voces confusas y ruido de armas. Ya comenzaba á rayar el crepúsculo de la mañana. Vuelve Leonte la cabeza al ruido, y ve una muger armada de un arco, huyendo de una partida de Rútuos que la persiguen, y de los cuales se defiende encarándoles sus flechas.

El corazon de Leonte adivina que es Camila, aun ántes que sus ojos la hayan conocido. La llama, corre y la alcanza, le entrega el escudo, y se abalanza contra los Rútuos, esgrimiendo con la derecha la clava, y con la izquierda la segur de Aulon; puestos en fuga, vuelve á su dulce esposa, la tranquiliza y conforta, conduciéndola hácia las murallas de Roma, y revuelve contra los que le persiguen: así el sangriento y cerdoso javalí, perseguido de la trahilla de animosos perros, huye; pero huyendo vuelve á castigar al temerario que de mas cerca le persigue.

Los Rútilos escarmetados, llaman á sus compañeros; se despierta el campo; todos se arman y salen por todas partes. Un grueso de Hirpinos va á cercar á Leonte, en tanto que un destacamento de Volscos intenta cortarle el camino de Roma. Leonte se detiene; siempre al lado de su Camila, que á su pesar le cubre con el celestial escudo, y rechazando á un tiempo á los Rútilos é Hirpinos, de improviso muda de camino y se acoge á la orilla del Tiber. Los contrarios que ya le cuentan preso, prorumpen en gritos de alegría; forman un medio círculo y le estrechan entre el río y sus lanzas; se acercan poco á poco.... pero á este tiempo Leonte desde la orilla misma arroja con brazo robusto su clava y la segur á la opuesta ribera, toma en brazos á Camila, y arrojando una mirada de desprecio á sus contrarios atónitos, se arroja al agua, y á pesar de la corriente y de los dardos de los Volscos, llega ileso con su dulce carga á la orilla opuesta, recoge sus armas, y continua seguro su camino hacia Roma.

Apenas se ve fuera del riesgo, cuando aquel héroe tan osado se transforma

en el amante mas tierno. Perdóname, adorada Camila, le dice: perdóname el haber podido ocultarte mi desigño: bien castigado me deja tu amor. Ya espuse sin tu consentimiento mi vida que es tuya, y tú me has hecho temblar por la tuya: mira si he pagado bastantemente mi culpa! Ingrato, le responde ella, ¿como has podido pensar que yo esperaria tu regreso? Creias que me contentaria con derramar lágrimas? Unos soldados, menos crueles que tú, me indicaron el camino que habias seguído y me abrieron la misma puerta por donde saliste; sola, y cerca del campo enemigo, no he tenido mas temor que el de no hallarte.

Estas eran las quejas que se daban mutuamente los fieles consortes; el peligro en que acaban de verse aumenta, si es posible, el afecto que los une. La conquista del celestial escudo añade nuevo mérito á su felicidad; ya iba el sol á descubrirse sobre el horizonte cuando entraron en Roma, y juntos van á esperar que el Rey despierte para presentarle el precioso don de Ceres.

Qué grande fué el gozo de Numa! Abraza mil veces á Leonte, y se arroja á los pies de Camila, diciéndoles: como

os podré pagar lo que os debo! ¡Me conservais la corona y me volveis el honor! Mi trono es vuestro así como ya lo era mi corazón; reynad en Roma como reynais en Numa.

Al punto hace juntar el pueblo para enseñarle el escudo de Ceres, referirle la gloriosa accion de Leonte, y declararle general de las legiones Romanas. En el instante en que las aclamaciones del pueblo confirman tan digna eleccion, las centinelas del muro anuncian la llegada de los Marsos.

El jóven Astor, engañando la vigilancia del enemigo, ha subido por la corriente del Tiber, le ha pasado cerca de su origen, y con una marcha bien combinada, llega bajo las murallas de Roma por la parte de Etruria y la única de que los sitiadores no son dueños.

Numa hace abrir las puertas, y sale al encuentro de sus aliados. Astor, al frente de diez mil guerreros, entra en la ciudad, y luego que ve al Rey se adelanta y le jura obediencia y amistad; Numa le estrecha en sus brazos, el pueblo da gritos de júbilo, y en tanto que su Rey conduce á Astor á su palacio, cada ciudadano toma de la mano á un

Marso, y lo lleva á su casa deseoso de agasajarle como á su hermano y defensor.

Entre tanto, Hersilia y Anlon, desesperados al ver los Marsos de la otra parte del Tiber entrar en Roma sin oposicion, y avergonzados de que uno solo haya podido quitarles á la una el escudo, y al otro la segar, resuelven por último recurso dar el asalto, y corren por todo el campo gritando: á las armas, á las armas! Volscos, Campanios, Hirpinios, Rútulos y Vestinos, todos obedecen, y se preparan al ataque. Salen las tropas del campo, se forman, y llevando escaleras de mano, se adelantan hácia los muros precedidos de las máquinas de guerra.

Numa, aunque instruido de esta novedad, no se asusta al ver el riesgo inmediato. Con la misma serenidad en el instante de un combate, como cuando ofrece un sacrificio, manda á Leon-te y al general Marso que salga con sus tropas fuera de la ciudad. Ordena que el príncipe de Capua esté en medio de los batallones aliados, y que la hermosa Camila se oculte en el centro de las legiones; encarga á los dos gefes que no

permitan arrojar ni una sola flecha; y el, adornado de la púrpura y demas insignias reales, toma en las manos el cetro y un ramo de olivo, y precedido de sus Lictores, se adelanta al encuentro de sus contrarios.

Sorprendidos estos con tan nuevo espectáculo, se paran formados en batalla, y esperan que lleguen los Romanos; estos se detienen á tiro de dardo, y forman un frente casi igual al de sus adversarios. Ya de una y otra parte estan los arcos tendidos y desnudos los aceros. Tisífone agita sus serpientes en el espacio que dejan, y aguarda la señal del combate con impaciencia. Pero el Rey de Roma se adelanta levantando el ramo de olivo: sus heraldos piden que se oya á Numa; mil bocas repiten estas palabras, y á pesar de los esfuerzos de Hersilia y Anlon, el Rey de los Vestinos, el de Capua y los gefes de los Volscos y Rómulos se acercan del Monarca Romano. Anlon se ve en la precision de acompañarlos, y la misma Hersilia se adelanta, llena de enojo y despecho, á oir lo que Numa quiere proponer.

Entónces tomando el Rey la pala-

bra. les dice con modesta entereza lo siguiente. Príncipes y héroes que me escuchais, por qué me declarais la guerra? Acaso he talado vuestros campos? He cautivado vuestras mugeres ó hijas? He faltado á los tratados? qué queréis, qué me pedís?

Que bajas de un trono usurpado, le dice Aulon, que restituyas á la hija de Rómulo la herencia paterna; por ella hemos tomado las armas; venimos á restablecerla y á vengarla. Aulon, respondió Numa, esta diadema que quieres arrancar de mis sienes, no fué ni pedida ni deseada por mi parte; liarto siento haberla admitido; pero habláron los Dioses y tuve que obedecer: este pueblo me nombró por su Rey; no era otro el derecho que Rómulo tenia. En Roma, el trono es de aquel que el pueblo elije; es hereditario entre los Sabinos que hoy dia forman la mitad del pueblo Romano. Por varios delitos y atentados que escuso recordaros, me hallo el último y único de los príncipes Sabinos; por tanto, la voluntad de los Dioses, los votos de la nación, mi sangre y las leyes me llaman al trono. Pero vosotros, sin atender á mi razon, venis á sitiar-

me sin haberme siquiera declarado la guerra; lejos de quejarme os doy gracias por ello; habéis puesto de mi parte la justicia y me aseguráis la protección de los Dioses.

Ó Reyes de Italia! Yo os estimo; pende de vosotros que os ame; pero nunca os temeré. Mirad este ejército de invencibles Romanos, tan numeroso como todos los vuestros juntos; ved los esforzados Marsos que acudiendo á mi socorro, han engañado vuestra vigilancia, y conoceréis que puedo oponer la fuerza á la fuerza. Puedo perder varias batallas, y deteneros no obstante delante de mis murallas: si vosotros seis vencidos una sola vez, ya no os queda ningún recurso. Ni penséis que los Marsos son los únicos que me auxilian, en breve veréis hegar los Taturcos, los Apulios y los Ligures. Invadidos al mismo tiempo por tantos contrarios, no podréis resistir y pereceréis todos. Solo se dará cuartel á los Vestinos; en todos tiempos, los Marsos y los Vestinos fueron hermanos; yo los miro como aliados, y juro delante de todos que nunca los trataré como á enemigos.

Al oir estas últimas razones, Au-

lon, Turno y Arisbeo miran al anciano Rey de los Vestinos; en sus rostros se advierte la desconfianza que ocupa sus ánimos. Numa que ha conseguido introducir entre ellos la division, prosigue:

Mas con todo, yo seria el primero que llorase una victoria que ocasionaria la ruina de tantas naciones; mis lágrimas regarian los funestos laureles teñidos con vuestra sangre. Reyes y compañeros míos, solo deseo la paz, y sin haber sido vencido, al contrario, casi con la seguridad de venceros, os la propongo, y vealámosla. A vosotros, Hirpinos, os entrego la fortaleza que Rómulo levantó en medio de vuestro país; fué una injusticia, y me glorió de repararla. A vosotros, Rátulos y Volscos, os ofrezco mi alianza y el derecho de ciudadanos Romanos. A tí, Rey de Capua, que tan breve has olvidado tu última guerra con los Marsos, quiero entregarte tu hijo que han puesto en mi poder tus adversarios; finalmente, quiero tambien volver al Rey de los Vestinos su querida hija Camila, que tanto tiempo ha juzgado sepultada en el mar. Camila, Clois, llegad y abrazad á vuestros padres.

Ambos al oír estas palabras se arrojan á los brazos de sus padres. Apenas pueden los dos ancianos creer lo que sus ojos miran; lloran de alegría, y no se hartan de estrechar en sus brazos las dulces prendas tanto tiempo lloradas por perdidas, y que no esperaban volver á ver.

Pelead ahora contra mí, les dice Numa; mi causa era justa. he querido que lo fuese mas. Antes, solo erais agresores, ahora os obligo á ser ingratos. Á que aguardais? pelead contra mí, si podeis.

Los dos Reyes, por respuesta, se arrojan á sus pies y abrazan sus rodillas. El valiente Turno y el prudente Arisbeo le alargan las manos gritando: la paz! Todas las tropas repiten: la paz, la paz!

Solamente Aulon quiere hablar y oponerse; pero Leonte se precipita hácia él, y le dice: si la sed de sangre te devora, aquí me tienes; toma tu hacha que te quité en tanto que dormías. Aterrado y sobrecogido Aulon de esta accion, y del ascendiente del magnánimo Leonte, le mira y calla. Resuélvete, le dice el héroe; mi corazón se estremece con solo la idea de tener que manchar mis mapas con la sangre de un Marso! Ó renuncia

tu patria, ó admite mi amistad. Ya he resuelto, responde Aulon arrojándose entre sus brazos.

Desde aquel instante cesa todo obstáculo á la paz; por todas partes se oyen gritos de alegría, las tropas de una y otra parte se mezclan y dan la enhorabuena, cuando la orgullosa Hersilia, que hasta entónces confiaba en Aulon, enagenada de la rabia y del furor, arrojando vivo fuego por los ojos y cubierta de una mortal palidez, esclama: cobardes, ingratos y pérfidos amigos, que cediendo á vanas razones vendeis vilmente la causa de los Reyes, no esperéis, no, que Hersilia sea cómplice en vuestra infamia. Y tú, Numa, tú á quien aborrezco tanto como te amé en otro tiempo (no puedo encarecerlo mas) recibe mi funesta despedida: oh! quiera el amor hacerte padecer todos los tormentos que me has causado! Ojalá flores sobre el trono el pesar de no poder colocar en él al indigno objeto que has preferido á mí! Permitan los justos Dioses, que ese pueblo Romano que te ha hecho Rey, sea el enemigo mas terrible del nombre de Rey, que los persiga por toda la tierra despues de haber desterrado de sus muros con

ignominia á tí y á tus indignos sucesores! y permitan finalmente, que las feroces é impías Eumenidas te persigan sin cesar, presentándote por todas partes el cadáver de Tacia espirante á impulsos de mis tósigos, y sobre todo el de Hersilia moribunda del golpe que tu brazo inhumano conduce! Diciendo así, se arroja sobre su espada, y cae, atravesado el corazón, y revolcándose en su sangre. Corren á socorrerla, pero habia espirado, y con todo se advierten en su yerto semblante las señales del furor con que dió fin á sus dias.

Numa la compadece; da orden para que se le hagan las exequias y honores propios de su clase, y en tanto que se prepara la pira, el Rey de Roma sacrifica víctimas, jura la paz bajo las condiciones que ofreció, y vuelve á la ciudad rodeado de los Reyes y caudillos que ha vencido por su justicia.

Ante todas cosas Numa los conduce al Capitolio, y todos ofrecen un sacrificio á Jove. Allí les propone el establecimiento de una liga que asegure para siempre la paz y la libertad de la Italia; todos se conviencen, y respetando la virtud de Numa, quieren que él solo sea

el árbitro de las condiciones. Él, entonces, examina los derechos de cada uno, compensa los perjuicios, cede de su derecho mas que otro alguno, y de este modo forma un tratado de paz que todos firman con gusto. Los nuevos aliados del Rey de Roma se disponen á marchar cargados de presentes, seguros de su fé, y penetrados de la mas tierna veneracion á sus virtudes.

El monarca de Capua vuelve á sus estados con su hijo, el cual habia adquirido entre los Marsos las virtudes de los héroes. No puede el Rey de los Vestinos obligar á su hija á que le siga á Cingilia. Camila ha renunciado al trono y quiere quedar en Roma con su esposo y con Numa; aprueba el Rey su eleccion, y la felicidad de que goza hace tambien la del anciano. Los Volscos, los Hirpíneos y Rútilos, satisfechos de las injusticias que Rómulo les habia hecho, vuelven á sus hogares bendiciendo el nombre y las virtudes de Numa. Los Marsos, cargados de dones y reintegrados en la posesion del pais de los Aujencios, vuelven á Marrubia; Astor se aparta con sentimiento de su virtuoso aliado, y finalmente, el pueblo Romano que ve concluida

la guerra sin que cueste una gota de sangre á un ciudadano, bendice y adora á su Rey.

El sabio Numa que acaba de asegurar la paz de la Italia, se apresura en cerrar solemnemente el templo de Jano. Siempre estuvo abierto en el reynado de Rómulo: gimen las puertas de bronce sobre los goznes mollecidos, pero ningún esfuerzo basta para que se cierren del todo.

Numa se arrodilla ante la Deidad: ó Jano, esclama, tú que reynaste en la Italia por la justicia y la paz, favorece mis designios pacíficos; cierra este templo terrible: nuestros corazones serán el asilo en que te adoraremos de hoy en adelante. Tambien te ofreceré un nuevo culto: hasta ahora nuestro año ha principiado por el mes consagrado á Marte. Desde ahora reformo este año mal medido por varias causas; le añado dos meses, y el primero de todos será el mes de Jano: justo es que el Dios de la guerra ceda la preferencia al de la paz.

Apertas hubo dicho, cuando las puertas del templo rodando por sí mismas sobre sus goznes se cierran con un ruido espantoso.

Numa consagra despues el escudo de oro que asegura para siempre á los Romanos la victoria contra los demas pueblos, y establece para su custodia unos sacerdotes llamados Salientes.

Despues de estos piadosos cuidados, se dispone á volver al bosque de Egeria, y lleva consigo á Camila y Leonte. Pero el temor de disgustar á la Ninfa, le obliga á dejar sus dulces amigos á alguna distancia de la fuente.

Apenas llega, cuando invoca á Egeria; se queja del largo tiempo que ha pasado sin haberla podido oír, y le da cuenta de todo lo que ha hecho. Estás contenta? añadió al fin con modestia y timidez. Sí, le responde la voz, lo estoy; desde ahora te reputo por el mayor de los Reyes. Has cumplido mis esperanzas, ahora me toca á mí desempeñar mi promesa: ya es tiempo que conozcas á Egeria.

Diciendo así, sale del bosque, y Numa conoce á Anais. La sorpresa y admiracion le dejan inmóvil; fija la vista y con la boca abierta, queda con los brazos estendidos. De repente, prorumpiendo en sollozos, se arroja á los pies de Anais; hace vanos esfuerzos por hablar, y solo puede explicarse con el llanto que derrama.

Levanta, le dice Anais; no soy la Ninfa Egeria; soy mortal, y los honores debidos á una Deidad me serian menos gratos que el título de tu amiga; me habias contado el sueño que tuviste en la fuente de Pan, y la esperanza que conservabas de recibir algun dia las lecciones de Egeria: mi padre resolvió realizar tus esperanzas. Precisados á separarnos de tí, para que consintieses en ser el hierbechor de tu pueblo, venimos á ocultarnos en esta selva con la firme esperanza de que no tardarias en visitarla. Todos nuestros proyectos han sucedido bien. He hablado con el nombre de Egeria; te he dado los consejos que me dictaba la sabia experiencia de mi padre. Este error, útil á tu gloria, ha sido dulce á mi corazon. Yo te veia por entre las ramas, ea tanto que tú creias hablar con Egeria, y mas feliz que tú, me hallaba á tu lado; al tiempo mismo que tú suspicabas por Anais.

Numa la escuchaba enagenado de gozo. Á este tiempo ve llegar á Zoroastres; y se arroja á sus brazos, le estrecha mil veces en los sayos; pero al punto se aparta y corre á buscar á Leonte y Camila. Aquí está, les dice luego que los



FARASMIN.

EPISODIO

SUPRIMIDO DE NUMA.

NOTA DEL EDITOR.

En las obras inéditas de Florian dadas á luz por M.^r de Fixerecourt en el año 1824 se encuentra un episodio que aquel autor suprimió del NUMA, y al cual dió el título de FARASMIN. El publicista de dichas obras dice en una nota, que el citado fragmento es una variante mas bien que un episodio, y se explica además en estos términos.

„Es evidente que el autor no tuvo al principio la idea de colocar á Zoroastres en su poema, pues el personaje que refiere aquí sus aventuras se llama Metroboto, y parece ser uno de los generales de Sardanápalo. Sin duda es atrevido el anacronismo en que quiso incurrir Florian, pues

NUMA POMPELIO subió al trono en el año 714 ántes de Jesucristo, y la existencia de Zoroastres corresponde á los tiempos fabulosos. Los cronologistas no están acordes con respecto á aquel mago, porque se ignora el lugar de su nacimiento y aun algunos dudan que haya existido. = Sea como quiera, la doctrina que se le atribuye es sublime, é inspira ideas de la mas alta sabiduría y de la moral mas pura; bajo cuya relacion era conveniente inspirárselas al legislador de Roma. = En un tiempo en que la irreligion se tiene por un mérito en el concepto de ciertos hombres, no es inútil recordar que la existencia de un Ser Supremo era la base inalterable de la doctrina del primer filósofo de la antigüedad."

Al hacer esta edicion he creído que complaceria á los lectores publicando dicho episodio traducido libremente al castellano, y lo verifico como una adición al NUMA, deseando que el público lo acepte y juzgue digno de ocupar este lugar.

FARASMIN. (*)

Impaciente estaba Leonte por conocer al que le habia escitado tanto cariño, al mismo tiempo que Numa suspiraba por saber la historia del padre de Anaïs. Un dia que se hallaban todos al rededor de la cama de Numa, unieron ámbos amigos sus ruegos para que el anciano les contase los sucesos mas interesantes de su vida, y queriendo satisfacer el viejo su curiosidad, despues de dirigir la vista al cielo les refirió su historia en estos términos.

Nací en la capital de Asiria y me llamo Metrobato. Dedicado desde la infancia á la profesion militar, obtuve sucesivamente todos los grados de esta honrosa carrera, y llegué á ser uno de los primeros generales de Sardanápalo. Dióme este el mando del ejército que en-

(*) Véase la pág. 95 libro ix. tom. 1.º de esta edición.

viaba contra los Arabes; pero las delicias de Nínive y la corrupcion de las costumbres de la corte, habian enervado todos los ánimos, afeminado los corazones, y estinguido en ellos los nobles sentimientos en tal estremo, que ignoraban mis soldados el amor de la patria.

Semejante ejército no podia vencer, y así es que perdí en dos batallas cien leguas de terreno. Esparcióse la consternacion por todo el Imperio, y Sardanápalo volvió entónces en sí de su profundo letargo; pero como la debilidad y la tirania se manifiestan casi siempre en los malos príncipes, aquel Rey firmó una paz vergonzosa con los Arabes, y decretó una persecucion atroz contra los Magos. Eran estos unos discípulos de Zoroastres, unos igurócolas que habitaban en la Caldéa, vivian pacíficos, cultivaban la tierra y pagaban religiosamente los tributos, siendo su único crimen el de adorar al sol. Recibí una orden terminante para destruirlos y exterminar hasta el último de ellos, de cuyo horroroso medio se valia Sardanápalo para apaciguar á los dioses.

Mis bárbaros soldados que tan co-

ardemente combatiéron contra los enemigos, estaban poseidos de un ardiente deseo y de un celo infame para perseguir á sus conciudadanos. A pesar de mi activa vigilancia y de mis cuidados, á pesar en fin de mis esfuerzos, todas las viviendas de los Magos eran debastadas ; aquellos infelices sufrían la muerte donde quiera que se les hallaba, y su sangre derramada con harto sentimiento mio, hacia cada dia nuevos mártires clamando justicia y venganza. ¡Horrible ceguedad de los Reyes, que se proponen vengar al cielo cometiendo asesinatos en lugar de apaciguarles con virtudes!

Cien veces estuve pronto á abandonar el ejército, y otras tantas me convino el placer de salvar cada dia la existencia de algunos desdichados. Tan pronto interpretaba la ley á su favor como hallaba un refugio para librarlos; las tropas murmuraban de mi clemencia, pero en tanto era preservada la sangre humana.

Un dia me presentaron unos soldados un anciano y una doncella á quienes sorprendieron adorando al sol. Mil testigos justificaban el crimen, y en vano

quise buscar esugios para absolver á los
acusados, pues ellos mismos pedían la
muerte. »Hiere sin respetar mis canas,
»decía el desconsolado anciano; sí, soy
»criminal por no creer mas que á un solo
»Dios, por adorarle en su magestuosa y
»resplandeciente imágen; en el sol que
»él ha creado para dispensarnos sus in-
»mensos beneficios. Soy criminal, por-
»que pienso que aquel Dios me ha
»dado un alma inmortal que será cas-
»tigada si comete culpas, así como re-
»compensada si hace bien ejercitando
»la virtud; por creer que aquel Dios
»todo poderoso ama á los hombres que
»ha creado, que tolera y deja vivir á
»los que le calumnian, que hace brillar
»el día, fecundizar los campos y nacer
»las mieses para el Escita, el Persa y
»el Sirio... para todos sus enemigos
»divididos entre sí sobre el modo de
»adorarle... que ostentando en todas
»partes su justicia y su clemencia, per-
»dona á la ignorancia y á la debilidad
»y detesta la persecucion. Tales son mis
»dogmas, mi religion y mi creencia.
»Herid; mas perdenad á mi hija; yo soy
»el único que la eduqué bajo estos prin-
»cipios; castigad pues en mí sus errores

»y perdonadla respetando su inocencia.»

»No, exclamó la doncella, no; yo soy la que debe morir; á mí me toca respirar por él. Ah! considerad que restan á mi padre pocos de vida segun su ancianidad, y ved en mí una jóven que os ofenderia muchas veces si la perdonascis. Volved lácia mí vuestros cuchillos, bañadlos en mi sangre, pero respetad los dias de un débil anciano que no tiene necesidad de vuestro rigor para morir; no cometais un crimen inútil y aplicadme á mi sola los tormentos que preparabais para entrambos.»

Estas palabras, este generoso combate, la edad del anciano, y la hermosa y juventud de la hija, me hicieron una impresion profunda. "Absuelvo, dije, á estos culpables: sean desterrados de la Asiria. ¡Infeliz de mí si derramare su sangre!—El Rey lo manda esclaman entonces mis soldados en sedicion: El Rey condena á muerte á todo Mago que no adjure sus detestables errores. Entregadnos pues esos culpables, ó de lo contrario seis rebelde al Monarca."

En aquel mismo instante la sedicion aumenta; gefes y soldados todos se amo-

tinan. Un temerario tiene la osadía de alargar su mano para asir á la jóven Maga, pero yo atravieso de una lanzada su infame pecho, y mirando con arrogancia al ejército sublevado; "Retiraos á vuestras tiendas, pronuncie con voz terrible: id á esperar el castigo que mereceis por vuestra insolencia." Sin duda me asistia Dios en aquel crítico momento: todos aquellos soldados, aquellos gefes, se aterroran al oír mis palabras: Reina en todo el ejército un profundo silencio, y cada uno se retira manifestando el espanto en su rostro. Hago conducir á mi pabellon al respetable anciano y á su hija, y dedico mi ingenio á pensar sobre los medios de salvarlos.

Su valor y su ternura recíproca, la amabilidad y la hermosura de la jóven Ojana, pues así se llamaba aquella virtuosa hija, me inspiráron un interés mas vivo y mas tierno que la piedad misma. Lejos de abandonar ni por un solo momento á Ojana y á Tidaspo su padre, me decidí á perecer ó salvarlos del inminente peligro en que se hallaban. Quise que descansasen durante aquella noche en mi tienda, y situé

algunos guardias que yo creía ser fieles: pero en medio de la noche oigo el rumor de un tumulto horrible; agavíllanse los sediciosos, se arman y avanzan agolpándose hacia á mi pabellon... eran mis soldados que incitados por sus gefes, descontentos de mí mucho tiempo hacia, se aprovechaban de aquella ocasion tan oportuna para vengarse de mi severidad.

El anciano Hidaspo prorumpiendo en llanto se arroja á mis pies y esclama: ¡Oh protector nuestro! vuestra vida está amenazada; la sedicion se ha encendido nuevamente y es preciso que no perdais momento en sustraeros de lo barbarie de esos furiosos. Salvad, salvad vuestra persona, ó de lo contrario vamos á entregarnos á esos tigres sedientos de nuestra sangre... pero no; huid mas bien con nosotros; venid á nuestra cabaña por un camino secreto que se dirige á ella, venid, ó corremos á poner nuestras gargantas bajo los cuchillos de esos revoltosos.

Así dice; abraza temblando mis rodillas, y Ojana se esfuerza para sacarme de la tienda, asiéndome del brazo con su mano delicada. El temor de

verles perecer haciendo yo una resistencia inútil, y el imperio que egercía ya sobre mi corazon la hermosa Maga, me hiciéron ceder luego á sus vivas instancias y á mi esfuerzo. Abandoné aquel horroroso campo, y siguiendo á Hidaspo y á Ojana por en medio de un bosque espeso, llegué á una cabaña solitaria y oculta de la vista por la fragosidad de la selva.

El hijo de Hidaspo, hermano de Ojana, el jóven y sensible Farasmin andaba errante y lloroso en torno de aquella rústica habitacion, buscando á su padre y á su hermana, y apenas los divisa se arroja á sus brazos llorando de gozo. Sabe al punto el peligro que han corrido y lo que yo hice por salvarlos, y cae postrado á mis pies regándolos con sus lágrimas. Levántole al momento, le abrazo, y en aquel mismo instante me resuelvo á vivir cerca de la virtuosa Ojana, con Hidaspo y Farasmin; empiezo á instruirme en aquella religion tan detestada por los otros pueblos, sin ser conocida de sus perseguidores, y el anciano toma á su cargo el cuidado de explicármela.

"No es difícil de emprender, me

„dijo , pues no encierra misterio alguno
„y sus leyes se hallan impresas en el
„corazon. ¿ Veis ese sol , antorcha del
„universo , padre de la naturaleza , y
„bienhechor de la tierra que seria in-
„fecunda sin él ; ese sol que nunca ce-
„sa de vivificar y de producir? pues
„reconoced en él el emblema de Dios;
„ved la imágen de su omnipotencia y
„sobre todo la de su bondad. No ado-
„ramos nosotros á esa imágen , pero
„sí en ella á su criador , y en esto se
„funda nuestro primer dogma. Amar
„al sumo hacedor de todo lo criado,
„temer su justicia , confiar en su bon-
„dad inefable , cultivar la tierra , y ha-
„cer bien á los hombres cualquiera
„que sea su religion y su nacion , he
„aquí nuestros primeros deberes ; y en
„la duda de si una accion es buena ó
„mala , nuestra regla se funda en abs-
„tenernos de ella porque así acerta-
„mos”

Quedé absorto de admiracion escu-
chando al anciano. Una religion tan
sublime y tan sencilla me parecia no
solo la única verdadera , sino tambien
que estaba escrita en el sol , atribu-
yéndola mayor mérito y solidez por lo

mismo que era perseguida. Mi corazón fué desde luego cautivado, y mi espíritu persuadido por la pureza de tan sabia doctrina; abracé una religion que profesaban unas almas puras, y que era detestada por pueblos corrompidos. Me hice Mago.

Desde aquel momento, me entregué sin reserva alguna á un amor que dominaba ya á mi corazón enteramente. Adoraba á la virtuosa Ojana, y me atreví á pedirla á su padre. Este guardó silencio escuchándome, y quedó pensativo inclinando su cabeza sobre el pecho, Ojana se puso pálida, y Farasmin arrojándose á los brazos de Hidaspo dijo: "Se la debeis padre mio! „la ha salvado, y tambien salvó vuestros dias! dadle mi hermana, lo pido „encarecidamente, lo ecsijo si tanto „me es permitido... Seríamos todos unos „ingratos si fuésemos capaces de negársela." Hidaspo y Ojana quieren hablar, pero Farasmin les interrumpe y me dice. "Amigo mio, mi bienhechor, „tuya es; recíbela de la mano de su hermano." Al terminar estas palabras coge la diestra de Ojana que junta con la mia, dirige á su hermana cari-

nosas miradas, y creí advertir que reprimía amargas lágrimas. Hidaspo y Ojana hacían al mismo tiempo esfuerzos para que yo no advirtiese su llanto, y aunque les pregunté la causa me la ocultáron; lo atribuí al recuerdo de algun amante que Ojana habría perdido, y no atreviéndome por delicadeza y por amor á repetir mis preguntas ni hacer otras indagaciones, aparté de mi mente las nubes que pudieran suscitarne crueles é injustas sospechas turbando mi dicha.

Al día siguiente fui esposo de la amable Ojana, bastando para tan santo nudo la bendición de su padre. Farasmin, que por su misma mano la coronó de flores, salió al instante de la cabaña, donde ella acababa de pronunciar el juramento de serme fiel. En vano le esperábamos, pues ya no volvió, y el sentimiento de su pérdida convirtió en día de luto el día de mi himeneo.

Recorí toda la selva sin descubrir ni aun las huellas de Farasmin: Su padre y su hermana lloraban sin consuelo; yo me persuadí de que había sido arrebatado por alguna partida de

Asirios, y queria volver al campo de estos resuelto á morir ó librar á mi hermano; pero Ildaspo y mi esposa me contuvieron, imponiéndome aun la ley de que no hablase ya de Farasmin. „Seria renovar un mal irremediable, me „dijeron; no pronuncieis en adelante „ese nombre tan caro á nuestros co- „razones, que no tienen necesidad de „oirle repetir para acordarse de él con „amargura”

Vivia yo feliz y tranquilo con la esposa que el cielo me dió; el ejército de los Asirios se habia alejado, los Magos respiraban un poco, y yo no experimentaba otra pena que la de ver á mi querida Ojana consumida por una tristeza que marchitaba las gracias de su juventud. Inútilmente la preguntaba cuales eran las causas de la pena secreta que la devoraba, pues me las ocultaba al paso que yo redoblaba mis solícitos cuidados y mi ternera para aliviar á lo menos sus males.

Un dia se presentó á la puerta de nuestra pacífica cabaña un negro, medio desnudo, y nos pidió hospitalidad. „Soy Mago, nos dijo; aunque nacido „en la Etiopia poseo el idioma sagrado

de nuestro divino legislador; siempre fui esclavo, pero he perdido mi amo, y vengo á entregarme á vosotros. Aceptadme pues, y os serviré con mas celo, que si me hubieseis comprado.

Estas palabras nos interesáron de tal modo que recibimos gustosos á aquel desgraciado, y jamas esclavo, nunca amigo alguno mostró tanto celo, tanto interés ni tanta actividad como nos acreditó aquel negro. Siempre asiduo á mi lado, siempre cerca de mi esposa, nunca se tenia por mas feliz que cuando nos asistia haciéndonos servicios. Si alguna vez no se hallaba ocupado en servirnos, se introducía en la selva y allí solia yo sorprenderle vertiendo llanto. Su salud, que debilitaba con sus vigiliass y su dolor, se alteraba de dia en dia, y la de Ojana veia estaba espuesta á grave riesgo por cuanto abrigaba en sus entrañas una prenda de nuestro casto amor.

Redobló su celo el fiel esclavo para cuidar á Ojana, pero no tardó mucho tiempo en caer gravemente enfermo, y la dolencia hizo tales progresos que en breve se vió en la estremidad. Yo me dediqué á cuidarle asistiéndole con tanto cariño é interes como si fuese un

padre, mas á pesar de todo no pude salvarle. Cuando vió que estaba cercana su muerte y que moriría dentro de breves instantes, llamó á Hidaspo y á Ojana, y luego que estuvieron presentes suplicóles que se acercasen y me dijo con voz tierna y débil. „Metrobato, „yo soy el desgraciado Farasmin.” Al oír estas palabras, Hidaspo y mi esposa se arrojáron á sus brazos, regándole con sus lágrimas. — „Suspended el llanto, „les dijo: solo me queda un instante „para veros todavía; oídme, Metrobato. „Yo adoraba á mi hermana, porque „nuestra ley nos permite y aun prescribe aquellos matrimonios en que los „sentimientos de amor se unen y confunden con los de la naturaleza, y en „que el corazon reúne sobre un mismo „objeto todas las facultades que aman. „Debia ser el esposo de Ojana cuando „tú la pediste á Hidaspo. Yo no titubée „para cederla al que salvó sus dias, al „libertador de mi padre; pero el es- „pectáculo de tu dicha me era tan cruel „que resolví huir de la casa paterna como único remedio para mi delencia. „¡Oh Dios! cuan mal me conocia, pues „no he podido vivir sin Ojana! He

„querido volver á verla , pero sin ser
„conocido de ninguno de vosotros, sin
„exponer la virtud de mi hermana ó
„aumentar su desgracia viendo compa-
„recer otra vez á su vista el que ella
„amaba tanto. He descubierto una raíz
„cuyo jugo exprimido en la piel la vuel-
„ve semejante á la de los negros habitan-
„tes de Etiopia, y he tenido por con-
„veniente engañaros con una mentira
„que me proporcionaba el consuelo de
„ser esclavo de la que adoraba. Mien-
„tras he vivido , nadie ha penetrado
„mi secreto , porque me propuse lle-
„varle hasta el sepulcro , mas ahora
„que ya toco en él me sería insopor-
„table la pena de espirar sin que Hi-
„daspo abrazase á Farasmín y sin que mi
„querida Ojana estrechase por última
„vez contra su corazon á su tierno
„hermano. A dios, Metrobato ; á dios
„padre mio ; á dios tú á quien tanto he
„amado , tú á quien adoro desde los
„primeros dias de mi vida , para quien
„no he podido vivir y á quien dirijo
„mi último suspiro.” Espiró al pro-
nunciar estas últimas palabras: Hidaspo prorumpió en gritos de dolor y Ojana cayó desmayada.

Socorrí á mi esposa sin dejar de dar consuelo á mi desgraciado padre, mas todo era inútil pues ya estaba pronunciando el fallo irrevocable. Hidaspo agobiado por el dolor sobrevivió poco á Farasmin, y la triste Ojana parecia que conservaba la vida únicamente para dar á luz el hijo que abrigaba en su seno. Llegó aquel momento, y mi esposa me hizo padre de un hijo y una hija al mismo tiempo... pero esta dulce satisfaccion fué acibarada pocos dias despues con la pérdida de Ojana. En los últimos dolorosos momentos abrazó á sus dos hijos, y murió pronunciando el nombre de Farasmin. Asi quedé solo, sin esposa, sin amigo y sin consolador, en aquella solitaria cabaña donde creí encontrar la dicha.

Mis dos hijos aumentaban mis penas con el agudo grito de su llanto; dióles de mamar una cabra, pero yo no podia soportar la vista de aquella choza que me parecia habitada por los manes lastimeros de Hidaspo, de Farasmin y de mi cara Ojana, desgraciados todos por mi causa.

Abandoné en fin aquel desierto y atravesé la Arabia, seguido de mi cabra,

llevando en mis brazos las dos prendas mas amadas de mi corazon. Mi proyecto era el de abandonar tambien el Asia donde Sardanápalo habia ofrecido un premio al que le presentase mi cabeza. Creí encontrar un asilo entre los pueblos hospitalarios de la Grecia ó de la Bética, y con esta esperanza me embarqué en un bagel Fenicio que salia de Tiro con direccion á las columnas de Alcides. Pero la desgracia me perseguia ya por todas partes; la nave combatida por una tempestad horrible é impelida por los vientos en el mar Adriático, vino á estrellarse contra las costas de los Frentaneses. Me salvé como por milagro con mis dos tiernos hijos; llegué con mil trabajos á las montañas de los Marsos, y pedí un refugio en la primera aldea que encontré. ¡Mas ay! apenas me es concedido aquel asilo, cuando los crueles Pelignios entónces en guerra con el pueblo Marso, sorprenden la aldea, la incendian y penetran en la casa donde yo dormia entre mis dos inocentes hijos. ¡Oh escena de horror! Yo ví los bárbaros degollar á mi hijo en su cuna, sin que pudieran defenderle mis lágrimas y mis lamentos.

Solo salvé á mi hija ; la escudé con mi cuerpo recibiendo en él las heridas que intentaban hacerle aquellos tigres, y huyendo con ella por en medio del incendio, el estrago y la muerte, señalando mi camino con mi sangre y el llanto que tributaba á mi hijo, llegué en fin á este valle donde mis manos levantáron esta choza, y en ella crié á mi Anais; á mi Anais querida, único y último consuelo de ochenta años de dolores. Ved aquí la única por quien tengo apego á la vida, esa cuyas facciones y virtudes me recuerdan cada instante á Ojana.

Al terminar el anciano esta relacion se echa en los brazos de Anais y le baña el rostro con sus lágrimas.

Pero Leonte, Leonte que no habia respirado durante la historia referida por Metrobato, coge la mano de este, la estrecha con la suya, y mirándole con ojos espresivos y anegados en llanto: ¡Ah! por piedad, esclama, por piedad ¿no habeis perdido con el hijo que llorais la imágen de su tierna madre? ¿No estaba en su cuna? — Sí; responde el anciano admirado, una esmeralda grabada.... Abrazad á vuestro hijo, esclama

Leonte arrojándose á sus brazos; ¡yo lo soy, tengo esta dicha incomparable! He aquí la esmeralda, que siempre llevo conmigo; aquí está el retrato de aquella Ojana tan amada, que tiene todas las facciones de Anaís. Ved en mi pecho la señal del cuchillo con que me hirieron los Pelignios; desde el momento en que os ví, sentí sobresaltarse mi corazón: un enagenamiento, un amor involuntario me advirtiéron que os debía el ser.

Así dice, y el anciano no puede responder; ecsamina el retrato; es el de Ojana; le reconoce, le estrecha contra su corazón, quiere hablar y permanece inmóvil; sus ojos se cierran de repente, sus fuerzas le abandonan, y cae desmayado en los brazos de Anaís y de Leonte.

FIN DEL EPISODIO.







